



*Cartas para:*  
**Ella** 

ANGELA C.

# Cartas para ella

---

Angela C R

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

A Pantera Rosa,  
por mantenerme cuerda en mis tiempos de vampiresa.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

Prologo.

La amo, me es difícil recordar cada pequeño detalle que nos llevó a este punto, pero ahora me siento libre de poder decirlo: La amo. En este tétrico cementerio me llegó la revelación, la cláusula que nos permite amarnos.

Mientras corro detrás de ella, me pregunto donde Will pensará hacer su fiesta, no quería perdérmela por nada.

Pero esto no siempre fue así, Will no siempre fue mi amigo, y mi relación con Lizie siempre estuvo prohibida de alguna forma. Y como dije antes, me es difícil recordar cada pequeño detalle que nos llevó hasta este lugar, cada línea que pisé y de la que regresé un montón de veces antes de cruzar, pero voy a intentarlo.

Es como recordar que un libro es bueno sin saber exactamente las palabras que te llevaron a dicha conclusión, siendo solo un recuerdo vacío y lejano, oculto en el trasfondo de una subconsciente nublada; como guardar en tu mente el recuerdo de lugares de cuando éramos jóvenes, lugares inmensos que parecen haber encogido con el tiempo, guardando en cada rincón momentos que escapan de nuestra memoria; como saber la letra de una canción que jamás has escuchado, pero que sin embargo, siempre lo has hecho, perdida en tu mente, gravada agudamente por tu traicionero subconsciente; como saber que no te gusta el pepinillo aunque nunca lo hubieses probado... si puedes entender cada una de esas emociones, entonces tal vez seas un ser profundo más al que todo mundo le gusta ignorar.

No te preocupes, a todos nos han ignorado alguna vez. Como ese hermano mayor que no te permitía jugar a la pelota con él y sus amigos mayores, el mismo que horas más tarde tomaba tus figuras de acción y pasaba horas jugando contigo; o esos padres con demasiado trabajo sobre sus hombros quienes no dedicaban ni un solo segundo a mirar en tu dirección mientras hablaban por teléfono, los mismos que horas más tarde te miraban dormir sobre tu cama de autos de carrera sintiéndose infelices porque el día tuviese tan pocas horas; o cuando tu mejor amigo comienza a notar que las chicas existen y te cambia para pasar más tiempo admirando los atributos de Elizabeth London, la chica que nunca sería suya, la misma que más tarde va a tu patio trasero y comparte el helado casero de tu madre; o cuando toda la cuadra, tus

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

padres, tu hermano, tus amigos y tu colegio entero, centra toda su atención en tu mejor amigo diagnosticado con cáncer.

Pero claro, no hay espacio para la envidia en un caso como este. Pero tú eres un chico estúpido de ocho años que cree que el mundo es cruel por no darte un poco de atención, e incluso llegas a maldecir por las noches la enfermedad de tu mejor amigo, aunque no por las razones correctas. Eres patético, cruel y egoísta. Un completo estúpido, solo por usar un eufemismo. Pero hay una sola cosa que puedes hacer bien, algo que no es nada en comparación con el resto.

Renunciar.

Era mi promesa.

Mi nombre es Amadeos Junior Darkinso, pero todos me llaman Dedos, porque a mi ocurrente familia se le ocurrió comenzar a llamarme de este modo mientras era un bebé, era un chiste, uno de estos apodos cariñosos que le pones a los niños. Supongo que solo se les fue de control. Mi mejor amigo tenía cáncer en sus huesos, luchó todo cuanto pudo. Ángel Gabriel Salinas, ese era su nombre, no se puede decir que su madre era religiosa. El día en que murió, él escribió en su muro que todo estaría bien, y que iría al doctor por buenas noticias, seis horas después, Gabriel ya no estaba con nosotros. Yo ya había dejado de ser un inmaduro niño egoísta, yo estaba haciendo planes para ir a la capital a estudiar con mi mejor amigo, o a Margarita para conocer el mar. Pero de un día para otro descubrí que me faltaban dos cosas: alternativas y ropa negra.

En su funeral llevé un suéter que teñí con wiki-wiki en el último momento. Aún estaba húmedo, por lo que, mientras todo mundo rezaba llorando inconsolablemente, yo no pude detener mis estornudos y mis estremecimientos a causa del aire acondicionado; lo que provocó severas miradas de ojos arrugados en mi dirección, aunque su madre sabía de mi nariz sensible y sonreía para hacerme saber que no estaba haciendo nada malo. Fue un gran detalle de su parte, pero fue aún peor ver la forma en la que sonreía, con lágrimas en sus ojos que se hacían más gruesas cada vez que descansaba su mirada en mí. De alguna manera creo que ella me odiaba por recordarle que su hijo era un chico como yo que merecía vivir, o tal vez odiaba a mis padres por que su hijo estaba con vida, y yo sea, literalmente, la prueba viviente de ello.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

Esa es la cuestión conmigo, todo es acerca del odio o la ausencia de él. Gabriel odiaba eso de mí, lo que me parecía una severa muestra de hipocresía. Pero yo no lo odiaba, él era una de las pocas personas a las que no odiaba. Digo, su cabello graso, su manera de patinar, la forma en la que criticaba mis hábitos de comida, como se burlaba de mí por mi preferencia hacia cierto suéter en mi armario; y muchas otras cosas, las odiaba. Pero no a él. Nunca se lo dije —y no me arrepiento, porque bueno, hubiese sonado gay y yo soy un hombre—, pero la verdad es que Gabriel era como la otra mitad de mí. No lo diría por más que me torturaran, pero Gabriel era mi alma gemela.

Y lo había perdido.

Aún cuando había asegurado que todo estaría bien.

Nada estuvo bien.

Te odio Gabriel, por darme esperanzas.

Y me odio por creer en ellas.

# Primera parte.

## Capítulo 1.

“Te echaré de menos”, nunca he entendido esa frase. Es decir, ¿antes lo echabas, pero como ahora no está, lo echas menos? Es absurdo el contexto en el que lo dicen. No niego que serviría en algunas ocasiones. Como cuando mi perro murió de sarna; obviamente mi madre lo echaba de menos porque ya no estaba, y ya no tenía que pasar cada tarde ahuyentándolo fuera de la casa para que esta no apestara a perro sarnoso. Era cruel, pero mamá decía que había que hacerse, y nadie en su sano juicio la contradecía. Vizquel, llamado así porque atrapaba todo lo que le lanzaras, murió un sábado en la noche, y sus restos fueron encontrados tiosos en el patio trasero y lanzados al camión de la basura que pasaba esa misma mañana. No puedo decir que mi madre no fuese una mujer de sentimientos, hasta un lazo blanco le hizo a la bolsa en la que fue arrojado Vizquel al camión. Y meto las manos al fuego porque la sonrisa de alivio en los labios de mi madre se debía a que ahora el perro se iba a un mejor lugar. Porque todos los perros iban al cielo ¿no? al menos eso aprendí en una de las películas que vi con Gabriel, el difunto. Era extraño como el término resultaba impropio para alguien tan joven. Desearía que las personas dejaran de decir “te echaré de menos, amigo/hermano/compañero/bro” ¿Por qué mierda lo echaban antes? Él era un buen tipo.

Traté de concentrarme en el funeral pero me resultaba imposible, no podía dejar de pensar que mi mejor amigo estaba en una caja de madera y que al día siguiente sería arrojado a un agujero para ser comida de gusanos y finalmente convertirse en el tan nombrado polvo en el que todos nos convertiremos. Dios, eso tiene que ser un viaje muy extenuante ¿no era más sencillo tomar su cuerpo y quemarlo para agilizar el proceso? ¿Era necesario ponerlo a trabajar después de muerto?

Una pérdida de tiempo. Como si él en realidad pudiese escucharlo, Gabriel decía que era más que nada la búsqueda de un consuelo propio. Aún así me hizo prometer que jamás le hablaría a su cuerpo inerte, y yo estuve contento con ello. Era una forma para recordar la última palabra dicha al difunto en cuestión, supongo; aunque sé que estoy equivocado con casi todas mis suposiciones, porque bueno, soy solo un niño. Creo que las últimas palabras que le decimos a una persona tienen que ser muy importantes, la verdad es que no lo creo, pero sería lo más lógico. Como por ejemplo, mamá siseó “Perro

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

estúpido" aquella noche antes de que Vizquel apareciera muerto. Si me preguntan, creo que ella lo enveneno, pero está mal pensar de ese modo de tu madre, así que. Eso bien podría resumir toda la relación entre ellos. Claro que por razones obvias esta no sería una regla estricta.

Me sorprendí cuando algunas personas comenzaron a mirarme con lastima, sus ojos llenos de lágrimas. Allí fue cuando descubrí que mis ojos no habían estado llenos de lágrimas en toda la noche. Mi padre me abrazó un par de veces más de las necesarias, y fue cuando obtuve otra revelación: de hecho no había dicho una palabra desde aquella misma mañana. Había estado desayunando cuando Gabriel entró a la casa por la puerta trasera, haciéndome su habitual broma de jamás llevarme a comer, y yo había actuado como novia decepcionada, justo como siempre solía actuar; él me había informado que iría al hospital por los resultados de un examen, y ambos habíamos compartido la habitual seria mirada cargada de palabras de preocupación, ánimo y tranquilidad. Y por más que intento e intento pensar en ello, no puedo recordar la última cosa que le dije a mi mejor amigo.

En el baño me miré en el espejo, abriendo la boca un par de veces, pero sin emitir ningún sonido, tenía miedo, sé que había miedo en mí, pero no sé de dónde venía ese miedo.

—Te echaré de menos —conseguí decir después de un par de intentos. Delante de mí, el espejo capturó el reflejo de alguien más en la habitación.

Ella me miró con sus ojos llorosos y corrió para abrazarme.

—No puedo creer que esto esté pasando —dijo ella contra mi nuca. —Es prácticamente irreal, lo siento tanto, esto...

Luego ambos permanecemos en silencio, ella es Margaret Leslie, algo parecido a una amiga. Aunque se me hace imposible ver a las chicas como amigas. Gabriel *decía* que se debe a que salí demasiado tarde del mundo "las-niñas-son-el-enemigo". Es extraño como los verbos en pasado no parecen encajar para una persona tan joven.

Margaret regresó conmigo a la sala, ella iba hablando de donde estaba o que usaba cuando se enteró; eso también me molestaba, lo odiaba. Odiaba como todo mundo contaba sus experiencias vividas por el trauma del descubrimiento de la repentina muerte de mi mejor amigo, o peor aún, que me obligaran a escuchar esas experiencias.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

Yo estaba en el baño cuando...

Mi madre me vino a buscar a la casa de fulana y...

Yo estaba en bata...

Digo, ¿a quién le importaba sus crónicas de una muerte anunciada? Pero ahora mismo parecía haber un montón de personas a las que les gustaría escribir una nueva versión del libro. Era estúpido reunirse para hablar de eso, pero parecía ser el único tema que circularía hoy, uno de los únicos temas que esta habitación escucharía hasta que finalmente se convirtiera en polvo sobre pavimento. Quedó igualito, tan joven, pobre de los padres, el café está amargo; eran otro de los temas que se mantuvieron constantes hasta que la funeraria cerró y solo los familiares o amigos más cercanos nos quedamos para dormir. Eso quería decir que me quedé a dormir en una funeraria con mis padres y los padres de mi mejor amigo.

Aún no había dicho una sola palabra.

—Hijo, ¿quieres ir a dormir?

Miré a mi madre, queriendo decirle: *bien hecho, mamá, restriégaselos en la cara, que tú si tienes hijo y ellos ya no más.*

Negué con la cabeza. No estaba bien como para dormir, no cuando sabía que solo pasaría la noche entera dándole cuerpo a mis estúpidamente profundos pensamientos. Pero no lo dije porque pensé que ella no lo entendería, o sonaría algo quisquilloso. Me quedé allí, junto a la urna de mi mejor amigo, mientras nuestros padres iban a dormir al piso de arriba. Hasta la madre de Gabriel me miró con pena inscrita en sus ojos una vez salió fuera. Entonces comencé a verme desde su perspectiva.

Una ventana ahumada me ayudó a hacerme una idea.

Mis ojos estaban demasiado grandes, como esperando ver algo que no pasaría. Mis labios estaban ligeramente abiertos, aunque no tenía nada que decir. Estaba en shock, o algo parecido. Tenía que estarlo, pero no lo sabía. ¿Cómo sabes cuando estás en shock? El ser humano es tan complejo, debí haber venido con algún tipo de manual, "para cuando aprendas a leer" o algo por el estilo pondría en la portada. Desearía poder quitar la cara de constipado que veo en mi reflejo, pero no sé cómo. Y tampoco sé que quiere decir constipado,

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

pero suena como una palabra que me va en este momento. No sé cómo es estar en shock y mucho menos como salir de él.

Recuerdo que esa noche subí a mi habitación, me quité el suéter negro y los pantalones. En mis cortos y patéticos interiores blancos me metí debajo de la colcha, solo para descubrir que esta ya estaba ocupada. Mar, la prima de Gabriel, estaba allí, provocándome un pre infarto. No pude evitar que un grito escapara de mis labios. Un segundo después ella se subió a mi regazo, sus lagrimas caían en mi mejilla mientras me besaba, yo respondí al beso porque pensé que era lo más inteligente que podía hacer. Su beso era desesperado, y poco después yo me uní a su desesperación. Sus manos tantearon ciertos lugares en mi cuerpo y entendí que no había nada mejor como esto para hacerme olvidar la pena. Un segundo más y me hubiese abandonado a las lágrimas.

Las maderas junto a la habitación crujieron con más de un par de pisadas que avanzaban en esta dirección. Mientras yo solo pensaba “vaya, pisos de madera”, Mar salió fuera de las sabanas y corrió para esconderse debajo de la cama.

La puerta se abrió.

La luz que se filtró dentro de la habitación me cegó momentáneamente, impidiéndome ver más allá de tres figuras oscuras brillantemente enmarcadas. El abuelo de Gabriel, Maximiliano, encendió la luz; aquel hombre era el único abuelo que había conocido, jamás me trato de forma diferente a como trataba a su propio nieto.

—¿Estás bien, Dedos? —dijo en tono preocupado. No pude ignorar la espada oxidada sostenida en su mano derecha. ¿De dónde la sacó?

*Estoy bien.*

—Te oímos gritar —explicó mi madre.

*Estoy bien. ¿Cuándo llegaste abuelo?*

Él se había perdido el funeral, tampoco es como si se hubiese perdido alguna gran fiesta, pero lo extrañé, con sus ojos desaprobatorios y su boca que siempre encuentra algo por lo que parlotear por más tiempo del requerido.

—Oh, Dedos, solo fue una pesadilla, mijo, ven aquí a darme un abrazo, ya todo pasará —dijo Maximiliano.

*No puedo.*

—Hijo, ven, dale un abrazo al viejo Maxi —agregó mi padre.

Pude ver cómo me iba quedando sin opciones. Traté de serenarme, pero era imposible. Aún podía sentir las manos de Mar por todo mi cuerpo, y la emoción de poder ser descubierto, no hacía nada para menguar mi excitación.

Y allí venía mi madre a incluir su mirada desafiante a la situación. Oh, mierda, esto iba a suceder.

Lentamente me puse de pie, con cuidado de cubrir mi cuerpo con las sabanas. Abracé al hombre que había sido mi abuelo desde que me obligaron a ser amigo de Gabriel en primer grado, y me separé de él lo más rápido que pude. Maximiliano se tambaleó y dio un paso al frente para equilibrarse, parándose sobre las sabanas en el mismo momento en que prácticamente corría de regreso a la cama. Y así las sabanas cayeron y mi pequeña familia fue consciente de mi alzada entrepierna.

Y no disimularon apartando sus miradas. Dios, este tenía que ser el momento más humillante de toda mi vida. Peor que cuando Erick Sullivan me dio una paliza en medio del recreo por sugerir cierto declive sexual de su parte. Puedo imaginar como Gabriel debía estarse retorciendo de risa en su urna. Mi madre acomodó sus gafas inclinando el cuello hacia adelante, lo que me pareció verdaderamente insultante. Mi padre carraspeó poniendo su mano sobre el hombro de Maximiliano, cuya expresión era inescrutable.

En ese momento fue cuando se me ocurrió cerrar mis manos sobre mi ingle. Mala decisión.

—Bueno —dijo mi padre—, creo que será mejor si nos vamos, obviamente Dedos tiene asuntos que atender a solas.

Y sin más ceremonias, se fueron, mi padre dándome una última mirada antes de irse. Estaba rojo como el infierno de vergüenza, y tenía unas serias ganas de ir a acostarme junto a Gabriel para dormir eternamente con él.

Entonces una risa histórica me llegó desde debajo de la cama. Me incliné para ver como Mar se retorcía en sus intentos de reír en voz baja. La miré estrechando los ojos, lo que la hizo reír aún más fuerte. Metí la mitad de mi cuerpo debajo de la cama y la tomé de un tobillo para arrastrarla fuera, a mi alcance. Para este punto yo también reía.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*



## Capítulo 2.

Nada más pasó aquella noche, me desperté solo, hacía horas que había sentido como Mar se deslizaba fuera de la cama; solo había estado abrazada a mí, haciéndome sentir extrañamente mayor, cómo si tuviese la edad suficiente para consolar a alguien, aunque no estaba seguro de que existía una edad para consolar personas; no era algo así como si obtuviésemos una licencia para consolar, ni nada. Después de tener ese tipo de pensamientos me tranquilizaba pensar que aún seguía siendo un simple adolescente inmaduro. De cualquier forma, ella se fue, supongo que tenía miedo de ser descubierta. Margarita tenía dieciocho años, y yo catorce, así que... tal vez su familia pensaría que me corrompía, o algo parecido. Después de todo era la primera vez que besaba a una chica de aquella forma.

Al día siguiente en el entierro, todo mundo estaba presente. Al menos diez veces más personas de las que, estoy seguro, reuniría si yo fuese el difunto. Había una chica en particular que me alegraba que estuviese aquí, no por mí, sino por él. Por Gabriel.

Diablos, amigo, si estuvieses aquí para verla sufrir por tu partida. Después de pensarlo soy consciente de lo horrible que suena, pero es imposible cambiar mis más profundos sentimientos. Sí, soy una horrible persona, ¿y qué?, no es como si alguien fuese a enterarse.

Elizabeth Demetria London von Eckermann, la única chica que siempre deseó Gabriel. Ella era algo así como una reina, lo había decretado cuando todos éramos unos niños; en el jardín de infancia se había autoproclamado la reina, porque tenía nombre de reina, y era hermosa como una reina debía ser; y nadie en su sano juicio intentó decirle lo contrario. Gabriel, idiotamente, creció siendo uno de sus vasallos y yo crecí tratando de ocultar que, después de descubrirla, también lo era. Ahora estaba sentada en la segunda fila, deseé poder hacerla pararse justo al frente de la tumba, donde estaba seguro de que Gabriel la querría. Ella me miró y su rostro se descompuso.

Maldición, realmente debía tener un mal aspecto.

Fui halado por mi madre a mi silla, quien estaba sentada a un lado de la tumba, seguida de mi padre. Descubrí entonces que mi asiento era el más cercano a la tumba. Tétrico. Otra breve ceremonia inició, el cura dio su última bendición y un par de hombres se prepararon para

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

dejar caer la urna en el oscuro agujero donde mi mejor amigo reposaría por siempre.

Miré a su madre del otro lado ¿realmente permitiría que esto pasara? ¿Su hijo estaba siendo lanzado a un frío y oscuro hoyo y ella no haría nada para evitarlo? ¿Alguien siquiera le preguntó a él si quería ir allí o si deseaba convertirse en comida para gusanos? Supongo que Gabriel ahora no podía responder a ninguna pregunta, si quiera puede tomar la decisión acerca del lugar donde se pudrirá su cuerpo. Hay tantas cosas que mi mejor amigo ya no puede hacer, como graduarse, acostarse con alguien, conocer la playa.

Dios, había tantas cosas que yo mismo no había hecho. ¿Y que si mañana sería el último día? Gabriel odiaría no estar aquí para verlo. Me faltaban tantas cosas por hacer ¿así se sentía él cuando se enteró de que posiblemente moriría? No quería morir, no quería irme dejando una lista de cosas pendientes. Y definitivamente no podía morir sin ver a mi mejor amigo por última vez.

—No lo he visto —susurré.

Mi madre se inclinó para oírme mejor.

—¿Dijiste algo, cariño?

—¡Alto! —grité, la desesperación ahogando mi cordura.

Mi hermano mayor se materializó desde algún lugar, justo cuando yo me levantaba para ir a ver a mi mejor amigo. Rodolfo Junior Darkinso me abrazó capturándome fuertemente entre sus grandes brazos, eso nunca cambiaría, él siempre sería mayor que yo, más grande, siempre me llevaría ocho años.

—¡No! —peleé, era levemente consciente del llanto y murmullos que ocasioné a mis espaldas—. ¡No! ¡Yo no lo he visto! ¡No le he dicho cuanto voy a extrañarlo!

Apenas podía ver las dos figuras indecisas de los sepultureros, no sabiendo si continuar o no con el entierro. Rodolfo me sostenía ahora de la cintura, mientras yo peleaba por llegar a la urna.

—¡No! —grité de nuevo—. Suéltame, él era más hermano para mí de lo que tú fuiste alguna vez ¡suéltame! Nunca te perdonaré si no lo haces.

Dos cosas pasaron al mismo tiempo...

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

La primera: mi hermano me soltó después de sollozar casi imperceptiblemente.

La segunda: yo seguí forcejeando, empujando todo el peso de mí hacia adelante. Me tambaleé y me sostuve de la urna, esta se ladeó muy lentamente, y todos fuimos conscientes de que pudimos haber evitado que sucediera, pero el shock del momento no los impidió.

La urna de mi mejor amigo cayó sobre mí, escuché el sonido del vidrio desquebrajándose antes de que tocara el suelo, luego hubo un leve estallido y los pedazos cayeron en el lugar donde había estado mi cabeza un segundo antes. Mi hermano había tirado de mí para apartarme de la colisión. El difunto tenía medio cuerpo fuera, su espalda siendo aplastada por uno de los bordes de su urna. Las personas huían lejos de la escena, escuché como Rodolfo vomitaba en el césped junto a mí. Había gritos provenientes de todos lados.

Los enterradores levantaron la urna, pero el cuerpo de Gabriel se deslizó fuera de esta, muy lentamente, como burlándose de ellos. No perdí tiempo, le di la vuelta y lo miré directo a los ojos entreabiertos. Recordando aquella vez en el jardín de infancia cuando las niñas jugaban a ser reinas, los niños a la pelota o a correr por todos lados; recordé como todos se burlaban de mí por andar siempre con mis llamadas figuras de acción, y como él había dedicado toda una tarde a tratar de entender porque era que me gustaban tanto; recordé como en primer grado las niñas me habían encontrado atractivo y eso me había hecho popular, como me alejé de él con la excusa de encontrarlo ñoño; recordé como mi madre me había prácticamente obligado a volver a hablarle. Jamás se lo dije, pero estuve feliz por haber sido obligado, porque era demasiado orgulloso para aceptar que lo extrañaba.

No era el momento de juzgarlo, de reprocharle, no era el momento de hacerle ver lo furioso que estaba por haberse ido sin mí. De hecho no era el momento de nada, si había existido algún momento, entonces ya había pasado. Mi mejor amigo no era más que un cuerpo inerte que había dejado de funcionar para siempre, como una máquina demasiado oxidada para su reparación. Lo más triste de todo era que Gabriel no estaba oxidado, el brillaba como una estrella. El cáncer se había llevado una de sus manos, pero aún le quedaba mucha vida por delante. Él no debió haberse ido.

Yo no debería tener que despedirme ahora.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

Pero lo hice.

No en voz alta, porque el único vínculo que me quedaba con él eran las promesas que pensaba mantener por siempre. Tomé la mano de mi mejor amigo y cerré uno de sus ojos que se había abierto, planeando un discurso en mi cabeza para decirle a su cuerpo inerte. Un discurso que me pareció demasiado íntimo para que otras personas lo escucharan.

Adiós.

Al rostro de mi mejor amigo que jamás veré de nuevo, su sonrisa condescendiente, sus ojos acusándome de ser cruel, su gesto astuto, su pelo graso, su manera de patinar, el cómo se burlaba de mí por llevar siempre el mismo suéter, esa expresión con la que lograba aprobar cualquier materia... todo eso se perderá para siempre, y aunque voy a extrañarla, realmente espero que Gabriel haya sido consciente de que lo amaba. Como mi mejor amigo, como mi hermano, yo lo amaba. Y sé que él también a mí.

Luego vi como ellos se llevaban el cuerpo del difunto, no se a donde, no me importaba, supuse que de vuelta a esa maldita caja de madera. Intente pensar en que tal vez algún día podría venir a darle cuerda a su caja y que él saldría a bailar para mí, y nos sonreiríamos, y seríamos felices.

Pero eso no funcionó, Gabriel no era una bailarina.

Gabriel era un ángel.

No me permitieron presenciar el resto del entierro. Bueno, eso me lo esperaba después del numerito que monté. De hecho mi familia no volvió a hablar conmigo aquel día, se que estaban decepcionados, se que había hecho un circo del último día en la superficie para Gabriel. Pero... yo era una horrible persona, y así se comportaban las horribles personas, uno no pensaba en nadie más.

¿Has visto dos atardeceres iguales? Yo sí. El primero fue el del día en que murió Gabriel, y el resto ha sido exactamente igual de deprimente que el anterior. Sé que es como si estuviese haciendo trampa, pero cada atardecer ha sido el mismo, porque me siento de la misma patética y deprimente manera.

Porque mi mejor amigo no está aquí.

## Capítulo 3.

Tomé la píldora con cuidado de que nadie estuviese fisgoneando, las personas podían sacar alguna mala conclusión del chico de suéter grande. Ese soy yo. Escuché que algunos me llaman “mismo suéter”, pero creía firmemente que no tenía que modificar mi manera de vestir porque a determinada horda social no le agradara. Sin embargo no fui lo suficientemente cuidadoso. Un chico de ojos saltones que va en primer año me miraba fijamente por entre el enrejado de las canchas múltiples. Es difícil determinar si sus ojos desorbitados son por el pensamiento en su cabeza o a causa de alguna condición genética.

—¿Qué es eso, menor? —él me dijo, aún cuando era tal vez dos años menor que yo.

Yo le di un sorbo a mi termo de agua y lo miré de reojo.

—¿Tu qué crees? —dije, con los ojos estrechos y adoptando un aire misterioso.

Él tragó saliva.

—¿Tienes más de donde vino?

Ladeé la cabeza, luego revisé mi mochila; podría jugarle una broma, pero no me encontraba tan aburrido. Vi el empaque de loratadina, solo me quedaban dos.

Fruncí los labios, diciendo.

—Solo para mí, chico.

—Oh vamos, solo un poco —me insistió.

Me revisé las uñas distraídamente mientras pensaba que decirle, por alguna razón no quería aceptar que eran pastillas para mi alergia matutina.

—¡Darkinso! —ante la impetuosa voz del entrenador Miller, ambos nos volvimos como si estuviésemos perpetuando un asesinato—. Las canchas son área restringida, mueve tu culo fuera de mi aula de clases. ¡AHORA!

Troté vergonzosamente hasta el agujero en el enrejado por el que me había escurrido hasta las canchas. Y seguí trotando/corriendo porque el timbre sonó y el entrenador gritó:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Él es uno de esos bonitos especímenes que hacen que el colegio parezca una especie de zona de guerra, y para que conste, las canchas no son un área restringida.

Hoy es el primer día de clases, así que el chico ojos-saltones y yo, nos apresuramos al centro de la escuela, donde todos los alumnos están reunidos para algún mal discurso que nadie escuchará, y para que nos digan en que sección pasaremos el resto del año escolar. Saqué una manzana roja y perfecta de mi mochila, y le di un sonoro mordisco, y supongo que ese fue el momento en el que dijeron mi nombre, porque el último estudiante fue a clases con la señorita Suzzane, y yo seguía de pie en medio del patio.

—Eh, d-di-disculpe, señor, no le he oído nombrarme —tartamudeé de forma patética.

—Estoy seguro de haberte nombrado, Darkinso —murmuró el director Deep, mientras comprobaba la lista en su mano—. Aquí está, tienes clases con el señor Miller justo ahora. No veo porqué sigues aquí.

Yo intenté cambiar la expresión en mi rostro. Deportes cada lunes a primera hora. Una cosa maravillosa, otra razón más para amar ciegamente el despertar temprano un lunes por la mañana.

Le di otro mordisco a la manzana mientras caminaba hacia el "área restringida", el entrenador alzó su mirada al cielo cuando me vio dar vuelta en las gradas. Sonreí. Algo me dice que no seré el único que odie aún más levantarse cada lunes a partir de ahora.

—Bien, tropa, quiero quince vueltas al área —dijo Miller—, mientras termino con este plan de evaluación.

Las quejas no se hicieron esperar, pero aún así todos obedecemos fielmente a las doctrinas del tirano. El "área" era la unión de tres canchas múltiples, por lo que eran unas quejas justificadas, no eran las únicas canchas del colegio, pero eran las más grandes. Supongo que es una especie de milagro el que no juguemos fútbol campo en la escuela.

—Es un caligüebuo, te apuesto a que anduvo de fiesta toda la noche —Me tomó un segundo descubrir que Erick Sullivan me hablaba a mí.

Forcé una sonrisa en mi rostro y metí el corazón de la manzana en el bolsillo de mi suéter. Troté más de prisa pero él vino detrás de mí.

—Señorita Loire ¿ya se aburrió de mi clase? —dijo el señor Miller.

Alcé la vista para ver como Margaret se sonrojaba, pero aún así siguió mirando a las gradas, tal vez esperando a alguien, yo que sé. Y efectivamente, alguien vino dentro con una enorme hermosa sonrisa.

—¿Qué pasa London? —dijo el entrenador con fastidio.

—Obviamente ha habido un error, pero ahora se ha solucionado, el director dijo que podía incorporarme a clases sin ningún problema —ella hablaba en ese cadente tono de voz del que ya he estado acostumbrado—. Espero que no sea *ningún problema* para usted, pero he estado en la sección A toda mi vida, así que no veo porque eso deba ser diferente a partir de ahora.

El señor Miller puso los ojos en blanco hacia ella, pero por obvias razones, no podía decirle *no* a una London.

—Genial, maravilloso, todos ustedes harán mi día cada lunes —aquello estaba bastante cerca a sonar como una queja. Pero le entendía.

Lo que no entendía era como demonios mi culo había ido a parar hasta la sección A.

La escuela era aburrida, he visto a las mismas personas hacer las mismas cosas a lo largo de toda mi vida. Una especie de ritual, supongo. Yo tenía uno. Gabriel y yo subíamos a la azotea del colegio y escupíamos sobre las personas, era un juego, y las oportunidades de ganar radicaban en que tan verde fuera el escupitajo en cuestión. Yo siempre ganaba, por eso me gustaba el juego, las ventajas de ser un griposo, supongo.

Una vez subimos allí y ninguno tenía ánimos de escupir, lo que quería decir que estábamos bastante mal. Gabriel se había enterado de que si deseaba sobrevivir debían cortarles su brazo. Había sido una noticia muy grande para procesarla, y todos estábamos en shock. Sería el brazo derecho el que le cortarían, así que ahora él debía aprender a ser surdo.

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

—No vas a dejarme ¿verdad?

Yo aparté la vista de las cabezas de estudiantes debajo de mí. No sabía a qué se refería Gabriel con todo eso, pero no estaba de ánimos para responder de otra manera.

—Depende de la cantidad de tareas que deba hacer por ti.

Él miró al suelo muy serio, en otras circunstancias hubiese visto la broma en mis palabras, pero entonces solo se sentía mal, y yo estaba siendo un idiota como de costumbre. Creo que él entendía que las personas quisieran alejarse de él, aún cuando yo no podía entender el que lo hicieran.

Pero aquel día no dije nada, lo dejé que descubriera con el tiempo que yo no lo dejaría. Porque digo, ¿qué clase de maldita pregunta es esa para hacérsela a tu mejor amigo?

Me senté en el lugar donde él y yo solíamos sentarnos, mirando las cabezas de los estudiantes debajo de mí, y escuchando el bullicio de conversaciones que tenían cientos de estudiantes a la vez. Nunca me había sentido más solo. Algunas personas se sienten solas con el silencio, pero para mí es el ruido del mundo lo que me restriega en la cara que no soy como ellos, que apenas puedo decir dos palabras, y que no hay nadie para que las escuche.

Pero no tenía demasiado tiempo para quedarme allí y sentir como el bullicioso mundo dejaba atrás al patético chico que le miraba aburrido y fascinado al mismo tiempo. Tenía clase de matemática, y no podía seguir retrasando las miradas. Mi nariz moqueaba y yo la limpié de mi suéter —juro que lo lavo... de vez en cuando—, y ese fue el momento en el que dos figuras femeninas escogieron entrar a la azotea. Ellas son Elizabeth y Margaret —por supuesto ¿Quiénes más si no? —, y me ven con tanto dolor en sus ojos que me hacen sentir miserable. Odio esa mirada, he tenido tiempo de detallarla y siempre es la misma, es la que más recibo desde el entierro.

Me levanté y tomé mi mochila, mi nariz moqueó de nuevo y yo volví a limpiarme del suéter. Entonces comprendí que ellas posiblemente creían que estaba llorando, lo que sería algo comprensible ya que la alergia me deja los ojos hinchados y la nariz mocosa. Aún así no veía muy importante el tener que aclarar la situación, es decir “no es alergia, es moco” no suena muy agradable.

Y cuando pasé junto a ellas, Margaret dijo:

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

—No tienes que irte si no quieres, tú estabas primero.

Y quería decirle que si me estaba yendo tal vez, solo tal vez, era porque quería. Pero pensé que eso sonaría grosero, así que me abstuve, lo que es una especie de rehabilitación en la que estoy trabajando. Tratar de ser menos horrible-persona, solo callar. Además ese ya no era mi lugar, se veía extraño sin mi mejor amigo, sin vida, vacío. Pero me sentía optimista, porque tenía toda la pinta de que se convertiría de nuevo en la guarida de mejores amigos.

Caminar por el pasillo era extraño. De alguna forma había esperado ser víctima del bullying después de lo que hice, aunque no se qué clase de insultos podrían decirme, supongo que el bullying no es tan bizarro después de todo, al menos no en mi colegio. O tal vez haya demasiada lastima en ellos.

Y milagrosamente conseguí sobrevivir a mi primera semana.

Cuando regresé a casa el viernes por la tarde, mi madre me esperaba con una enorme sonrisa, supe que era un engaño inmediatamente. Lo más seguro era que había hecho helado y que luego dejaría caer la bomba sobre mis hombros.

Vizquel murió...

Gabriel tiene cáncer...

Las abejas cortejan a la flor y...

Le cortarán el brazo...

¿De qué podría tratarse esta vez?

Mamá nunca hacía ningún otro sabor que no fuese vainilla, por lo que me atreví a adivinar la gravedad de la situación, cuando mi bol estuvo repleto de un delicioso helado de chocolate. La noticia debía ser peor de lo que me imaginaba.

—Esta mañana estuve conversando con los Salinas —dijo ella, tanteando el terreno.

—Ah ¿sí? —intenté sonar lo más aburrido que me fue posible.

—Eh, ellos me dijeron que, esto... ellos me dijeron que iban a mudarse.

Yo permanecí inexpresivo, aunque probablemente me delató el que mi cuchara hubiese volado un par de metros lejos de mis manos. Incliné el bol sobre mi boca y bebí los restos de mi helado.

—¿Dónde?

—A la capital.

Cerré los ojos.

—¿Por qué?

Entonces mi madre comenzó con su discurso acerca del dolor, la perdida y las nuevas metas que debían plantearse. Y yo alcé la voz cuando grité que ellos simplemente no podían marcharse y hacer como si su vida en este pueblo jamás hubiese existido, como si Gabriel no hubiese existido. Yo estaba llorando, lo que me ponía aún más enfadado. Después del entierro me había convertido en una maldita fuente. No sé qué aspecto tenía, pero podía ver a mi madre sintiendo pena por mí; así que le dije un par de cosas horribles porque quería que me viera como una horrible persona.

Y más o menos así eran mis momentos familiares desde el entierro.

Me hubiese gustado ir a la casa de los Salinas inmediatamente después de enterarme de la noticia, pero era demasiado cobarde como para hacerles frente.

Ellos no podían estarse mudando, se llevarían todo con él. Se suponía que sobreviviríamos juntos a esta terrible experiencia. *Oh, dios, no creo en ti, pero no permitas que se lleven los recuerdos.*

Y quería subir a mi habitación para distraerme. Entrar en la red y ver qué cosas estaban pasando con todo lo que me gustaba, pero tenía miedo de encontrar algo realmente interesante y no tener nadie a quien contárselo.

Una de las ventajas de discutir, es que puedo oír mi voz. Y sé que no ha pasado mucho tiempo desde que Gabriel murió, pero desde que no hablo con nadie, no puedo recordar el tono exacto de mi voz. Es muy difícil, cada vez que hablo suena diferente. Otra cosa extraña es que sé que debería no poder pensar en que Gabriel murió, al menos no de la manera exacta y sin censura. Creo que no debería ser tan fácil. Es lo normal ¿no?

Es curioso, siempre había querido ser alguien más, sin padres, maltratado, que se burlaran de mí por ser feo. No sé, alguien cuyos traumas de su pasado le hicieran ser como es, y no un patético niño que estaba deprimido por el simple placer de decir que estaba deprimido. Y ahora tenía una maldita buena excusa, que me destrozaba y desearía deshacer, es como si quisieras tener un yeso, y luego te caes y te rompes el brazo y dices "Oh, esto es lo que es, no, no lo vale". No encuentro palabras para describir lo inmaduro que era entonces, más que con: *era un niño*.

## Capítulo 4.

Me asomé por la ventana esperando ver cajas apiladas que obstruyeran la visión de un montón de cajas detrás, o cualquier cosa que mostrara signos de que una mudanza estaba cosiéndose allí. Pero lo único que vi fue las paredes pálidas que Gabriel había pintado orgullosamente con su mano izquierda. Luego el rostro de Rudy Salinas se asomó detrás, y yo caí al jardín cuando di un paso atrás. Era patético, siempre me pasaba, porque los Salinas me ignoraban cada vez que sugería demoler ese maldito escalón y porque yo no podía dejar de husmear.

Rudy vino fuera antes de que yo terminara de ponerme en pie, estaba riéndose de mí, lo que me hubiese parecido gracioso en otra oportunidad, pero, dadas las circunstancias. Ella me invitó a entrar, y entonces pude ver las cajas.

Pero no eran las enormes cajas que yo pensaba que encontraría. No. estas eran cajas de zapatos, un montón de ellas, alineadas como si formaran parte de la decoración.

Rudy me ofreció un vaso de chocolate con leche, y yo bebí despacio de él. Había algo en el chocolate de la señora Salinas que lo hacía ser especial, mejor que cualquier otro chocolate que hubiese probado jamás. Incluso mejor que el que mi madre preparaba, aún cuando yo ponía cuidado de comprar la misma marca que usaba Rudy. Entonces ella se sentó, mirando al suelo fijamente, estaba como en un trance. Posiblemente perdida en recuerdos. Un momento después, sonrió.

—Estuve revisando su habitación.

Y para mi sorpresa, solo asentí.

—Encontré un montón de cosas, de cuando él... de cuando... de cuando él creía que.

Ella rompió a llorar desconsoladamente, y yo la dejé que lo hiciera porque no tenía una idea mejor. Limpié un par de lágrimas de mis mejillas, mientras esperaba a que la madre de Gabriel superara su crisis. Aunque sabía que posiblemente nunca lo haría.

Unos minutos después ella volvió a sonreír.

—Sé que hay un montón de cosas que un hijo no quiere que sus padres descubran en su habitación, pero tú no viniste nunca más, y yo debía limpiar —ella se sentó muy erguida—, encontré algo muy interesante —anunció.

Yo estaba seguro de que Gabriel no guardaba las revistas porno en su habitación, pero no dije nada.

—Es algo parecido a un testamento —Rudy sonrió—; allí, mira —ella señaló una caja de zapatos abierta sobre la mesa—. Hay un montón de cartas, leí un par de ellas, pero no pude leer el resto, se sentía mal ¿sabes? Esas cartas no son para mí. Revisé todas las cajas, pero solo encontré dos cartas con mi nombre.

Miré las cajas con los ojos muy abiertos. Cartas. Era una buena manera de mantenerse con nosotros, él sabía lo mucho que lo extrañaríamos. Lo que no entiendo es porque no se deshizo de ellas una vez lo peor hubo pasado.

—Encontré también un montón de basura, pero en el improvisado testamento de Gabriel decía que eran muy importantes para ti.

Podía llegar a imaginar el montón de tonterías que Gabriel hubiese pensado que eran importantes para ambos. Ya no me gustaba la idea de coleccionar basura, mi atención estaba solo puesta en las cartas.

—Puedes tomar lo que quieras, Dedos, Gabriel especificó que su ropa, Ipod, zapatos, y todo lo de su habitación, eran para ti. Y que solo en caso de que no las quisieras, debían ser donadas. Estoy tratando de acostumbrarme a la idea de extraños usando las cosas de mi niño, sería más fácil para mí verte a ti con ellas.

Y mientras ella daba su discurso, yo me acerqué a la caja en el centro de la mesa, miré dentro de ella y vi... cartas.

—¿Puedo leerlas? —pregunté con timidez.

Ella me miró contrariada cuando dijo:

—Oh, cariño, tampoco son para ti, lo siento tanto. Y preferiría que solo las leyera la persona a la que fueron dedicadas.

Pero yo no la escuchaba del todo, revisé las cartas, curioso por saber a quién les pertenecía. Y tal vez me perdí un gran tramo de la conversación, porque cuando volví a escuchar a la señora Salinas, ella decía un nombre. Elizabeth London. Miré en su dirección rápidamente,

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

pero entonces regresé a las cartas, y cuando lo hice, leí el mismo nombre en el primer sobre de la caja.

Mi mejor amigo había dedicado las horas en las que pensaba que moriría, para escribirle a una persona con la que nunca hablaba. Saqué el empaquetado montón de sobres, y comencé a rasgar sus amarros.

—En el *testamento* especificaba que las cartas debían ser entregadas en orden, una cada semana —se apresuró a decir Rudy—, no sé cuantas hay, pero creo que son cerca de cincuenta cartas.

Gabriel no había dejado un solo pedazo de papel escrito para mí. Gabriel me abandonó completamente. ¿Por qué? Se suponía que él era el bueno, el sentimental y considerado. Mis ojos se estaban llenando de lágrimas porque yo quería saber cuánto me quería Gabriel, cuanto me seguiría queriendo después de la muerte. Pero no había inspirado ni una sola palabra en aquellos días oscuros de parte de él, aún cuando yo siempre había estado allí, tratando de absorber la mayor oscuridad que me fuese posible.

Y era consciente de que la mayoría del tiempo yo era una piedra en el zapato de Gabriel, pero también habíamos tenido buenos momentos. Yo también había hecho un montón de cosas consideradas, y jamás había pedido nada a cambio. O al menos eso pensaba hasta aquel momento, cuando descubrí que dependía de los sentimientos de Gabriel; porque se suponía que él era la única persona que me entendía y quería, así fue como crecí creyendo, y si yo no era importante para él, toda mi vida se convertía en un revoltoso sin sentido. Una mentira.

Creo que de alguna manera siempre había esperado convertirme en el ser más importante que Gabriel dejaba en tierra. Reí, dándome cuenta de que no dejaba de ser una horrible persona egoísta, jamás dejaría de serlo. Asentí con la cabeza y alcé la vista, las lágrimas se deslizaron por mis mejillas, pero no me importó.

—Así que él quiere... *quería*, que Lizie recibiera las cartas.

Rudy sonrió.

—Podríamos hacerlo juntos. Yo te daré una carta cada semana, y tú se la harás llegar a la chica ¿Qué opinas?

Pensé en sus palabras por un momento.

—¿Usted no iba a mudarse?

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

—Oh, olvídate de eso cariño, esto es más importante que una tonta mudanza.

Y debería haberme sentido entusiasmado con el pensamiento de que los Salinas no se mudarían, pero algo más estaba inquietándome.

—Pero, son más de cincuenta cartas, eso es casi un año. ¿De verdad va a quedarse aquí? —y mientras Rudy asentía con entusiasmo, añadí mi otra inquietud—. ¿Por qué tengo que ser yo quien le entregue las extrañas cartas de un chico muerto a una niña con la que apenas ha hablado en su vida?

Rudy no se inmutó cuando dijo:

—Porque tú te mezclas entre su gente; y además, yo soy un adulto. Dedos, toda la situación quedaría aún más extraña si se tratara de mi dándole las cartas de un chico muerto a una niña muy bonita con la que apenas ha hablado. Podrían interpretarlo como locura, demencia tras la pérdida de mi pequeño. Pero sobre todo, porque Gabriel quería que tu lo hicieras.

Aún cuando sus argumentos eran convincentes, yo no estaba demasiado seguro de que aquello fuese una buena idea. ¿Cuál era el punto? No le estaban haciendo nada a Gabriel, él ya no estaba aquí para conocer las reacciones de la chica que inspiraba sus palabras. Esto era solo bueno para la chica, ella se sentiría más importante aún de lo que cree que es y de lo que, de hecho, es.

¿Olvidé mencionar que ambos, Los London y los Von Eckermann, se codeaban entre las más importantes familias de todo el país? Los primeros eran los más ricos en el pueblo, y creo, creo que estaban entre el puesto número dos o tres de los más ricos en todo el país. Los segundos, eran dueños de una importante empresa distribuidora de alimentos. Era posible que por todo esto Elizabeth se sintiera como una reina, en lugar de por las razones que di anteriormente. En fin, ¿En qué mierda me había metido Gabriel?

## Capítulo 5.

Y tan ridículo como sonaba, yo vivía en *el cielo*, un pueblo bastante pequeño, a las afueras de Upata, en el estado Bolívar. Yo diría que más que tranquilo, es aburrido. Supongo que debido a esto el nombre le va como anillo al dedo. Mi hermano de alguna manera logró entrar a la universidad católica Andrés Bello con una de esas becas de “estudia ahora, paga después”, tendría una deuda tremenda, pero ahora estaba disfrutando.

Él vivía con nosotros en el cielo, pero cuando comenzó la universidad se mudó al departamento de un amigo en Ciudad Guayana. A donde estaba dirigiéndome justo ahora. No sabía porque lo hacía, pero estaba yendo a hablar —entre todas las personas— con mi hermano.

Dudé unas treinta veces mientras el autobús me llevaba por la autopista Manuel Piar, y otras treinta más cuando bajé para tomar un segundo autobús que pasara junto al departamento de mi hermano. Pero la decisión ya estaba tomada, así que fui un hombre y llamé al intercomunicador del edificio.

El amigo de mi hermano era alto y bastante corpulento para tener solo dieciocho años —o tal vez era que yo era un pequeño escuálido—, extrañamente había una copia de él deambulando de aquí para allá. Vale, mi hermano vivía con gemelos idénticos. Después de un momento descubrí que no eran tan parecidos. Uno de ellos, Braulio, era callado y sonreía de cualquier cosa que mi hermano dijera, el otro, Ernesto, no paraba de hablar y solo reía de sus propios chistes. Los medio recordaba del colegio, pero yo realmente nunca les presté atención a los amigos de mi hermano, así que.

Ernesto estaba hablando de cómo ama a las mujeres universitarias, mientras Rodolfo movía sus manos como si estuviese dirigiendo un auto para ser estacionado.

—Oh, Rodolfo, recuerdas a Carla y Sara, ¡sarita, sarita! Ella si sabía chuparla.

—Ernesto, ¿podrías moderar tu vocabulario? él solo tiene catorce años —pidió mi hermano.

Ernesto me miró un momento. Yo bajé mi chocolate caliente y limpié mi bigote marrón.

—Nah, este tiene pinta de que se las tira en el baño del colegio —dijo él.

Y no sé qué aspecto tenía mi rostro pero ambos rieron cuando me vieron. En su defensa, podía sentir la sangre acumulada en mis mejillas.

—No todos son unos bestias, Ernesto —me defendió Braulio. Él era el gemelo sensato.

—¿Qué? ¿De verdad no sabes nada del tema? —preguntó un curioso Ernesto.

—Ya, la charla de las abejas y la flor, lo tengo —dije. Milisegundos después me di cuenta de que tal vez esa referencia me hacía ver aún más inmaduro en el tema.

Ernesto me miró en un pequeño estado de shock y volvió su vista hacia mi hermano, quien me miraba con una pequeña sonrisa. Mientras tanto, yo estaba maldiciéndome por no haber callado como siempre hacía. Oh, mi cabeza, esa cosa que pensaba, y pensaba, y pensaba. Y jamás le agradaba ninguna intervención, porque era más fácil cuando callabas, así nunca tenías nada que explicar, y como explicar es hablar, no hablabas. Una especie de círculo vicioso, supongo.

Aún así estaba feliz de quedarme a solas con mi hermano.

Él se sentó frente a mí y apagó el cigarrillo en el bonito cenicero sobre la pequeña mesa en su cuarto.

—¿Desde cuándo fumas? —pregunté.

Él me sonrió.

—Creo que... —hizo una pausa mientras buscaba en su memoria— ...desde los doce años, más frecuentemente desde que tenía tu edad. Tú nunca fumes.

La última frase la agregó con mayor fuerza, y yo solo asentí con la cabeza.

Nos quedamos en silencio mientras yo estudiaba su habitación, era extraño como me había acostumbrado a las paredes llenas de cosas raras y góticas como descripción de la habitación de mi hermano; pero esta solo tenía un calendario y los muebles estrictamente esenciales.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

—¿Qué pasa Dedos?

Me pregunté si mi rostro era tan expresivo como parecía ser, o si era que la gente me prestaba mucha atención desde el entierro, porque todo mundo se había vuelto un excelente lector de *Dedos*.

—¿No puedo venir a visitarte?

—Sí, puedes. Cada vez que quieras —me volví a ver a mi hermano porque su voz se quebró en la última palabra. Él me sonreía—. Pero estás aquí para hablar de algo, lo sé, tu boca se ha estado abriendo y cerrando desde que llegaste.

Quería decir que siempre quería decir algo, pero me pareció un comentario estúpido. Sin embargo no pude evitar recordar cuando Gabriel y yo habíamos corrido por el bosque hasta un pozo que formaba un pequeño río, habíamos nadado toda la tarde, y en algún momento él se había sostenido de una roca con su única mano, y había dicho:

—Sabes, las personas deberían enamorarse solo de gente que la ame. Solo deberían amar a gente con el suficiente interés en ellos para descubrir los detalles.

Y yo lo había entendido. Era por eso que amaba a las personas que amaba. Porque yo sabía que él era incapaz de pelear sin sonreír, y que aun así eso no significaba que estuviera contento, y sabía que cuando parpadeaba más de dos veces era porque estaba avergonzado, y que se comía la corteza de la pizza al final porque era su parte favorita. Y él sabía que yo siempre movía un dedo a escondidas cuando me avergonzaba algo, y que a veces sorbía mi nariz por costumbre y no por alergia, y que mi cabello crecía hacia la derecha.

Pero aún así no escribió una sola palabra para mí.

De mala gana me senté en la cama de mi hermano, y a pesar de todo, dije:

—Lo extraño.

Porque *lo echo de menos* no me parecía apropiado.

Mi hermano voló a mi lado y me abrazó tan fuerte que sentí como mi cabeza se iba poniendo roja. Él sobaba mi espalda y juntos nos

mecíamos atrás y adelante. Cuando nos separamos él secó mis lágrimas mientras me susurraba que dejara de llorar.

—Y necesitas hablar con alguien... ¿o me equivoco? —de alguna manera él había comprendido la razón exacta de que yo estuviese allí: no tenía a nadie más.

Negué con la cabeza mientras lo empujé lejos para secar mis propias lágrimas.

—No me escribió una sola estúpida carta —las palabras salieron antes de que pueda pensar en ellas.

—Dedos, él no sabía que iba a morir.

—Oh, no, por supuesto que lo sabía —dije—, ese maldito egoísta le escribió un montón de cartas a alguien que apenas conocía, y nada para mí. Solo la basura inservible que no podría usar a menos que volviera a ser un niño.

Estaba sorbiendo mi nariz, tratando de no ver el rostro en estado de shock que podía adivinar en la cara de Rodolfo.

—¿Has hablado con alguien de esto?

Negué con la cabeza.

—Dedos, quiero que le digas a mamá que quieres hablar con alguien ¿de acuerdo?

Fruncí los labios. No me importaba con cuantos psicólogos me hicieran hablar, de hecho, no me importaba hablar con alguno de ellos, existían por alguna razón.

—Estoy bien, Rodolfo, estoy bien.

Pero no necesitaba un psicólogo, necesitaba un amigo. *Mi* amigo.

Él siguió mirándome con su cara de constipado. Yo saqué mi nueva caja de Loratadina y tomé una. Creo que me estoy volviendo un adicto.

Cuando dejé el departamento de mi hermano, él me miraba fijamente con sus ojos llenos de intranquilidad. Yo apreté una sonrisa y me fui. Creo que Rodolfo evaluaba si debía o no llamar a mi madre por teléfono. Realmente esperaba que en mi tan legible rostro hubiese

algún indicio de confianza para él, porque pensándolo mejor no me apetecía hablar con ningún desconocido.

Así que me fui, y me detuve solo en la pequeña ciudad de Upata para pensar bien en lo que iba a decir. Y para tomar un taxi a El cielo. Me llevó quince minutos llegar a mi destino, una vez allí, pagué al conductor. Me bajé. Divisé un buzón. Dejé él sobre...

—¿Dedos?

Por supuesto que esto tenía que pasar.

A Rudy se le había ocurrido la brillante idea de comenzar ese mismo sábado con el asunto de las cartas. Así que yo había sopesado una y otra vez en que escenario podría dársela. Creí que anónimamente sería la mejor de las opciones. ¿Que la muchacha iba a asustarse?, si, pero era mejor que la alternativa de tener que explicarle la estupidez que me había dejado Gabriel para hacer.

Aunque ahora ya no había otra opción.

Miré dentro de la enorme mansión London, sintiéndome cohibido por quien podría llegar a conseguir una casa de ese tamaño legalmente. Lizie estaba parada allí, como un ángel malditamente inoportuno.

Ella sacó el sobre que me había visto meter en su buzón y me miró con una extraña expresión.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Este... ¿tu correspondencia?

—Oh, no sabía que eras mensajero ¿en qué empresa trabajas?

—Aaaaah, en...

Pero entonces ella miró el sobre, supongo que buscaba algún membrete o identificación que se explicara por mí. Y lo encontraría, por supuesto que sí.

Lizie alzó la vista y me miró con sus ojos estrechos.

—¿Esto es una broma?

*Si, Gabriel debe estarse retorciendo de risa en su maldita tumba.*

—Escucha, eso es una carta, él la dejó para ti, solo léela; y no te entristezcas mucho, recibirás una cada semana.

Me volví esperando que fuera suficiente información. No quería hablar más del tema.

—¿Pardon? —dijo con un bonito acento.

Ella me rodeó y bloqueó mi camino, fue lo bastante abrupta como para que yo apenas lograra no chocar con ella.

—¿Él? ¿Gabriel? —me miró. En su defensa, verdaderamente lucía como si esperaba que dijera ¡ajá, caíste! —¿Gabriel me escribió una carta? ¿A mí?

Yo la miré de vuelta. —Estoy tan confundido como tú —dije.

Nos sostuvimos la mirada hasta que yo la desvié, me sentía incomodo. Creí que ella también podría leer mi rostro como todo mundo parecía poder hacer. Ella se enderezó y serenó su expresión, mientras yo tomaba una hoja de un arbusto cercano y la doblaba hasta crear una hoja cuadriculada.

—Estoy yendo por un helado, ¿te gustaría acompañarme? —dijo—. Creo que esto es una especie de cosa importante, y que merece un poco más de explicación.

Respiré profundo y metí la hoja en mi bolsillo.

—Escucha, yo no soy bueno explicando cosas, si quieres saber más, abre la carta. Lee la explicación que Gabriel tiene para todo esto, él era mejor con las palabras. Yo... tengo cosas que hacer justo ahora —mentí con la última parte, pero era solo un detalle.

Ella me miró, su rostro parecía rendirse, realmente no tenía idea de lo mucho que me costaba hablar sobre el tema, y yo no iba a decírselo. Yo estaba por irme cuando una ronca voz preguntó por quién era yo. Me volví y tuve que alzar el mentón para ver al intimidante hombre que me eclipsaba el sol. Cuando salí debajo de su sombra, noté que en realidad no podía estar muy cerca de los treinta.

—Es un amigo, Brian. Dedos, él es Brian, mi hermano.

Yo lo miré con desconfianza antes de sacudir mi mano una vez en el aire en forma de saludo. No sé porqué, pero la pinta de aquel tipo no

me hacía querer estrechar su mano, aunque no era como si él me la hubiese ofrecido.

Con un seco *adiós*, me alejé de la mansión London.

## Capítulo 6.

José Gregorio Hernández, así se llamaba mi colegio en El cielo. Lo que tenía sentido ya que es considerado un santo y un prócer de la patria, algo relacionado con la medicina, creo. Este también resulta ser un colegio público. Cualquiera pensaría que es extraño que los hijos de la familia más importante del estado estudien en una escuela pública, pero supongo que tiene que ver con que es la única escuela en El cielo.

No es como si los London hubiesen permitido que sus hijos fueran a alguna escuela mediocre, y no es como si todas las escuelas públicas fuesen mediocres. Pero esta solía serlo. Hasta que algún London les regaló el terreno de en junto, y donó una biblioteca, una sala de música, un montón de canchas, una piscina olímpica, una sala de tecnología y un enorme comedor; hasta teníamos vestuarios para cambiarnos después de hacer deportes. En resumidas cuentas, tenemos a un montón de gente viniendo de otros pueblos y ciudades, y siendo una escuela relativamente pequeña, se ha convertido en una especie de elite donde los habitantes de El cielo tenemos prioridad por aquella ley de "todo venezolano tiene derecho a recibir sus estudios en el colegio más cercano a su comunidad", aunque no sé si así va la ley. Pero de todas maneras esto ha conseguido que algunas *chusmas* se muden a mi aburrido pueblo.

Así que voy a la mejor escuela del estado junto con algunos miembros de la tercera o cuarta familia más rica del país.

Él lunes por la mañana me fui directo al "área restringida", el profesor Miller no había llegado. Pero lo hizo casi al mismo tiempo que Lizie entraba con Magui pendiendo de su brazo. Sentí una especie de alivio de que al menos me quedaba hora y media antes de tener que escuchar cómo se sentía acerca de las palabras que Gabriel había escrito para *ella*.

Así que podía estar solo con mi alergia mientras corría de aquí para allá por todas las canchas múltiples. Juro que no puedo recordar una mañana en la que no hubiese despertado con alergia, cambio las sábanas, limpio mi cuarto, duermo con papel higiénico en la nariz; pero sigo despertando con estornudos incontrolables. Me atrevería a decir que más que a cualquier otra cosa, soy alérgico a la mañana.

Trotamos y vimos algunos pases del básquet. Fuimos un desastre.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

Al final de la clase no fui directo a los vestidores, como todo mundo hizo, no veía el punto de cambiarme la ropa, si de todas formas seguiría usando mi suéter; pero el profesor de la siguiente clase si lo vio, así que me mandó fuera y yo tuve que ir a ducharme y ponerme el uniforme reglamentario, porque aparentemente *para eso estaban las duchas*.

Gabriel solía decir que yo era un —y cito— cerdo asqueroso. Dejó de decirlo cuando descubrió que las mujeres llamaban así a los hombres, y no porque no se ducharan muy a menudo.

Así que más o menos había logrado evitar a Lizie hasta esa temible media hora que necesitábamos para comer y que nos dejaría en la misma habitación... llena de personas.

La vi inmediatamente después de entrar en el enorme comedor donado por sus antepasados en algún punto del siglo XX, el comedor ofrecía comida gratis como todo colegio público ofrece desde que es obligatorio, y también tenía una cantina para los que no le gustaba el menú. Yo me formé en la fila y tomé mi sándwich de jamón y queso, y mi medio cuartito de chocolatina, tenía buen aspecto y yo estaba reuniendo para ir a cariña —parque acuático— en un futuro próximo, iba a ir con Gabriel, pero dadas las circunstancias.

Lizie se acercaba caminando hacia mí, podía ver como ella simplemente podría arrastrarme fuera del comedor y darme la charla, así que rápidamente pensé en mis opciones. Vi a Erick Sullivan conversando alegremente con un grupo de chicas, y supe que era mi única oportunidad. Pinté una sonrisa en mi rostro y grité con toda la efusividad de la que fui capaz.

—¡¡EY, ERICK!! —creo que sonaba desesperado, lo que explica la expresión de alarma en su rostro.

Él había sido amable los primeros dos días de clase, pero se había rendido cuando descubrió que yo simplemente seguiría evitándolo.

—Dedos, ¿qué cuentas?

De alguna forma me las arreglé para sonreírle, y me atrevería a decir que me creyó.

—Bien, ya sabes, sobreviviendo como el resto —pero vi en sus ojos que tomó lo que dije exactamente como lo dije, y exactamente como lo sentía.

—Lo siento hermano —él dijo, me invitó a sentarme junto a él y una chica se hizo a un lado para abrirme paso. Pero yo solo podía pensar en: *¿Quién dice hermano por estos días?* Gabriel lo decía, pero él era raro, por lo que este tipo de cosas estaban permitidas.

Sentí la mirada de Lizie tres puestos más allá, supongo que para el momento ya sabía de mis planes para ignorarla. Digo, ¿no podía simplemente limitarse a tomar y leer las malditas cartas?

—Es una verdadera pena ¿no? —Dijo una chica— la forma en la que todo pasó, el cáncer no fue suficiente y entonces...

La chica calló abruptamente, apenas soy consciente del ademán que hizo Erick.

—¿Estás bien, hermano?, no fue su intención —él dijo.

—Estoy bien.

Le di un mordisco al pan y escupí el plástico que lo envolvía, algunos rieron, pero sabía que solo eran risas nerviosas y no porque les pareciera gracioso.

Al final del desayuno fui a clases, Lizie ya había captado la indirecta, así que ni siquiera volteó a verme. Estaba feliz con eso. Esperaba que ella estuviese feliz con las cartas, porque era lo único que recibiría de mí. Quiero decir, de Gabriel.

Pero supongo que con perseverancia y esfuerzo fue que los London llegaron a reunir tantos bienes, porque una de sus descendiente no se rindió hasta acorralarme en la salida del colegio.

Lizie trotaba junto a mí en mi camino a casa, yo pretendía ignorarla pero ELLA NO SE IBA.

—¿Qué?! —me volví para enfrentarme con sus grandes ojos dorados, mirándome como si yo fuese un monstruo.

—¿Cuál es tú problema? —preguntó. Parecía estar a punto de llorar.

Quería decirle que ella era mi problema, pero: uno, eso no era totalmente cierto; y dos, era bastante trillado.

Respiré hondo, tal vez si tomaba todo él aire ella se desmayaría y me dejaría en paz. Sin embargo, no sucedió. Seguía mirándome como si yo estuviera infringiéndole el peor daño que había sentido en su vida.

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

Tal vez la ricachona era tratada como la reina que creía ser las veinticuatro horas del día. Sencillamente ridículo.

—Solo creí que tú querrías hablar del asunto que tenemos. No tienes porque tratarme de esta forma

La miré con los ojos estrechos.

—¡Tú y yo no tenemos ningún asunto! —dije con frustración.

Ella frunció el ceño, ya no lucía herida.

—Dedos, la carta, la de Gabriel. Creo que ese es un asunto que tenemos en común. Tú me la diste.

—Sí, bueno, no tendrás otra hasta el final de esta semana, así que... —murmuré de mala gana.

Quería volverme e irme a casa, a hacer cualquier cosa menos hablar de las cartas que Gabriel había dejado para *ella*.

Respiré hondo nuevamente, tal vez esta vez funcionaba. Cuando la miré de nuevo, ella me sonreía. Solté el aire con frustración.

—Vamos a caminar, ¿Sí? —dijo, tomando mi mano—. Vamos.

Caminamos rodeando el colegio, a una enorme plaza que terminaba en parque nacional o algo —terminaba en un montón de arboles—. Esta estaba llena con los estudiantes que salían del José Gregorio. Lizie me llevó a un banco, mientras yo ponía todo mi esfuerzo en no fruncirle el ceño.

—¿Por qué me odias? —preguntó.

Yo bufé.

—No te hice nada.

Miré como los niños más pequeños jugaban a correr de aquí para allá. Había un grupo de niñas jugando alguna fantasía que se habían inventado, donde el tobogán era un acantilado y las otras niñas tiraban de la que caía.

—Sé que estás pasando por un mal momento —ella hizo un ruido extraño con su boca—. Creo que *mal* no es apropiado. Pero no sabes cuánto lo siento.

*Lo siento*, era lo mismo que todo mundo decía, sin falta. Recuerdo como había quedado tan sorprendido, mirando a la fila que había frente a Rudy en el funeral; todos esperando su turno para decir *lo siento* a la pobre madre que había sufrido aquella pérdida. Y recuerdo como intenté decir las pero simplemente no salían.

—Lo siento —dije ante el recuerdo.

Un niño se había puesto en el lugar de la niña que caía por el tobogán/acantilado.

—Está bien, no te preocupes, podemos empezar de cero ¿Qué dices?

—*Amigo, dame la mano, ¡amigo, amigo! No te caigas* —gritaban las niñas. Un patético nudo envolvió mi garganta cuando el niño respondió—: *no me dejes caer*.

Lizie tomó mi mano.

—¿Quién sabe? Con algo de suerte podemos llegar a ser buenos amigos.

—¿Suerte? ¿Quién necesita la estúpida suerte? —Dije, tal vez alcé la voz demasiado— ¿Dónde estaba la suerte cuando Gabriel murió? ¡Dime! ¿Dónde estaba la maldita suerte cuando fue diagnosticado con cáncer? ¡¿Dónde estaba la maldita suerte cuando su estúpido brazo fue cortado?! Burlándose de él. Curándole la enfermedad, solo para que muriera por un jodido hombre manejando ebrio.

Y con un solo respiro dije lo que había estado guardando durante todo el verano, algo que todo mundo sabía pero que nadie se atrevía a decir. Porque era demasiado doloroso. De ser por mí, enviaría a la horca al imbécil hijo de puta que arrojó su cuerpo como si fuese un maldito perro en medio de la calle.

Lisie estaba abrazándome. Yo estaba llorando. Señores preguntaban si estaba bien. Lizie asentía con la cabeza.

Y no era como si yo tuviese algo personal contra la suerte, simplemente había estallado. Punto. Y *ella* había estado allí.

## Capítulo 7.

Lloré durante mucho tiempo, e incluso cuando ya no lo hacía, Lizie y yo nos quedamos sentados en la banca hasta que las luces de la plaza se encendieron, como anunciando que ya era momento de irnos. Evité mirarla a los ojos mientras caminábamos, no porque me avergonzara haber llorado, más bien porque aquel había sido de alguna forma el momento más íntimo que había tenido con alguien fuera de mi familia, y era extraño que fuera con *ella*.

En el camino a casa, Lizie no paraba de hablar de un montón de estúpidas cosas que a nadie le importaba, creo que se les llaman trivialidades y están hechas para tener una conversación sin necesidad de entrar en temas peligrosos; pero aún así me molestaban. En el camino recogí una piedra que tenía la mitad blanca y la otra mitad roja con tachones naranja. Era una buena forma de ignorar la voz de Lizie, agachándome no se oía tanto. Metí la piedra en el bolsillo de mi suéter y seguí arrastrándome junto a ella.

Así que llegamos a esta esquina donde ella debía cruzar la acera e ir a la calle de los ricachones, y yo debía seguir a mi zona más humilde. Lizie me sonrió y me saludó con la mano, yo improvisé un patético saludo militar y me fui.

Al día siguiente ella me esperaba en ese mismo lugar, podía ver como comenzaría a formarse nuestras rutinas. Sabía que ella vivía cerca, me la había encontrado un par de veces en ese mismo cruce, pero no esperaba tener que ir todos los días con ella a clases.

Así que Lizie comenzó a convertirse en una especie de sombra, o tal vez era yo su sombra, como sea. Yo no podía entender cómo es que le gustaba estar conmigo ¡¡yo no hablaba de absolutamente nada!! Después de la primera clase, ella me acompañó a la segunda, y se paseaba a mi lado como si fuéramos los mejores amigos en el mundo, lo que era perturbador. Sus amigos se nos unieron en la segunda clase y luego Erick también lo hizo.

Apenas me estaba dando cuenta de que el grupo de Lizie era considerablemente más grande desde que yo estaba en él, no era como si fuese egocéntrico, pero te dabas cuenta de las cosas cuando todo el mundo sentado junto a ti en la mesa del comedor intentaba

hablar contigo. Algunos incluso preguntaban directamente como lo estaba llevando.

Yo me encogía de hombros y Lizie hacía algún comentario al que la gente prestaba atención inmediatamente, como: *mi hermano está pensando en la posibilidad de hacer un viaje cuando pasemos a diversificado*; o algo más: *¡por dios! Te ves tan hermosa con esos pendientes*.

Entonces me di cuenta de que ella realmente había entendido que yo no quería hablar del tema. Aún así intenté escabullirme a la hora de salida, pero ella me siguió hasta esa esquina, y se despidió con un *hasta mañana* que sonaba bastante similar a una amenaza. Aunque sirvió más como advertencia que me ayudó a no desequilibrarme cuando la vi al día siguiente, esperando en la misma esquina.

—Hola —dijo—, ¿se te pegaron las sabanas?

Un gemido fue mi única respuesta.

Ese día estuvo aún más atenta que el anterior —si es que eso era posible—. Ni siquiera habló en el camino a la escuela, el único problema es que estaba determinada a no separarse de mí ni un solo momento. Era ridículo. Incluso me esperó fuera del baño, bueno, fue al final del pasillo, pero aún seguía siendo raro. Un chico alto y todo desgarrado — por esa desafortunada etapa de desarrollo con la que estaba altamente agradecida por haberme ignorado hasta los momentos—, se unió a nosotros en nuestro camino de regreso a casa. Él insistió en llevar la mochila de Lizie, y yo no pude evitar mirarlo con el ceño fruncido. Estaba seguro de haberme perdido la parte en la que lo declaraban su esclavo.

Él chico —Raúl— debía desviarse de la ruta unas tres cuadras antes de llegar a la esquina en la que Lizie y yo nos despedíamos. Inmediatamente después de que él se fuera, ella comenzó a hablarme de cómo Raúl era muy atento y considerado, al parecer había estado enamorado de ella desde siempre. Ella lo sabía, y todo mundo lo sabía. Pero aún así Raúl no parecía capaz de decírselo.

Miren eso, Gabriel no era el único.

—Y ¿Qué hay de ti? ¿Te gusta alguna chica?

Me contuve de fulminarla con la mirada, había pasado mis últimos tres días solo, y exclusivamente con ella ¿no era obvio pensar que si me

gustara alguna chica ya hubiese aparecido para estas alturas? Al menos en mi campo de visión.

Negué con la cabeza.

—Pero debes haber salido con alguien alguna vez.

Torcí el gesto. No tenía ganas de aceptar frente a ella el que hasta hace poco me había costado hablar con las niñas sin sentir cierta... mmm... no sé como describirlo. Solo me gustaba jugar con autos, figuras de acción, legos, esos complicados juegos de mesa, ir a explorar la selva detrás de mi casa e imaginar que podía llegar caminando al vecino amazonas; y desde que la mayoría de las niñas preferían las muñecas, o estúpidos juegos de fantasía, su presencia me parecía indigna.

—Una vez una niña me dio un beso en medio de una fiesta ¿eso cuenta?

—Eh, depende ¿querías ese beso?

—No —me encogí de hombros.

—Oh, tu primer beso fue robado.

Entonces es cuando por fin recuerdo a Margarita, la prima de Gabriel. No sabía qué exactamente había pasado conmigo aquella noche, tal vez ella me había corrompido después de todo. Pero si recordaba que yo también había querido estar besándola y toda la cosa, aunque no de una manera a largo plazo, de eso estaba seguro.

—Supongo —dije—, ¿debería informarle a la policía o algo?

Lizie sonrió, aunque yo quería burlarme más que hacer una broma. Parecía feliz por alguna razón que escapaba de mi comprensión.

—Bueno, de hecho no cuenta para nada —anunció—, tú no lo querías.

Otro fugaz recuerdo llega a mi memoria y digo:

—Pero ese no fue mi primer beso —no fui realmente consciente de mis palabras hasta que fueron pronunciadas en mi boca.

Y misericordiosamente ya estábamos en la esquina. Me despedí con un asentimiento de cabeza y ella me sonrió tal vez con demasiada efusividad para mi gusto.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

Sentí como mis mejillas habían enrojecido, aunque no era debido al sol o la caminata. Era por las vergonzosas palabras que había dicho allá atrás, aunque existía la posibilidad de que ella no lo recordara — tenía mis esperanzas puestas en eso—, era suficiente con que yo lo hiciera. ¡Dios, éramos tan pequeños! Aunque para entonces Lizie me sacaba un par de centímetros.

Había sido antes de todo el drama, y las amputaciones, y el dolor. Ella había ido a mi casa a comer ese maravilloso helado que mamá preparaba cada sábado sin falta —ya no lo hace más, a no ser que hayan malas noticias—, y yo no había parado de hablar acerca de cómo ella no tenía permiso para tocar mis juguetes. Recuerdo que yo no entendía porque debía jugar con aquella niña si había dejado claro que ella no me agradaba, incluso se lo había gritado en la cara en una ocasión, lo que la había hecho llorar.

De cualquier forma la pequeña Lizie había estado allí, soportando mis denigraciones y jugando con tierra al final de mi patio, mientras yo dejaba caer un pequeño carro en una elaborada pista de carrera que yo y mi hermano habíamos improvisado con viejas piezas de auto de mi padre y esa cosa con la que se divertían los pobres llamada ingenio. Entonces Lizie me había pedido observar y yo la había mirado con recelo, pero no la había mandado de nuevo a jugar con tierra y un palito. Cuando el auto hizo un mal giro y cayó en sus pies, ella lo había tomado para devolvérmelo. Yo estaba listo para culparla por llenar a mi auto de mala vibra con su presencia, cuando ella me besó.

Un beso casto e inofensivo, la clase de beso que una madre deposita en los labios de su hijo. Y no recuerdo como me sentí, creo que estaba sorprendido. Como sea, mi única respuesta fue darle otro beso y correr a esconderme en algún armario.

Sé que solo fueron estúpidos besos de niños, pero aún así fue la primera vez que me sentía de esa manera por alguien, y fue ese recuerdo lo que hacía sonrojarme. Porque a la semana siguiente Gabriel estaba siendo diagnosticado, y mi vida estaba dando un giro aún cuando nada estuviese pasando conmigo.

Al día siguiente, Lizie fue fiel en su persecución. El resto del grupo se había aburrido de mi presencia y mi constante falta de conversación. Como si pudiera importarme menos lo que pasaba con sus vidas. Además tenía suficiente con una acosadora. Lizie insistió en que les acompañara por un helado, pero cuando me negué me hizo prometerle que iría con ellos al día siguiente.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

Se lo prometí, pero no era como si yo fuese una especie de caballero de palabras; era más de los que cruzaba los dedos en su espalda. Así que el viernes cuando ella sacó a relucir mi promesa, yo alegué haberme dejado olvidado el dinero en casa; así que ella anunció que aquel día invitaría los helados.

—No hay forma de que permita que una chica pague por mí — dije. Era consciente de toda la indignación que había en mi voz, pero me sentía cómodo con ello.

Sentí una palmada sobre mi hombro.

—El machismo ya pasó de moda, hermano.

No me volví para ver quién me hablaba, porque con lo de “hermano”, me había hecho una buena suposición.

—Erick tiene razón, vamos por helados, yo invito.

Negué con la cabeza, y seguí negando incluso después de ser arrastrado hasta “*Los helados del señor Pepe*”, o al menos así solía llamarse antes de que algún hombre-araña-comediante borrara el nombre del enorme letrero, y ahora este anunciara “*Los helados del señor*”. Que era una especie de chiste muy bueno desde que el pueblo se llamaba como lo hacía; pero a Pepe no le había causado mucha gracia. Se armó un escándalo y la policía intentó descubrir al responsable arácnido, pero todo se había enfriado cuando el dueño había retirado la denuncia. Al parecer aquello era buena publicidad.

Mi padre me contó esa historia, porque esa heladería tenía más o menos mi edad; ahora los negocios habían seguido el ejemplo. Aquí y allá se veía una zapatería con: “*la gloria en cada pisada*”; o un supermercado con: “*el pan de cada día*”. ¡Por dios! Hasta teníamos una tienda porno que ponía: “*no puedes ir al cielo sin conocer el paraíso*”. La blasfemia iba de la mano con este pueblo, al parecer, lo peor era que el cura de nuestra pequeña iglesia no hacía nada para encaminarnos. Yo tenía mis esperanzas en que aún no hubiese visto la tienda porno, aunque no era como si pudiese evitar ser vista debido a que el pueblo no tenía realmente muchos negocios.

Todo mundo pidió su sabor favorito de helado mientras yo me alejaba para mirar por la ventana. No habían venido muchas personas, solo Erick, dos de sus amigas, Raúl y Lizie. Y yo, por supuesto. Pero el lugar estaba lleno de estudiantes, la calle también lo estaba, algunos preparaban excursiones para adentrarse en la selva, otros hablaban de

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

ir a nadar a un pequeño lago que quedaba cerca. A mí me interesaban más esos grupos.

Esperamos en la puerta a que Lizie pagara para irnos a la plaza, pero cuando ella vino lo hizo con una enorme barquilla de chocolate que estuve a punto de arrancar de sus manos. Pero logré contenerme solo lo suficiente para fruncirle el ceño.

—Vamos, es tu favorito.

Y pude haber protegido mejor mi dignidad si no estuviese completamente loco por el chocolate, así que decidiendo que esa deliciosa barquilla no era culpable de nada, la tomé de sus pequeñas manos.

—Dios, ¿no tienes calor Dedos? —dijo Erick mientras caminábamos a la plaza. Se abanicaba el rostro con determinación, y sacudía la camisa del uniforme de vez en cuando.

Erick era agradable la mayoría del tiempo, a él le gustaba hablar de estupideces también, y lo hacía con esas maneras afeminadas, pero estaba bien porque no intentaba con demasiado ahínco el que yo entrara en conversación.

Negué con la cabeza a su pregunta, aunque si estaba comenzando a sudar un poco.

—¿Cómo sigue Maguie? —Le preguntó Raúl a Lizie.

—Oh, ya está mucho mejor, gracias por preguntar. Mi hermano personalmente la estuvo viendo, ya está completamente curada pero sigue débil por las horribles temperaturas en las que se ponía —estaba a punto de preguntar pero entonces... —el dengue no es bonito.

Lizie pasó la lengua sobre su helado, mientras yo me doy verdaderamente cuenta de que no había advertido la falta de Maguie, quien siempre había estado del brazo de Lizie.

—¿Tenía dengue? —pregunté estúpidamente.

Lizie se volvió hacia mí sonriéndome, le dio otro lenguazo a su helado antes de responder —: Sip. ¿No lo sabías?, estoy segura de que te lo dije.

Culpa. La sensación es extraña pero está ahí.

—Oh, sí, claro. Dijiste que estaba enferma, solo... no recordaba cual era la enfermedad.

Y Will apareció para salvar el día. Él era... no estaba seguro de que parentesco familiar tenía con Lizie. Él solía decir “Raúl, deja de acosar a mí hermana”, pero no creía que fuesen hermanos, no se parecían en absoluto. Will tenía ojos imposiblemente azules y cabellos imposiblemente negros; mientras que Lizie era toda dorada en sus ojos y cabello y rosa en su piel. Como sea, por todo lo que sé, podría ser posible.

—Oh, por favor. Tienes que decirle a Lorena y Amanda que vas a golpearlas si no me dejan en paz —dijo Will.

Lizie le sonrió como si fuese un niño.

—¿Ahora te molesta la atención? Ayer parecías estar feliz con sentirte irresistible para esas niñas.

—Eso fue antes de que me acorralaran en el baño de los vestidores —él lucía altamente escandalizado. Se acercó un poco más cuando agregó—: me desnudaron y vieron mis partes.

—Oh, dios, eso es terrible. Tienes que reportarlo inmediatamente —Lizie lucía seria mientras hablaba, su helado comenzaba a derretirse en su mano.

—No te atrevas, chinche —advirtió Will. Luego pareció darse cuenta de mi presencia—. ¿Tú que miras?

No me había dado cuenta, pero el resto del grupo había seguido su camino, y solo yo estaba allí de pie, husmeando en la conversación que aquellos dos chicos mantenían.

—Déjalo en paz —advirtió Lizie —, o le diré a todo mundo sobre las niñas acosándote.

Will pareció sopesarlo.

—Lo que sea —dijo antes de ir junto a Lorena y Amanda.

Lizie me miró, yo mordí la galleta de mi barquilla. No sabía cómo la gente tenía la paciencia de durar un montón de tiempo con sus helados. Era curioso cómo habría gente que hubiese encontrado extraño el que yo no odiara los helados por el rol que representaban en mi vida, al recibir malas noticias y eso, pero ellos estaban mal. Los

helados servían para endulzar el golpe, mi madre estaba en lo cierto, sin ellos todo era mucho peor.

Lizie seguía mirándome aún cuando terminé de comer. Entonces me sonrió y me ofreció lo que quedaba del suyo. Dios, ella estaba jugando con mi lado débil. Lo tomé, no sin cierta vacilación. Y no fue hasta que comencé a lamerlo, cuando pensé en que mi lengua estaba sobre el lugar en el que ella había puesto la suya. Extrañamente no sentía asco.

Me sonrojé.

## Capítulo 8.

Tengo el sueño más pesado en la historia, mamá lo dice, papá lo dice, hasta Gabriel sacaba provecho de ello. Que puedo decir, yo siempre fui el chico con *loser* en su frente después de cada piyamada. Algunos a veces alegaban que habían mantenido una conversación conmigo mientras dormía, y que dicha conversación solo había girado en torno a que me dejaran dormir.

Así que alguna de mis mañanas eran como: ¡Mama! ¿Por qué no me paraste? Te dije que tenía examen.

Y entonces mamá salía con algo como: *Pero si me dijiste hace un momento que ya no había.*

Y más o menos por esto no me sobresalté cuando mi madre sacudió mis hombros gritando—: ¡No puedes seguir haciéndola esperar!— de todas formas volví a cerrar los ojos, sea lo que sea podía esperar otros cinco minutos de sueño.

Mi madre vino con otra advertencia, pero yo volví a cerrar los ojos. Me sobresalté cuando una almohada golpeó contra mi rostro. Alcé mis manos asustado y abrí los ojos de una manera que bien podía haber imitado a un par de huevos. Cuando encontré la divertida mirada de Lizie, chasquéé mi lengua sonoramente.

¿Qué hacía ella en mi habitación? Quería preguntarle si no tenía más amigos a los que acosar, pero ahora dormir parecía mucho más importante. Pero no conseguí volver a mi sueño, algo estaba molestándome, Lizie trajo consigo un terrible recuerdo. Estaba en mi cuarto. Lizie estaba en mi cuarto. Posiblemente yo estaba en ropa interior ¿dormí vestido? ¿Cómo había llegado ella aquí? ¿Por qué mierda me golpeó con una almohada?

Abrí los ojos alarmado, solo para encontrar sus codos reposando sobre mi almohada y su redondeado rostro inclinado en sus puños. Me sobresalté. Demonios que lo hice. Ella soltó una débil risita. Pero el que Elizabeth London estuviera en mi habitación, era lo más inverosímil de todas las cosas estúpidas. El terrible recuerdo era que habíamos llegado al final de la semana. Y yo debía entregar una nueva carta.

Para ella.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

—Bueno, yo realmente no creí que pudieras dormir tanto —me sonrió.

—La verdad es que anoche no pude dormir bien —dije, algo somnoliento aún.

—Oh, lo siento. ¿Cómo lo estás llevando?

Era su primera mención del tema desde aquella vez en la plaza. Yo había podido ver en sus ojos como estaba consumiéndose por preguntar, y como su determinación a hacerme sentir cómodo la había refrenado. O al menos yo pensaba que era eso lo que había en sus ojos.

—Mejor de lo que cualquiera esperaría —dije. Y creo que Lizie estaba tan sorprendida como yo cuando continué—. Es difícil no tener a nadie con quien compartir tus gustos.

Ella me miró con la boca abierta por un instante, había un poco de compasión en su expresión. Ella cambió su mirada inmediatamente, pero yo sé que estuvo allí.

—Bueno —dijo— me gusta el chocolate —ella sonrió.

¿A quién no le gustaba el chocolate? Pero no lo dije, sabía que ella solo trataba de hacerme ver que podía encontrar más personas con mis mismos intereses. Porque más que nada eso era lo que me gustaba de Gabriel, que entendía cada palabra de lo que le decía, y que hablaba de las mismas cosas que a mí me gustaba hablar.

Y me doy cuenta de que he estado hablando estupideces. Tal vez era producto del sueño que no me habían dejado terminar, aunque no estaba seguro de qué se trataba.

—¿Qué haces aquí?

No esperaba verla hasta más tarde cuando le diera la carta, y no podía evitarlo. Ella pareció un poco incomoda con la pregunta, lo que solo aumentó mi extraña curiosidad. Vestía un bonito vestido, un poco infantil para sus catorce años, pero seguía siendo bonito.

Ella cepilló un mechón de su cabello con los dedos. —Eh, mi hermano sale con la mamá de Magui, y las ha llevado a ambas a la playa. William, padre e hijo, están en una especie de excursión, aunque tal vez terminen en el salto ángel. Mis otros hermanos están en la universidad, y mi institutriz tiene libres los fines de semana —dijo.

Quería decir algo referente a mí siendo su última opción, pero algo más me intrigó. —¿Cuántos hermanos tienes?

—Bueno, algunos no son mis hermanos sino mis primos, pero... eh... somos muy unidos.

Había arrugado la nariz en su momento de duda y yo me había quedado pensando en la razón que podría haber detrás. Pude haber insistido un poco más y probablemente habría obtenido las respuestas necesarias, pero decidí dejarlo pasar. —Así que —dije en su lugar—, ¿qué haces aquí?

—¿No te dije? Vine a llevarte por otro par de helados, es una buena forma de pasar una calurosa tarde de sábado.

Vi el reloj, y efectivamente, esta era una calurosa *tarde* de sábado.

—Eh, no puedo ir contigo. Tengo cosas que hacer —mentí.

Y quedé fascinado al descubrir que ella sabía que mentía. Sus ojos me estudiaron por un segundo, algún plan malévolo cociéndose en su centro.

—¿Puedo acompañarte?

Negué rápidamente. Ella frunció el ceño. Sabía que de algún momento a otro volvería a preguntar porque la odiaba, y no quería una conversación sentimental justo en aquel momento.

—Voy a ver a mi hermano, él vive en ciudad Guayana.

Lizie suspiró rendida. Yo suspiré aliviado.

Me vestí de prisa mientras ella esperaba en el piso inferior. No podía evitar preocuparme por lo que pensaba Lizie respecto a la humilde casa donde vivía. Una casa que solo habíamos podido acomodar decentemente, debido a los precios usureros que papá ofrecía en su taller mecánico. Y estaba nervioso por aquello de que la ricachona vivía en una enorme —realmente enorme— mansión.

Encontré a Lizie husmeando en los álbumes familiares, no me importaba que pudiera encontrar alguna foto vergonzosa porque ella probablemente había estado presente mientras se tomaba. Lizie soltó una pequeña risita y yo me tensé pensando que había encontrado algo después de todo.

—Está bien, si... lo que tú digas —dice. Ella cierra el álbum y se saca el auricular de la oreja.

¡Bendito sea! No hay una loca en mi casa.

Ella me sonrió como si estuviese de alguna forma conspirando conmigo. Me estudió detenidamente, llevaba mis habituales jeans cortos y una camisa a cuadro de botones.

—Bien, eh, nos vemos luego —dije. Supuse que esa era la señal universal de ¡largo!, pero ella no parecía tener ganas de irse—. ¿Qué?

—Vamos, te acompaño.

—Ya te dije que no pue-tienes porque venir conmigo —tuve cuidado de no parecer un completo maleducado.

—Bueno, de hecho mis hermanos quieren que vaya a verlos a la ciudad para que no tenga que pasar sola este fin de semana —anunció—, ¿es que acaso no podemos tomar juntos el autobús?

Vale, esa era una buena jugada, yo no podía negarme. Lo peor era que ahora de verdad tenía que ir a ver a mi hermano.

—¿Por qué tu hermano no te invitó a la playa? —digo distraído, mientras tomo las llaves.

—Porque...

—¡Mamá! —la llamo interrumpiendo brevemente a Lizie.

—Porque yo no estaba despierta, supongo.

Mi madre aparece desde el patio trasero, enjugándose las manos en sus pantalones-fin-de-semana.

—¿Qué sucede cariño? —Ella nos da una especie de mirada traviesa—, ¿van a salir?

—Eh... si, voy a ver a Rodolfo.

—Pero si no hace falta, él dijo que mañana vendría.

Pongo una expresión de incomodidad en mi rostro antes de hablar de nuevo. —Mamá, por favor, solo necesito dinero.

Ella luce un poco rendida. —Claro, cariño, un momento.

No entiendo porque de repente está llamándome cariño frente a Lizie, si quiere hacernos lucir como una familia normal y amorosa, lo está haciendo terriblemente mal. Mi madre se va a la cocina y vuelve con el dinero enrollado, ella siempre me da el dinero como si se tratara de alguna sustancia indecorosa. Mi madre peina mi flequillo y posa sus manos sobre mis hombros.

—Ve, diviértete mucho —la mujer dice esto último como una advertencia.

Antes de irme, subí corriendo por mi mochila, sopesando si llevar o no mi suéter.

Luego al fin puedo salir de casa, Lizie va trotando a cortos pasos para igualar mis grandes zancadas. Yo trato de no pensar en el viaje de cerca de dos horas que me espera en su compañía. Lo que me resulta fácil porque hay otra cosa rondando mi cabeza. ¿Cómo iba a tomar la carta de la señora Salinas? No podía hacerlo frente a Lizie, no sabía porque, pero no lo quería.

—Tu madre sigue siendo tan encantadora como la recuerdo —y no estoy seguro de si lo dice en serio—. ¿Por qué estamos corriendo?

—Escucha, yo... ah, tengo que hacer algo antes.

—Bien, ¿puedo acompañarte?

—No —digo secamente—, es una cosa personal, solo espera aquí un momento.

Lizie luce un poco dolida, pero asiente con la cabeza. La dejo allí de pie en nuestra esquina, y bajo trotando por una de las únicas pendientes de El cielo, esta lleva casi exclusivamente a la casa de los Salinas. Gabriel solía decir que tenía que haber algo extraño en vivir en uno de los puntos bajos de El cielo, yo solía decir que eso lo hacía más mortal, y él solía fulminarme con la mirada; obviamente tomando el chiste de manera literal.

Espera. A todas estas ¿Cuándo *la* esquina se convirtió en *nuestra* esquina?

Rudy me saludó cuando abrió la puerta, yo me excusé con lo apurado que estaba, diciéndole que solo había venido por una nueva carta. Rudy fue dentro por ella y cuando volvió, sus ojos estudiaron mi vestuario.

—Me alegro de que hayas decidido no usar tu suéter hoy, luces muy guapo.

Guardé el sobre en mi mochila.

—Eh, gracias. Hasta luego Rudy.

Ella gritó un par de despedidas mientras yo me alejaba caminando a LA esquina. Cuando llegué, Lizie me esperaba sentada en la acera, yo estuve un poco sorprendido de que no le importara ensuciar su vestido o algo parecido. Ella se levantó e hicimos el camino hasta la parada de autobuses en un extraño silencio, tal vez finalmente se rendiría y me dejaría tranquilo. Cuando pasamos frente a la mansión London, se me ocurrió algo.

—¿Por qué tienes una institutriz?

Ella se detuvo de patear una piedra en la acera, la cual estudie, pero era ordinaria.

—Ah, porque ella me enseña otras cosas.

—¿Otras cosas?

—Sí, ya sabes, mi hermano quería que no me perdiera la experiencia de la escuela y todo eso, una vida... normal. Pero... eh... habían otras cosas que...

—¿No sabes que decir para que no suene mal?

Ella hizo un sonido extraño con la boca, una especie de risa-resoplido. —No —dijo.

Pero yo lo entendía, su familia era rica, como, muy rica; era obvio que ella tuviese que estar al nivel de aprendizaje de los amigos que frecuentaba.

—¿Qué te enseña ella? —extrañamente estaba bastante interesado.

—Ah, cosas que no veo en la escuela, materias que no dan en este país a una estudiante de noveno grado.

—¿Cómo qué?

—Como literatura inglesa, historia europea. Cosas como esa. De hecho es algo muy aburrido tener que estudiar en el colegio y luego también en tu casa.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

Bueno, ¿no se suponía que así debía ser?

—Ella también me enseña idiomas, bailes y música —esto último lo dijo con un peculiar brillo en sus ojos—. Es una especie de maldición ser la única chica de tu familia, todo mundo está al pendiente de ti, recibes muchos regalos y todo mundo está en tu cumpleaños, pero siempre estoy en el foco. Todos opinan sobre qué clase de señorita debería ser.

—¿Eres la única chica?

Bueno, hasta los momentos solo había nombrado a un montón de hermanos-primos, supongo que no era tan descabellado.

—Ajá, soy considerada un milagro. En mi familia hay veintiún miembros con vida, y todos son hombres, bueno, y niños. E incluso muertos, los London simplemente no han tenido un solo descendiente femenino.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Eres la única London?

Ella asintió, luciendo algo avergonzado.

Llegamos al final de la calle y esperamos por el autobús. Podías tomar un taxi en Upata y venir hasta aquí, pero en El cielo debías esperar juiciosamente por el autobús. Supuse que esa era otra de las razones por las que la gente que venía a El cielo quería quedarse. Entrabas al pueblo y la primera cosa que veías era la enorme mansión London. Claro que no era como si hubiese mucho turismo por acá.

El autobús llegó, una estela de polvo persiguiendo su parte trasera. Cuando paró frente a nosotros, el polvo nos cubrió y mi nariz flaqueó. Una vez sentados en incómodos asientos de plástico, rebusqué en mi mochila por mi paquete de Loratadina. Tomé dos, porque no me apetecía estar todo alérgico frente a Lizie. Ella me vio y desvió su mirada rápidamente, frunciéndole el ceño a la ventana.

Cuando llegamos a Upata, tuvimos que esperar también hasta que saliera el autobús a la ciudad. Lo peor de este viaje era la espera, era lo que lo hacía más largo y extenuante. Esta vez tomé el puesto de la ventana. Lizie iba en silencio, yo me recosté disfrutando de ello. Lo mejor de este viaje era la vista, los árboles alrededor, y los charcos aquí y allá que lucían como pequeños lagos. Era bastante bonito.

En la ciudad iba a despedirme cuando ella me dijo que debía tomar el mismo autobús que yo. Ahora tenía un mal presentimiento de todo esto. El cual se intensificó cuando ella sonrió en mi parada y bajó

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

detrás de mí. Los ojos dorados de los gemelos estaban brillando en mi mente.

—Dijiste que tus hermanos estaban en la universidad —recordé en voz alta.

—Sip, lamento no haberlo dicho antes, espero que no te enfades.

Me encogí de hombros y metí las manos en el suéter que no estaba allí. Mis manos cayeron flácidas de lado a lado de mi cuerpo. Esto iba a ser interesante.

## Capítulo 9.

No era la sonrisa astuta de mona lisa, tampoco el delicado vestido de niña, era todo el contexto junto lo que me irritaba. Lizie estaba sacándome de quicio, si, pero lo hizo aún más la mirada que sus hermanos me dieron desde que entré con ella en el departamento. Era surrealista, como si estuviese planeando fugarme con ella o algo por el estilo. Y de alguna manera me hacían sentir que merecía esas miradas.

Lizie se había lanzado a hablarles de nuestro viaje hasta allí, sacando detalles de donde yo no pensé que los hubiera. Era buena rellenando el silencio. Por lo que sea, ese par dejó de mirarme de aquella manera, para centrar sus ojos en Lizie; y quedé fascinado al ver la fascinación que había en ellos.

Ese día Ernesto no estaba particularmente conversador, y Braulio seguía preguntándole a Lizie sobre todos en la escuela y en la casa. Él lucía emocionado cuando anunció que iría a El cielo al día siguiente con mi hermano. Ernesto se quedaba, no supe porque, no me importaba. Así que ese día decidieron todos hacer algo divertido para recibir la visita de su hermana y hermano respectivamente; aunque yo sabía que era solo porque Lizie estaba allí, también tenía ganas de hacer algo divertido.

Fuimos al Orinokia —en el jeep de los gemelos—, y Lizie eligió una película con un actor reconocido y un nombre ridículo. Dentro del cine se sentó junto a mí, muy a pesar de las miradas de sus hermanos. Yo personalmente quería zarandearla y pedirle en voz alta que se mantuviera lejos, estaba un poco preocupado por terminar siendo golpeado por ellos. Eran dos, y eran gemelos, que por alguna razón lo hacía peor. Durante toda la película estuvo mirándome muy pensativamente, y yo le devolvía la mirada para pelarle los ojos. ¿Es que solo iba a mirarme todo el rato?, después de todo estábamos viendo aquella película por ella

Lizie me ofreció palomitas y yo las tomé, la dejé en mis piernas, por lo que estuvo agarrándolas de allí todo el tiempo. Su bebida se acabó en los primeros veinte minutos, y recordando lo de los helados, me vi en la tediosa responsabilidad de compartir la mía con ella. Eso pareció hacerla feliz y yo me pregunté: ¿Por qué?

Al final de la película tuve que reconocer que no había sido tan mala. Nos dieron un aventón hasta la parada de autobuses, una vez allí, mis manos comenzaron a sudar. Lizie se sentó en la ventana y esperamos a que el autobús se pusiera en marcha. Pensé que iríamos de nuevo en silencio, pero entonces:

—Eso fue divertido ¿no lo crees?

—Lo fue —dije porque lo creía.

Busque en mi mochila, era mejor acabar con aquello de una buena vez. Le entregué la segunda carta de Gabriel y me recosté sobre el reposa cabezas. Hubo un maravilloso silencio antes de que Lizie dijera palabra alguna.

—Esto es un poco injusto —dijo finalmente—. Saber que alguien te ama de esta forma y que esa persona no esté a tu lado para que puedas intentar corresponderle —su voz se quebró al final.

Resoplé.

Es decir, ¿en serio ella dijo lo que acababa de decir? ¿Eso es lo injusto en todo esto?

—¿Qué, que dije? —lucía preocupada.

—Al menos tienes las cartas para que te explique cómo demonios se sentía.

Hubo un silencio.

—Dedos, sé que es estúpido lo que voy a preguntar, pero... Gabriel te dejó cartas a ti también ¿verdad?

La fulminé con la mirada, pero no dije nada. Solo volví la cabeza y fingí dormir durante todo el camino.

En Upata ella insistió en ir a comer algo. Ella quería sushi y yo quería una hamburguesa de carne, chuleta, pollo y chorizo. Al final decidimos ir a comer pizza porque a los dos nos gustaba. La llevé a un pequeño restaurant normal, era mi favorito respecto a pizzas, pero no pude evitar que pensar en que seguramente Lizie solía comer en mejores lugares y tenía mejores restaurantes favoritos; aunque debía aceptar que hasta los momentos no había mostrado signo alguno de superioridad inducida por el dinero de su familia.

Hubo un pequeño inconveniente al elegir los ingredientes, porque ella amaba las anchoas y se mostró firme en no pedir ninguna pizza sin ellas, y yo sencillamente las detestaba; sobre todo cuando parecía que las escupían sobre la pizza directamente del refrigerador. Así que nos decidimos por una de jamón, extra queso, y la mitad con anchoas. Supuse que era ridículo debido a que seguramente ella no podría con toda su mitad. La pizza llegó pero Lizie estaba entretenida con su bebida, yo tomé una porción; ella masticó la suya hasta dejar solo la corteza, la puso en el plato y tomó un largo sorbo de su bebida. La cosa con las pizzas y yo, es que mi parte favorita es la corteza; en la mayoría de los lugares no preparan una buena masa, pero la razón de que aquel fuese mi restaurant favorito, era respecto a la corteza de sus pizzas.

Así que tomé la corteza que ella dejó allí, por lo que me gané una mirada ceñuda.

—Ey, iba a comer eso —dijo.

Pero yo ya estaba masticando su sobra.

—Pensé que... creí que la dejarías, como hace todo mundo —me excusé.

—Pues, no —ella tomó otra porción—, esa es era la mejor parte. Aunque no todo mundo hace buena masa, o tiene un buen horno.

La miré por un largo segundo. Luego vi un pequeño botón que se le había caído a alguien en la silla junto a mí, era áspero y tosco, y de un agresivo verde militar.

—¿Qué?

Negué con la cabeza. Saqué mi mochila y metí el botón dentro.

—¿También te gusta? —preguntó.

Asentí dos veces, y ella sonrió.

—Vaya, primero el chocolate y ahora el borde de la pizza.

—¿A quién no le gusta el chocolate? —dije a la defensiva.

—Eres una persona muy pedante.

Ella me sonrió, un momento después me di cuenta de que de hecho estaba devolviéndome la sonrisa que inconscientemente le daba.

Lizie y yo tomamos el autobús hasta El cielo. Ella se bajó frente a su casa y yo lo hice en nuestra esquina. Extrañamente me la había pasado mejor de lo que había supuesto, y más desquiciado era el que sintiera deseos de repetirlo alguna vez. Porque por muy acosadora que fuera, esta tarde había estado decente. Bien. Perfecta. Me había divertido más de lo que lo había hecho en un buen tiempo.

## Capítulo 10.

Mi hermano se paseaba hablando alegremente con mi madre. Yo llevaba el carrito de compras, siempre lo había hecho, desde que a los siete años armé todo un espectáculo y tumbé un montón de productos de las estanterías; entonces nadie más había vuelto a pedirme el carrito. Así estaba bien, me daba algo que hacer, porque honestamente me aburría hacer el mercado.

Yo estaba molesto porque había querido comprar una de esas mezclas para hacer brownies que se supone que son de fácil preparación —yo no tenía idea de cómo hacerlo—, y ellos simplemente se habían negado porque “habían prioridades”. Luego yo estuve cabreado, lo que había ocasionado un silencio. Finalmente mi madre había dicho que podía ir y tomarlo, pero yo ya no lo quería. Y eso más o menos me mantuvo entretenido.

Caminamos seis cuadras cargando las bolsas, mi hermano llevaba una cantidad de peso relativamente mayor que la mía, pero aún así sentía como la sangre se estancaba en mis dedos. Lizie estaba saliendo del porche de mi casa cuando estuvimos lo suficientemente cerca para verla, batió sus manos como haciéndome señales de auxilio.

—Oh, tu novia vino a visitarte de nuevo —dijo mamá.

—Ella no es mi novia mamá, y si lo fuera no debería perder el nombre por eso —dije—, ella es Elizabeth London, la conoces desde siempre.

Me adelanté para no ver la sonrisa en el rostro de mi hermano. Lizie me hizo esos gestos con su cara que hacía siempre, parecía poder tener una conversación entera a través de sus gestos. Claro que yo no podía entenderla, pero era solo un detalle menor.

Lizie vino dentro con nosotros, fuimos al patio trasero porque mi mamá seguía bombardeando a Lizie con preguntas que ella parecía muy dispuesta a responder, y que yo no estaba muy dispuesto a escuchar. Me senté en la hamaca, sorprendiéndome mucho cuando Lizie se unió a mí; pero había un espacio respetable, así que estaba bien.

—Eh, hay... hay una pequeña reunión en mi casa —comenzó ella—, minúscula, de hecho; solo estará Erick, Magui y Will. Y tú... si quieres ir.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

—¿Ya están todos allá?

—No, están cambiándose de la misa, pero yo vine directo a decirte porque tu casa queda más cerca.

No era cierto, nuestras casas están prácticamente a la misma distancia de la iglesia, pero no quería arruinar su excusa. Agradecía el que no hubiese mencionado el contenido de la carta hasta ahora, así que pensé que podía portarme bien por un rato.

—¿Vas a la iglesia? —dije, aunque no era como si estuviese sorprendido.

—Sí, toda mi familia lo hace. ¿Tú no eres católico?

—Eh... no exactamente —de alguna manera se siente extraño decirle a un creyente que no crees en la existencia de un dios, aunque tenía que aceptar que era difícil no creer cuando fuiste educado para hacerlo—. Mi madre es muy religiosa y toda la cosa, tiene un montón de santos en casa, y mi hermano siempre está rezándole a su virgencita pendiendo de su cuello. Pero yo no me siento cómodo pidiéndole a alguien que no veo que haga cosas por mí, digo, yo no hago cosas por él.

—Así que eres ateo.

—Como sea —me estrujé los ojos, cansado de esta conversación.

—Me estas mareando.

No me había dado cuenta de que estaba meciendo la hamaca ligeramente.

—Lo siento.

Hubo un silencio, y luego yo dije:

—Sobre la reunión.

Al mismo tiempo que ella decía:

—¿Irás?

Deje de mecernos. No recordaba la última vez que me había reunido con amigos en la casa de alguien; el instinto me decía que iba a ser divertido, o al menos lo sería verlos divertirse.

—Dame un minuto.

Jamás había estado en la mansión London, y no había creído que la idea podía ponerme nervioso. Pero lo hacía. Dios, mis manos sudaban, más que nada con el recuerdo de las miradas que me dieron los London que había conocido hasta ahora. Entrar a aquella mansión junto a Lizie no podía ser algo bueno para menguar esas miradas. Me había puesto pantalones y una camisa cuello en v que me regaló mi hermano, y sentía que desentonaba como el demonio.

—Tranquilo, no traficamos órganos ni nada parecido —Lizie dijo.

Pero de alguna manera el que ella intentara serenarme me ponía aún más nervioso. Sabía que estaba siendo ridículo, pero era la Mansión London. Era como si después de tantos chistes finalmente conocieras a Jaimito, no es una cosa que deba ser tomada a la ligera.

—¿Dónde están tus padres? —dije en mi desesperado intento de distraerme con algo.

—Ah, mi padre murió cuando yo nací.

Eh, ¿complicaciones en el parto? Dime lo que quieras, pero esa es una frase rara. No pasé por alto el que no dijera nada acerca de su madre.

—Mi tío me crió, él y mis hermanos se hicieron cargo de mí.

Supuse que esa era la razón de que fueran tan unidos. Podía ver cómo cuidar de Lizie había hecho que superaran juntos la pérdida. Quería decirlo en voz alta, pero supuse que Lizie lo sabía y no juzgué prudente el tener que... ¡a la mierda!

—Suenas como si tú hubieses unido esta familia.

La vi fruncir el ceño mientras omitíamos la puerta delantera y rodeábamos la mansión.

—Algunos opinan que la dividí.

—¿Te culpan de la muerte de tu padre? —cuando ella no lo negó, agregué—: Ellos no pueden culparte de una cosa así.

—Brian lo llamó, dijo “ven aquí ahora, mi hermana acaba de nacer” —Lizie dio una sonrisa triste al frente—, así que él tomó un vuelo apresurado desde Maiquetía, pero el avión jamás llegó aquí.

Me detuve y la tomé del brazo haciéndola detenerse, había lágrimas en sus ojos.

—Lo sé, no es mi culpa. Y Brian también sabe que no es su culpa, pero eso no lo hace sentirse mejor respecto a la muerte de nuestro padre. Y sé que el sufre cada vez que recuerda, todo mundo dice que William London y su primogénito eran como uña y carne. Y luego murió... mientras venía por mí. Porque puedes decir lo que quieras, pero mi padre murió por venir a verme.

La miré. De alguna forma no me parecía extraño que me hubiese quedado sin palabras, pero si el que me hubiese quedado sin hilos de pensamiento. Toda mi atención estaba concentrada Elizabeth London frente a mí.

—Mientras venía a verte —dije—, tú padre murió *mientras* venía a verte.

Ella sonrió. Aunque yo suponía que había escuchado un millón de veces la misma cháchara sobre como no debía sentirse culpable.

Sea como sea, la conversación había logrado distraerme. Finalmente rodeamos la mansión hasta entrar por una puerta trasera que daba a una especie de enorme salón privado. Pregunté si era el salón de fiestas y Lizie se rió de mí, dijo que este era el salón donde ensayaba bailes y diferentes artes marciales. La habitación estaba pintada de un cálido color crema, con tonos de bronce aquí y allá, sus paredes estaban vacías de cuadros o algún otro tipo de adorno. En la pared derecha había una vidriera con trofeos exhibiéndose orgullosamente, junto a ella estaban un montón de colchonetas apiladas una sobre otra. En la otra pared había un enorme equipo de sonido y lo que parecían ser cientos de discos. Al final de la sala, cómodos pufs y sillones me invitaban a descansar mi culo en ellos por el resto de la velada.

Bailes y peleas. Sí, bueno, no me apetecían mucho en aquel momento.

—Puedes ponerte cómodo, iré por las bebidas y refrigerios.

Quería decir que podía acompañarla, pero la verdad no deseaba tentar mi suerte, sus hermanos no habían aparecido hasta los momentos, y quería que continuara de este modo. Así que en lugar de eso, fui al fondo del salón a intentar convertirme en una planta en los bonitos sillones. Lizie entró poco después, haciendo equilibrio con una mesa blanca de jardín y una bolsa con lo que supuse, eran sándwiches; una señora alta, delgada y elegante vino detrás de ella, esta llevaba

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

unas bandejas y una bolsa con dos refrescos y vasos reusables de plástico. La señora lucía como si hubiese entrado a la mediana edad hacía mucho tiempo, pero como si pudiera patear en el culo a cualquiera que dijera que no podría seguir fuerte y activa por muchos más años.

A pesar de mi mismo, corrí para ayudar en lo que fuera. Terminé armando la mesa apresuradamente, ellas se tomaron el tiempo en acomodar todo como si de una fiesta elegante se tratara. Y aunque yo supuse que sería imposible que un par de bandejas con sándwich, refrescos y vasos de colores, se vieran elegantes, ellas me mostraron que estaba equivocado.

—Esta es la señorita Loren —dijo Lizie mientras cogía un emparedado para picar—, mi institutriz. Y él es Dedos, un amigo.

La señorita Loren me sonrió.

—En realidad es Augustina, pero puedes llamarme Augus.

Sonreí.

—En realidad es Amadeos, pero puedes llamarme Dedos.

Luego de las presentaciones, Augus salió de la habitación. Lizie puso una música lenta pero con ritmo, un merengue chicloso en el buen sentido. Eran buenos.

—Estos chicos estuvieron en mi último cumpleaños, siempre me envían cualquier cosa que graben ¿Te gusta?

Asentí con la cabeza.

—¿Bailas?

Negué.

—Si lo haces, lo recuerdo perfectamente, solías bailar con tu madre en las fiestas.

—Sí, y con aquella niña.

Ella sonrió.

—¿No hay forma de que te obligue a hacerlo?

La había. Podía sentirlo en mí como las letras pequeñas de un contrato. Y si ella veía ese punto de flaqueza iba a terminar bailando con Elizabeth London en una habitación, solos.

Negué con la cabeza. Demasiado tarde.

Ella tomó mi mano y tiró de mí, aunque fue quien terminó por acercarse. Puso mi mano en su cintura y luego dejó la suya sobre mi hombro, mi mano izquierda alzada con la derecha de ella entrelazada. Comencé a moverme a su ritmo, pero era obvio que debía guiarla, aún cuando seguramente ella bailaba mejor que yo. No, aún cuando ella bailaba mejor que yo. Punto.

Me sentía ridículo siendo la única pareja en el lugar, bailando solo con ella. Pero antes de darme cuenta, la primera canción había terminado. Lizie no daba señales de estar cansada, y yo tampoco lo estaba. Bailamos durante un montón de tiempo, ella estaba enseñándome cosas, trucos y vueltas; yo no tenía dos pies izquierdos, pero era lo suficientemente torpe como para mantenernos entretenidos en lograr que me familiarizara con los nuevos pasos. Y era todo *tan* divertido.

Alrededor de la canción número cinco, escuché un ruido en la puerta. Eran voces. Magui y Erick estaban allí, luciendo como si desde hace rato se hubiesen puesto cómodos. Los fulminé con la mirada antes de soltar la cintura de Lizie, y ellos a su vez se golpearon el uno al otro riendo descontroladamente. Ahora si fui a convertirme en una planta al final del salón.

—Oh, luce adorable cuando se sonroja.

Me volví para ver que había sido una risueña Magui la que había dicho eso. Y yo malditamente me sonrojé aún más. Así que todos rieron acosta mía. Un par de minutos después, Will entró al salón todos se habían dejado caer sobre los puf, por lo que fui el primero en verlo.

—Bueno, todo mundo, la fiesta empezó —dijo cuando se recuperó de su ceño fruncido hacia mí.

Y de hecho la fiesta lo hizo. Él sacó a Lizie a bailar y demostró lo ridículo que me había visto a su lado. Will era un tipo elegante y engreído, eso podía verlo; bailaba con Lizie con gracia y soltura, haciendo suyo cada movimiento. Dejé de verlo y me concentré en Lizie, sus pasos se habían vuelto más sueltos también, pero ella siempre era elegante, así que.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

Erick llevó a Magui a la pista cuando terminó de comerse una bandeja de sándwiches, al mismo tiempo, Lizie y Will vinieron a sentarse. Ella cayó en el mueble junto a mí, y Will lo hizo entre nosotros, suspirando sonoramente como para hacer evidente su presencia. Un minuto después, bailando como lo hacía, Erick se quejó de que quería bailar salsa vieja. Lizie se levantó para cumplir la petición.

Will se quedó junto a mí. Miraba a Lizie con adoración en sus ojos, pero había algo más profundo en esa mirada, algo extraño. Comencé a ponerme paranoico, pero un segundo vistazo me comprobó que no era Lizie a quien él miraba. Magui no era elegante como Lizie con sus movimientos, ella era sensual y descarada, supuse que realmente tenía mucha confianza con Erick.

Gabriel me pilló mirándolo y se sobresalto.

—Te gusta Magui —no sé porque lo dije.

Su mandíbula estaba tensa y sus labios apretados. Yo sonreí. Así que ese era su punto débil.

—No te atrevas a decir una sola palabra de esto.

Sonreí aún más ampliamente, ¿Por qué no lo había negado? Cuando suspiró lo comprendí, se sentía liberado.

—No tendría porque hacerlo.

*En los años mil seiscientos... cuando el tirano mandó... las calles de Cartagena... aquella historia vivió...*

La música era contagiosa y excitante, era imposible no sentir como la sangre latina circulaba con más fuerza por tu cuerpo cuando una salsa de esas se oía en la habitación. Lizie vino corriendo y tiró del brazo de Will. Esta vez el baile era más movimiento y sensualidad.

Las caderas de Lizie se movían de un lado para otro en un hipnótico vaivén. Will la hacía girar una y otra vez, haciendo que su cabello se convirtiera en un montón de listones dorados. Él tomaba su cintura entre sus manos, mientras ella giraba sobre su eje, moviendo las caderas como una maldita diosa hechizante. Y antes de que la canción terminara, me encontré a mí mismo incapaz de apartar la mirada.

Lizie vino al sillón y se dejó caer sonoramente, sonriendo feliz. Había cabello atrapado en su boca, pero ella parecía ajena a esto. Seguía sonriendo, sus mejillas encendidas en un vivo tono más rojo que el

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

rosado pálido que parecía estar siempre en su piel. ¿En serio no iba a apartarse el cabello?

Mis dedos viajaron hasta su frente, y tomando la hebra de cabello desde su raíz. Peiné su mechón con suavidad, tratando de poner cada cosa en su lugar y luego detrás de su oreja. Lizie se congeló al mismo tiempo que yo lo hice, dándome cuenta de lo que estaba haciendo. Nadie más lo había notado, era un alivio.

—Gabriel.

Su nombre vino de pronto. Will lo había nombrado, pero ahora lucía confundido y nervioso.

—Lo siento —dijo—, es Dedos ¿no? siempre los confundí.

Creo que más que nervioso estaba alterado, su cara iba descomponiéndose un poco más. Yo solo me preguntaba cómo era que nos podía haber confundido a mí y a Gabriel, sin ánimos de ofender, pero Gabriel, bueno, no tenía un brazo.

—Dedos, tranquilo —era la voz de Lizie—, él no quiso decir lo que dijo.

Había más voces diciendo cosas pero yo solo estaba concentrado en Lizie. En ella y en el aire que le faltaba a mis pulmones. Él iba a odiarme, dios, mi mejor amigo podría odiarme ahora mismo. Yo no quería que él me odiara, lo amaba, lo necesitaba. Él era todo lo que yo tenía. Y mi pecho ardía fieramente con la constatación de este hecho.

—Dios, Will ve a buscar a William.

Aire. Aire ¿Dónde estaba el aire?

—¡Ve, maldita sea! —dijo Lizie, tenía la ligera impresión de que ella no solía decir malas palabra muy a menudo.

Mi visión estaba convirtiéndose en un montón de puntos rojos y blancos, mi cabeza daba vueltas. Pero no importaba, porque la visión en mi cabeza no me permitía pensar en ninguna otra cosa. Era Gabriel, y lucía triste, como decepcionado.

—Lo siento —susurré mientras intentaba llenar mis pulmones, pero no parecía haber suficiente oxígeno.

Sentía como las lágrimas bajaban por mis mejillas

Tenía tanto miedo de que Gabriel estuviese triste. Que estuviese decepcionado de que a tan solo tres meses de su muerte yo estaba coqueteando con la chica que él amaba. No quería perderlo, yo desesperadamente necesitaba que no se alejara de mí.

*Lo siento. Lo siento. Lo siento.*

Si traicionabas a la única persona a la que le importabas, y la única que te importaba, todo sería una mentira; estarías construido sobre fango. Y si ya nunca podría volver a merecer su gracia y su perdón estaría perdido. Porque aún cuando yo no soy la persona más importante que dejó atrás, esté donde esté, él siempre será el más importante para mí.

*Lo siento. Lo siento. Lo siento.*

—No tienes nada de que disculparte, Dedos, todo estará bien. Por favor, tranquilízate. Mi hermano viene en camino, te pondrás bien.

## Capítulo 11.

*Todo estará bien*, fueron las palabras que Gabriel profesó antes de morir. Una cruel mentira de su parte. Sentía deseos de bofetear a Lizie por habérmelas dicho, pero sabía que debía relajarme. Había tenido un ataque de pánico y ahora debía intentar calmar mi ritmo cardíaco. William, el hermano de Lizie me lo había explicado meticulosamente, pero para aquel punto yo ya lo había olvidado. Él se reunía con el resto del grupo al final del salón, conversando acerca de mí, sin tomar en cuenta que la acústica del lugar me permitía oírlos claramente.

—¿Qué en la tierra fue lo que pasó? ¿Por qué el chico reaccionó de esa manera? —decía William.

—Will mencionó a su amigo muerto —dijo Erick, parecía como si fuese capaz de delatar a sus cómplices en un crimen.

Yo seguía la conversación recostado en el cómodo sillón de la habitación, mirando al techo para que no me descubrieran.

—Ey, no es como si él no supiera que está muerto —Se defendió Will.

—Tú y yo vamos a hablar luego —dijo William con firmeza. Por el tono de voz, no me gustaría ser Will en aquel momento.

—¿Cuál es el nombre de su amigo? —preguntó como queriendo conocer la gravedad del gatillo detonador.

—Gabriel —dijo Lizie con tristeza—, Ángel Gabriel Salinas.

Hubo un silencio, aunque supuse que fue más que nada para ver la reacción de William, él finalmente dijo:

—¿Gabriel?, ¿mi Gabriel?

¿Su Gabriel?

Otro silencio.

—Espera, él es el chico que...

¿Qué?

—Sip, el demente que arrojó fuera el cuerpo de Gabriel.

No, dios, no. yo no podía ser conocido por ese hecho. Aunque en el momento en que sucedió supe que sería algo que jamás se olvidaría en aquel aburrido pueblo. Aún así me dolía y entristecía saber que alguien pudiera deducir quien era a raíz de ese suceso. Pero no como para entrar en pánico de nuevo.

Me sobresalté cuando Lizie entró en mi reducido campo de visión. Ella arrastró un mueble pequeño para sentarse junto a mí. Yo solo la miré con el rabillo de mi ojo, pero sabía que estaba preocupada, yo también lo estaba, no quería volverme loco o algo por el estilo. Su mano acarició mi cabello, enviando una agradable sensación de calidez por mi cuerpo.

No. Yo definitivamente no quería disfrutar de las caricias de Lizie.

Puse mis dedos en torno a su muñeca y alejé su mano de mi cabeza. No podía detallar su rostro, pero apostaba a que estaba dolida por mi reacción. Yo también lo estaba. En un segundo deseé volver a cuando la quería lejos. ¡Argh! ¿Por qué tenía que haber complicado malditamente las cosas?

—Tú madre debería estar aquí en cualquier momento —dijo, en un extraño tono aburrido—, y antes de que enloquezcas, debíamos llamarla, te pusiste verdaderamente mal. ¿Cómo te sientes?

Bueno, me ardía el pecho y dolía la cabeza, pero fuera de eso estaba...

—Bien.

—Dedos, lo que pasó...

Me puse de pie, interrumpiéndola abruptamente.

—Tengo que irme, así puedo interceptar a mi madre en el camino y ella no se preocupará tanto —comencé a caminar hacia la puerta.

—Mi hermano quería hacerte algunas otras pruebas.

Me detuve para verla mientras le gritaba:

—¡Estoy bien!

Entonces choqué contra una pared. Bueno, no era una pared. Era William, luciendo intimidante cuando antes me había parecido como un ángel que venía para salvarme. Me disculpé torpemente y me moví

a la derecha para intentar pasar de él, pero se movió conmigo, por lo que supe que no me dejaría ir.

—Quiero irme ahora mismo —mi frío tono me hacía lucir más valiente de lo que me sentía.

El rostro de William volvió a ser la sublime imagen que yo recordaba de mi crisis.

—La verdad es que me gustaría hablar con tu madre, si no te importa —yo creí que si sí me importaba hablaría con ella de todas maneras—, estoy preocupado por tu salud.

Podía ver como el final de esa frase era *mental*.

—Señor, no hace falta todo esto, estoy perfectamente bien.

—Dedos, acabas de tener una crisis, ¿podrías si quiera escucharlo?

Mi mandíbula se apretó inconscientemente, pero no porque me molestaran las palabras de Lizie. Sino todo lo contrario. ¿Alguien podría hacerla callar?

—Me voy —dije con firmeza—, a no ser que quiera amordazarme y encerrarme en el armario hasta que mi mamá llegue, le sugiero que se haga a un lado.

Y malditamente William parecía estárselo pensando. Pero al final dio un paso para permitirme pasar.

Salí como un rayo de la mansión London, los recuerdos de lo que había cambiado allí me perseguían como el polvo a los autos, sabía que iban a envolverme si me detenía, así que corrí. Incluso cuando mi sorprendida madre me llamó para que me detuviera. Yo corrí lo más de prisa que pude, deteniéndome solo bajo la vieja mata de mango que servía de sombra para la humilde casa campestre de los Salinas. Recordando las veces en que aquella carrera había valido la pena, porque un niño delgado y sonriente me esperaba en el umbral.

Sabía que iba a comenzar a llorar en cualquier momento, pero no me importaba. Rudy apareció en el umbral, sus ojos anegados en lágrimas, así que las mías ya no pudieron esperar. Corrí hacia ella llorando como lo hacía, sus brazos me atraparon en medio de sollozos. Santiago Salinas vino detrás de ella, dándonos unas palmaditas en la espalda a cada uno. Él también lloraba, pero tenía esa mala costumbre de ser fuerte por los eslabones débiles en su familia.

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

Oh, diablos, yo necesitaba a Gabriel como nunca creí que llegaría a hacerlo.

Después de calmarnos nos sentamos en el sofá, Rudy aún me abrazaba mientras Santiago preparaba chocolate caliente para todos. Me fijé en las cajas de zapatos que aún estaban en la mesa, preguntándome como podían comer con ellas ahí. Me levanté del sofá para tomar una de ellas, cuando la abrí, vi el montón de cosas dentro y mi corazón se contrajo.

Ganchos, botones, piedras, ramas, calcomanías, notas, boletos de cine; había un montón de todo tipo de cosas dentro de la caja, todas coleccionadas por mí, todas un pedazo de mi vida. Mi mamá me había botado un montón de cajas como estas en las que guardaba mis cosas, por lo que Gabriel y yo habíamos ido al basurero para encontrarlas y habíamos decidido que a partir de ese momento él las guardaría en su casa, por el bien de todos. Fue el momento en el que decidí que, sin importar que, yo jamás lo dejaría.

Y ahora estaba dándomelas después de morir. Como si aquellas cosas pudieran sobrevivir sin ellas. Tomé todas las cajas y salí corriendo de la casa. Normalmente me hubiese quedado por el chocolate, pero había otras cosas que necesitaba hacer desesperadamente. No salí por la puerta principal, no, salí por la puerta trasera, rumbo a la quebrada natural que corría junto a la casa de los Salinas.

Los pasos detrás de mí me anunciaron la presencia de alguien antes de oírla hablar.

—¿Qué piensas hacer con esas cosas? —dijo Rudy.

—Son *mis* cosas y hago lo que se me venga en gana con ellas —repliqué como un berrinchudo niño pequeño.

—No, Gabriel las guardó para ti. Él pensó que significarían algo para ti. No puedes botarlas simplemente porque estás molesto.

—¡Es solo basura! —grité—, solo basura inútil ¡Y no pueden sobrevivir sin él!

Rudy tiró de mi brazo para detenerme. Una caja escapó de mi agarré y su contenido se desparramó por todas partes. Ambos nos quedamos mirando absortos en la forma y colores que tenían aquellas cosas, o al menos yo lo hice. Rudy se inclinó para recoger una pluma extraña y naturalmente dorada. Me miró con tristeza.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

Recogí las cosas dentro de la caja y reanudé mi caminata firme hacia el río. Me senté en una piedra alta, la corriente pasando debajo de mis pies, dirigiéndose a algún lago o al río Orinoco. Yo no lo sabía. Comencé a destapar cajas y evaluar su contenido, los momentos en los que encontré cada pieza vinieron a mí. Aquello era basura, pero era basura especial, única. Las piedras eran de colores y los boletos de cine eran de películas que solo habían durado una semana en cartelera; todo tenía un diseño diferente al que se suponía que normalmente debían tener. Y yo estaba sollozando porque sabía que nunca volvería a ver cosas como esas. Pero otra vez, no era como si las viera a menudo. Aún así dolía como el infierno.

—¡No lo hagas! —gritó Rudy—. Son importantes para ti, ya has perdido demasiadas cosas importantes.

Y más o menos fue esto lo que me impulsó a lanzar todas las cajas a la quebrada. Rudy ahogó un grito, pero yo no hice nada para menguar mis sollozos. Abracé mis rodillas y lloré tan alto como me fue posible. Debajo de mí veía como la mayoría de las cajas flotaban como barquitos, volcándose cada vez que chocaban contra una roca, y entonces mis cosas se iban nadando río abajo, perdiéndose en la selva. Tal vez ellas recorran un camino más largo que el que yo he recorrido en mi vida, tal vez ellas lleguen al mar y lo conozcan por mí.

Y por Gabriel.

Después de varios minutos llorando, Rudy vino junto a mí. Se sentó en silencio y me abrazó cuando sollocé más fuerte. Permanecimos de esta manea por mucho tiempo, hasta que ella finalmente dijo:

—Toma —yo alcé la cabeza para ver que estaba dándome. Era la pluma de un natural tono dorado—, podemos empezar a coleccionar cosas de nuevo. ¿Qué dices? Yo las guardaré.

La miré tratando de controlar mi hipo.

—Era solo basura —dije con voz ronca, afectada por mis gritos—, un montón de nada que me gustaba guardar. Mi madre tenía razón en tirarlas.

—Dedos, si esto te hace feliz puedes hacerlo, no estás haciéndole daño a nadie.

—Pero no quiero convertirme en un viejo loco con un montón de cajas y nada de espacio para sus gatos.

Ella sonrió.

—Eso no pasará —dijo ella con mucha seguridad—, porque ahora coleccionaremos cosas que realmente sean importantes para ti. Que signifiquen algo. Por ejemplo, esta pluma dorada, puede significar el ave fénix, empezar desde cero, resurgir de las cenizas.

Quería decir que empezar desde cero y resurgir de las cenizas...

—No son la misma cosa —ella parecía confundida—, empezar desde cero y resurgir de las cenizas no son la misma cosa —dije.

Ella volvió a sonreír.

—Lo son simbólicamente, además se supone que el ave resurge después de haber estado en una situación muy difícil, haber muerto. Y bueno, podemos aplicarlo sin duda.

Sorbí mi nariz, mientras pensaba en que la pluma dorada bien podía significar otra cosa para mí. Como una hermosa melena que había visto bailar hoy como listones en el aire. Pero esto no quería decirlo, esto sería mi secreto.

## Capítulo 12.

Tomé el par de pastillas con cuidado de que nadie me viera, porque de alguna forma no me extrañaría que la gente pudiera creer que yo usaba alguna sustancia indecorosa para salir de la depresión en la que parecía estar. Y en la que, de hecho, estaba. Era antes de las siete, por lo que el "área" estaba libre. Y hacía mucho tiempo que no me sentía tan nervioso. Porque sabía que de un momento a otro Lizie vendría, y me miraría con sus ojos llenos de preocupación. No estaba listo para eso, había un par de cosas a las que no quería hacerle frente, y honestamente solo tenía ganas de refugiarme en mi cama toda la semana.

Había ido al colegio muy temprano a propósito, no quería encontrármela en nuestra esquina. Aunque sabía que era inevitable, que tarde o temprano pasaría, quería posponerlo tanto como pudiera.

Lizie apareció con el resto de la clase, y por más que intenté no mirarla, mis ojos bailaron por si solos hasta su rostro. Y mi corazón se detuvo con la certeza de que siempre la había visto de aquel modo, tal vez solo intentaba engañarme a mí mismo. Creí que si me repetía algo con suficiente fuerza y convicción se haría realidad. Pero no, no era tan sencillo, y Lizie era la prueba de ello.

Erick trotó junto a mí como de costumbre, conversando de "donde estaba" o "que hizo" cuando yo tuve mi crisis el día anterior. Yo estaba altamente alterado por como Lizie y Magui no habían dejado de cuchichear en mi dirección ¿de qué estaban hablando? Lizie se unió a mí al final de la clase, y como cada día, el resto nos dejó caminar solos hasta el área de vestidores. Era un camino largo que ambos decidimos hacer en un silencio que ahora se me antojaba incomodo.

En la clase de Matemática, Lizie se sentaba a seguros cinco puestos de mí, pero era como si malditamente no hubiese más personas en el aula. Parecía como si todos mis sentidos hubiesen cobrado vida, con la firme determinación de ubicar a Elizabeth London a un kilometro a la redonda. Lo que me atormentaba era que a ella no parecía afectarle mi resiente rendición respecto a mis sentimientos hacia ella. Seguía siendo tan amable y atenta como siempre, como era con todo mundo. No había nada especial en su trato hacia mí, al menos nada que no pudiera estar asociado con su lastima por mí. Mientras yo me había convertido en una patética versión de Raúl, quien solo tenía

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

miradas llenas de adoración y palabras torpemente balbuceadas hacia Lizie. En el desayuno había notado como mi mente quedaba en blanco cada vez que ella me hacía alguna pregunta, por lo que me fruncía el ceño luciendo ofendida por mi silencio. Aún así caminó conmigo de vuelta a casa. Raúl también lo hizo, quitando la mochila de las manos de Lizie en un solo primer movimiento. Maldición, a mi si quiera se me había ocurrido tal cosa.

Cuando él se separó de nosotros, yo estaba determinado a que el silencio no nos inundara de nuevo.

—Lamento haberme ido más temprano esta mañana —dije, en un tono que me pareció demasiado formal entre amigos, demasiado tenso.

—Está bien.

—Ah, lamento haber salido corriendo de tu casa ayer.

Ella asintió tristemente con la cabeza.

—¿Es eso lo que te molesta? —pregunté incrédulo de que pudiese estar enfadada por mi carrera desesperada.

—Si... no. No sé —de alguna manera la torpeza no encajaba con ella—. Simplemente estoy molesta.

Caminamos en un atormentado silencio... hasta que se volvió insoportable.

—Escucha, lo siento —no sabía porque exactamente me estaba disculpando, pero si era importante para ella, podía poner mi orgullo a un lado—. Sé que parecen palabras huecas, pero yo de verdad lamento haberme comportado como un idiota todos estos días.

—Está bien.

¡Agh! Podría haber comenzado a gritar de un momento a otro.

Así que las siguientes palabras salieron en un impulso desesperado por no sobresaltarme, aunque se convirtieron en verdad en el momento en que las pronuncié.

—¡Es que no quiero perderte!

Lizie se detuvo, sus ojos brillaban vidriosos cuando volvió la vista hacia mí antes de seguir caminando. Pero yo ya había hablado ¿Qué más daba decir el resto de la verdad?

—Yo en serio no quiero perderte —repetí con mayor convicción—, por favor ¿Qué fue eso que hice para que te enfadaras tanto? Dímelo e intentaré remediarlo, lo prometo.

Lizie negó con la cabeza.

—Yo no debería tener que decírtelo, ese es el problema.

Para entonces ya estábamos en la esquina. Ella se volvió sin despedirse, yo resistí el impulso de tomarla del brazo y obligarla a que me escuchara. Pero sabía que estaba siendo absolutamente ridículo, no era como si fuese a desaparecer.

Al día siguiente me quedé esperándola en nuestra esquina, tentado a cruzar e ir por ella directamente a su casa. Cuando llegó no me dedicó su habitual sonrisa, eso me dolió, pero seguí con mi plan. Le ofrecí una rica manzana y ella la tomó con el ceño fruncido. Le di un sonoro mordisco a la mía y ella me imitó.

—Eso de desayunar en el tiempo libre nunca ha estado bien para mí ¿Qué hay de ti?

Ella tragó un trozo de manzana antes de responder.

—Augus me hace comer cualquier cosa antes de salir de casa.

—Por cierto, háblame de tus hermanos, ¿Quién es hermano de quien?

Ella falló en el intento de ocultar la mirada de soslayo que me dio. Pero luego se embarcó en una alegre charla acerca de sus hermanos. Resultaba que William, su padre muerto, era un año menor que Thomas, su tío; los únicos hijos que había tenido su abuelo Samuel. En su familia había una tradición acerca de ponerle el nombre de un hermano a uno de tus hijos, así que William, Braulio y Ernesto, eran los hijos de Thomas; mientras que el padre de Brian, Thomas y Lizie, era William, quien había muerto en un accidente aéreo. Lizie me habló de Thomas, el único de sus hermanos que no había mencionado hasta el momento, resultaba que él estaba con su tío en la capital, estudiando mientras este último se encargaba de los negocios familiares por allá. Al parecer los London habían hecho mucho dinero con las leyes y la medicina, e invertido en

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

una infinidad de empresas dentro y fuera del país. Sonaba intimidante para mí.

La mantuve charlando hasta que entramos en el salón de clases. Tuve cuidado en no solo asentir con la cabeza en los momentos correctos, sino hacerle las preguntas adecuadas y las opiniones que ella esperaría en una conversación normal, lo que no fue difícil porque todo lo que salía de su boca siempre fueron interesantes trivialidades. Y ella parecía benditamente feliz.

Al final del día, Magui vino con nosotros en el camino de vuelta.

El miércoles en la tarde, un enorme grupo del salón fue invitado a la casa de Erick. Me atrevería a decir que el salón entero estuvo allí. Y tan raro como sonaba, todos me miraban como si yo fuera un bicho raro, como si no me hubiesen visto ya en clases. Probablemente se debía a que era verdaderamente extraño que yo asistiera a eventos como aquel.

La música sonó y pronto la reunión se convirtió en una fiesta. Estaba por invitar a bailar a Lizie cuando Raúl se me adelantó. Comenzaba a caerme seriamente mal. Erick me ofreció beber de una botella de agua mineral, por el aspecto que tenían él y sus amigos, supuse que no se trataba de agua. Un segundo vistazo hacia la pista de baile me dio una razón para beber lo que sea que me ofrecieran. Me arrepentí en seguida, su sabor era dulce y agrio al mismo tiempo. Realmente asqueroso.

Dos horas más tarde, las chicas jugaban con el equipo de sonido, poniendo cualquier cantidad de melosas canciones que a ellas les gustaba, pero que no eran apropiadas para una fiesta. Así que se podría decir que todo estaba verdaderamente aburrido. Yo estaba sentado en una ventana baja cuando Lizie se detuvo junto a mí.

—¿Te estás divirtiendo? —dije en el mejor tono despreocupado pero alegre que pude encontrar.

—Bastante —dijo ella—, ¿y tú?

Hice una mueca, la cual la hizo reír.

—Lo siento, te estoy dejando solo en esto.

—No es como si fueras mi niñera —traté de zanjar la situación—, simplemente no estoy acostumbrado.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

—¿Crees que es demasiado pronto para fiestas? Porque si es así podemos irnos ahora.

Me conmovió su determinación para protegerme, pero la verdad era que una fiesta no se sentía como romper el luto, acampar, ir de excursión, o cualquier cosa que hiciera con Gabriel, si se sentía mal solo de pensarlo. Pero esto estaba bien.

—No, estoy bien. No te preocupes por mí, ya me acostumbraré.

En ese momento Erick alzó la voz, anunciando que era tiempo de los juegos. Mis fantasías danzaron descontroladamente cuando se decidió que el juego sería “cultura chupistica” con penitencias. Vale, ahora estaba nervioso y emocionado. Aunque sabía que las probabilidades eran mínimas.

Un minuto en el paraíso, ese era la penitencia. Así que quien se equivocara, pasaría un minuto en el armario oscuro con la persona que apuntara una botella. Las primeras dos rondas las perdió un par de chicas, en la tercera fue el turno del bufón del salón. Lizie fue la cuarta. Así que giró la botella, mis ojos estaban fijos en esta, evaluando cada uno de sus giros y donde posiblemente se detendría. *Oh, demonios, que no se detenga frente a mí.* Repetía. Porque a veces la suerte es una perra y te da justo lo que no deseas.

Y no lo hizo, la botella estaba por detenerse frente a un chico del otro lado de mí, cuando alguien caminando dentro del círculo tropezó y la pateó —yo realmente esperaba que nadie se hubiese dado cuenta de mi empujón—. Todos se quejaron, en especial Raúl sentado del otro lado. Pero entonces cuando Lizie giró de nuevo la botella, solo tres giros después, se detuvo... mostrándome a mí como su elegido al azar.

Estuve bastante cerca de sonreír, pero fui capaz de detenerme al morder mi labio. Lizie estaba mirándome cuando alcé la vista. Esas fueron nuestras únicas reacciones antes de ser empujados dentro del armario cuya bombilla no servía.

Hubo un corto silencio, luego desde fuera se escuchó el grito de Erick.

—No puedes ir al cielo sin conocer el paraíso —decía—, sean juiciosos.

Podía sentir un cuerpo cálido demasiado cerca del mío, aún cuando no podía verlo.

—Esta no es mi definición de paraíso —solté sin pensar.

El calor proviniendo frente a mí desapareció.

—Ah —escuché decir a Lizie.

Fue cuando me di verdaderamente cuenta de lo que había dicho. Era por esto por lo que callaba la mayoría de las veces, yo solo sabía decir estupideces que lastimaban a alguien. *La oscuridad no forma parte de mi paraíso*, eso debí haber dicho.

—Eh, ¿Cuál exactamente es el propósito de esto? —pregunté.

Escuché un suspiro como respuesta.

—Supongo que solo les gusta tener algo de lo que chismear. Hablaran por semanas de los que estuvieron aquí dentro, y quienes eran más propensos a manosearse —cuando calló, lo hizo abruptamente.

Podía decir que la entendía, mi garganta estaba seca.

—¿Cuál crees que será nuestro veredicto? —dije cuando encontré mi voz.

Ella lo pensó durante un momento.

—Probablemente estaremos al tope de la lista.

En ese momento abrieron la puerta y Lizie pudo ver lo increíblemente sonrojado que sabía que estaba. Claro que ella también brillaba encendida en un perfecto tono rojizo.

## Capítulo 13.

Tal como Lizie pronosticó, la escuela era un ir y venir de comentarios acerca de la fiesta clandestina que había tenido lugar en la casa de Erick Sullivan. Y podía decir con algo de satisfacción que Lizie y yo estábamos al tope de las habladurías. Porque después de todo, Lizie seguía siendo un miembro de la tercera familia con más dinero en el país; y, Oh, ¡había estado en un armario oscuro con “mismo suéter”!

Eso último me molestaba, sin embargo. Esa alusión a que yo definitivamente no estaba al nivel de la señorita Elizabeth London. Y mientras le prestaba atención a los murmullos, escuché toda clase de cosas degradantes hacia mí, incluso decían que yo estaba en problemas de drogas. Les he puesto los ojos en blanco a tantos comentarios susurrados en los corredores, que ya no es divertido. Estuve a poco de irme a los puños con un maldito imbécil que insinuó infinidad de basura que implicaba en gran medida un montón de cosas que comprometían la virtud de Lizie. Hechos que expresé de este mismo modo, y por los que me gané serias burlas de parte del afeminado Erick. Otro hecho que expresé y que fue recibido con un fruncimiento de ceño, sin perder su irritante sonrisa de mona lisa.

Pero lo único que mantenía mi cabeza ocupada era ella. Se mostraba tan, tan distante cada vez que estábamos en el mismo grupo, habitación, acera. Como si yo hubiese desaparecido repentinamente. Quería creer que solo lo hacía para rebatir las habladurías circundantes respecto a nosotros, pero me estaba volviendo loco. Casi olvidando que de hecho la situación actual servían para mis fines. Aquello de que debía mantenerme leal a Gabriel. Deseaba ser un desleal amigo, porque es que dolía tanto perderla ahora.

Y era en ese *ahora* que estaba siendo verdaderamente consciente respecto a Elizabeth London, no parecía ser el único sufriendo por sus listones dorados. Y tampoco era solo Raúl. Era ridículo y poco original el que Gabriel se hubiese enamorado —aunque me gustaba más el termino *obsesionado*— de la chica más deseada de por aquí, pero nadie lo culpaba, ella, bueno, era Elizabeth London, y de alguna manera su nombre y su imagen siempre venía glorificado.

Lizie despertaba un montón de miradas a su paso, me daba cuenta, algunas eran sucias y posesivas, otras estaban llenas de adoración. Pero ninguno de nosotros era lo suficientemente egocéntrico

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

como para creer que nos la merecíamos, a excepción de Raúl, por supuesto. Aunque me atrevería a aventurar que el chico recibió muchos golpes en la cabeza de pequeño.

*Demonios, yo soy realmente una basura.* Este era el pensamiento usual que me consolaba de alguna forma, pero en aquel momento no hacía nada para menguar mi intranquilidad. Estaba a dos de darle a Lizie algo que no pudiera ignorar, algo como, no sé, pararme en medio del patio y proclamar mi amor por ella.

Bufé.

Aún no me sentía cómodo admitiendo mis sentimientos por Lizie, después de todo, era Elizabeth London.

Erick se dio cuenta de mi expresión y mi estado de ánimo en general, de esa manera en la que todo el mundo a mi alrededor parecía darse cuenta de lo que hay en mi cabeza.

—¿Está sucediendo algo, Dedos?

Quería decir que no era asunto suyo, pero hasta el momento estar con el grupo me había servido para estar un poco cerca de Lizie. No quería joderlo todo completa e irreversiblemente.

Y con esa revelación llegó el primer golpe.

Directo a mi nuca. Una bandeja de comida me había golpeado, me volví, más para ver quien la había blandido que para hacerle frente a mi agresor; y de alguna forma no estaba sorprendido cuando una bandeja de aluminio sostenida por William London, hijo, impactó contra mi mejilla. Mi cuello se contrajo automáticamente, o por el impacto, yo que sé. Una mochila voló hasta golpear el hombro de Will, podía decir por cómo se tambaleó, que era realmente pesada.

Un segundo después, Lizie lo empujaba para alejarlo de mí. Ella forcejeó con él, haciéndole perder su agarre en la bandeja, siendo su ruido al chocar contra el suelo el único sonido en el comedor.

—Te dije que solo era un rumor —dijo Lizie, su voz estaba desesperada—, ¿Cómo puedes creer que yo sería capaz de esas cosas que escuchaste de mí?

Will solo había estado mirándome con ojos envenenados en ciega cólera e indignación, pero las palabras de Lizie le hicieron cambiar su atención a ella rápidamente, su mirada llena de dolor.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

—No las creo, no de ti. Pero sé que este hijo de puta las ha estado divulgando —dijo, su atención y mirada volviendo a ser las de antes.

Esas fueron las palabras que me hicieron reaccionar, parpadeé y paladeé un par de veces, más que nada para reanimar mis glándulas salivales. Bueno, mi madre podría haber envenenado a Vizquel, pero seguía siendo mi madre, y ciertamente esperaba que si engañaba a mi padre pudiera al menos conseguir algo de dinero extra de su amante. Pero obviamente no iba a decir esto. Algo más estaba fastidiándome.

La multitud.

Me sentía como un niño, la mayoría del tiempo aún era así. Y había sido humillado públicamente por un London socialmente aceptado.

Tomé mi mochila y me puse de pie, poniendo todo de mí para no derrumbarme frente a tanta gente. Me detuve ante los London, mi mirada fija en Will, en este punto realmente estaba deseando no derramar ninguna lágrima. Fui vagamente consciente de algunos teléfonos alzándose listos para documentar la pelea potencial que se anunciaba en nuestros cuerpos. Tontos. Debieron haber sabido que yo no iba a pelear, porque solo un idiota se metería en una pelea con alguien socialmente aceptado cuando él estaba solo.

Solo.

Malditamente solo.

Me mantuve erguido cuando caminé fuera del comedor, para que al menos cuando contaran los hechos, no dijeran “y salió corriendo de la habitación, llorando como una niña”. Yo quería ser valiente tanto como podía al rechazar una pelea provocada a prueba de cobardes. Aunque podía haber apostado en esa pelea, era fácil determinar su resultado, porque desde que yo no había peleado en ningún momento de mi vida y los London tenían un salón para la práctica de las artes marciales, yo no tenía ninguna oportunidad. Por lo que estoy seguro de que hubiese hecho un buen dinero en esa apuesta en mi contra.

No me di verdaderamente cuenta de que corría hasta que escuché la carrera detrás de mí. Casi me detuve, porque si Will había venido por mí yo no quería estar corriendo de él. Pero entonces oí mi nombre.

—Amadeos —era Lizie, y no fue tanto el que fuera ella, como la pronunciación del nombre que figuraba en mi acta de nacimiento, lo

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

que me hizo detenerme. Nadie me llamaba de ese modo, solo Gabriel, y mi hermano, rara vez.

Lizie tomó la manga de mi camisa y tiró de mí con brusquedad.

—¡No! —Grité—, no quiero esto, no quiero tu maldita compasión.

—No es compasión, solo... lo siento por eso, por todo —su cara estaba tan llena de angustia que me di cuenta de que la mía solo podía estar reflejándola—, he estado actuando como una perra últimamente.

Mi boca casi cae con su definición hacia su pequeña actuación de los últimos días. Pero me di cuenta de algo.

—Es eso, es lastima —anuncié asqueado—, solo vienes a mí en momentos como este, supongo que ahora ciertamente volverás a acosarme.

—¿Eso es lo que crees que hacía? —ella lucía indignada ante mi revelación.

—No, solo intento usar un eufemismo agradable a tus oídos.

—Eres un... —se devanó los sesos buscando una palabra apropiada, pero no la halló, al parecer no existía en su vocabulario, probablemente porque no solía decir muchas malas palabras—. Si —dijo luego, alzando su mentón de manera desafiante—, es lo que he estado haciendo, te habías visto tan desesperado por compañía humana que pensé que podía convertirte en mi proyecto de caridad. Nunca pensé que sería tan difícil pasar tiempo contigo. Realmente no entiendo cómo es que Gabriel te soportó por tanto tiempo. Pero luego, estabas tan deprimido, y solo, y...

Me volví, porque morder mi labio para evitar que temblara no estaba funcionando, sentía como las lágrimas estaban acercándose. Porque después de todo, aún cuando intenté no decir lo que había en mi cabeza, ella realmente había podido ver dentro de mí, y no le había gustado lo que vio. Diablos, a mí tampoco me gustaba, y se había vuelto peor desde el entierro.

Gabriel, ¿Cómo él me soportó tanto tiempo? Si había alguien que había visto a plena luz la mierda que había dentro de mí, ese era él. Pero aún así se había quedado. ¿Por qué?

No creí que la respuesta a esto fuese de vital importancia, especialmente desde que estaba siendo nuevamente humillado por un London, haciéndome sentir merecidamente más pequeño de lo que me sentía.

Acepté mi castigo cuadrando mis hombros y huyendo del colegio antes de que alguien más se sintiera en la necesidad de herir verbal o físicamente al menor de los humildes Darkinso. Lizie aún seguía en mi cabeza cuando caminé cancinamente hasta el punto más bajo de El cielo. La señora Rudy estaba allí, vino fuera rápidamente. Para este punto comenzaba a preguntarme cuál era su aporte económico para los Salinas, conocía a pocas mujeres venezolanas que no eran madres trabajadoras, aunque también estaba la posibilidad de que hubiese dejado de ser una cuando dejó de ser la otra. Difícilmente aquel era mi mayor problema entonces.

Realmente comenzaba a creer que mi rostro era tan expresivo como parecía ser. Lo que tampoco era un problema debido a mi determinación de pensar las cosas un millón de veces antes de decirlas, y finalmente no decirlas en absoluto. Rudy me consoló hasta que estuvimos dentro de su casa, reconocía como un milagro el que no estuviese llorando para este punto. Al parecer había logrado aprender a contenerlas, muestra de que estaba creciendo, supongo, por sí los nuevos bellos corporales y faciales no eran suficiente.

Me sentí relajado estando en esta casa, no era como si sintiera que Gabriel aún estaba allí, paseándose de aquí para allá, sonriéndole a todo mundo por el simple hecho de respirar. Y ni siquiera tenía energía para pensar en que esto último era molesto. Lo extrañaba así de mucho. Y entonces supe donde tal vez pudiera tener un poco más de Gabriel, o al menos recordarlo con más exactitud.

—¿Puedo... —comencé, dudoso de que fuera bien recibida mi petición—...Puedo ir a la habitación de Gabriel?

Rudy me miró con una expresión de consternación, que rápidamente pasó a la añoranza. Pero solo asintió, e hizo un ademán con la mano, dándome permiso para ir solo hasta allá arriba. Y yo estuve feliz de que no me hubiera acompañado.

La idea que tuve de la habitación de Gabriel aquel primer día en el que me enteré de su muerte, era acertada. Esta estaba tan vacía, porque estaba llena de tantas cosas que no significaban nada con la ausencia de un *todo* mayor. Y de pronto estoy paranoico ante la idea

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

de no poder recordarlo, ante la idea de que su memoria se haya distorsionado e idealizado con su ausencia. Porque lo extrañaba, si, y él era bueno, sí. Pero no perfecto, aunque yo no era quien para determinar tal cosa.

Como recordar que un libro es bueno sin saber exactamente las palabras que te llevaron a dicha conclusión; no recuerdo de qué reíamos, pero recuerdo que lo hacíamos, recuerdo que planeábamos futuros, aunque no las palabras exactas, tampoco donde las decíamos. Como guardar en tu mente el recuerdo de lugares de cuando éramos jóvenes, su habitación luce demasiado pequeña para contener toda la vida del niño que yo conocí. Como saber la letra de una canción que jamás has escuchado, pero que sin embargo, siempre lo has hecho; no sé qué es lo que debería hacer ahora, aún cuando lo planeamos un millón de veces. Como saber que no te gusta el pepinillo aunque nunca lo hubieses probado; ahora se, y estoy completamente seguro de que la vida sin Gabriel no va a gustarme en absoluto.

## Capítulo 14.

Había un cuento deprimente que contó una niña en un recital de... bueno, cuentos. Este hablaba sobre un vestido, más concretamente sobre una niña que había visto uno en una vidriera, y esta se permitió pensar por un momento que podría pertenecerle. Pero la triste verdad la había golpeado.

El vestido era perfecto, sus pequeños brillos, sus detalles, sus brillantes y armoniosos colores; resultaba obvio que estaba hecho para una princesa y no para aquella niña cualquiera.

Al llegar a casa, ella había intentado olvidarse de la absurda idea de que podría alguna vez tenerlo; en lugar de eso se contentó con la esperanza de poder verlo diariamente de camino a casa. Así que su decepción fue tremenda cuando al día siguiente pasó frente a la tienda, con la esperanza de ver de nuevo aquellos brillos, encontrando la vidriera tristemente vacía.

Al final la niña había intentado no llorar, al comprender que alguien más se lo había llevado y que ahora debía vivir con la única imagen que había dejado en su mente. El cuento termina con una sonriente niña, feliz de poder recordar el vestido con nitidez.

Deprimente.

Por lo que me extrañé sobremanera cuando desperté llorando en la cama de Gabriel, con este cuento como único recuerdo del sueño que me había alterado. Y no era lo deprimente de la situación de la niña lo que me había conmovido, sino su obvio significado. La cosa era que yo no estaba seguro sobre quien era mi vestido.

Los días siguiente Lizie se disculpó conmigo, diciéndome un montón de veces que ella no tenía derecho de haberme tratado como lo hizo, y que en realidad no quiso decir lo que dijo. Yo pensé que probablemente era verdad, pero sabía por experiencia propia que aún cuando no quieres decir algo, no significa que no lo sientas. Así que básicamente Lizie y yo nos habíamos convertido en dos personas amistosas que habían cruzado desastrosamente la línea que los llevaba a ser amigos, y que nunca volverían a cruzarla nuevamente.

De todos modos Lizie monopolizaba la mayoría de mis pensamientos, el resto era dirigido a hacerme sentir miserable por estar

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

sopesando la posibilidad de cruzar líneas diferentes a la de amistad, con la chica de quien mi mejor amigo muerto había estado enamorado. Y tan deprimente como sonaba, yo creía firmemente en que estaba mejor solo. Pero incluso entonces era plenamente consciente de que nunca había estado solo. Sería una especie de reto, pero estaba dispuesto a ser valiente. No por mí, me consolaba. Sino por la memoria de Gabriel.

Y al final de la semana la carta fue entregada como costumbre, Lizie me miró sorprendida y yo me encogí de hombros.

—Tengo un compromiso —dije. No con ella, con Gabriel.

Cada día, lo único que me animaba, eran las tardes que pasaba con los Salinas. Santiago, Rudy y yo limpiábamos la habitación de Gabriel cuando no teníamos nada que hacer. A veces simplemente veíamos películas, comiendo y bebiendo chocolate hasta no soportarlo más. Otras veces, cuando yo había tenido un mal día, no sentábamos en el sofá, platicando acerca de todo lo que podíamos recordar de Gabriel, y llorando libremente.

Hasta que se hizo soportable y ninguno lloraba, solo sonreíamos, a veces se nos escapaban algunas lágrimas, pero eran consoladas con abrazos y palabras cariñosas. No he vuelto a encontrar nada realmente importante después de la promesa que le hice a Rudy de solo coleccionar las cosas que significaran mucho para mí, pero mantenía los ojos abiertos.

Nunca dejé de entregar la carta cada fin de semana, y Lizie nunca dejó de estar sorprendida por ello. Un par de veces preguntó por cuantas habían, yo me encogí de hombros y dije que solo era el mensajero. Sin embargo la pluma dorada había logrado sobrevivir después de la rabieta vengativa que había tenido cuando me dijo aquellas dolorosas verdades que destruyeron nuestra amistad, y planeaba que continuara dentro de la nueva caja de zapatos, porque aún cuando no era su significado, la cuestión del ave fénix se leía con bastante claridad en la pluma, y me gustaba.

Una tarde me caí de nuevo de aquel estúpido escalón inservible frente a la ventana de la casa de los Salinas. Santiago me había visto con el ceño fruncido y había ido al jardín trasero, regresó minutos después con dos mandarrias, explicando brevemente como derrumbaríamos el escalón del que siempre me caía. Casualmente, ese había sido el día en el que había visto a Lizie caminar con Raúl del otro

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

lado de la calle, así que estaba un poco cabreado. Estuvimos toda la tarde puestos en la labor, no me detuve aún cuando mis brazos ardían; de vez en cuando Santiago rellenaba una caretila con escombros, y me hacía ir a tirarlos en el lindar del bosque. Mientras Rudy nos mantenía hidratados con Nestea y refrescos.

Estuve contento de que se hubiese ido aquel escalón, pero triste al mismo tiempo, aún cuando no podía discernir el porqué.

Comencé a visitar a mi hermano los domingos en lugar de los sábados, al menos cada fin de semana que él no estuviese en casa. Cosa que cada vez pasaba con mayor frecuencia, porque él estaba construyendo su vida y no tenía tiempo de pensar en el pasado, creo. No sé, aún soy demasiado inmaduro para evaluar las situaciones de los más grandes, incluso para ponerme a mí mismo en *situaciones*.

Rudy dice que tengo que hacer amigos en el colegio, que tengo que pasar más tiempo con ellos, construir una vida y cosas como esas. Y de no ser por lo feliz que se pone cada vez que me ve llegar a su casa, me atrevería a decir que solo intentaba deshacerse de mí. Pero ella solo quiere que yo sea feliz, que tenga una vida normal como cualquier otro adolescente.

No sabía cómo decirle que tenía miedo, que creía que Gabriel había sido la única persona hecha para mí, porque la última vez que había intentado llegar a alguien, no había salido tan bien como esperaba. Pero entonces me recordaba a mí mismo que yo siquiera lo había intentado, no le había dado ninguna oportunidad a Lizie. ¿O sí? La verdad es que no puedo recordarlo con objetividad, no cuando yo sabía las horribles cosas que todo el tiempo estaba en mi cabeza.

Aún me molestaba verla caminar junto a Raúl, pero trataba de que no se notara, preocupado de que cualquiera pudiera leerlo en mi rostro. Lizie y yo también teníamos nuestros momentos, aunque eran del tipo que duraban tan poco que se desgastaban y tergiversaban de tanto pensar en ellos; luego me encontraba a mí mismo preguntándome si me lo había imaginado o en realidad había sucedido. No eran la gran cosa, solo, una sonrisa, un roce, un mirada; pero tan valiosos y perfectos que me hacían sentir miserable por sentirme tan feliz.

Es decir, tenía claro que nunca la merecería, que nunca podría tenerla, pero aún así era feliz de poder mirarla desde la distancia. Esperaba que no despertara una mañana para descubrir que alguien

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

más se la había llevado. Por que comenzaba a entender que la analogía del vestido no se aplicaba solo en una persona, esa vidriera podía ser remplazada infinidades de veces por muchos otros vestidos, y algunos de ellos podrían gustarte aún cuando ninguno estuviese hecho para ti; y se irían tarde o temprano, pero tú aún podías mirarlos cuanto pudieras.

Ya me habían quitado un vestido, pero con la nueva sonrisa que pinté en mi rostro, estaba listo para otro round.

## Capítulo 15.

Septiembre y octubre se fueron sin despedirse. Tan feliz como estaba de poder dejar atrás aquel oscuro día en el que perdí a mi mejor amigo, era miserablemente consciente de que cada día que pasaba nos acercábamos más a su aniversario. Quería detener el tiempo, paralizarlo en un solo día, un solo momento; preferiblemente uno en el que Lizie estuviese sonriendo.

Lo cual estaba pasando muy a menudo. El nuevo y candente tema circundante en el José Gregorio, era la fiesta de quince años que tendría Elizabeth Demetria London von Eckermann. Todo el mundo botaba la casa por la ventana en la celebración de los quince años de algún familiar, pero esta era una fiesta que usualmente se planeaba de seis a tres meses antes, incluso algunos los planeaban con un año de anticipación. Claro que siendo la tercera familia con más dinero del país viviendo en un pueblo humilde, probablemente necesitarías de poco menos de una semana para organizarla.

Aún así, en consideración con sus invitados —quienes debían conseguir un vestido o traje y un regalo apropiado para alguien que lo tenía todo—, los London habían enviado las invitaciones con un mes de anticipación. Y no fue tanto la sorpresa de ser invitado lo que me tomó con la guardia baja, como el mensajero que esperaba cabizbajo frente a mi casa.

—Finalmente, ¿Dónde estuviste todo el día? —dijo Will, enderezándose a una postura más confiada y arrogante—, olvídale, no me importa. Ten, y será mejor que consigas un bonito traje.

Me dio el sobre con la invitación, me quedé de pie esperando a que se fuera. Pero él no se movió.

—¿Qué? —dije cruzándome de brazos. Estuve tentado a menear mi pie de arriba abajo, pero me contuve.

Will lucía como si hubiese preferido el infierno antes de decir lo que estaba por decir.

—Quería disculparme —eso me tomó de nuevo con la guardia baja, instintivamente detuve mi dedo escondido entre mis brazos, que comenzaba moverse con nerviosismo—. No tengo palabras para lo que hice, yo... tú estabas pasando por un mal momento y... yo

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

malditamente lo hice peor —casi sonreí porque aquello sonaba como algo que yo pudiera decir—, te alejé de mi hermana, bueno, hice que te alejaras de ella y...

Alcé mi mano para detenerlo, porque francamente lucía como si quisiera arrancarse la lengua.

—Acepto tus disculpas, ¿algo más que quieras decirme? —pero yo ya estaba caminando hasta mi casa.

—¿Sabes bailar?

Esto volvió a tomarme con la guardia baja. Quería decirle que no era asunto suyo, pero me contuve, aunque no vi ningún problema en responder.

—Según yo —dije—, más o menos.

—Escucha, sé que esto es raro, y no lo dijera si en verdad no pensara que es importante; pero me siento terrible por lo que hice, no por ti, no te ofendas, pero me siento terrible por Lizie —él suspiró—. Necesito que vengas conmigo.

Juro que estuve a punto de aceptar, pero sus palabras y la insinuación de que mi vida había dado todo un giro a causa de él, estaban molestándome. ¿Quién se creía que era? Vale, un London, pero incluso ellos tenían sus límites.

Me di la vuelta y entré a mi casa sin volver la vista.

Y tal como esperaba, en el colegio ningún London se me acercó. No era como si los Gutiérrez, Pérez o López lo hicieran, pero estaba bien con ello.

Lizie caminaba deslumbrado a todos con sus sonrisas brillantes, y si antes había sido el centro de atención, ahora se había convertido en el sol para todos. Y yo no era menos consciente de su campo gravitacional, pero tenía un motivo para no dejarme atraer. Los chicos se arremolinaban aún más en torno a ella, inexplicablemente Lizie había logrado que algunas miradas sucias se convirtieran en adoración. En momentos como este, yo podía ver que tan atinada había sido su autoproclamación como reina en el jardín de niños.

Esa semana le di su carta en nuestra esquina, como siempre. Pero algo fue diferente, ella tiró de mi suéter para que no me fuera. Vale, era la semana de las sorpresas London.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

—¿Recibiste la invitación?

Asentí.

—¿Irás? —había una hermosa esperanza en sus ojos.

—No lo sé —dije.

Ella me liberó y yo deseé tener alguna excusa para quedarme a hablar un poco más.

—¡Dedos! —Me llamó—, puedo leerte alguna de mis cartas, si quieres.

Negué con la cabeza, determinado a no mostrarle lo sorprendido que estaba.

—No son para mí, sería injusto con él.

Un par de momentos como esos sucedieron cada fin de semana. Una vez habíamos coincidido con la visita a nuestros hermanos, pero entonces Rodolfo sabía todo y me había acaparado solo para él, diciendo que necesitaba su momento con su hermanito. Él realmente podía ser muy dulce cuando se lo proponía, y yo estaba rodeado de personas que no merecía.

De cualquier forma, mi madre se había comprado un vestido negro de fiesta, mi hermano había mandado a lavar su traje de la graduación, mi padre se rehusaba a usar esmoquin y corbata, por lo que mamá tuvo que conformarse con una guayabera blanca y la promesa de no tener ninguna mancha de grasa en sus manos. Así que no había escenario en el que yo no asistiera.

—Pero no tengo nada que ponerme —me quejaba con Rudy—, y no, no pienso usar el traje de Gabriel.

Ella me fruncía el ceño y cambiaba a temas inofensivos que de alguna manera se las arreglaba para asociar con el traje que yo debería usar. Era brillante esta mujer. Pero yo tenía lo mismo de obstinado.

Las amigas de Lizie caminaban de aquí para allá detrás de ella, ya habían sido escogidas las quince señoritas que entrarían antes de Lizie y que formarían parte de algunos otros rituales de la fiesta. Pero de todas formas estas quince señoritas danzaban detrás de ella para demostrar su agradecimiento.

Entonces Will se había aparecido de nuevo frente a mi casa, y esta vez me sentía tan miserablemente solo, que acepté ir con él.

## Capítulo 16.

Oh, vale, no era como si no hubiese visto una fiesta de quince años semejante a aquella con anterioridad. Con excepción de las esculturas de hielo, la fiesta era bastante menos ostentosa de lo que esperaba. Lo cual me hacía sentir cómodo. Esto no significaba que era sencillo o incluso indigno de Elizabeth London, al contrario. La mansión, sin ningún otro adorno, era hermosa por sí sola. Lo primero en lo que me fijé fue en la lámpara con forma de enorme araña pendiendo sobre las humildes cabezas de sus invitados; lo segundo fue en la maciza escalera de madera por la que, estaba seguro, Lizie aparecería. Y no era como si todos los invitados lucieran humildes, aquí y allá podía ver un par de cabezas y cuerpos erguidos con la arrogante seguridad que había visto en cada London. Así que inicié un juego con mi hermano, adivinando a cada London en la habitación.

Había llegado, junto con mi familia, unas dos horas antes del momento en el que estaba anunciado que Lizie se abriría paso desde las escaleras. Todo brillaba limpio y moderno, aunque con una elegancia que solo puede acumularse con los años. Después de todo, los London habían echado raíces en *El cielo* desde hacía mucho tiempo.

Will me saludó con un asentimiento de cabeza, aún me mostraba un poco receloso de hacer lo que él me había pedido. Aunque yo era amigo de Lizie y aquello se veía como algo natural. Entre la multitud también vi a Rudy, me sonreía, asintiendo hacia el traje que había conseguido que usara. Ella, más que nada, era la razón para rehusarme a hacer lo que Will me pedía, también estaba la cuestión de que él no había demostrado ser, precisamente, un amigo para mí.

Uno tenía sus desconfianzas, después de todo.

Braulio y Ernesto se unieron a mí y a mi hermano después de un rato, lucían ridículamente nerviosos.

—Ah, hoy su niña se convertirá en mujer —se burlaba mi hermano.

—Cierra la boca, solo es una estúpida fiesta —replicaba Ernesto.

—Braulio, explícale a tu hermano la finalidad de estas fiestas de quince años.

Pero Braulio negaba con la cabeza.

—Estoy con Ernesto en esto —dijo, estando por primera vez en desacuerdo con Rodolfo. Quien lució ridículamente herido.

Casi una hora después, algún tipo pomposo con un copete como peinado y una voz profunda, anunció que Elizabeth London haría su entrada.

—Por fin ¿quién va a recibirla? —murmuró Ernesto, solo para su hermano.

—Papá dijo que debido a su ausencia en los últimos años de Lizie, Brian debía ser quien bailara el primer vals y todas las otras cosas. Él intentó convencerlo de lo contrario. Pero un joven abogado no puede contra uno con experiencia, al menos no contra un London —dijo Braulio.

Fue extraño, era la primera vez que escuchaba a alguien hablar sobre la superioridad de los London, aunque me daba cuenta de que en el amable Braulio solo sonaba como orgullo y no como arrogancia, además la frase estaba pensada como un chiste.

—Así que hermano-mayor-Brian irá al rescate, ¿y cuál es la secuencia?

¿Tenían una maldita secuencia para ir a bailar con Lizie? No sabía porque estaba tan interesado en la conversación, pero lo estaba.

—Bueno, papá viene después, luego los abuelos, seguidos por nosotros en orden de nacimiento. Ya sabes, yo voy primero que tú. Thomas arregló que no todos los veintiún miembros bailaran con ella, solo los abuelos lo harán. Ya fueron advertidos. Por cierto ¿Dónde está Thomas?

Las quince señoritas bajaron las escaleras en orden, vestidas todas del mismo color, Magui era la última e iba tomando la mano de —oh— Lizie. Me sentía ridículo por formar parte de uno de esos momentos clichés en el que la chica baja las escaleras luciendo malditamente hermosa y el chico no puede pensar en nada coherente.

Ella tenía un vestido blanco con una que otra pedrería rosada en la parte superior, la falda iba en degradé, del blanco al escandaloso fucsia. Y jamás había visto que aquel color luciera tan elegante. La mitad de su cabello había sido recogido en un elaborado peinado con una corona en su centro, y el resto caía como una cascada dorada de tirabuzones. Toda su piel brillaba tenuemente, supuse era que parte del

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

maquillaje, el que estaba verdaderamente usando por primera vez. Por último, sus manos estaban pulcramente enguantadas.

Podía sentir como cada London destilaba nepotismo, pero no podía culparlos.

El enorme Brian tomó la mano de Lizie al final de las escaleras, enviándole una cálida sonrisa a Magui. Tal vez él estaría haciendo aquello por ella cuando llegara su cumpleaños, hasta donde sabía, el padre de Magui vivía fuera de la ciudad. Mis ojos viajaron curiosos a través de la habitación, encontrándome de nuevo con la mirada de Will luciendo nervioso, un reflejo de la mi expresión.

Brian condujo a Lizie hasta una pequeña silla colocada provisionalmente en medio del salón, un niño con los ojos marrones y el cabello dorado, vino con una caja, de la cual, estaba seguro, era de cristal y no de vidrio corriente. Dentro de esta había un par de hermosos tacones que también tenían toda la pinta de ser de cristal, pero sería ridículo e impráctico, probablemente solo tenía algunas partes hechas con materiales refractivos, aunque ponía mis manos al fuego por que valían más que toda la ropa que usaban los Darkinso.

*Detente. Me regañé.*

Brian puso los delicados broches de los tacones en su lugar —lo que me pareció todo un logro con las manos tan grandes como las tenía—, y se puso de pie para invitar a Lizie a bailar su primer vals. De nuevo con esa arrogante seguridad, ambos London se movieron a lo largo de toda la pista, incluso vi estupefacto como Brian levantaba y hacía girar a Lizie de vez en cuando —momentos en los que la multitud aplaudía fascinada—. Sentía como si de un momento a otro estos perfectos individuos sellarían las puertas y devorarían a sus adoradores.

*Detente. Me regañé nuevamente.*

No era momento para dejarme llevar por mis fantasías inmaduras.

Unos dos minutos después, un hombre igual de grande e igual de elegante, pidió a Lizie para la siguiente pieza, la que también duró unos dos minutos. Luego vi como un desfile de London bailaba, no, danzaba con una sonriente Lizie. Finalmente llegó el turno de Ernesto, quien sería seguido por Will.

Lo que nadie sabía era que él me había cedido su lugar.

Mierda, me estaba arrepintiéndome tanto de esto. ¿Cómo iba a ir allí y tomar a Lizie de los brazos de Ernesto?

Mierdamierdamierdamierdamierdamierdamierdamierda.

Will me sonrió al final del salón. Por lo que Ernesto, esperando a que él viniera, se volvió para seguir su mirada. Lizie también lo hizo.

*¡Mierda!*

Me obligué a hacer mi camino hasta la pareja, escuchando los murmullos provenientes de todas partes. La cara de Lizie cambió de la sorpresa a la esperanza, y luego a la emoción por la anticipación, un reflejo de la mi expresión. ¿Me rechazaría? ¿Me ignoraría y simplemente seguiría bailando con Ernesto? ¿Me echarían los London fuera de su mansión? Todas eran buenas preguntas. Y estaba tan contento de que al menos las dos primeras fueran negativas, que no podía preocuparme menos por la tercera.

Mi mano sudaba cuando tomé la suya, estaba feliz de que ella usara guantes. ¿Por qué fue que me había dejado arrastrar por Will hasta este punto? Ah, sí, *ella*.

Lizie sonrió con nerviosismo. Puse mi mano en su cintura, ignorando el movimiento que se produjo a mi derecha. Lizie dejó caer su mano izquierda en mi nuca. Entrelazando su otra mano con la mía, comenzamos a movernos por la pista de baile. Yo no era por mucho tan elegante como sus anteriores parejas de baile, pero al menos podía moverla de aquí para allá y posar para las cámaras.

—Hey —dijo ella.

—Hey —respondí.

—Creí que no vendrías.

—Yo también.

Su mirada cayó.

—Eh, bueno, ya sabes, todo ha sido tan complicado —realmente esperaba excusarme con esa vaga respuesta. Aunque sabía que nada era complicado para ella.

—Hoy es mi cumpleaños.

—Me he dado cuenta —dije. Pero, encontrándolo pedante e inapropiado, agregué—: Felicidades —tal vez con demasiada efusividad, con tanta que parecía sarcasmo. Me maldije internamente.

Creí que no diría nada más, pero entonces alzó la cabeza, adquiriendo esa postura que parecía venir con su sangre. La determinación se mostraba en sus ojos cuando habló de nuevo:

—Quiero recibir mi regalo ahora.

—Ah, yo... yo no lo tengo conmigo.

De hecho le había comprado algo, una cosa estúpida en comparación; porque desde que no tenía idea de que le regalarían mis padres, estaba nervioso al respecto.

—Es que lo que quiero no es una cosa —me estaba dando esta extraña mirada que no podía descifrar.

—¿Qué es? Dime qué quieres —mentalmente hice un cálculo de lo que me sobraba del dinero que había ahorrado en no comprar nada en la cafetería.

—Quiero que me beses.

Ella me sonrió nerviosa, un reflejo de mi expresión. Evalué la situación rápidamente. Elizabeth London estaba pidiéndome que la bese. El vestido se ponía a mi alcance por una noche, y sería un verdadero estúpido si no lo tomaba cuanto pudiera.

Así que me incliné, y ella se inclinó y nuestros ojos se cerraron. Y escuché a las personas dar un suspiro, justo antes de olvidarme de que existían. Y la besé. O ella me besó, no lo sé, solo sabía que nuestros labios se habían encontrado y que mi cuerpo se sentía enfermo y lleno de vida al mismo tiempo.

Quise mantenerlo todo en un sencillo beso, pero me fue imposible. Ladeé mi cabeza y atrapé uno de sus labios, eso pareció sorprenderla. Envolvió ambos brazos entorno a mi cuello, y yo hice lo propio con los míos. Luego recordé a las personas alrededor de nosotros, al menos a una específicamente.

Rudy.

Ella seguramente estaba viendo como yo me quedaba con la chica que Gabriel había amado. No, no quería que esto sucediera de esta forma.

Esta vez ladeé mi cabeza para dejarla caer sobre el hombre de Lizie, en un abrazo desesperado. Un par de segundos después, sentí una mano en mi espalda y estuve feliz de poder entregar finalmente a Lizie en brazos de Will. Necesitaba escapar de la atención.

¿Qué fue lo que hice? Y más importante ¿por qué lo hice frente a todo mundo? Me sentía hipócrita al decir que lo sentía, pero era la única cosa que podía decir en aquel momento.

A pesar de mis intentos, la atención aún no fue sacudida de mí por completo. Mi hermano me encontró antes de que pudiera deslizarme entre las personas reunidas en torno a la pista de baile. Algunos se volvieron para mirarnos cuando él me sacó del salón hacia el pasillo que conducía hasta las puertas traseras, de alguna forma se estaba convirtiendo en mi mejor lector.

Nos sentamos en un banco junto a los arbustos.

—¿Qué pasa Dedos? —dijo él, la angustia hirviendo en sus ojos—, ¡demonios! No hiciste nada malo.

—Gabriel la amaba, Rodolfo —confesé—, ¿no lo entiendes?

—Deja de ser un dramático, por favor, eres demasiado joven para pensar de ese modo. Amadeos, esa chica está loca por ti, no conozco toda la historia, pero sé lo suficiente para decirte que simplemente tienes que seguir adelante. Diablos, tal vez ni siquiera vayas muy lejos con Lizie, te lo digo, solo estás exagerando las cosas.

Quería levantarme y mostrar mi dedo medio antes de salir corriendo hasta mi casa, pero me contuve. Rodolfo tenía razón en algo: estaba siendo un dramático.

—¿Quieres volver a la fiesta? —preguntó.

Podía imaginar las miradas-ceño-fruncido que recibiría con mi vuelta a salón, pero respiré hondo y entré. El vals había terminado, ahora Lizie estaba en una extraña sesión de fotos con todos los invitados. Me negué a posar en ninguna de estas, pero al final ella tuvo que ir a la mesa donde los Darkinso y los Salinas se sentaban. Y el inoportuno de mi padre me obligó a posar junto a ella. Podía sentir como Lizie también estaba en tensión por estar tan cerca de mí,

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

mientras no me atrevía a mirarla a los ojos. Tampoco a Santiago ni a Rudy, sentía que les había fallado a ellos y a su hijo.

De cualquier forma, me convertí en una planta en mi silla el resto de la noche.

# Segunda parte.

## Capítulo 17.

Dos semanas después, recibimos la foto en la que aparecía nuestra familia posando con Lizie en sus quince. Era una horrible foto. Mi hermano lucía ebrio y mi madre demasiado sonriente; mi padre y yo parecíamos haber ensayado la misma expresión dura frente al espejo, mientras que Lizie brillaba con su hermosa versión de la incomodidad.

La escuela había sido un bullicio de habladurías respecto a aquel beso que Lizie y yo no nos atrevíamos a mencionar, pero eso casi quedó de lado con las inminentes vacaciones navideñas a la vuelta de la esquina. Raúl había mostrado su punto al no hablarle a Lizie en las dos semanas que pasaron. Idiota. Yo no sabía cómo era que habíamos ignorado el tema, pero hasta los momentos Lizie y yo nos habíamos hecho amigos.

Solo amigos.

Claro que Erick no paraba de lanzarnos miradas conspiradoras, o como si pensara que Lizie y yo conspirábamos para algo. El momento en el que entregaba mi carta se había vuelto más corto.

—La de esta semana —decía yo.

—Um —respondía Lizie.

No nos mirábamos a los ojos, no hablábamos de nada más que no fuera seguro, como:

—¿Hiciste la número tres? Tengo problemas para despejar d.

Y no era que tuviera problemas, era que sencillamente no sabía que significaba. Lizie había organizado un par de reuniones de estudio en su casa, aunque nunca íbamos a la biblioteca que sé que tenían, solo nos quedábamos en la misma habitación en la que había estado la primera vez. De vez en cuando había música en esas reuniones, pero tenía miedo de invitarla a bailar, y creo que ella también tenía problemas con bailar conmigo, porque desde que la igualdad de género es un hecho, ella bien podía invitarme.

Mi relación con Will era la misma de siempre, solo que ahora me sonreía de vez en cuando, o al menos lo hacía cada vez que lo pillaba mirando a Magui —lo que pasaba muy a menudo—. De algún modo no había esperado que fuera diferente, estaba conforme con el resultado

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

de nuestra pequeña conspiración. Bueno, no del todo. Desde la fiesta, había algo de él que había notado, y que me intrigaba: era el único de su familia con un cabello intensamente negro y unos ojos igual de intensos y azules. Probablemente no debería estar hablando de la intensidad de los ojos de Will, pero es algo que hace que sus ojos sean aún más inexplicables. Will siempre parece listo para una fuga.

Era tanta mi curiosidad, que finalmente pregunté. Él se encogió de hombros y dijo:

—Soy algo así como adoptado.

Eso era extraño, diferente. No había escuchado en el pueblo nada respecto a eso, pero entonces, no era como si socializara demasiado. Sin embargo, él no dijo nada más.

Días después me enteré de toda la historia por boca de la mismísima Lizie. William, padre, había estado muy enamorado de una chica mayor que él, cuando era muy joven; pero esta chica solo lo había visto como una aventura. Ella lo había abandonado y a él le había costado olvidarse de ella, Lizie creía que para la fecha aún estaba algo enamorado de aquella muchacha. Yo pensé que tenía que ser verdad para hacer lo que él hizo por ella. En fin, esta mujer había aparecido años después, o bueno, un trabajador social lo había hecho. William había acudido inmediatamente a ella, encontrándose con la noticia de que la muchacha había muerto en el hospital donde había dado a luz a su hijo. Obviamente este niño no era de William, pero aún así ella lo había señalado en el acta de nacimiento como el padre del pequeño. El trabajador social le informó de cómo aquel niño no tenía ningún otro familiar. Y el resto pude deducirlo.

Después de aquella historia, vi con nuevos ojos a William London, padre. Quien había criado a un niño cuando él apenas dejaba de ser uno, más extraño todavía era que este niño no era suyo. Es decir, tal vez la gente rica pueda permitírselo, pero aún así es impensable que un adolescente haga una cosa como esa. Will tenía trece años, y William solo veintinueve ¿Quién no podía ver algo de demencia en ello?

Cualquiera creería que seguramente el niño crecería como un hermano más. Y yo no estaba cerca de conocer toda la historia, pero podía ver como Will lo trataba como un padre, con un respeto y una adoración que no profesaba si quiera por Brian, quien —me había dado cuenta— parecía ser una especie de líder en su familia.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

Brian sin padres y William con un padre que debía atender los negocios familiares. De alguna forma sentía pena por ese par de adolescentes que se habían tenido que hacer cargo de una familia cuando ellos no habían terminado de crecer. Podía ver su dureza y su fuerza, las entendía, había hecho falta para sus propósitos. Aunque supongo que no estuvieron solos.

*¡Ah, por eso la institutriz!*

Y esto lo había descubierto en esas dos semanas contiguas a los quince de Lizie. No es como si fuese un secreto, pero no parecía ser algo de lo que cualquiera podría hablar abiertamente.

Lizie y yo íbamos de camino a casa, un día después de haberme contado sobre Will. No me atrevía a hurgar más en su familia, pero aún así me gustaba oírla hablar.

—¿Crees que pasaste dibujo técnico?

—Ajá, solo había que entregar los... —y ella hablaba el resto del camino.

Era como un volcán, uno muy fácil de provocar, y que cuando estaba en erupción, no podía detenerse. Y yo disfrutaba viendo los hermosos gestos que hacía al hablar, preguntándome como alguna vez pudo haberme parecido molesta esta caminata con Lizie hablando sin parar.

Raúl ya no había vuelto a caminar con nosotros, siempre se iba muy rápido o tenía planes para la otra dirección. En su lugar era Magui quien nos acompañaba de vez en cuando, otra conversadora innata. Me daba cuenta también de que Magui no trataba a Lizie con la adoración con la que todo mundo lo hacía, ella era torpe y despistada, un poco impulsiva y espontánea. Siempre nos estaba haciendo reír, sin importar que tan malo hubiese sido el día. Magui también tenía el cuarto peor promedio de la clase, y eso que apenas era el primer trimestre, Lizie siempre estaba sobre ella, pero esta parecía no terminar de enamorarse de alguna materia.

—Hay que verla de nuevo —decía, refiriéndose a alguna película de para adolescentes que a ella y a Lizie les había gustado.

—Sí, pero la dejé en el cuarto de Will —explicaba Lizie—, y él está enfadado conmigo. Cuando lleguemos se la pides.

Magui hizo un gesto extraño con su cara.

*Angela C.R.  
Cartas para ella.*

—Sabes que a Will no le agrado, seguro se contenta contigo cuando se lo pidas.

—¿Por qué crees que a Will no le agradas? —ese era yo, tratando de buscar una respuesta para algo que me parecía absurdo.

—Por nada, no me hagas caso, yo estoy loca.

Esa solía ser su respuesta para todo, supuse que de la misma forma en la que yo me excusaba con decir que era una horrible persona. Y no era como si yo fuese a decírselo a Will la próxima vez que lo viera, primero porque no era mi problema, y segundo porque posiblemente terminaría enviado a ver si el gallo puso. O tal vez no, nunca lo averiguaría, de cualquier forma.

La navidad se acercaba y con ella el inminente fin de año, no podía creer que ya estaba a seis meses de su muerte.

Gabriel. Era doloroso como cada segundo en el que pensaba en él se había convertido en días, tenía miedo de olvidarlo. En su defensa, él debió haber dejado un mausoleo o algo detrás de su casa.

Su casa. Un lugar que solo había visitado para tomar las cartas para Lizie. Porqué no sé cómo enfrentar preguntas respecto al tema. Tengo miedo de si quiera ver sus ojos por más de un par de segundos.

Lizie volvió a invitarme a su casa para una reunión este fin de semana, faltaban un par de días, pero estaba emocionado.

Aún no le he dado su regalo.

## Capítulo 18.

La última vez que había venido a la iglesia, el rostro de Gabriel brillaba sonriente en el altar —desde una foto, por supuesto—. El recuerdo no me hacía enteramente miserable, pero me encontraba bastante incomodo en la pequeña capilla. No entendía como Lizie había conseguido arrastrarme hasta allí, pero de alguna forma no pude decirle que no cuando me dijo que toda su familia había ido a una u otra actividad, y que ella quería compañía para ir a la misa de aquel domingo. Más tarde habría una reunión en su casa, pero ahora estaba atrapado en aquella pequeña capilla.

Me estaba costando todo de mí no dormirme en el incomodo banco de madera, sobre todo cuando cantaban —poniéndole el alma a cada nota—. Podían decir lo que quisieran, pero los niños del coro en El cielo *podían* cantar, tan armoniosamente que mis ojos se cerraban a su voluntad. Despertándome abruptamente cada vez que el público al unísono le contestaba algo al cura. O cuales sean los términos que se usan en las iglesias.

Lizie iba riéndose de mí en el camino a su casa. Y fue entonces cuando me di cuenta de que pasaríamos un montón de tiempo solos, al menos hasta que llegara el resto de sus invitados.

—¿Quieres oír un poco de música? —dijo ella.

Yo fruncí los labios al tiempo que me encogía de hombros. Cuando me di cuenta de que aquello podía ser interpretado como “no me importa”, asentí efusivamente con la cabeza.

Lizie puso alguna música en otro idioma, creo que era francés, por lo que sea, la cantante tenía una voz muy profunda y... excitante. O tal vez era la melodía, de cualquier forma, era extraño.

—Tengo algo para ti —anunció con timidez—. Es un regalo de navidad.

—Pero aún no es navidad.

Estaba un poco nervioso y emocionado por el recuerdo del último regalo que yo le había dado. Podía ver como ella era consciente de ello, me lo decía su diminuta sonrisa. Seguramente podía escuchar mi corazón desde aquella distancia.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

—Es una tontería, la verdad no es un regalo, no completamente — ahora estaba ruborizada—. Solo es un... eh... recuerdo.

Ahora si estaba nervioso.

Para mi sorpresa, ella salió de la habitación, regresando un par de minutos después con algo entre sus manos. Vale, realmente se trataba de algo físico y tangible. De hecho era una corona. La corona que usó en sus quince, me doy cuenta. La tomé y la estudié durante un momento, ¿Por qué me estaba regalando esto?

La miré, creo que la pregunta estaba escrita en mi rostro, porque ella rió antes de decir:

—Es que yo... um... te he visto tomando cosas, y creí que... bueno, que...

—Comprendo —dije rápidamente, era demasiado extraño verla balbucear, no formaba parte de la arrogante seguridad London.

Y de hecho comprendía, y me parecía fascinante que ella hubiese notado un detalle tan minúsculo como ese. Su regalo era el mejor y el peor que me habían dado en un tiempo. Porque era el recuerdo de aquel beso con Lizie, pero también me restregaba en la cara como le había fallado a mi mejor amigo. Aun así sonreí, curioso.

—¿Cómo supiste que colecciono cosas?

—Bueno, te vi mientras recogías un par de objetos y... —otra vez estaba dudando—...Gabriel lo mencionó en una de sus cartas.

Me congelé, todo rastro de sonrisa desapareció de mi rostro.

—¿Gabriel habla de mí en sus cartas?

Ella tenía la vista fija en sus manos descansando sobre su regazo.

—Ya te dije, puedo leerte algunas si quieres —susurró.

—Y yo ya te dije que son para ti y no para mí. ¿Qué tanto dice Gabriel de mí?

Diablos, que pasaba si él estaba diciéndole mis más oscuros secretos a Lizie, realmente tenía ganas de leer alguna carta, pero no podía seguir ensuciando la memoria de Gabriel. Él merecía más que eso.

—Escucha, yo a veces no me portaba muy bien con él, pero los amigos tienen malos momentos de vez en cuando. Y yo soy una horrible persona, por lo que estos horribles momentos fueron frecuentes. Pero eso no significaba que no lo quisiera. Lo quería, solo que no era bueno demostrándolo.

Lizie aún miraba sus manos. Pero entonces, en un furtivo movimiento, capturó mi mano, mi dedo dejando de moverse entre los suyos. Ella soltó una pequeña risa en señal de victoria.

—Esa es otra cosa que mencionó, tus manos ocultan tus dedos hiperactivos cuando estás nervioso.

Estreché los ojos.

—¿Qué te está diciendo Gabriel en esas cartas?

Ella se encogió de hombros.

—De todo un poco. De lo que estaba haciendo yo cada día mientras él escribía, de su familia; me habla de su proceso de recuperación, y de las personas que lo ayudan a salir de su depresión —dijo lo último lanzándome una mirada significativa.

—Él nunca estuvo deprimido.

—Oh, lo estaba, algunas cartas son bastante oscuras. Pero lo superaba cada vez, es gracioso como a veces dice que debe dejar de escribir porque tú estás por llegar. Eres un inoportuno.

—Él no estaba deprimido, nunca lo estuvo —repetí con mayor convicción.

—Por favor, Amadeos. Después de todo lo que le pasó ¿realmente crees que nunca se deprimió? Incluso tú tuviste que darte cuenta.

¿Incluso yo?

—¿Por qué me llamas Amadeos?

Ella sonrió.

—Ese es tu nombre.

Hubo un silencio en el que ambos solo nos devolvimos la mirada.

—¿Elizabeth? —Ella alzó las cejas—, ¿Qué quieres decir con que incluso yo tuve que darme cuenta?

—No eres muy observador.

Oh, se refería a eso.

—¿Amadeos? —le respondí con el mismo gesto condescendiente—, no vuelvas a decir que eres una horrible persona.

En ese momento Lizie y yo saltamos por la llegada de los *invitados*. Entonces fui verdaderamente consciente de lo cerca que habíamos estado el uno del otro. Y no pude evitar pensar en que tal vez si no nos hubieran interrumpido... pero deseche la idea inmediatamente.

Resultaba que medio salón había sido invitado a la reunión en casa de los London, esta vez algunos habían traído algo de alcohol, y se pasaban un vaso lleno —de más jugo de naranja que otra cosa— mientras bailaban al ritmo de un fuerte tecno. Era ridículo ver a las chicas de catorce o quince años actuar borrachas por un vaso de jugo de naranja ligeramente alterado. Pero daba igual, todos parecían divertirse.

El lunes me detuve en nuestra esquina, meneando mi nariz para menguar la picazón, otro síntoma de la alergia. Saqué dos loratadinas de mi nueva caja, y me las tragué. Lizie llegó en ese momento.

—Dios, Dedos, tu realmente debes dejar esas cosas —dijo, lucía angustiada—, acabarás como un adicto.

—Oh, ya es demasiado tarde.

Ella se detuvo, pero yo tiré de su brazo para obligarla a avanzar.

El profesor Miller nos tenía preparada su prueba de lapso para aquel día. Yo realmente no estaba entusiasmado por ello, pero sabía que no me iría mal. De hecho estuve entre los tres primeros, ganando un dieciocho como nota definitiva. Magui y Lizie también se lucieron entre las chicas, quedando de primera y segunda respectivamente, lo que les había ganado un veinte y un diecinueve. La discriminación de géneros actuando en el "área", supongo.

Me duché rápidamente y corrí a los vestidores de damas para reunirme con ellas. Las esperé fuera justo en la entrada, recibiendo algunas miradas sospechosas de cada chica que salía. Lizie y Magui fueron las últimas en salir, las escuché mucho antes de poder verlas.

—Sabes que eso no te importa —decía Magui.

—Lo sé, pero es algo que me gustaría que cambiara.

Los pasos se detuvieron.

—Entiendo, apesata lo que hace, pero con algo de esfuerzo puedes arreglarlo —parecían palabras de ánimo.

—No lo sé.

—Por favor, estás loca por él, y a él se le nota que le gustas. Tienes que darles una oportunidad.

—Magui, yo la verdad no creo que Amadeos sienta algo por mí —¿Perdón? ¿Oí bien? —, además está esta cosa de Gabriel y sus cartas, no sé, creo que no va a estar conmigo mientras Gabriel todavía exista, y seamos sinceras, él nunca dejará de existir verdaderamente.

En el pasillo de los vestidores se dibujó una sombra, anunciando que quien fuera que caminara por él estaba a punto de salir. Y traté, a pesar de que sabía que era inútil y que estaba corto de tiempo, traté de alejarme. Ocultarme en algún lugar.

Pero no lo logré, Lizie y Magui salieron del pasillo y sus expresiones imitaron la mía. Así que hice lo único que tenía ganas de hacer en aquel momento, la prueba irrefutable de que seguía siendo un inmaduro.

Yo corrí.

Lejos de Lizie. Aunque no estaba totalmente seguro del porqué, tal vez necesitaba un momento para sentirme entusiasmado —bailar o algo—, o quizá solo quería sentirme miserable por haber escuchado la constatación de mi completa traición a mi mejor amigo muerto. Dios, yo tenía que dejar de decir eso.

Medio esperaba que Lizie viniera detrás de mí, pero no sucedió. Llegué al salón de clases antes que ningún otro de mis compañeros. Me sentí como un completo cobarde cuando Lizie no apareció. Un patán. ¿Por qué me había ido?

Recapitulé una y otra vez lo que Lizie había dicho. El shock inicial de saber cómo ella se sentía respecto a mí no me había permitido comprender cada una de sus palabras, pero ahora lo hacía. ¿Entendí mal o ella no estaba contenta con la existencia de las cartas? ¿Qué mierda le pasaba? Para este punto supe que Gabriel había estado equivocado.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

No puedes escribirle cartas para después de que mueras a cualquier persona. Primero debes conocerlo, saber que es de la clase que comprenderá tus palabras aún cuando no pueda ver tus ojos o escuchar tu tono de voz. Y no sé, tiene que ser especial, realmente especial.

Así que estaba comenzando a creer que mi primera impresión respecto a todo aquello había sido correcta: las cartas solo servirían para aumentar la autoestima de alguien que lo tenía por las nubes.

Maldición, yo de verdad quería creer que no era verdad. Es decir, me gustaba. A mi realmente me gustaba la chica, diablos, estaba enamorado de ella. Y, según Magui, ella estaba loca por mí. Mis entrañas se contraían ante aquel recuerdo.

Antes del final de la clase, Magui entró, siendo echada inmediatamente por el profesor.

—Solo vine para entregarle esta nota del señor Miller a Darkinso — se excusó ella.

El profesor frunció el ceño. —Que sea rápido —dijo—, interrumpe mi clase. Y ya hablaremos de sus faltas, Margaret.

Magui me frunció el ceño, como si quisiera vengarse por la mirada del profesor. Me dio una pequeña hoja de papel con una elegante letra que no podía ser del señor Miller.

*Mueve tu culo y sígueme afuera* —decía la nota.

La miré con los ojos estrechos. No podía adivinar que significaba exactamente, pero tenía un mal presentimiento. Aún así me excusé con el profesor de matemáticas y salí con Magui hasta el pasillo.

—Tienes que ayudarme —dijo sin rodeos—. Bueno, no es ayudarme exactamente, más que nada es arreglar la cagada que hiciste. No puedo terminar de describir lo imbécil e insensible que fuiste. Es decir ¿no podías simplemente quedarte allí y decirle que no estabas interesado? Igual hubieses sido un imbécil, no nos engañemos, pero al menos hubieses sido un imbécil maduro.

Ella hablaba mientras bajaba las escaleras al primer piso.

—Um, ¿Qué sucede?

—¿Sucede?! ¿De verdad vas a actuar todo inocentón? —Bufó—, eres increíble.

—¿A dónde vamos?

—Ya te dije, a que arregles la cagada que hiciste.

Vale, yo tenía mucha imaginación, y esas palabras no me daban un bonito contexto, no precisamente.

La seguí detrás de la escuela, hasta el campo de béisbol. Mis ojos volaron inmediatamente a la figura solitaria que se sentaba en las gradas. Con su cabello siendo ondeado como una imponente bandera dorada alzada al viento, Lizie era inconsciente de nuestra presencia. O tal vez solo intentaba esconder su rostro.

—Bueno, aquí nos separamos —anunció Magui, como si fuese alguna especie de alma condenada a llevar a niños inmaduros por aquel camino. Creí que me pediría algún pago por el recorrido o no sé...

Dejé de pensar estupideces y me concentré en Lizie. Había tomado su cabello con ambas manos, sosteniéndolo firmemente para que ocultara su rostro. Ahora no tenía duda de ello. Desde la planta principal nos llegó el amortiguado sonido de la campana que anunciaba el final del primer periodo.

—¿No vas a ir a desayunar? —pregunté estúpidamente.

Lizie sacudió su cabeza.

Me senté junto a ella, sintiéndome incomodo, como si la situación fuera al contrario. Porque sabía bien que Lizie lo debía estar pasando verdaderamente mal.

—¿Qué haces aquí? —murmuró.

—Según Magui, vine a arreglar la cagada que hice, lo que no suena bonito.

—No es bonito —su tono era profundo—, no fue bonito.

Me quedé helado, no creí que ella fuera tan directa. Yo simplemente hubiese hecho como que nada pasó. Comenzaba a creer que era cierto que las niñas maduraban más rápido que los niños.

—Lo siento —dije, para salvar terreno en nombre de todos esos chicos inmaduros.

—Está bien, lo entiendo, simplemente me dolió que ni siquiera te tomaras el tiempo para decírmelo.

Ahora estaba confundido. —¿Decirte qué?

Lizie se volvió, poniendo los ojos en blanco en mi dirección. —Que no te gusto de la misma forma.

Respiré hondo. —¿Yo te gusto de esa forma?

Ella volvió la vista al campo, y yo no podía creer la suerte que tenía ¡a Elizabeth London le gustaba de esa forma! Una vocecita me recordó que ella no había respondido. Metí las manos en los bolsillos de mi suéter, remangado hasta mis codos a causa del calor, y simplemente esperé por su respuesta.

—Me gustas Amadeos Darkinso, me gustas. Más de lo que pensé que llegarías a gustarme.

Cerré mis ojos. Apreté mis manos contra ellos hasta que vi figuras blancas detrás de mis párpados.

—Oh, por favor —dijo ella—, actúas como si fuese un gran problema.

¿Qué?

—Simplemente olvida que dije algo, me gustaría que aún así siguiéramos siendo amigos, realmente me gustaría —dijo, pero lucía enfadada—. Si no es que es demasiada molestia para ti.

¿Me había perdido de algo? No estaba seguro.

—Lizie, eh... tienes que calmarte.

—Oh, vete a la mierda —espetó, lo que me tenía realmente asombrado—, te crees mejor que todo el mundo simplemente porque te sientes miserable y crees ser más inteligente que todos. Francamente no sé porque siento cosas por ti, creo que me gustan las causas perdidas.

—Lizie, ahora estás siendo una iditota.

Ella me miró con los ojos estrechos. Sentí su mano antes de poder detenerla, mi mejilla ardió, mi cara echada hacia atrás en un intento

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

por refrenar un segundo cachetón. Luego mis ojos se encontraron con los de ella, y vi arrepentimiento en ellos. De alguna forma me hubiese cabreado de haber visto alguna otra cosa, como satisfacción, por ejemplo. En lugar de eso cruce mis brazos, sorprendido de no tener ganas de llorar.

—Lo siento —dijo Lizie, lucía sincera.

—Me alegra saberlo.

Hubo un silencio extraño, nos quedamos allí mirándonos el uno al otro. Yo quería irme y sobar el ardor en mi mejilla —porque después de todo tenía mi orgullo—, pero no iba a dejar a Lizie sola de nuevo, no después de que volvía a enterarme de que le gustaba.

Para mi absoluto asombro, Lizie se acercó cautelosamente. Parecía estar pensando si era o no buena idea. Ella acarició mi mejilla con sus dedos sonrojados, y yo no hice ningún movimiento. Parecía absorta en sus pensamientos, y no quería que se retirara al darse cuenta de mi presencia. Ridículo, lo sé. Estaba consciente de que su mirada iba y venía desde mis labios a mis ojos, pero seguí sin moverme. Si ella iba a besarme, no sería yo quien me retirara, porque francamente ya no tenía fuerzas para jugar a que ella no me gustaba.

Pero Lizie no me besó.

Volví a respirar cuando ella estuvo a una distancia prudente de nuevo.

—Tienes razón, soy una idiota, y no debería molestarme porque no te guste —dijo—, no sé porque siempre estoy tratando de hacerte sentir pequeño, obviamente no es justo contigo. Lo haces lo mejor que puedes.

Estaba a punto de olvidarme de todo y simplemente ir y besarla de lleno, en esos rosados labios que lucían pálidos sobre su piel. Pero estaba esa pequeña voz que me decía que eso no era una buena idea, y yo concordaba con ella. No era una buena idea en absoluto, de hecho no debería ser una idea. Sabía también que Gabriel estaba muerto y que no era como si fuese a regresar para vengarse de mí, o como si no desearía que yo fuera feliz después de su muerte, pero aún así yo simplemente no podía... no lo hacía.

Cubrí mi cabeza con mis manos, retorciéndome en una sentada posición fetal. No reaccionando aún cuando Lizie pasó delante de mí

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

sin decir ninguna otra palabra, aún cuando la escuché alejarse de mí.  
Aún sabiendo que le gustaba de la misma forma que ella me gustaba.

Era un maldito hipócrita.

## Capítulo 19.

Seré honesto, me pareció un milagro haber pasado todas las materias con no menos de diecisiete. Yo realmente había creído que aquel sería mi peor año, pero me estaba yendo bastante bien. Claro que esto no era una gran sorpresa desde que Lizie estudiaba conmigo y siempre estaba organizando tardes de estudio o fines de semana para hacer tareas o prepararnos para exposiciones. Ella era responsable, y yo no era bruto. El equilibrio perfecto.

Sonreí.

Mi mamá estaba que bailaba cuando tomó mi boletín del sonriente señor Miller, quien era nuestro profesor guía. Me había dado tantos abrazos y miradas de orgullo que sentía que tenía que darme un baño para quitarme las épicas capas de melado que había sobre mí. Ahora estaba frente a una pizza demasiado grande para ser compartida por tres personas, pero sabía que mi papá y yo no podríamos levantarnos hasta no terminarla.

Y por supuesto, Lizie tuvo que antojarse de celebrar el fin de lapso en el mismo restaurante que yo. Ella vino primero, seguida por William, padre e hijo, Brian vino al último, abrazando a una mujer que tenía las manos puestas alrededor de Magui. Tomaron asiento en el lugar frente a la ventana donde una mesera no había dejado sentar a mi madre.

—Ahora entiendo porqué —gruñó mi padre. Al parecer yo no era el único al pendiente de la familia.

Lizie me vio entonces, sus labios apretándose ligeramente, luego sonrió y desvió su mirada. Como si no hubiese visto a nadie.

—¿No vas a saludar a Elizabeth? —dijo mamá.

Negué con la cabeza, solo Dios sabía lo humillantemente ignorado que sería si intentara tal cosa.

Lizie ha estado actuando como si nada hubiese pasado, y cuando digo nada, me refiero a un brillante y monumental nada. Como si jamás nos hubiésemos conocido siquiera. Y desearía poder estar molesto, pero me siento triste, deprimido. La semana pasada ni siquiera pude darle la carta de Gabriel. De hecho llevo dos fines de semana sin encontrar un lugar privado donde dársela. Y arrastrarla lejos de la multitud no estaba funcionando.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

En medio de la cena, Magui se puso de pie, pasando junto a mí y golpeándome con su codo de un modo que debía parecer un accidente. Pero ella no se disculpó, así que...

Fruncí el ceño.

Mi mirada volvió a la mesa de los London, encontrándose con el ceño fruncido de Will. Vaya, ahora todo mundo me odiaba. Esto iba a ser interesante.

Los London se quedaron por mucho tiempo, el mismo que nos llevó sentirnos capaces de caminar después de habernos atragantado con semejante pizza. Lizie salió con Magui pendiendo de su brazo y Will siguiéndolas con la mirada. Yo fui tras ellas en un alocado impulso.

—Lizie —ella no se detuvo, de hecho me ignoró. Vaya ¿se supone que yo soy el inmaduro?—. Elizabeth —dije con fuerza, y logré que se enderezara, dándome al menos un atisbo de que me escuchaba—. Necesito hablar contigo.

—Ella no quiere hablar contigo —dijo una extrañamente pedante Magui.

—Lizie, Gabriel... sabes que él...

—Solo dame las cartas y vete —dijo ella con firmeza, pero aún sin mirarme.

—No es así como funciona —susurré. Pero de hecho así era—. ¿Puedo al menos tener un minuto para hablar contigo?

Ella se volvió, sus ojos trabándose en mi mirada suplicante.

—Que sea rápido.

Su fría actitud no hacía más que asombrarme.

Magui nos dejó solo, dándome una oscura mirada antes de irse. Lizie caminó hasta una iluminada parada de autobús, la seguí fielmente hasta sentarme en el banco para mirarla deambular de un lado a otro. Sugerí que se sentará, pero ella solo me frunció el ceño.

—Lizie yo...—comencé de modo patético, no quería seguir disculpándome, pero no veía que otra cosa podía hacer—...lo siento, por lo del otro día, por todo. Discúlpame, en serio.

Silencio.

—Diablos, soy un idiota. Desearía poder dejar de hacer cosas estúpidas por las que luego tuviese que disculparme.

Sus dedos tamborilearon sobre el soporte de hierro de la parada.

—Puedes... ponerme una penitencia, yo haré lo que sea que se te ocurra ¿Qué dices?

—Tengo que volver con mi familia —esa fue su respuestas.

Mis entrañas se revolvieron, y todas esas cosas que anduvieron en mi cabeza los últimos días, finalmente emergieron en un estrepitoso vomito verbal.

—Lizie, yo no puedo seguir con esto, me duele. Te extraño. ¡Diablos!, eres mi única amiga. Desearía haberte tratado mejor al principio, pero aún estaba demasiado nublado por todo, y todas las cosas que estaban pasando no estaban ayudando mucho. Pero no puedo seguir esperando en una maldita esquina a que tú cruces y vengas conmigo, y es una pésima analogía, pero es lo único que se me ocurre —tomé aire, muy consciente de que en cierta forma yo estaba jugando sucio—. Necesito saber si aún quieres ser mi amiga o si te he perdido definitivamente. Me duele no tenerte, pero tengo que saber si... el que siga insistiendo logrará algo o nuestra situación es irreversible — respiré profundo.

Lizie enjugó las lágrimas que yo no podía ver, y realmente estuve seguro de que había caído muy bajo con el chantaje emocional. Pero estaba desesperado.

—Yo... no sé qué decir —ella seguía viendo el soporte de hierro como si con él fuera el problema—. También te extraño, pero... es incomodo para mí.

Me levanté y la tomé del brazo, sus ojos por fin encontrándose con los míos.

—No lo hagamos complicado —ella desvió la vista, por lo que tuve que decir—: mírame. Sé que suena mal pero, ¿Por qué no fingimos que nada de esto pasó? Volvamos a como éramos antes.

Ella sonrió levemente.

—¿A cuando te acosaba?

Sonreí.

—Estaré feliz con eso.

—¡Chinche! —se oyó una voz ronca y familiar.

—Tengo que irme —dijo Lizie—, ¿Dónde están esas cartas que mencionaste?

Saqué del bolsillo de mi pantalón, dos cartas dobladas, y le sonreí al ofrecérselas. Ella me sonrió de vuelta. Luego se marchó, pero yo seguía sonriendo, porque estaba seguro de que mi amiga estaba de vuelta. Aún cuando las cosas serían complicadas, ya no estaría solo.

## Capítulo 20.

Finalmente decidí reunir valor e ir a casa de los Salinas. Ellos me recibieron con los brazos abiertos —literalmente— estrechándome fuertemente como si el tiempo sin vernos hubiese sido asfixiante. Le entregué a Rudy la corona que Lizie me había dado, alegrándome cuando ella no me interrogó para saber que significaba para mí.

El día de mi visita, montaban el enorme arbolito del que nunca se deshacían. No podía mirar atrás en las navidades pasadas y encontrarme una en la que aquel árbol de navidad de dos metros de alto no estuviese presente. Era como parte de la familia. El artificial olor a pino había sido reemplazado por el —natural— olor a viejo, lo que Rudy trataba de mejorar con un aromatizador de... bueno, pino.

Me alegraba sobremanera haber vuelto a ellos aquel difícil día. Gabriel y yo siempre poníamos el arbolito con Rudy y Santiago, esperaba que fuera menos duro para ellos tener al menos a uno de nosotros.

Charlamos y bebimos chocolate, y contamos las viejas navidades en las que Gabriel hacía un épico trabajo en ocultar el regalo que tenía para sus padres. Siempre lograba sorprenderlos y ellos nunca se explicaban cómo. Lloramos, si, un montón. Tanto que mi garganta estaba seca y mis ojos adoloridos de la sobre hidratación. Pero fue genial hablar de Gabriel después de tanto tiempo. Incluso logré ser cargado por Santiago y poner la estrella —que era un ángel— en la punta del árbol. Por lo que, cuando estuve en el piso, Santiago me abrazó y ambos lloramos, Rudy también lo hizo, uniéndose a nuestro abrazo.

Al final del día llamé a mi madre y le dije que me quedaría con los Salinas. Dormí en la habitación de Gabriel con una de sus pijamas. Y suena extraño, pero su cama aún olía a él.

Desperté bien entrada la mañana, Rudy acariciaba mi frente y me sonreía tiernamente. Mi corazón se contrajo, estando seguro de haber encontrado la razón de que Gabriel amara tanto a su madre. Era obvio que ella extrañaba ser una madre. Me pregunté si había pasado horas mirando como la cama de su hijo estaba ocupada por alguien que usaba su pijama, y que efecto tendría en ella. ¿Le haría feliz? ¿La pondría triste? ¿Se sentiría una traidora por permitir que alguien más

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

ocupara el lugar de Gabriel? me fui antes de encontrar las palabras con las que pudiera averiguarlo sin que lo encontrara doloroso. De hecho no estaba seguro de que algún día las encontraría.

También puse el arbolito en mi casa, aunque este era más pequeño. De todas maneras mi hermano igual me cargó para poner la estrella. Me alegraba de que esta vez no fuese un ángel, no estaba seguro de poder soportarlo.

Lizie venía por mí algunos días y junto encontrábamos algo para hacer durante el día. Incluso visitamos la central hidroeléctrica Macagua, no era una gran diversión, pero había algo pacífico en ella. Lizie intentó convencerme de ir a la iglesia nuevamente, y de hecho lo logró. Estaba yendo a aquella pequeña capilla cada puto domingo, pero era una buena forma de pasar tiempo con ella y me estaba ganando un extraño visto bueno de su hermano-lider-Brian, que consistía en no fruncirme el ceño cuando me lanzaba su mirada asesina.

Un sábado fui por ella para darle una carta e invitarla a ciudad Guayana para visitar a nuestros hermanos. Pero cuando ella me dijo que Braulio y Ernesto se habían ido fuera de la ciudad, opté por invitarla al cine. Brian apareció en ese momento.

—¿Estas lista? —dijo él.

Lizie lo vio con una mirada que iba desde la suplica hasta la desesperación. Extraño. Se veía muy niña haciendo ese gesto, incluso un leve puchero apareció en sus labios.

—No —dijo Brian con firmeza—, te has mantenido ausente de todos los otros paseos familiares. Vendrás conmigo, fin de la discusión.

Ya había comenzado a preguntarme como es que Lizie siempre era dejada de lado cada vez que la familia entera salía. Ahora entendía que era su decisión. ¿Sería ridículo pensar que era por mí?

—Pero no quiero estar allí por toda una semana —lloriqueó Lizie.

¡Diablos! Brian parecía estar a punto de ceder. —No puedes estar aquí sola por toda una semana —dijo, pero había duda en su rostro.

—Estaré con Augus —argumentó Lizie, haciendo un mohín. Que hermosa.

—Elizabeth Demetria, empaca tus cosas ahora mismo si no quieres estar en Europa con una sola muda de ropa —dijo, y se dio media vuelta. Creo que tenía miedo de ver la expresión de Lizie y finalmente ceder.

Lizie suspiró.

—Es un cabrón cuando se lo propone —siseó.

—Wow, estás verdaderamente molesta.

—Voy a extrañarte mucho.

Me atraganté. —No es como si no fueses a volver, ¿A qué parte de Europa vas?

—No lo sé, creo que será un crucero.

—También voy a extrañarte.

Estábamos parados en la entrada de la mansión, su cabello brillaba a contraluz. Y sus mejillas se ruborizaban por mi comentario ¿podía ser más hermosa? Ella sonrió. Sí, vaya que podía.

—Debo ir a ser la maleta, nos vamos esta misma noche.

Suspiré. —En serio voy a extrañarte.

Ella se puso de puntitas y me sorprendió al darme un delicado beso en la comisura de mi labio. Entrelacé mis dedos para no atraerla contra mí y besarla duramente frente a su puerta. El beso duró un poco más de lo debido, contando con que dos amigos no deberían compartir esa clase de beso.

Nos despedimos de nuevo y la vi entrar en la mansión mientras esperaba el autobús en la parada frente a la mansión.

En el camino a casa de mi hermano, no hacía más que pensar en Lizie y sus labios casi sobre los míos. Sus quince se sentían lejanos, y aún cuando yo podía recordar claramente lo que se sentía tener mis labios sobre los suyos, quería reavivarlo. Pero simplemente no podía, me hice una promesa a mi mismo de no intentar nada con ella, y más atrás, yo había renunciado a Lizie. Cuando éramos niños y había descubierto que me gustaba y que parecía como si yo le gustara, yo había renunciado a ella y me había prometido no ir detrás de ninguna chica que Gabriel amara. Y aún hoy lo recordaba claramente, y me sentía en la responsabilidad de cumplirlo.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

Cuando llegué al edificio, el portero —quien ya se había familiarizado conmigo— me dejó entrar. Use las escaleras para subir al piso de mi hermano, o más bien el de los gemelos London. Llamé a la puerta pero nadie respondió. Demonios, había olvidado avisarle que vendría. Por suerte sabía donde guardaban una copia, ingeniosa o estúpidamente puesta en el piso inferior. Entré en el departamento y me arrojé sobre el sillón, un minuto después me dio sed y fui por un vaso de agua. Fue allí cuando lo oí.

Gruñidos y gemidos provenientes del pasillo de las habitaciones. ¿Qué diablos era eso? Mi intuición me daba una buena pista, pero y si...

Me alejé de la nevera y avancé en busca de la fuente de aquellos sonidos, alguien gritó. Me congelé, pero al mismo tiempo fui más rápido en ubicar el sonido. Venía de la habitación de mi hermano. Abrí la puerta de par en par y ahora si no encontraba las suficientes terminaciones nerviosas para moverme.

Mi hermano estaba allí, completamente desnudo, erguido largo a largo sobre la cama. No. Sobre una chica. Ella tenía sus piernas abiertas de lado a lado de mi hermano. Y no quería pensar en lo que estaban haciendo.

—Oh, mierda —dijo la chica.

Era una buena expresión.

Mi hermano se volvió y sus ojos se encontraron con los míos. Maldijo. Yo solté una estúpida risita antes de salir de la habitación. Sin saber qué hacer, me quedé sentado en la sala porque medio sabía que mi hermano querría hablar conmigo. Y así fue, menos de un minuto después vino por mí usando unos pantalones cortos, para mi beneficio, supongo, porque obviamente no le importaba estar desnudo con la chica.

—Hey —ese fue su saludo, yo no lo miré a los ojos cuando asentí para demostrar que lo había escuchado—, n— estás traumatizado o algo así ¿verdad? Sabes que es algo natural ¿no es así?

Asentí con la cabeza, creía seriamente que no era bonito ser visto por tu hermano menor en aquellas... poses, así que pensé que el que debería estar preocupado era yo.

—Puedes decirme algo —ofreció él.

—¿Ella es tu novia? —pregunté, no estando seguro de donde había llegado mi tono de voz.

Él lo pensó por un momento. —Es una amiga.

Lo miré. Mi cabeza rápidamente trajo la imagen de Lizie. ¿Eso era lo que hacían los amigos? No sabía cómo sentirme al respecto.

—¿Tienes hambre? —él fue a la cocina, creo que quería liberarse de mi mirada más que preocuparse por mi apetito.

—No —dije en voz alta.

La amiga de mi hermano salió en ese momento, lanzando una mirada a la cocina que yo no supe cómo fue respondida. Luego me miró, sonriéndome con demasiada ternura, me hizo sentir al menos cinco años menor.

—Tú debes ser Dedos —dijo ella.

Yo sonreí con los labios apretados.

—Oh, se sonroja, Rodolfo, tu hermanito se sonroja.

La cara de Rodolfo se asomó desde la cocina y me sonrió. Y, obviamente, me sonrojé, si es que ya no lo estaba.

Aquella chica se llamaba Carol, y resultó que si era amiga de mi hermano, una verdadera amiga de los que conocen toda su vida y pregunta por su familia, aún cuando nadie sabe nada de ella. Yo no sabía nada de ella, pero me pareció bonita y amable. Le di el visto bueno a Rodolfo y él se limitó a sonreír al montón de huevos revueltos que había en su plato, mientras Carol iba al baño.

Ambos nos fuimos en el mismo momento, resultaba que ella vivía un par de cuadras más allá.

Me sentía extraño en el camino de regreso a casa. No dejaba de pensar en Lizie debajo de mí. Lo cual me hacía sentir triste, muy triste, pero aún más excitado. Me preguntaba qué pensaría si insinuaba algo como aquello. Y más o menos así fueron mis fantasías en el camino a casa, las que dejaba correr libremente, porque no era como si yo de verdad fuese a dejar que alguna de esas cosas sucediera. Yo tenía una promesa, me recordaba con pesar.

## Capítulo 21.

La semana era malditamente aburrida sin Lizie, pero eso ya lo sabía, así que no me sorprendió. La cosa extraña vino cuando la visita de los Salinas llegó para quedarse por el resto de las vacaciones navideñas.

Los visité una mañana, asomándome junto a la ventana. Había personas limpiando aquí y allá. Una figura llamó mi atención, una chica bailaba pasando un plumero aquí y allá por los corotos de los Salinas. Ella tenía un denso cabello negro recogido en una coleta, usaba un mono de licra y una camiseta ceñida a su cuerpo, lo que me permitía adivinar su exageradamente curvilínea figura.

Margarita miró a la ventana y me sonrió, di un paso atrás y me alegré de haber derrumbado aquel escalón. Un segundo después, la puerta se abrió y ella vino fuera para abrazarme. Extrañamente no me sentía incomodo. Pero si volví a pensar en mi hermano y aquella chica y en que tan cerca había estado yo de algo parecido en la noche del funeral. Era ridículo, pero comencé a pensar que yo realmente quería que la primera vez que lo hiciera fuera con...

No, por nada del mundo iba a terminar esa frase.

Ese día me obligaron a quedarme para almorzar, lo que me obligaba indirectamente a colaborar con la limpieza. Santiago, un par de sus primos y yo, hacíamos el trabajo de hombres, más que nada acomodar el patio trasero y delantero, lo que era seriamente cansino.

El domingo en la tarde recibí un mensaje de Lizie. Había llegado y quería verme. Mi corazón saltó, no me había dado cuenta de que tan nervioso estaba porque me olvidara por un refinado europeo, no hasta aquel momento. Con mis mejores galas informales, caminé hasta la mansión London, llevando una carta de Gabriel conmigo.

Lizie estaba esperándome en la entrada, caminé hacia ella con una enorme sonrisa, una que ella me correspondió. Pero me detuve justo antes de tocarla, conteniéndome de estrecharla fuertemente entre mis brazos. Lizie lucía radiante, sus ojos brillaban llenos de imágenes que yo solo soñaría con ver, y yo era feliz porque ella lucía feliz.

—Ho...

—Hola —dijo una voz detrás de mí.

Me volví para ver a Margarita caminando con Rudy y su madre.

—Vamos a la ciudad por algunos ingredientes para las hallacas —informó Rudy.

—Espero que se diviertan —le dije de vuelta.

—Será muy aburrido, créeme —dijo Mar—. En cambio tú tendrás con quien divertirse —ella me sonrió.

Y lancé mil bendiciones cuando el autobús llegó.

Mirando a Lizie de vuelta, su mirada lucía extraña, sigilosa.

—¿Quién es ella? —dijo.

—Mar, la prima de Gabriel.

—Mmm... ¿Qué edad tiene?

—Creo que dieciocho ¿por qué?

Ella lo pensó por un momento. —Porque le gustas —dijo.

—No, no le gusto. Es solo que... —callé, estuve a punto de decir que tuvimos algo. Mala idea.

Pero Lizie interpretó mi silencio.

—Dios, ella es una maldita roba cuna.

No sabía cómo sentirme respecto a ese comentario. —No es como si yo fuese mucho menor que ella —me defendí. La mirada que Lizie me dio, me dijo que eso había sido lo peor que había podido hacer—. ¿Cómo estuvo Italia?

—Bien —espetó—, tengo ganas de unos sabrosos helados del señor.

Después de comprar nuestros helados caminamos a la plaza. Para este punto Lizie me había contado demasiadas cosas acerca de Italia, y no parecía como si dejaría de hablar de un momento a otro, pero yo no la detuve. Me concentré en lucir tan interesado como me sentía. Dijo que me había traído un regalo y yo recordé el que aún no le había dado. Realmente me gustaría volver a regalarle lo de la última vez, pero no estaba seguro de que eso no luciera muy egocéntrico.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

Lizie compró un pequeño coliseo para mí, hermoso, y una diminuta bandera de Italia. Yo estaba feliz, yo la estaba amando un poquito más. Pero aún me sentía nervioso de darle su regalo.

—Bien, ¿tú qué hiciste? —dijo ella. Ahora habíamos ido hasta la mansión y nos sentábamos en los cómodos sillones del salón en la parte trasera.

—Nada —y era verdad.

—No puedes no haber hecho nada —dijo con escepticismo.

—Sí, porque *El cielo* es tan excitante. Hay una nueva cosa que ver en cada esquina.

—No hace falta ser sarcástico, un poco más de respeto por el pueblo que te vio crecer. Yo estaba rogando por estar de regreso, digo, Italia es... Italia —una buena observación—, pero mi paraíso está en *El cielo*.

La miré con los ojos estrechos y una sonrisa burlona, finalmente bajó la mirada y se sonrojó.

—Ya, en serio ¿Qué hiciste durante la última semana?

Lo pensé por un segundo, no puedo decir que lo que dije salió sin que me lo propusiera. —Extrañarte —dije.

Lizie me miró, su sonrisa murió en sus labios. Yo también dejé de sonreír.

—¿Qué pasa? —ella se puso de pie—, ¿ahora que dije?

Lizie negó con la cabeza varias veces antes de responder.

—No puedes decir cosas como esa —dijo—, no lo haces sencillo, porque me creo cada una de tus palabras, y yo realmente fantaseo con la posibilidad de que tú pienses en mí como yo pienso en ti.

Mi boca cayó. ¿Ella había dicho lo que me había parecido escuchar?

—Lo siento —dije.

Lizie suspiró.

—No, yo lo siento, a veces me pongo un poco loca al respecto.

Ella vino de nuevo a sentarse junto a mí. Entrelacé mis dedos para no ir en busca de su rostro. O sus listones dorados. Hablamos durante un par de tensos minutos más, pero entonces ella se relajó y la conversación volvió a su tono alegre de antes. Luego tuve uno de esos momentos hablar-sin-pensar.

—...Y fui donde mi hermano pero lo vi teniendo un gran momento con una amiga, él estaba... —me congelé, desvié la vista avergonzado.

La boca de Lizie se abrió, lucía divertida, asqueada e incrédula. Yo por mi parte, solo me sonrojé.

—¿Viste a tu hermano, mientras él...? Oh, buen dios, eso debe ser terrible.

Lo era.

Me encogí de hombros. —Ya sabes, es algo natural —dije en tono aburrido.

Seguimos hablando de un montón de cosas, pero Lizie seguía tomando una pausa para menear la cabeza y poner en claro que no podía creer mi actitud ante haber visto a mi hermano haciendo aquel acto. Comenzaba a formarme una idea de la respuesta que Lizie me hubiese dado de habérselo propuesto. Daba las gracias porque ella hubiese ignorado la parte en la que Rodolfo y la chica eran solo amigos.

Una semana nos alejaba de la navidad cuando invité a Lizie al cine. Como, verdaderamente invitándola. Claro que ella era mi amiga y supuse que era algo normal porque ella también lo supuso. Como sea, primero pasaríamos a visitar a nuestros hermanos, y luego tendríamos toda la noche para nosotros. Estaba algo nervioso.

La visita fue como cualquier otra. Ceños fruncidos. Historias contadas. Sonrisas compartidas. Esta vez noté que había cierta tensión entre uno de los gemelos y mi hermano, supuse que estaban peleados o algo por el estilo. No se mencionó el episodio anterior, desde el cual, yo no había vuelto a esta casa, y yo estuve francamente agradecido por ello.

Lizie y yo fuimos al cine, vimos otra de esas películas que a ella tanto le gustan, cuyos títulos parecen salidos de un corazón vomitador. Y tan increíble como suena, esta vez invité yo, por lo que me sentía orgulloso.

En el cine sucedió esta cosa rara en la que apagan las luces y la electricidad crepita a tu alrededor, tan densa que te sientes asfixiado, como si necesitaras un contacto a tierra para desahogarte brevemente. Y mi tierra era Lizie. En medio de la oscuridad, contra todo pronóstico y auto promesa, busqué su mano y la sostuve con fuerza. Podía haber jurado que la escuché jadear.

Pero no me conformé solo con tomar su mano, también dibujé círculos en ella y la estrechaba a intervalos de tiempo, como para recordarle que estaba allí. Bien avanzada la película, Lizie soltó mi mano y me llené de decepción, pero entonces ella trazó las venas de mi antebrazo con sus dedos, lo que se sentía genial. Francamente ninguno de los dos le ponía atención a la película. La mano de Lizie comenzó a subir por mi brazo, acariciando de esa leve manera que de algún modo es peor y mejor al mismo tiempo. Mi respiración se alteró cuando su mano llegó a mi nuca y sus dedos estaban dentro de mi cabello, jugando, tirando. Me contuve, dios sabe que lo hice.

Pero era demasiado. Una leve caricia, sí. Pero demasiado para mi cordura y mi determinación. ¿Los amigos hacían ese tipo de cosas? Tal vez si lo hacían, quizá por eso Lizie siguió sus castas caricias sin quejarse de que yo estaba intentando engañarla al mostrarle falsos sentimientos.

Cerré mis ojos, no porque quisiera dormir, sino porque realmente estaba disfrutando de sus dedos acariciando el cabello en mi nuca. En algún momento su mano se detuvo y cayó sobre mi hombro, por lo que la tomé y... dejé un beso en el centro de su palma. Miré al frente, muy consciente de la mirada de Lizie sobre mí; no importaba qué, ni siquiera estaba sorprendido de lo que estaba haciendo. Se sentía tan bien que no había forma de que estuviera mal. Fingí que estaba muy interesado en la película hasta que Lizie me imitó. No dijimos nada, nuestras manos entrelazadas en mi regazo.

Al final de la película, una vez estuvimos fuera de la sala y caminando para tomar el autobús, dije:

—No estuvo tan mal la película —dime cobarde, pero no me atrevía a tomar su mano a la tenue luz del atardecer.

Ella dijo:

—No, fue interesante.

Me pregunté si ella se refería a lo mismo que yo.

De mi mochila saqué la carta de la semana, ella la tomó en silencio y la guardó entre su ropa. Lizie no era de las chicas que usan enormes carteras, extrañamente eso me gustaba.

—Amadeos...— ¿por qué seguía llamándome así? —...realmente puedo leerte un par de párrafos de las cartas. Él dice cosas muy lindas de ti, tal vez quieras escucharlas.

No sabía que decir o como sentirme al respecto. Ya le había dicho que no quería que me leyera las cartas que Gabriel había escrito para ella, pero mi determinación iba flaqueando cada día un poquito más.

—¿Sabes? Al principio estaba molesto —confesé—, ¿Cómo mi mejor amigo, para quien yo había sido su mejor amigo, no me había dejado ninguna carta a mí? creo que más que nada era porque yo no solía hablar con nadie más a excepción de él, y... yo quería escuchar sus palabras de nuevo, al menos en mi cabeza, saber cómo se sentía, aún cuando probablemente siempre estuve allí. Pero más que nada quería saber que le importaba, quería saber si... me quería. Digo, sé que lo hacía, pero aún así estaba muy triste, tú sabes, deprimido. Un par de palabras tuyas hubiesen ayudado un poco, o tal vez no, no lo sé.

Me sorprendió que hubiese logrado decir todo esto sin derramar ninguna lágrima. Lizie y yo caminábamos a la par, yo continué:

—Pero ahora, ahora estoy bien con el desarrollo de las circunstancias, me siento cómodo. Incompleto, pero cómodo. Al fin de cuentas tengo un amigo. Bueno, una amiga.

Me detuve porque habíamos llegado a la parada del bus. Cuando miré a Lizie, ella me sonreía, así que le devolví la sonrisa.

—Entonces eso me convierte en el nuevo Gabriel.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Gabriel solía ser algo asocial y un poco marginado, así que creo que si alguien aquí tendría que ser el nuevo Gabriel, ese voy a ser yo.

—Oh, entonces yo sería Dedos —ambos reímos, luego ella agregó—: no eres muy justo con él.

—No, no lo soy —rectifiqué—, solo estoy bromeando. Además... tú eres mucho más bonita que cualquiera de nosotros.

Vi, no sin cierta satisfacción, como los ojos de Lizie se iluminaban. Y supe por instinto que ignorar el momento me convertiría en un completo, total e irrevocable idiota.

Salvé la distancia entre nosotros, cada paso que daba enviando deliciosos escalofríos por todo mi cuerpo. Tomé la mejilla de Lizie cuando estuve frente a ella. Me sonrió. Me incliné, su respiración estaba sobre mi rostro, tibia y embriagadora. Ladeé la cabeza. Mis ojos se cerraron cuando vi sus pestañas descender. Lizie apretó mi suéter, tirándome un poco más hacia ella.

—Oh, dios, va a besarla —dijo una voz en alguna parte. Sonaba familiar.

Fruncí el ceño.

—Por supuesto que va besarla —dijo otra voz. También familiar.

Me alejé de Lizie porque era obvio que teníamos público. La vi abrir los ojos luciendo tan aturdida como yo. Juntos nos volvimos al lugar donde habíamos escuchado aquellas voces. Para mi sorpresa, Erick y una de sus amigas —no podía recordar su nombre— se escondían detrás de la parada del autobús.

—¿Qué hacen aquí? —dijo Lizie.

—Obviamente no lo mismo que ustedes —respondió la amiga de Erick. Me preguntaba si ella era esa clase de amiga.

—Dios, creí que estaban peleados —señaló Erick.

—Lo estábamos —confirmó Lizie.

—Y ¿han tenido una cachonda reconciliación? —esa era la amiga hablando.

—Solo somos amigos —aclaré.

—Pero iban a besarse —ella lucía confundida, tal vez no era esa clase de amiga después de todo.

—No íbamos a besarnos —me sorprendió que Lizie y yo habláramos al mismo tiempo.

¿No íbamos a besarnos? Yo había pensado que sí.

Dedos confundido.

## Capítulo 22.

La cena de navidad estuvo deliciosa, Rodolfo había venido para quedarse las pocas semanas que la universidad católica le daba, y todo fue muy divertido. Por mucho que intentara aparentar lo contrario, realmente me gustaba ser el más pequeño de la casa. Claro que ya estaba creciendo y las cosas estaban cambiando, ahora me adjudicaban un montón de otras tareas que involucraban fuerza de hombre. Pero seguían recompensándome al desordenar mi cabello cariñosamente, eso me hacía sentir bien, de alguna manera.

Mi hermano, sin embargo, también estuvo toda la noche con un preocupante ceño fruncido, no sabía exactamente lo que le pasaba. Mi mente sopesó un montón de posibilidades, unas estúpidas y otras no tanto. Tal vez hubiese perdido algún examen, su universidad trabajaba por año corrido en lugar de semestres, él estudiaba derecho, al igual que uno de los gemelos —no sabía cual—, a veces me gustaba sentirme orgulloso por él. También pensé que podría ser algo más importante ¿estaría Carol embarazada? O ¿le había ella contagiado alguna enfermedad de las que tanto nos hablan en el colegio? Me molestaba no saber que preocupaba a mi hermano. Diablos, estaba enfadado conmigo mismo por ello.

Alrededor de la diez de la noche fui a la mansión London, Rodolfo me acompañó. Un señor alto y delgado, tan elegante como August nos abrió la puerta y nos permitió pasar, indicándonos que éramos esperados. Después de pasar el shock de ver de lleno el salón principal de la mansión, puse atención a las indicaciones que me daba el señor larguirucho.

Encontré a Lizie en la biblioteca, intenté no lucir sorprendido ante el tamaño de la misma. Will y Magui también estaban allí. Lizie se puso de pie y corrió a abrazarme en cuanto entré en la habitación. Me dio un beso en el cuello por que fue el primer lugar que encontró y luego se apartó ruborizada. No era como si no nos hubiésemos visto esa misma tarde, pero estaba feliz por su reacción.

—Chico, ¿Por qué no tienes una hermana? Estoy cansado de tantos hombres visitándonos por aquí —dijo Will. Pude ver un vaso en su mano, lleno de un líquido rojo que supuse que no era sangre.

—Magui es una chica —señalé, esperando el ceño fruncido que me dio eventualmente.

—Ew —dijo ella—, no miras a tus hermanos de esa forma.

Will apartó los ojos de mí y clavó su mirada en la nuca de Magui, pero sus ojos mostraban un pequeño atisbo de dolor. Empinó su copa y tragó el resto de su bebida. Quise pensar que no había nada malo en un niño de trece años bebiendo vino, aunque supuse que ningún London estaría de acuerdo conmigo, tal vez por eso se escondían en la biblioteca.

—¿Ha venido toda tu familia? —pregunté en dirección a Lizie.

Ella asintió. —Los veintiún miembros. Las grandes celebraciones siempre tienen lugar en El cielo, todos, o más bien los más viejos, nacieron aquí. Thomas y mi padre fueron los únicos demasiado apegados para dejar sus raíces, creo que porque se enamoraron de mujeres de por acá.

—Creí que los von Eckermann eran una gran familia empresaria de la capital.

—Lo eran. Lo son, de hecho mi padre conoció a mi madre cuando mis abuelos hicieron negocios tan fructíferos que celebraron con un fin de semana con toda la familia reunida. Ya sabes, amor a primera vista y toda la cosa.

—William la dejó embarazada y fueron obligados a casarse —espetó Will.

La boca de Lizie cayó, pero lucía divertida. Me preguntaba si había tomado algo de vino también. —Tú no puedes saber eso —dijo.

—Yo lo sé, mi abuelo me lo dijo —contraatacó él.

—Como sea, mis padres se casaron y tuvieron a Brian, luego a Thomas y después a mí, así que dudo que no se amaran —señaló con aires victoriosos.

Will hizo un ademán con la mano para restarle importancia.

—Volviendo al punto inicial ¿no tienes algunas amigas a las que invitar esta noche? —dijo Will.

—Estoy segura de que Lorena y Amanda estarían felices de venir aquí —se burló Lizie.

Will le mostró el dedo medio pero pareció pensárselo, después de un vistazo en dirección a Magui, meneó la cabeza y se sirvió un nuevo trago. Esto iba a parar mal, pero Will lucía tan mayor en aquel momento, en cierta forma me sentía inmaduro a su alrededor.

Entonces Lizie me invitó a sentarme y Will me ofreció una copa que rechacé, y Magui estuvo hablándonos de un tal Geraldo. Y creo que solo yo podía escuchar los gruñidos que Will soltaba con cada mención de aquel muchacho, que al parecer Magui había conocido en Italia.

Pobre Will.

—Luego me invitó a su habitación.

—Ya me has contado esa parte.

—Sí, pero fue tan emocionante, ya sabes, un chico guapo con un cabello hermoso y labios carnosos quiere tenerte en su cama. Jamás aceptaría tal proposición, pero fue halagador.

—Niña tonta. Él seguramente iba por la calle invitando a todo el que se le cruzara en el camino —dijo Will.

—No entres en mi conversación para llenarla con tu veneno —advirtió Magui.

Will le puso los ojos en blanco y gruñó algo que sonó como: *estúpida niña hermosa*. Pero de nuevo, estuve seguro de que solo yo podía oírlo. Él me miró. Tal vez de hecho lo decía solo para mí.

Fue a servir otro trago y descubrió que la botella había quedado vacía. Frunciendo el ceño, me miró de nuevo.

—Tú vienes conmigo —dijo, arrastrando las palabras.

Hasta ahora caía en cuenta de que el chico de trece años se había terminado una botella de vino él solo. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos nublados con agotamiento. Aún me seguía pareciendo mucho mayor, casi como un hombre ahogando sus penas en algún bar muy elegante y con muchos libros.

—¿Dónde? —pregunté, inseguro.

Él se encogió de hombros. —A robar otra botella.

Sabía que no era inteligente ayudar a que un niño de trece años robara su segunda botella de vino, pero se sentía como si él no me

hubiese dado más opciones. Me condujo de puntillas por la casa hasta llegar a un ancho pasillo que terminaba en una enorme puerta circular. Tuve un leve vistazo de filas de botellas con corchos alineadas unas sobre otras en esos estantes —o como se llamen— donde suelen guardar los vinos. Mi tarea era simplemente echar un ojo e ir corriendo dentro si veía a alguien. Me pregunté qué pensaría algún miembro de su familia si me viera allí, solo, en un lugar de la mansión a donde no había sido invitado, al menos no que ellos supieran.

Minutos después, Will aún no había salido, y una enorme sombra bailó al final del pasillo. Pensé en ir corriendo dentro, pero calculé que no llegaría a escurrirme por la puerta principal sin ser visto. William vino trotando hacia mí, deteniéndose ligeramente cuando me vio allí de pie.

—¿Qué haces aquí? —en sus ojos solo vi confusión y no acusaciones, lo que me relajó notablemente. Lo último que quería era que un enorme London me acusara de robar en su mansión.

—Estoy esperando a Will —dije rápidamente.

Él frunció el ceño —¿Tú y él son amigos?

Negué con la cabeza. —No, señor.

—Eso me parecía.

William caminó de nuevo en mi dirección pero no fue hasta la bodega de vinos, en su lugar se dirigió a una puerta más pequeña y cuadrada que había a un costado.

—¿Señor William? —Dije nervioso, mientras él abría la puerta usando un manajo de llaves—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

William se volvió hacia mí, rascándose la nuca con el mismo nerviosismo que había dentro de mí.

—Puedes tutearme Dedos —murmuró pensativo—. Ya me preguntaba cuando ibas a venir para hablar.

¿Se lo había preguntado?

—¿Sabe de qué quiero hablar?

Él asintió. —Supongo que acerca de Gabriel.

—Sí, verá, el otro día...

—No —me interrumpió—, hablemos aquí.

Abrió la puerta y me indicó que pasara con un gesto de su mano. Era una oficina, una un poco —demasiada— pequeña para los estándares de los London. Estaba adornada con colores cálidos y muebles de madera, que la hacían parecer antigua y sofisticada; hasta tenía su propia pequeña librería, aunque los libros allí tenían portadas de los mismos colores del resto de la habitación.

—El otro día usted mencionó a Gabriel y yo pensé, creí que...

—¿Quieres algo de tomar? —él señaló a un pequeño refrigerador en una esquina de la habitación.

Negué con la cabeza. —Yo quería saber...

—¿Sabes que hay dos clases de London? —Preguntó. Yo sabía que no necesitaba responder—, los médicos y los abogados. Solo hay de eso por aquí. Por supuesto que todos hemos tomado un par de clases o asesorías respecto a los negocios, pero esencialmente somos médicos o abogados. Al principio me molestaba, ya sabes, tener un futuro limitado de opciones. Pero al crecer me di cuenta que no era eso de lo que se trataba. Llega un momento en el que no quieres nada más, no puedes imaginarte yendo en contra del barco. Es mi familia, y estoy tan feliz de enorgullecerla. Entré a la facultad de medicina cuando tenía dieciséis años, estaba este otro asunto que me volvió loco al principio, pero salí adelante con la ayuda de Augus y mi familia, bueno, tal vez solo fue por Augus. Soy un doctor, Dedos, y también soy psicólogo, y no podría ser más feliz si fuese diferente.

No sabía porque me decía todo aquello, pero estaba embelesado por la historia y el tono en el que estaba siendo contada.

—Me hubiese gustado ayudar a Gabriel un poco más, él era un chico genial ¿sabes? —hizo una pausa, pero yo seguía absorto en sus palabras—. ¿Qué estoy diciendo? Por supuesto que lo sabes.

—Usted lo ayudó ¿cierto? Rudy decía que Gabriel tenía un padrino anónimo, ¿Ese era usted?

William sonrió. —Como te dije, me hubiese gustado hacer más por él, pero yo no tenía la suficiente experiencia para tratar su tipo de cáncer. Sin embargo he estado estudiando últimamente. Estaré preparado la próxima vez.

¿Con el próximo niño con cáncer? Eso era algo enfermo, pero lo ignoré, creo que fue una especie de chiste malo.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

—Así fue como Gabriel logró tener los mejores tratamientos — analicé— como logró ser tratado a tiempo.

—Bueno, gracias a él mi abuelo fundó otro hospital para niños con cáncer. Así que se puede decir que Gabriel logró algo bueno con todo esto ¿no es así?

Pero no era así, él lo había hecho. William. Aquel hombre frente a mí había hecho más por Gabriel que cualquier otra persona. Aunque no entendía porque evadía mis preguntas directamente.

—En fin, no sé si estabas enterado, pero yo era su psicólogo —No lo estaba. Se rascó la nuca de nuevo—. Él venía a mí al menos una vez por semana, nuestras sesiones solían ir de un punto a otro entre el llanto y las carcajadas. Gabriel era muy fuerte. —Sus ojos brillaron repentinamente, parecía orgulloso— hablamos mucho, de un montón de cosas. Sobre todo de... ti.

—¿De mí?

—¿Te sorprende? Tú eras prácticamente al único al que él dejaba entrar, digo, hablaba conmigo, pero no era lo mismo para él. Yo era como su diario y tú eras las palabras que él ponía en él.

Una cálida sensación llenó mi cuerpo. Sonreí.

—Por lo que estuve muy molesto en una ocasión, cuando él llegó llorando por algo que tú le habías dicho —hostilidad cruzó su rostro, y yo me pregunté: ¿no se supone que todo aquello estaba bajo una confidencialidad doctor paciente?

—Apuesto a que solía decirle un montón de cosas para entristecerlo, yo era así de estúpido —había un nudo en mi garganta pero meforcé a tragármelo.

—Te equivocas, tú siempre fuiste como una exhalación de alivio para él —estaba a punto de decirle que la cortara con las metáforas, pero él frunció el ceño y continuó—. Por lo que me sorprendí mucho aquella vez. Fue después de enterarse de que para sobrevivir deberían amputarle su brazo. Él estaba muy preocupado, consternado, deprimido. No era él mismo en aquel momento, y entonces tú viniste y le dijiste que si lo dejaba o no dependía de la cantidad de tareas que deberías hacer por él. Eso no estuvo bien.

Wow ¿debería estar sorprendido de que recuerde las palabras exactas?

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

—Pero no lo dije en serio —me alteré con aquel recuerdo, y la comprensión de lo que le había hecho a Gabriel, me odié un poco más—, quería que él descubriera que no lo dejaría, en aquel momento estaba un poco molesto porque él pensara que yo iba a irme, él no debió...

—Lo sé —sonrió William—, eso fue lo que le dije. Él volvió contigo porque eras su único amigo, pensando que tú volvías con él porque era tú único amigo. Y al final vino a mí con una sonrisa diciéndome que tú habías dormido en un incomodo sillón solo para verlo la mañana después de la operación. Aún no estaba convencido, pero eso lo animó.

Si, ya no pude contener mis lágrimas. Comencé a llorar en silencio, ese tipo de llanto que era mil veces peor porque te asfixiaba y te hacía sentir miserable, y siempre terminaba en hipos.

—Gracias —susurré después de un rato en el que él solo me miró y se inclinó atrás en una silla de cuero del otro lado del escritorio. —Por lo que hizo por Gabriel, por contarme estas cosas, por todo. Gracias, verdaderamente gracias.

William me dio una cálida sonrisa y estaba a punto de decir algo, pero el sonido de vidrios quebrándose contra el piso llamó la atención de ambos. Él se puso de pie y salió fuera de la habitación, yo fui tras él, y lo encontré escurriéndose por la enorme puerta circular.

—¡Jesús! —dijo una vez estando dentro.

—Lo siento —escuché levemente el quejido de Will.

—¿Estás bien?

Para este punto yo había entrado a la habitación, también.

—Sí, solo... me quedé dormido, pero creí que estaba en mi habitación, y entonces desperté y me asusté. Intenté ponerme de pie, pero solo encontré estúpidas botellas para sostenerme.

Y como resultado, todo un estante lleno de botellas de vino —que yo sabía que tenían que ser muy costosas— se había venido abajo.

—¿Estás borracho? —siseó William.

—Nop —pero una ligera risa lo delató.

William se enderezó, quedando a por lo menos dos cabezas de su hijo. —No tienes ideas de todos los problemas en los que estarás mañana.

El rostro de Will se entristeció, hubo un ligero puchero en sus labios. Sorbió su nariz y luego se cayó. Su padre lo rescató justo antes de que golpeará su rostro contra el suelo lleno de vidrios. Él lo acunó contra su pecho, la mitad del cuerpo de Will guindando flojamente.

—¿Por qué papá? —Susurró él— ¿Por qué él no me quiso?

Vi como William apretaba los ojos, sabía que yo no tenía por qué estar en aquel íntimo momento familiar, pero una vez más, me encontraba embelesado.

—Yo te quiero, William. No voy a dejarte y eso es lo único que importa —dijo el padre, mientras el hijo se quedaba dormido acunado en su pecho.

Y recordé la historia que Lizie me había contado. La madre de Will había muerto, y él no tenía ningún otro pariente, lo que significaba que su padre debió haberlo abandonado.

Después quedé atónito cuando William alzó el cuerpo de su hijo, quedando a horcajadas sobre él. Y la expresión que el hombre tenía en su rostro era tan relajada, que cualquiera hubiese pensado que cargaba a un bebe y no a un chico de unos cincuenta quilos. Estos London eran verdaderamente fuertes.

Will acomodó su cabeza en el hombro de su padre. —No puedo recordar la última vez que hice esto —murmuró William, lanzando una sonrisa emocionada hacia mí—. Creo que extrañaba a mí pequeño – después lo seguí fuera de la habitación, viendo las piernas de Will balancearse de lado a lado del enorme cuerpo de su padre.

Creo que ese fue el momento en que la imagen de Will como un adulto murió para mí.

Antes de salir del paillo, William se volvió para mirarme con las cejas alzadas. —No hay que decirle a Brian que estuvimos en su oficina.

Asentí con la cabeza, preguntándome que tan mal estaba Brian. Yo realmente deseaba no tener que saberlo nunca.

## Capítulo 23.

Tenía planeado entregarle a Lizie mi regalo en navidad, pero dadas las circunstancias, decidí posponerlo hasta año nuevo. Sin embargo si le entregué la carta de la semana. Ella sonrió y me dio un beso en la mejilla que estuvo peligrosamente cerca de la comisura de mi labio.

—¿Qué vas a hacer en la víspera de año nuevo? —preguntó.

—Estar con los Salinas —dije—, mi padre y Santiago son muy cercanos, como mejores amigos, así que todos somos como familia. El viejo Maxi dijo que también vendría. ¿Tú que harás? ¿Están aún los veintiún miembros contigo?

—Lo están. Augus está furiosa, los hijos de mi tío Guillermo están volviéndola loca.

—Creí que solo tenías un tío llamado Thomas.

—Sí, así es, pero Napoleon, Guillermo y Samuel, son demasiado viejos para llamarlos primos. Ellos eran primos de mi padre —explicó.

—Ustedes necesitan jerarquizar su árbol genealógico.

Lizie sonrió. —Lo sé.

Tomó mi mano y no la soltó hasta estar frente a *Los helados del señor*. Compramos nuestro usual cono de chocolate, y nos sentamos dentro del local a mirar pasar a la *chusma*. No recordaba la última vez que me había dirigido hacia la gente con aquel nombre, Lizie había resultado ser un refrescante cambio de aires. Era increíble cómo me había cambiado en tan poco tiempo. Por un acto de caridad o no, no me importaba. Elizabeth London era lo mejor que me había pasado tras la muerte de Gabriel.

Hablamos de un montón de cosas, como siempre, ella me contó de todos los lugares en los que había estado, al parecer no eran muchos, debido a que Brian se negaba a sacarla del país siendo tan pequeña. Resultaba que *tan solo* había estado en Italia —sus palabras, no las mías—, pero aún así había ido a muchos lugares en Venezuela a los que yo, por supuesto, no lo había hecho. Que no era extraño porque yo nunca había ido fuera del estado. En mi defensa, Bolívar era el estado más grande de Venezuela. Entonces pasamos a temas más

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

íntimos, acerca de sus miedos y creencias y cosas por el estilo, resultaba que Lizie también estaba preocupada por uno de sus hermanos — primo—, que había estado molesto y deprimido desde hacía algunas semanas.

—Lo escuché peleando con tu hermano en la noche de navidad —dijo ella.

—¿A quién? —pregunté.

—A Braulio. Lucían muy tensos, pero no entendí porqué discutían, creo que algo acerca de una chica.

—Dios, ¿crees que estén peleándose por la misma mujer?

Ella negó con la cabeza. —Sé que Braulio no haría eso, tal vez tú estuvieses ausente los últimos quince años, pero ese par siempre han sido muy unidos, bueno, los tres. Ernesto también. Así que sé que Braulio no arriesgaría una amistad como esa por una mujer.

—¿Son así de cercanos?

Ella me miró. —Tú de verdad has estado viviendo en una cueva —dijo—, apuesto a que si quiera recuerdas que los gemelos me llevaban a tu casa cuando yo era más pequeña.

Sonreí, estaba de humor para jugar. —Bueno, eso sí lo recuerdo. Solías ser una niña tremenda.

—Ja, tú solías ser un gilipollas.

—No uses insultos extranjeros —me quejé, sonriendo—, además, estoy bastante seguro de que al menos yo no andaba besando niños por ahí.

Los ojos de Lizie se abrieron ligeramente, pero no demostró ninguna otra señal de que le hubiese afectado algún recuerdo.

—Gracias al cielo, eso podría haber sido un problema —dijo ella.

Estreché mis ojos. Consciente de que había sido vencido en mi propio juego.

Después de pagar —invité yo de nuevo— Lizie y yo fuimos a la plaza. Pero ninguno de los dos intentó tomar la mano del otro o alguna otra cosa.

Los días siguientes antes del año nuevo, Magui y Erick se unieron a nuestras tardes. No estaba incomodo o molesto al respecto, pero no terminaba de amar la nueva situación grupal. Sentía como el monstruo asocial tocaba la puerta del chico amable enamorado, y como este chico quería dejarlo entrar y que se hiciera cargo. Pero me contuve, porque la dueña de aquellos listones dorados estaba allí, buscando mis ojos cada vez que alguien decía algo gracioso o cualquier cosa que conllevara alguna reacción de sus escuchas. Y aquello era suficiente.

Entonces me di verdaderamente cuenta de que había sobrevivido a la primera navidad sin Gabriel. Como, realmente sobrevivido sin encadenarme a la cama pensando que la vida no tenía sentido. Y con este pensamiento había ido con los Salinas, y estando allí estuve seguro de que no lograría ir más allá de la víspera de año nuevo sin sentirme totalmente miserable. Pero aquello era algo que debía compartir con ellos.

¿Cómo soportaban la idea de vivir un nuevo año sin su único hijo? Debía ser terrible, especialmente por la esperanza que se habían permitido tener después de la amputación. Yo estaba sufriendo, pero estaba seguro de que mi dolor palidecía ante el dolor que había dentro de los Salinas.

Pero al final no fue tan malo como temía. Todo estuvo bien, la cena, la plática. Hubo lágrimas y *ojalas*, pero por todo lo demás, fue mejor de lo que yo supuse. Santiago fue el primero en darme el feliz año, sorbiendo su nariz en mi oído, susurró: *jamás te agradecí por quedarte siempre a su lado.*

Cuando se apartó y me sonrió, yo volví a abrazarlo, para susurrar: *jamás te agradecí por no alejarme cuando sabías que no era una buena influencia.*

Entonces ambos reímos, y yo supe que en realidad Santiago había creído que yo era una mala influencia. Es decir, tenía mis sospechas, pero ahora habían sido aclaradas.

Con Rudy pasó algo similar, pero ella simplemente se quedó llorando en mi hombro, y yo sobé su espalda como si fuera el adulto en su lugar. Poco después, algunos se acercaron a nosotros y todo se volvió un gran abrazo colectivo.

Y el verdadero caos apareció.

Escuché sollozos y esa estúpida frase de *todo estará bien*. Pero aún así fue mejor de lo que esperaba, porque al menos mis lágrimas no eran las únicas derramadas.

Un par de minutos después, todos salimos para ver los fuegos artificiales. Todos con una bonita sonrisa. Casi parecíamos una enorme familia feliz. Maximiliano no había podido venir porque estaba mal del pecho y el camino desde su pueblo hasta aquí estaba lleno de polvo. Todos lo echamos de menos, pero la otra falta de alguna manera era mayor. Lo que sonaba deprimente, pero era verdad.

Poco después decidí que era momento para irme a desearle un feliz año nuevo a Lizie, y Mar decidió que era momento de acosarme. Había estado bebiendo vino y ponche, lo que la hacía un poco más descarada. Me acorraló un par de casas más adelante y comenzó a susurrarme cumplidos sucios que sonaban muy graciosos en realidad.

Riendo le dije:

—Voy a visitar a alguien ¿por qué no vuelves?

—Oh, vamos, estoy aburrida, me está saliendo moho sentada en esa casa escuchando lo maravilloso que era mi primo —le fruncí el ceño—. No me malentiendas, el problema es que sé lo maravilloso que era, todo el mundo lo sabe ¿Por qué se empeñan en gastar el tema?

—No lo sé, Mar ¿les hace más fácil la pérdida?

—Como sea, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Después te irás?

—Tal vez.

Suspiré. —Dispara.

—¿Has tenido sexo?

Creo que el dejar de caminar fue la respuesta que ella esperaba, porque soltó una risotada bastante exagerada en comparación con el silencio que reinaba la cuadra. Seguí caminando. Pero pronto la tenía frente a mí. Ella me sonrió y tomó mis manos haciendo un gesto extraño con su boca. Soltó mis manos pero pronto enrolló las suyas detrás de mi cuello. Yo por mi parte tomé su cintura para intentar apartarla.

—De verdad tengo que irme —dije desde su hombro.

Nos hice girar para empujarla hacia la casa de los Salinas. Pero sus ágiles manos se movieron desde mi cuello hasta... mi trasero. Así que estaba siendo manoseado por una chica cuatro años mayor, en medio de la calle. Y luego se puso peor. Mar besó mi cuello y me tensé, ¿por qué estaba haciendo eso? Podía entender lo que había pasado entre nosotros la noche del funeral. Fue un desesperado momento en el que ambos buscábamos alguna distracción de la horrible situación en la que estábamos. Pero esto... ¿Lizie tenía razón? ¿Yo le gustaba a Mar?

Sabía que la respuesta era un obvio sí, pero aún así...

—¡Amadeos! —aquella voz sonó tan furiosa, que apenas pude identificarla.

Mar me liberó y yo me volví para mirar a Lizie con mi rostro en una mezcla de alivio y suplica. Una extraña expresión cruzó su rostro. La vi avanzar hacia mí, sus ojos clavados en Mar. Luego me miró, había ira en esa mirada.

Lizie me besó.

Era un beso extraño, porque yo realmente lo había querido, pero sucedía en tan extrañas circunstancias que mi cabeza no lograba procesarlo. *¡¡Elizabeth London está besándome!!* Ese descubrimiento vino con un gemido de mí parte. Sus manos estaban enrolladas alrededor de mi cuello, sus dedos jugando con el cabello en mi nuca. Envolví mis manos alrededor de su cintura y tiré de ella para profundizar el beso.

Lizie se apartó. Su espalda arqueada, sus manos aún detrás de mi cabeza, la mitad de su cuerpo pegado al mío. Pero ella miraba detrás de mí, sus ojos aún más intensos y furiosos que antes. Al parecer, lucir amenazante estaba en la sangre; con ese afable padre que yo tenía, no me extrañaba el resultado, por otro lado, mi madre era un punto discutible.

—¿Porque no te buscas a alguien de tu edad, abuela? —siseó Lizie por lo bajo.

¡Wow!

—Lizie —susurré.

—Cállate —me susurró ella de vuelta. Mirando de nuevo detrás de mí, agregó—: ¿Qué es tan gracioso?

Fue cuando la solté, pero ella seguía con sus manos en mi cuello, no hice nada para apartarla, estaba feliz con ella justo donde estaba.

—Nada, cariño, no te preocupes; él es como un primo menor y juguetero para mí. No es como si tuvieras competencia.

Lizie sonrió. —Eso es más que obvio para todo el mundo. Ni en tus mejores sueños podrías llegar a igualarte conmigo.

Vale, debía parar esto. Lizie comenzaba a sonar como una perra engreída y eso no me gustaba, ella era dulce y equilibrada. No esta fiera celosa que estaba en mis brazos.

—¿Porque no te vas a ser una pequeña perra a algún lugar donde quieran escucharte? —respondió Mar con tono aburrido.

Maldición, las chicas podían ser muy cabronas cuando querían.

—Vamos, Lizie —susurré. Tirando de ella para llevarla lejos de allí.

—No deberías hablar de perras cuando tú has estado manoseando a mi novio, a quien por cierto ¡le sacas cuatro malditos años!

—*Elizabeth* —mi voz tenía una nota de advertencia. Pero ella la ignoró, supongo que debido a que una advertencia implicaba que harías algo después y... bueno, yo no tenía nada en mente.

—¡Argh! Jodete —fue toda la respuesta de Mar.

Luego se fue, y Lizie y yo estuvimos a solas en la oscuridad de la cuadra.

## Capítulo 24.

Lizie me soltó con brusquedad.

—¿Qué fue eso? —fue lo primero que se me ocurrió para decir.

Lizie se dio la vuelta y comenzó a caminar calle arriba. Sus pasos no eran los firmes y determinados que habían sido antes, era simplemente ella siendo del modo que conocía. Caminé justo detrás de Lizie, cuando comenzó a cruzar la calle, tiré de su codo y la conduje hasta mi cuadra.

—Lo siento —susurró. Había un tono de dolor y arrepentimiento en su voz—, tal vez malinterpreté las cosas ¿arruiné algo entre ustedes?

Me giré antes de entrar en el porche de mi casa. —¿Arruinar? ¿Hablas de Mar y yo juntos?

Su vista fija en la acera.

—Sí, solo te besé, porque yo... yo creí que así esa Mar iba a alejarse de ti. Desde lejos vi a un chico pareciendo que no quería estar con una chica, y cuando vi que eras tú, yo... me enfurecí. Tú deberías estar con la chica que quisieras y no con alguien que te obligara. Pero pensándolo mejor, tal vez yo no hice algo muy diferente a lo que Mar estaba haciendo. Y lo siento.

No sabía que decir, realmente aún estaba un poco —muy— sorprendido por la Lizie gritando insultos en nombre de mi virtud. Y ciertamente era bastante humillante.

Metí las manos en mi suéter. —Estuvo bien lo que hiciste, no te preocupes por eso. Pero la verdad no es como si ella me hubiese violado allí a mitad de la calle —sonreí. ¿Cuándo me había convertido en la chica siendo forzada en el callejón oscuro? —. Tengo algo para ti, ¿quieres entrar?

Sus ojos se iluminaron. —Es otra carta.

Mi corazón se hundió. —No.

Estaba nervioso cuando puse la pequeña caja en las piernas de Lizie. Dios, no estaba seguro de mi regalo pero... ¿Qué le regalas a alguien que lo tiene todo? Yo supuse que una parte de ti.

Así que allí estaba algo con lo que ella siempre podría recordarme, pero era una estúpida baratija en comparación con lo que sabía que ella solía usar. Apuesto a que si empeño la corona que me dio sacaría una pequeña fortuna, o al menos una pequeña fortuna en comparación con la cantidad de dinero que suelo manejar.

Lizie abrió la caja y una sonrisa se dibujó en su rostro, no era sorpresa ni nada parecido, pero al menos no estaba decepcionada. Era una cadena de oro, la había elegido por su diseño que la hacía lucir como una trenza. En el centro, irónicamente, tenía un ángel.

—Es hermosa —ella me miró—, gracias, nunca voy a quitármela.

Yo sonreí, y estuve a punto de olvidarme del último detalle.

—Ah, falta algo más.

Me puse de pie, buscando en cada jarrón que mi mamá tenía adornando el lugar en donde deberían estar los libros. Finalmente encontré un pequeño anillo dorado.

—Esto —le dije mostrándole el anillo. La sonrisa de Lizie se congeló, y la mía se ensanchó—. No es lo que piensas, tranquila. —Fui a sentarme junto a ella. —Es mi anillo de graduación del sexto grado, no es como si lo usara todo el tiempo, pero tiene grabadas mis iniciales y quería... yo creí que tú... podrías ponerlo en la cadena para que...me recuerdes. Siempre.

Lizie no sonreía antes de lanzarse sobre mí en un apretado abrazo. La estreché durante un par de segundos antes de que se zafara para quitarse el collar que llevaba puesto y colgara el mío en su lugar, con mi sortija allí colgando en su cuello. Luego comprendí que bien pude habérsela puesto yo, y aprovecharme del momento, ya sabes. Pero estaba absorto ante la idea de Elizabeth London llevando en su cuello una sortija con mis iniciales en ella, mamá pondría un grito en el cielo — irónico, lo sé— cuando se enterara de que una de las pocas joyas Darkinso había *desaparecido* misteriosamente, pero el resultado valía la tormenta en el horizonte.

—También tengo algo para ti —informó Lizie, acariciando la cadena en su cuello.

No había escogido el dorado por alguna cosa en particular, pero me fijé en que era perfecto para ella. Era como si la cadena siempre

hubiese estado allí. El ángel luciendo justo y triste, y el anillo escondiendo mis iniciales.

Caminamos en silencio hasta la mansión, en otras circunstancias yo habría tomado su mano, pero acababa de regalarle un collar, y ella me había besado minutos antes. Francamente no sabía en qué punto estaba nuestra relación. No quería complicar más las cosas, porque yo podía jugar de vez en cuando, pero me conocía lo suficiente para admitir que era un cobarde respecto a cambios drásticos.

Lizie me invitó a pasar, o más bien me metió dentro a hurtadilla. Estaba un poco sorprendido cuando tiró de mí escaleras arriba. Fuimos a través de un montón de pasillos, todo lucía como un laberinto. Era muy divertido. Lizie se detuvo y me golpeó contra la pared en varias ocasiones para ocultarme de algún miembro de su familia. Incluso Brian pasó a nuestro lado en una oportunidad, mis piernas estaban flaqueando, y estaba a punto de correr escaleras abajo —alegando que había sido raptado y suplicándole a Brian que no me matara—, cuando Lizie tiró de mí hacia una puerta abierta.

Nos quedamos hiperventilando en la oscuridad por un momento. Luego Lizie encendió la luz, pero esta era atenuada, o tal vez eran las paredes oscuras. Había un par de ellas pintadas con un fucsia opaco, las demás eran negras. Mis ojos viajaron a la tarima baja en el medio de la habitación, cuya única función era exhibir una enorme cama con dosel de madera. El techo de la habitación era alto, y tenía una de esas lámparas que no permiten la luz de frente hacia el suelo, sino que la dispersan en círculo por el techo del lugar. Esta luz era rosa, lo que explicaba la oscuridad iluminada. Había un montón de otras cosas en la habitación a las que no les preste atención.

Mi corazón se disparó, tenía una absurda sensación de vértigo. No las náuseas. La parte en la que sientes que estás a punto de caer a algún lugar.

Vagamente fui consciente de Lizie rebuscando en algunos cajones. Me obligué a concentrarme, ella era mi amiga, y a pesar de lo que sea que mi hermano hiciera con sus *amigas*, Lizie no me había traído para eso.

Me recosté de la puerta. Poco después ella vino con una caja demasiado plana para ser un zapato. La abrí bajo su mirada escrutadora. Era un suéter. Sonreí.

—¿Es esto una indirecta?

—Nop, es bastante directo, de hecho. —Sonrió.

El nuevo suéter era negro como el anterior, o como solía ser el desteñado suéter anterior. Pero tenía una pequeña L grabada en el centro de los bolsillos. Esta vez reí con ganas, Lizie se unió a mis risas pero su cara brillaba con confusión.

—¿Qué sucede? —preguntó aún riendo.

—Ambos pensamos en los mismos regalos egocéntricos. —Seguí riendo.

—¡Ey! —Se quejó—, mi regalo no es egocéntrico.

Dejé de reír, devolviendo a su lugar uno de sus dorados mechones de cabello.

—Es perfecto, gracias —lo decía de verdad.

Me quité mi suéter y lo reemplacé por el nuevo, era cómodo, agradable, y olía a algo más elegante que nuevo. Lizie tomó mi viejo suéter.

—¿Puedo quedarme con él? —preguntó con timidez.

La cosa con ese suéter es que Gabriel y yo habíamos prácticamente peleado por él cuando lo vimos en una pequeña tienda de rebajas en Upata. Gabriel había ganado la pelea, pero al final descubrí que lo quería para obsequiármelo. Y obviamente yo lo quise un poco más por ello. Podía recordar el rostro de felicidad que ponía cada vez que me veía ir al colegio con él puesto. No quería deshacerme de él, yo amaba ese jodido suéter. Tan ridículo como suena ser definido por un suéter, conmigo era así; era una pequeña e importante parte de lo que yo era. Pero, del mismo modo...

¿Qué le regalas a alguien que lo tiene todo?

Bueno, si la quieres lo suficiente, entonces dale una parte de ti.

—Es tuyo —susurré.

## Capítulo 25.

Gabriel y yo siempre subíamos al techo en el primer lunes escolar del año. No sé bien que cosa me convenció de que sería una buena idea hacerlo esta vez —sin él—; lo que haya sido, estuvo equivocado. Estando allí arriba me desmoroné. Y dicen que llorar desahoga. Basura. Llorar duele como el infierno, sobre todo cuando la persona por la que lloras no viene para consolarte.

—¿Que está mal? —preguntó Gabriel aquella única vez que me descubrió llorando.

—Creo que mamá envenenó a Vizquel —le dije sorbiéndome la nariz.

—Creí que no querías a ese perro —dijo él.

—Soy muy bueno fingiendo.

Pasé todo el lunes en la azotea, nadie vino por mí, y estaba feliz por ello. Claro que no era como si esperara que todo el mundo estuviese buscándome, pero algo me decía que al menos una persona lo hacía.

Al final del día fui donde los Salinas. Los encontré empacando un par de cosas de Gabriel.

—Vamos a donarlas —me informó Rudy—. Hay un hospital para niños con cáncer que fue fundado recientemente, y apuesto a que les vendría bien un par de juguetes.

Un vistazo a la caja me mostró que estaba llena de figuras de acción, *mis* figuras de acción. También las habíamos rescatado del camión de basura, y Gabriel había propuesto guardarlas. No quería que se fueran, pero sería egoísta quedármelas y no hacer nada con ellas.

Sentí las lágrimas en mis ojos, pero no me preocupé. Cuando estaba con los Salinas siempre había alguien llorando, a veces simplemente dejábamos que las lágrimas corrieran por sus mejillas y que se transformaran en una sonrisa; pero otras veces nos abrazábamos y nunca decíamos que todo estaría bien, pero sí que saldríamos adelante.

Al día siguiente, Lizie estaba de pie frente a mi porche, mientras yo salía de mi casa. Recordé como antes me hubiese parecido acosadora, pero en aquel momento lo sentí perfecto. La última semana su familia

había tomado unas vacaciones a Paris, por lo que no la había visto, o entregado la última carta de Rudy.

—Te traje un recuerdo —dijo, mientras yo echaba llave a la puerta.

—¿Una pequeña torre Eiffel? —adiviné.

—¿Soy tan predecible?

Tal como esperaba, ella me contó todo lo que había visto en su viaje. Yo estaba un poco envidioso al respecto, pero sonreí sinceramente, porque al menos uno de nosotros estaba conociendo el mundo.

Cuando le di la carta ella la observó pensativa. Quería preguntarle que estaba mal, pero no estaba seguro de querer saber la respuesta. Estaba cansado del montón de cosas que iban mal conmigo.

Después del desayuno, Lizie tiró de mí hacia el campo de béisbol. La campana sonaría en unos quince minutos, pero eso no pareció detenerla. Tomaba mi mano, y puedo decir que se sentía bien, pero últimamente había estado pensando tanto en nosotros. En todo. En cómo había roto mi promesa en más de una ocasión, y en como seguía haciéndole creer a Lizie que podríamos estar juntos cuando la verdad yo no me sentía capaz de cruzar esa línea —si es que aún existía.

Lizie subió las gradas y se detuvo al final de la misma. Aún cuando yo había estado quejándome de que me hacía caminar innecesariamente, ella me sonreía. Sacó una hoja de papel desde la cintura de su falda y comenzó a leer.

*—Tal vez estoy rompiendo mil códigos al contarte esto, pero sé de buena fuente que Amadeos está loco por ti, también sé la razón...*

Arranqué el papel de sus manos y lo arrugué. Estaba enfadado.

Lizie me miró con sus ojos desorbitados, había miedo en ellos. —Lo siento, no sé porque hice eso.

Relajé mi mandíbula, mirando la bola de papel en mis manos. La alisé con mis dedos y se la devolví, sentándome junto a una extrañamente silenciosa Lizie, quien parecía muy interesada en las líneas de sus manos.

—¿Estás enfadado? —aventuró.

Negué con la cabeza, por lo que Lizie, sin poder ver mi gesto, se volvió para mirarme. Nuestros ojos se encontraron y ambos los desviamos. No sabía porque ella apartaba la mirada, pero yo estaba avergonzado. Vaya amigo, entregarme de esta forma. Idiota.

—Creí que habías entendido que no quería que me leyeras ninguna de sus cartas —susurré.

—Es solo que... ¿Es verdad lo que dijo?

La tensión volvió a mi mandíbula.

—Lizie, no hagamos esto, por favor —supliqué—, no quiero complicar las cosas.

Lizie suspiró, sabía que le había dado algo que en parte era verdad y que no podía rebatir. Pero no se sentía bien. En ese momento el timbre sonó, la charla no parecía haber terminado, pero Lizie se veía tan ansiosa por salir corriendo de allí como yo me sentía.

—Tienes razón, estamos bien como estamos —dijo. Poniéndose de pie y tomando su mochila.

Creí que volveríamos a los días de tensión que pasamos antes de las vacaciones. La incomodidad, ella evitándome. Pero las siguientes semanas fueron tan buenas como podían ser al saber que mi mejor amigo le había dicho a *ella* como me sentía.

Jodiendo desde la muerte.

¡Quién lo hubiera pensado!

Erick había organizado un par de fiestas más, pero ya nunca volví al paraíso con Lizie. En su lugar había entrado con una chica con la que nunca había hablado, de hecho jamás había escuchado su voz. Por lo que no me sorprendió tanto el que sonara tan ronca y gutural mientras estábamos en el armario. Estando allí, la muchacha se lanzó sobre mí, besándome como si no hubiera un mañana. Eso si me sorprendió, yo había creído que ella era muy tímida.

Cuando fuimos de vuelta a la habitación contigua, su mirada volvía a estar clavada en el suelo, mostrándose tan tímida como yo creía conocerla. Yo la imité. Aún estaba un poco sorprendido, y no quería que Lizie viera en mi rostro lo que había pasado.

Por otro lado, Lizie no volvió a intentar leerme ninguna otra carta de Gabriel. De hecho intentábamos ignorar el asunto de la carta. No sé porque lo hacía ella, pero yo estaba agradecido. Tenía a mi mejor amiga y las cosas no podían ser más fáciles.

Pero si podían hacerse difíciles.

Y no fue porque Lizie descubriera lo que había pasado entre la otra muchacha y yo. Que de hecho si sucedió y terminó con un enfrentamiento donde ella dijo:

—¿Besaste a Sara en el armario?

Mis ojos habían imitado un par de huevos fritos, y mi sándwich se había quedado a mitad de camino de mi boca. La miré durante un momento y tragué duro antes de responder:

—Se suponía que eso pasara ¿no?

Lizie dijo:

—Tú y yo no nos besamos la primera vez en el armario.

Bueno, ella tenía un punto. Pero había algo que me había estado molestando también, así que lo dije:

—¿Y qué con eso? ¿No besaste tú al enano de cuarto?

Ella me miró, y dijo:

—Diablos, no.

Lizie no me había hablado el resto del día. Lo que era muy ridículo e inmaduro porque yo literalmente estuve tras ella suplicándole que no fuera infantil y que me dirigiera la palabra. Incluso la había perseguido en el camino de vuelta a clase, acorralándola de vez en cuando, poniéndome frente a ella y haciéndola sonreír.

Pero la verdadera bomba había estallado aquella misma noche, cuando mi madre me despertó diciendo que había una llamada para mí.

Lizie estaba al teléfono, llorando desconsoladamente. No paraba de decir *es un estúpido, lo odio, si algo le pasa voy a matarlo*, o cosas vagas por la labor. Cuando logré calmarla, finalmente pudo decirme lo que sucedía.

Su hermano se había cortado las venas.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

—¿Qué?! —Exclamé, saltando fuera de la cama—. ¿Cuál de ellos? —con Lizie esa era una pregunta importante.

—Braulio, él está el hospital de ciudad Guayana. Ellos me dejaron atrás. ¡No es justo!

—¿Braulio? —No sé porque pregunté. Tal vez había oído mal.

—¡Sí!

Lo siguiente que hice fue ponerme mi suéter y salir corriendo con mi pantalón de pijama. Corrí todo el camino hasta la casa de Lizie, no sabía con que podía ayudarla, pero si me había llamado tal vez era porque me necesitaba.

Lizie abrió la puerta y sus manos fueron hasta mi cuello. Me abrazó tan fuerte que creí que iba a estrangularme. Detrás de ella, vi a Will meciéndose en el mueble, su rostro pálido y desorbitado. ¿Cómo es que Braulio fue capaz de hacerle esto a su familia?

Will me estudió detenidamente. —Bonitos pantalones —dijo.

—Gracias, son de Gabriel.

—¡Mierda! ¿Podrías no hablar de gente muerta?

—Will —susurró Lizie.

Pero yo entendía su reacción, demonios que la entendía.

Lizie y yo nos sentamos en el mueble frente a Will, lo vi intentar lanzarme una mirada asesina, pero había demasiado dolor en su rostro para parecer amenazador. Lizie se arrastro hasta mi hombro, y tomó mi mano. En un impulso por tranquilizarla, besé su frente y Will gruñó.

—¿Por qué demonios no nos han llamado ya? —exclamó.

Y como si los hubiese invocado, el teléfono sonó. Lizie se incorporó, pero Will fue más rápido.

—¿Cómo está él? —dijo en el auricular.

Escuchó por un momento, su cara pasando de la desesperación a la decepción y luego a otra cosa que no pude descifrar.

—No hemos recibido noticias... ¿Rebecca está con ellos?... si, díselo... estamos esperando. La última vez que papá llamó, dijo que estaba inconsciente y que debían esperar cómo reaccionaba a las

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

transfusiones... si... siempre me siento como un inútil cuando algo como esto pasa... no te preocupes Magui, descansa... no... de acuerdo, te mantendré informada.

Luego colgó y regresó al mueble, sus brazos cruzados, su mirada ligeramente más despejada. Y la cabeza de Lizie volvió a mi hombro. No sé por cuánto tiempo esperamos antes de que el teléfono sonara de nuevo, Will saltó de su pequeña siesta, pero esta vez Lizie lo tomó.

—¿Bueno? —Su rostro cayó ligeramente—, si, él está aquí. ¿Quieres hablarle?

Me miró, gesticulando *tu mamá* con su boca. Recordé que había salido en medio de la noche, y sin avisarle a nadie donde iba a ir. Por lo que ¿Cómo sabía mi madre donde iba a estar?

—¿Qué sucede? —le dije al auricular—, no puedo hablar mucho, esperamos una llamada.

—¿Sabes por qué tu hermano vino solo para encerrarse en su cuarto a llorar?

—Oh, mamá, su amigo está en el hospital, tal vez sea por eso.

—Está asustándome, me corre cada vez que entro, pero ni siquiera hace un esfuerzo por bajar su tono de voz.

—Pues, dile que necesitas dormir y que sus gritos te están molestando.

—No es momento de bromas, Dedos, estoy preocupada.

Suspiré. —Escucha, mamá, no creo que deba decirte lo que tienes que hacer. Tengo que colgarte, esperamos una llamada, lo siento. Bendición.

Colgué antes de que terminara de decir *dios te bendiga*. Estaba preocupado por mi hermano, pero apuesto que si le llevaba buenas noticias, eso lo tranquilizaría. Así que tomé la mano de Lizie y volvimos a sentarnos juntos en el mueble.

Lizie se había quedado dormida en mi hombro cuando el teléfono sonó de nuevo. Will lo atrapó en el segundo timbre.

—¿Si? —Apretó los ojos y soltó una sonora exhalación—... gracias por avisarnos, papá... sí... yo también te amo.

Will colgó, y luego sonrió hacia mí, frunciéndome el ceño ligeramente. Se puso de rodillas frente a Lizie y movió su hombro para despertarla. Lizie cabeceó antes de incorporarse de un brinco. En el momento en que descubrió la sonrisa de Will, se lanzó en un abrazo asfixiante.

—Está bien, está vivo y estable, papá dice que sobrevivirá —dijo desde el hombro de Lizie.

## Capítulo 26.

Mi hermano estaba en un banco de la cocina cuando llegué a casa, una jarra de chocolate con leche sobre la mesa frente a él. Solo los Darkinso ahogamos nuestras penas con chocolate. Busqué un vaso y me senté junto a él, sirviendo mi *trago* mientras él decía:

—¿Sabes cómo está?

—Estable.

Él suspiró.

—Debí haberme quedado allí, pero no creo que nadie me quisiera cerca.

Lucía tan abatido y cansado. Estaba bastante seguro de que había estado llorando por mucho tiempo, incluso vi manchas marrones en su pantalón y algunas rojas en su camiseta, pero no tenía el suficiente valor para preguntar cuál había sido su participación en todo el asunto.

—¿Por qué dices eso? Lizzie dijo que ustedes han sido amigos desde siempre ¿Por qué no te querían allí?

Mi hermano comenzó a llorar sobre su antebrazo. Jamás he visto llorar a Rodolfo, nunca, mi padre llora de vez en cuando, pero no mi hermano. Al menos no antes o después del funeral. Por un segundo no supe que hacer, pero luego, cuando sus sollozos se intensificaron, intenté abrazarlo pero él terminó abrazándome a mí. Tan fuerte como aquella vez delante de la tumba de Gabriel, solo que ahora nadie intentaba ir a ninguna parte.

—Fue mi culpa —sollozó.

—¿Qué? No, no fue tu culpa.

—Lo fue.

Pensé un momento antes de preguntar:

—¿Por qué dices que fue tu culpa?

Pero entonces él volvió a sollozar desconsoladamente, y yo me sentí impotente. ¿Qué suele hacer la gente mayor en estos casos? ¿Hablar? ¿Fisgonear? No, creo que el término coloquial era *chismosear*.

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

—¿Sabes por qué él lo hizo? —dije.

—Tengo una idea, no estoy excusándolo, pero entiendo el por qué.

—¿Qué fue?

Rodolfo cortó nuestro abrazo, enderezándose en su silla y bebiendo el resto de su chocolate. Yo aproveché para beber del mío. Ambos nos limpiamos el bigote café al mismo tiempo.

Él suspiró. Sus siguientes palabras sonaron estranguladas, pero parecían estarlo liberando de un peso enorme. —Dedos —dijo—, Braulio... él... me ama.

—Eso es bueno, es tu mejor amigo, se supone que lo haga.

Rodolfo me miró con cansancio. —Amadeos —dijo—, me refiero a la forma en la que tú te sientes por Lizie.

Mi primera reacción fue gritar que yo no sentía nada por Lizie, luego las palabras tocaron mi mente.

—¿Braulio es gay?

—Sí, no... no sé. Tal vez. Tenía miedo de lo que piense su familia, ya ves que todos son *hombres*, él pensaba que iban a rechazarlo. Lo que es una tontería, Dedos, ellos pueden ser arrogantes, orgullosos y todos machotes; pero jamás le dan la espalda a ninguno de los suyos. Pero Braulio se sentía tan mal consigo mismo, y yo... como que lo empeoré.

No había manera de que él lo hubiese empeorado, y tampoco era su culpa la drástica decisión que había tomado Braulio. Pero entonces, tal vez hubiese habido algo.

—¿Qué le dijiste? —Eso era lo importante.

Mi hermano sollozo de nuevo.

—¿Estás bromeando? —Su voz se volvió grave, como si imitara a alguien más—. Todas esas veces que dormimos juntos, cuando me vestía y desvestía frente a ti. Pudiste haber dicho algo antes, Braulio. Por cierto, entenderás que no estoy interesado. Dios, me da asco solo de pensarlo. Simplemente hagamos como que esto nunca pasó.

Él se sirvió más chocolate, pero en lugar de beber, terminó sollozando contra la mesa.

—¿Cuando sucedió esto? —sentía que debía ser muy cuidadoso.

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

—Navidad —murmuró contra la mesa—, él estaba algo ebrio...

—Lizie dijo que los vio discutiendo por una chica —bueno, ella tal vez lo malinterpretó todo.

—Me alegra que no haya oído la otra parte de la conversación.

—De cualquier forma, no fue tu culpa.

Él golpeó su cabeza contra la mesa. —Tal vez no encendí La mecha, pero formo parte de ella —susurró.

Golpeó su cabeza dos veces contra la mesa, antes de que lo apartara. —Basta de llorar— repetí mientras lo abrazaba, sobando su espalda como solía hacer mi madre cada vez que llegaba a casa llorando. Y no me detuve hasta que se calmó.

—Amadeos —dijo—, no te he dicho la peor parte, la cosa por la que me siento tan mal, por lo que estoy seguro de que fue mi culpa.

Respiré profundo. —¿Qué es?

—Yo también lo amo.

—¿De la manera en la que yo me siento por Lizie?

Escuché la sonrisa en su voz. —Sí.

Esa era una buena forma de explicarlo. Mi hermano deshizo el abrazo para mirarme, yo aparté la vista porque no sabía cómo reaccionar. Estaba algo nervioso y confundido. Así que dije lo primero que se me vino a la cabeza, que también era algo que sentía.

—Aún así no fue tu culpa.

—Pero tal vez pude haberlo evitado. ¿No lo entiendes? Si hubiese sido lo suficientemente valiente para decirle como me sentía, tal vez hubiésemos podido enfrentar toda esta mierda juntos.

—Él debió haber sido fuerte y valiente por sí solo, no debería depender de otras personas.

Capté una sonrisa de mi hermano con mi vista periférica. —¿Cuándo te volviste todo maduro y concienzudo? De cualquier forma, no es tan sencillo. Lo sabes, no justifico lo que hizo, pero lo entiendo. Tenía mucha presión —suspiró. Su sonrisa ya había muerto—. Anda, has la pregunta que quieres hacerme.

Vale, él me conocía. Miré a mi hermano, no sabía el porqué de mi nerviosismo, como si yo fuese el que estuviera confesando algo que había mantenido oculto por mucho tiempo, algo de lo que me avergonzara —aunque no estoy seguro de que mi hermano se avergonzara por ello—. La cosa acerca de los Darkinso, es que somos unos machistas, incluso mi madre, con su empeño en hacer todos los quehaceres, las comidas, y que sus hijos y esposo solo vinieran a comer y la vieran trabajando duro en sacar la grasa de la losa. Ser gay es un extraño desenlace, pero uno que apoyaría si era lo que quería mi hermano.

—¿Desde hace cuanto lo amas? —pregunté, en lugar del ¿eres gay? Que tenía en la punta de la lengua.

Rodolfo me miró en silencio durante algún tiempo. Suspiró. —No lo sé, todo se ha mezclado, no... me siento diferente a como me sentía antes por él, tal vez siempre lo he querido de esta manera. ¿Sabes? Siempre ha estado esta tensión entre nosotros, cómo si no pudiéramos estar totalmente cómodos el uno con el otro, creo que se debía a que intentábamos negárnoslo a nosotros mismos.

Mi hermano me miró, pensé que estudiaba mi reacción. Bebió un buen trago de chocolate. —Me asustó mucho al principio, ya sabes, cuando me di cuenta de que realmente lo veía de otra forma. Y cuando me dijo como se sentía. ¡Pfff! Fue como...

Sip, a los Darkinso no nos gustan los cambios.

—¿Sabes? —Dije, no sé qué bruja malvada se apoderó de mí, pero quería desahogarme—, me pasa algo parecido con Lizie, no quiero estar allí, detrás de la línea. Estamos en un buen lugar, tengo miedo de que se arruine.

—¿La amas?

—¿No crees que soy demasiado joven para estar enamorado?

Él bufó.

—Por supuesto que no, es decir, todo el mundo alega que venimos al mundo y compartimos ese primer mágico momento con nuestra madre y amamos a alguien por primera vez, y mientras crecemos la seguimos amando, y a nuestro padre, y a nuestra familia; entonces eres un joven de catorce años y no sabes lo que es el amor. Eres muy chico para comprenderlo. Es ridículo, ¿no crees? Yo no opino lo mismo. No es

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

como si hubiera una edad determinada para ciertas cosas. Excepto para beber, por supuesto, pero tú nunca bebas —agregó.

Me estaba dando cuenta de lo mucho que mi hermano y yo nos parecíamos, aunque él decía muy pocas malas palabras. Aquella noche nos quedamos conversando, realmente conversando por primera vez en lo que parecían ser siglos.

—Bueno, vayamos a dormir —dijo al final, con un suspiró.

Estaba poniéndome de pie cuando recordé algo. —Y ¿qué hay de aquella chica?

En la oscuridad apenas vi el sonrojo de mi hermano. —Sí, bueno —dijo—. Tenía que intentar sacar algunas ideas de mi cabeza.

—Así que la usabas.

—No, Dedos, yo no le ofrecí nada.

Vale, no podía rebatirlo. Tal vez crecer era eso, quitarle importancia a un montón de cosas.

—¿Vas a decirle a nuestros padres que eres gay?

Él torció el gesto y desvió la vista. —No soy gay, Dedos, no del todo. No me gustan los hombres en general, solo es cosa de Braulio.

—¿Y? a mi no me gustan todas las chicas en general, pero eso no me hace menos hetero.

Estrechó los ojos hacia mí. —Dejémoslo en que no me desagrade la idea de estar con una chica, ¿vale? Aunque no es como si deseara estar con alguien más —dijo—. Además, no estoy seguro de que tan bien lo tome mamá. Tengo miedo —susurró la última parte.

—No vayas a hacer una estupidez, Rodolfo, ni siquiera pienses en eso. ¡Ey! —dije para llamar su atención—, yo estoy contigo, a la mierda el que no quiera apoyarte. ¡Que se jodan!

—Sí, bueno, no estoy muy seguro de que tan bien tome mamá el que la mande a la mierda.

—No será necesario, ella te ama y querrá que seas feliz.

Si, tan sencillo decirlo. Pero con la mirada que le dio mi hermano a la nevera cuando tomó el último sorbo de su vaso, comprendí que sus dudas eran tan grandes como las mías. Pero yo había hablado en serio,

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

no quería que Rodolfo llegara a tomar alguna decisión precipitada inducida por la presión o el rechazo. Estaba seguro de que no soportaría perder otro hermano.

## Capítulo 27.

En la mañana siguiente mi hermano y yo fuimos a Ciudad Guayana. Como era de esperarse, Braulio estaba internado en uno de los hospitales London. Y no sé que como había supuesto que seríamos recibidos, pero puedo decir que no de la manera en que sucedió.

En la sala de espera se sentaban todos los *hermanos* de Lizie, ella también estaba allí, el gemelo de Braulio era el único de pie, parecía poner toda su energía en cavar con sus pisadas una perfecta línea en el suelo. Todos lucían como si no se hubiesen movido en un largo período de tiempo, y yo sabía que no lo habían hecho.

Ernesto fue el primero en levantar la mirada, luego Lizie me miró y yo me concentré en apartar lo que su mirada me produjo. La noche anterior había sido la primera vez que había dicho en voz alta el cómo me sentía respecto a ella; por lo que estaba nervioso, porque al aceptarlo de esa manera estaba poniendo en palabras haberle fallado a mi único amigo.

Entonces Ernesto vino corriendo hacia mi hermano, lo que me sacó de mi pequeño lapsus de culpabilidad. Pero él se detuvo a un paso de distancia, mirando a Rodolfo ferozmente. Me asusté por un segundo.

Mi hermano asintió con la cabeza. —¿Cómo está él?

La mirada de Ernesto no cambió en absoluto. —¿Cuándo pensabas decirme lo de mi hermano por ti?

Creí que mi hermano iba a negarlo, pero lo vi fruncir el ceño en su lugar. —¿Cómo te enteraste?

—Una carta de despedida —escupió las palabras con desprecio. Y yo sabía lo dolorosa que podía ser una carta o la falta de ella.

—Yo...

Pero Ernesto lo cortó con un abrazo, solo yo pude ver el puchero que hizo con sus labios para intentar contener sus lágrimas. Tomando en cuenta toda la información que tenía, sabía que estos dos chicos eran mejores amigos, y que Ernesto estaba ante la situación de que una de las posibles razones por las que su hermano había querido morir, era el no tener el amor del chico al que él abrazaba.

Mi hermano palmeó su espalda, me parecía increíble el cómo no había comenzado a llorar para la fecha, absolutamente increíble, tal vez no quería romper su fachada de macho frente a los London. Por lo que supe lo difícil que sería hacer lo que nos habíamos propuesto.

La meta era primero hablar con Ernesto, porque era su mejor amigo y con quien convivía más a menudo. Hecho esto, el resto de London se enteraría eventualmente de que mi hermano también estaba perdidamente enamorado de uno de los miembros de su familia.

Braulio estaba dormido, así que era el momento perfecto.

En algún momento entre el alboroto que armó Ernesto —alcancé a escuchar algo acerca de no haberse enamorado de él, cuando obviamente era más guapo—, me acerqué a Lizie, ella estaba recostada de una pared, bebiendo de un cono de agua. Sus ojos me siguieron cuando me recosté junto a ella y rocé mi dedo con su mano.

—¿Qué sucede? —ella dijo.

—Parece que nuestros hermanos están enamorados —dije yo.

Las siguientes semanas fueron demasiado tranquilas, Braulio había ido a reposar a El cielo mientras se recuperaba de las heridas que él mismo se había infringido, pero eso solo duró una semana antes de regresar a la universidad. Lizie me había dicho lo muy atento que estaba siendo Brian con él, y lo muy arrepentido que estaba consigo mismo, por haberlos criado de la manera cerrada en la que lo hizo. Lizie dejó muy en claro lo molesta que estaba con Braulio por hacer sentir de esa manera a Brian.

Me di cuenta entonces que Brian tenía que ser el único padre que Lizie había conocido jamás, y que lo defendería con dientes y garras.

Y los míos también se enteraron de la noticia. Mamá gritó — textualmente— “¡Ve a vivir con tu amigo maricón entonces!”

Y mi hermano lo hizo, más que nada porque no tenía otra opción. Recuerdo que lo ayudé a empacar sus cosas en silencio, él lloraba a veces mientras encontraba algún viejo recuerdo entre sus cajones. Ahora no tenía un lugar al cual volver. Rodolfo había estado feliz de que papá no hubiese estado en casa, decía que no estaba listo para enfrentarse a ello, pero yo sabía que lo peor había pasado con nuestra madre. Quien paseaba de un lado para otro mascullando acerca de su

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

hijo siendo un marica, que no lo había criado de esa forma y que todo era culpa de los London.

—¿Serás feliz? —era lo único que me interesaba saber.

Mi hermano se limpió los ojos antes de responder.

—No lo sé, pero es algo que debo probar.

Los gemelos llegaron con su Jeep, para llevarse las cosas de mi hermano al que sería su nuevo hogar definitivo. Mi madre no paró de gritarles obscenidades, y mientras Ernesto lucía como si las disfrutara, Braulio parecía querer ocultarse bajo tierra.

—Lo siento —escuché como mi hermano le dijo varias veces. Pero Braulio solo respondía, cada vez, que él era quien lo sentía.

Y ahora podía entender porque Rodolfo había respondido de aquella manera cuando descubrió que Braulio también lo quería. Ser rechazado por tu propia madre no podía menos que ser la cosa más horrible que te pasara, más cuando Rodolfo solía ser tan apegado a ella.

Mi madre estuvo llorando mucho tiempo esa noche, pero yo no encontré razones para ir a consolarla. Una persona con la fuerza para insultar a su hijo de la manera en la que ella lo había hecho aquella tarde, podía salir adelante por sí sola. Comprendí que tal vez mi madre siempre lo había hecho, estar sola, quiero decir. Era la mujer más fuerte que conocía, sin temor a básicamente nada, pero también debía aprender a controlar sus insultos, o todos sus seres amados terminarían dándole la espalda.

Lizie y yo estábamos en una extraña fase, y no podía identificar la razón. Habíamos tenido una breve discusión antes de todo esto, pero no creía que fuera para tanto. Fuimos juntos al cine de nuevo, y luego a comer en el restaurante de pizza con corteza perfecta, pero aún seguía habiendo este extenso silencio entre nosotros.

Cuando pregunté ella negó con la cabeza. —Dijiste que no querías que te hablara de ello —dijo. Y supe que se trataba de las cartas ¿Qué más podía ser?

—¿Qué sucedió?

Cuando ella respondió, lo hizo en un susurro apenas audible.

—Él sabía lo que yo sentía por ti.

Fruncí el ceño, esa era una sorpresa. ¿Lo sabía? Estaba un poco confundido, no supe cómo sentirme al respecto. La siguiente vez que le entregué una carta a Lizie, esta estaba renuente a aceptarla, lo que me tenía malditamente curioso.

Y entonces comenzó a haber este fenómeno absolutamente extraño entre nosotros. Estábamos bien, pero en silencio, siempre en silencio. Incluso cuando estábamos a solas en el camino de ida o vuelta del colegio, mientras yo llevaba su mochila —como buen vasallo que era—. No sabía cuánto tiempo más podría soportarlo.

Caminábamos a través del bosque, íbamos a nadar a un pequeño riachuelo cerca de la plaza detrás de la escuela. Otras personas iban con nosotros, pero nos habíamos adelantado. Vi un montón de ramas extrañas, con diseños que no había visto antes, fue difícil contenerme de tomarlas y guardarlas en mis bolsillos, pero lo logré.

Yo había mantenido todo el peso de la conversación hasta los momentos, y yo no era una persona muy habladora.

—Eh... necesito algo de ayuda aquí.

Lizie me regaló una sonrisa, tomé su mano para ayudarla a subir una enorme roca, aunque conociéndola, no necesitaba ayuda. No la solté aún cuando estábamos en la cima. La obligué a mirarme en su lugar.

¿Qué? —preguntó ella con sus ojos.

Yo imité su expresión, pero ella me empujó para zafar su mano.

La tarde nadando fue agradable. Will también estaba allí, totalmente amargado porque Magui estaba con un chico dos años mayor que le sacaba unas buenas dos cabezas. Lo vi abrazar sus rodillas cuando finalmente aquel chico besó a Magui, como si no fuese la primera vez que lo hacía. Pero no tenía ganas de preocuparme por los amores imposibles de Will.

Erick hizo otra fiesta —donde volví a entrar con Lizie al *paraíso*, pero ella se negó a besarme allí donde yo había besado a otra chica, por lo que estuve triste de perder la oportunidad— y Lizie y yo visitamos a nuestros hermanos —Ernesto se quejaba de tener que soportar los intercambios de afectos en su casa, pero estaba exageradamente contento de que, hasta los momentos, su hermano y mejor amigo no

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

habían dado ese paso de dormir juntos por las noches; aunque mantenía sus dudas porque alegaba tener el sueño muy pesado-, Aún así había algo que estaba molestándome. Algo que me devoraba por dentro.

Así que cuando un sábado al volver de Ciudad Guayana nos despedíamos frente a la mansión, y Lizie volvió a insistir en leerme una carta, yo finalmente acepté.

## Capítulo 28.

Como está en mi naturaleza aplazar lo que sé, será incomodo, hice lo mismo con esto. Aunque no fue mucho lo que conseguí, estaba planeado para el domingo en la tarde, sería una de esos fines de semana en los que Lizie había conseguido librarse de las salidas familiares, no estaba seguro de a dónde irían esta vez, pero creo que era medio importante, lo que me ponía más nervioso.

Rechacé ir a la misa con ella, necesitaba descansar todo cuanto pudiera, y ya que sabía que iba a conseguir dormir muy entrada la madrugada, esperaba poder hacerlo hasta tarde.

Aquella tarde había planeado pasar un rato por donde los Salinas, había estado yendo mucho tiempo por allí. Rudy estaba molesta por como mi madre se había comportado, pero ella era lo suficientemente inteligente para no ir y decirle en su cara lo mucho que ella creía que estaba equivocada.

Como sea, mi padre me detuvo antes de salir de la casa. Me sorprendí sobremanera cuando me preguntó por el estado de mi hermano.

—Él está bien —dije, confundido.

—Cuando vuelvas a verlo, dile que me gustaría hablar con él.

Yo tenía una respuesta para eso. —Puedes llamarlo en lugar de mandarme de recadero.

Mi padre frunció el ceño. —Puedo, pero me gustaría abrazar a mi hijo mientras le digo que no me importa la persona con la que elija mantener una relación amorosa, siempre y cuando me permita seguir siendo su padre.

Eso me tomó con la guardia baja. —¿No estás enfadado con él?

Él negó con la cabeza. —Y realmente quisiera que entendieran un poco más la reacción de su madre. Ella no es mala, simplemente es demasiado orgullosa.

—Ella lo echó de la casa —argumenté.

—Lo sé, y eso estuvo mal. Pero esta también es mi casa, y quiero compartirla con mis hijos.

—No creo que uno de tus hijos desee compartir tu techo de nuevo, no después de cómo fue tratado.

—Lamento tanto no haber estado aquí ese día, aunque no creo que hubiese tenido el valor de contradecirla —suspiró—. ¿Sabes una cosa? Tú te pareces mucho a ella, en tu carácter, pero también en tus ojos y tu cabello. Puedo ver allí su alma rebelde, ese color chocolate intenso que se enciende en rojo cada vez que está al sol, es la esencia de sus almas.

Estaba fascinado por la forma en la que papá estaba hablando de mamá, por primera vez descubría lo mucho que la amaba. Y también estaba a punto de ir y hablar de listones dorados. Lo que me hizo recordar que cierta chica estaba esperándome, ya que no pusimos ninguna hora específica.

—Tengo que irme papá, es muy linda tu historia, gracias.

—¿Vas a ver a la chica London?

Asentí.

—Ve con cuidado con ellos, no suelen jugar limpio.

No entendía el comentario, pero tal vez él simplemente estaba ebrio, lo que explicaba el resto de la historia. Pero de nuevo, los Darkinsos no solemos ser bebedores, aunque tal vez la ocasión lo amerite.

Mi padre me llamó de nuevo antes de salir de la casa.

—Amadeos, iré a visitar al viejo Max este fin de semana, me gustaría que Rodolfo y tú vinieran conmigo.

Asentí de nuevo con la cabeza y esta vez salí corriendo antes de que volviera a llamarme. Aunque de hecho lo último me había parecido una grandiosa idea, hace tiempo que no veía al viejo Maxi.

Lizie abrió la puerta cuando sonó el timbre, creí que me dejaría pasar, pero después de dar un vistazo sobre su hombro, me empujó afuera. Rodeamos la casa hasta el pequeño salón al que ya me había medio acostumbrado. No pude pasar por alto la pequeña caja que llevaba consigo, preguntándome si simplemente la había tenido a la mano durante todo el día a la espera de mi llegada. Debo decir que se sintió bien pensar en ello.

Lizie puso una música muy baja y en otro idioma gutural, creo que era francés. Colocamos los pufs en el centro de la habitación, mis nervios ardían para entonces. Lizie sacó de la caja un montón de cartas empaquetadas por una cinta roja, y mis manos comenzaron a sudar. Desanudó la cinta. Tomó el primer sobre. Sacó la carta.

—Esta es la última que me diste —dijo.

La detuve. —Quiero que termines de leerme la anterior, la que no te permití leer la vez pasada.

Ella me miró por un momento, evaluando la intención en mis palabras. Creo que me sonrojé, no estaba seguro. De cualquier modo, ella ahora guardó la hoja de papel en el sobre y buscó en el resto por la correcta. Tomó el sobre y sacó la hoja de papel, esta arrugada por su último encuentro con mi mano.

Leyó sin siquiera alzar la vista. —*Querida Lizie. Realmente espero que no esté haciéndote daño. Las cosas han estado bien. Aun recuerdo la última vez que te vi, usabas un bonito tono rojo en tus labios, deberías usarlo más a menudo, queda perfecto con tus mejillas rosadas. Las cosas en el hospital están cada vez más aburrida, pero entonces, Amadeos estuvo aquí. No fue mi intención, pero vio un pedazo de papel con tu nombre. Estuve muy asustado de la mirada triste que vi en sus ojos. Me sentí miserable por lo que le estoy haciendo.*

*Bien, aquí va, te lo diré.*

*Tal vez esté rompiendo mil códigos al contarte esto, pero se de buena fuente que Amadeos está loco por ti, también se la razón de que jamás haya hecho ningún movimiento. Yo.*

*Y no sé cual será tu reacción después de esta declaración, ni tampoco como estén las cosas por allá. También estoy consciente de que tal vez él debió haberte dicho esto primero, pero lo conozco mejor de lo que él cree que lo hago, y apostarí la vida —que seguramente ya perdí para la fecha— a que él aún no te ha dicho nada. Y no porque sea ajeno a ti. Algo que debes saber de Dedos, es que le teme a los cambios como el infierno. Para él todos son líneas o la falta de ellas, jamás querrá cruzar una, pero una vez del otro lado, se sentirá como en casa.*

*Y eso es lo que necesita, porque sé que sin mí, él va a sentirse como un invitado en cualquier lugar. No estoy siendo engreído, simplemente*

*Angela C.R.  
Cartas para ella.*

*lo sé. Y si algo necesitará en esos oscuros días, es alguien que lo haga sentirse como en casa de nuevo. Un hogar cálido en medio del invierno.*

Un hogar cálido en medio del invierno...

Era una maldita buena definición. Y si, tenía muchas ganas de llorar, no tenía idea de que mi Gabriel escribiera de esa forma, y menos de mí. Él tenía razón, me conocía mejor de lo que yo mismo me atrevería a pensar, ¿Cómo podía, aún estando muerto, saber cómo estaban las cosas por aquí? Mejor dicho ¿Cómo pudo predecir como estarían las cosas al morir?

Lizie continuó mirando la carta durante un par de minutos. En silencio. Solo la baja voz de una francesa interrumpiendo nuestros pensamientos. Y algo más, la eminente presencia de mi mejor amigo. Lizie alzó la vista y yo aparté la mía, no estaba listo para aceptar que cada palabra de aquella carta era verdad. Incluso lo de los labios rojos.

—Amadeos —susurró Lizie.

Negué con la cabeza, mordiendo mi labio inferior. Lizie se incorporó, dejando caer su mano en mi rodilla, una muestra de afecto que sin duda tenía la intención de servir de consuelo. Pero me alejé poniéndome de pie para caminar al otro lado de la habitación.

Escuché los pasos de Lizie antes de sentir sus suaves manos rodear mis hombros.

—Está bien —repitió una y otra vez—, está bien, está bien, está bien.

—¡NO! no está bien —mi cabeza golpeó la pared en un intento por controlar mis emociones—, nada está bien, no vuelvas a decir esas estúpidas palabras, nada está malditamente bien, no lo está.

—De acuerdo, no lo está. Pero lo superaremos.

Volví a negar con la cabeza, mi frente contra la pared. Dejé que Lizie tirara de mi brazo, pero hundí mi espalda contra la pared. Ella tomaba mis manos, llevándolas hacia su rostro para besarlas, sus labios se tardaron un poco más en los nudillos de la segunda mano, sus pestañas elevándose para mirarme.

Un segundo después yo estaba besándola. Mis manos acunando sus mejillas. Nos besamos durante mucho tiempo, y no puedo decir que solo fue un beso alocado del momento, porque pudimos habernos detenido todas esas veces que paramos por algo de oxígeno, pero no lo hicimos. Incluso, Lizie me había halado hasta el sillón, y se había sentado junto a mí para seguir besándonos. La francesa dejó de cantar pero nosotros no nos detuvimos, riendo cuando las letras del siguiente cantante hablaban de amor y de noches de pasión.

Lizie me pidió que mordiera su labio, y lo hice. Yo le pedí que hiciera lo mismo y lo hizo. Nuestras lenguas se encontraban y danzaban la una con la otra, y no me sentía incomodo o culpable, me había olvidado de todo, o al menos por algunos momentos. Cada vez que regresaban los recuerdos —la carta, el amigo muerto, tener la chica que él amaba—, intensificaba el beso y volvía a olvidar.

Al final nos detuvimos, simplemente quedándonos allí sentados. Sin hablar, sin movernos. Como si nuestras bocas, que se habían estado buscando largo tiempo, finalmente, después de haber tenido solo cortos momentos juntas anteriormente, hubiesen logrado unir nuestras almas. Y no necesitaríamos nada más.

Lizie fue la primera en romper el silencio. —¿Qué pasará ahora? —dijo.

Incliné mi cabeza para besar su frente, nariz, mejilla, labios —deteniéndome allí durante más tiempo—; antes de mirar de nuevo en sus ojos.

—No lo sé —dije.

Ella frunció el ceño, ese pequeño gesto me hizo estar consciente de la otra cara de nuestra historia. Porque en alguna parte todos vivían sus historias, y protagonizaban sus finales felices llenos de signos de interrogación, pero esta era nuestra, y me parecía tan compleja como nadie jamás llegaría a conocerla.

Me puse de pie antes de cometer una estupidez como volver a besarla, por ejemplo. Se suponía que tenía un trato, una promesa. Demonios ¿Cuántas veces más iba a romperla?

—¡No! —la voz de Lizie me llegó como un llanto.

Me volví para mirarla, encontrándome con la segunda imagen más dolorosa que había alguna vez visto, siendo la primera aquella vez en la

que Gabriel me había mirado después de la amputación de su brazo y había dicho “viviré” con una triste sonrisa en su rostro lleno de lágrimas. Esta vez, *ella* estaba llorando.

## Capítulo 29.

—No hagas esto, por favor —sollozó.

Yo podía alegar que estaba en estado de shock, pero desde el funeral hasta ahora, no me había enterado de cómo era estar en shock, así que.

—Puedo parecer que lo tengo todo, pero no es así —se explicó. Yo le fruncí el ceño, inseguro de a qué se refería—. No me mires de ese modo, por favor. Brian dice que soy demasiado joven para estar enamorada, pero yo no pienso del mismo modo. Te... amo.

Eso fue lo que me hizo regresar de cualquier lugar en el que estaba. Elizabeth London me amaba. ¿Conocía alguien palabras más bonitas? Lo dudaba.

—Mírate, parece como si te hubiese abofeteado de nuevo —se sonrojó ante el recuerdo—. Lo siento, no tengo derecho a presionarte de esta manera.

Lizie dio un paso en mi dirección, pero yo me alejé, no estaba seguro de lo que sería capaz de hacer con este nuevo conocimiento, pero lo estaba de una cosa: yo no la merecía. Ella era hermosa, sensible, considerada, malditamente perfecta, no tenía miedo de demostrar lo que sentía; en cambio yo, yo era un cobarde.

Era tan injusta la forma en la que trabajaban las cosas, Gabriel habría sido perfecto para ella. Él la habría amado y cuidado del modo en el que Lizie merece, y jamás la habría hecho llorar como lo estaba haciendo yo ahora. Me conocía lo suficientemente bien para saber que lágrimas era lo único que le traería a Elizabeth London. Esa era otra razón de que me retirará, tal vez ahora las derrame durante algún tiempo, pero no será ni la mitad de doloroso de lo que sería estar conmigo. No soy una buena compañía.

—Por favor, Lizie, solo seamos amigos.

Ella gruñó, bueno, creo que se parecía más a un rugido. Vino contra mí, golpeando mi pecho repetidas veces, tomé sus manos, pero era muy fuerte.

—Basta, joder, cálmate —medio grité.

—¡Largó! —fue su única respuesta.

Estaba comenzado a creer que Lizie era bipolar o algo por el estilo, tal vez necesitara algunas citas con William. Era lo que pensaba, y con mi nueva cosa de no limitarme a pensar, sino también hablar, me gané dos buenos bofetones. Eso me enfureció, yo no era su maldita pera de boxeo, ella debía aprender a controlarse.

Perdí la cuenta de cuantas maldiciones solté antes de que Lizie dejara de pelear. Tenía miedo de soltarla, dar media vuelta para marcharme, y ser atacado por la retaguardia.

—Jesús, tienes que ir a clases de relajación o algo.

Lizie hiperventiló un par de segundos más. —Lo siento —susurró—, de nuevo estoy haciéndolo, actuar como si me pertenecieras y pudiera tenerte a la fuerza. Lo siento.

Sip, ella tenía que ser bipolar.

—No, soy yo quien lo lamenta, no debí haberte besado de esa manera en primer lugar.

No, no debí haberlo hecho, no sé que me había pasado, pero eso había estado mal. Había estado muy mal. Era como jugar con sus sentimientos ¿cuándo me había convertido en un cerdo asqueroso?

La amaba, yo la amaba. Pero este conocimiento solo me hacía más miserable, porque yo podía detener el sufrimiento de Lizie, pero no estaba haciéndolo. ¿Así se había sentido mi hermano? ¿Es que acaso los Darkinso solo le traían sufrimiento a los London? Desearía romper ese círculo, pero no sabía cómo hacerlo, o mejor dicho, no podía hacerlo.

Lizie asintió con la cabeza, elevando su quijada, dándome la fría mirada London. Pero yo podía ver a través de ella, y me dolió como el infierno lo que vi.

La siguiente semana Lizie ni siquiera me evito, porque evitar a una persona era ser consciente de su presencia y alejarte lo más que podías. Ella simplemente me trató como si fuese un desconocido de quien no tuvo una buena primera impresión. Sabía que me lo merecía, por lo que no hice ningún esfuerzo para llegar a ella de nuevo. Lizie tenía claro lo que quería de mí, y yo tenía claro que no podía dárselo. Las cosas eran así de simple, dolorosas, pero simples.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

En resumen, estaba solo de nuevo.

Mi padre finalmente había conseguido hablar con mi hermano, y pareció ser una conversación importante, porque ambos estaban llorando cuando llegué a casa el viernes por la tarde. Mamá no estaba por ninguna parte, fui informado de que había ido a arreglar su cabello o algo por la labor.

Aquel día planeamos los detalles del viaje a casa del abuelo Maxi que haríamos ese mismo sábado. Mi hermano lucía muy emocionado, casi como un niño. Me encontré a mi mismo buscando algún indicio de su inclinación sexual. En su postura, su voz, sus expresiones. Pero no había ninguno. Supongo que aquello era engañoso, porque el afeminado Erick demostraba ser bastante hetero, aunque era posible que se tratara de una fachada. ¿Que sabía yo?!

Alrededor de las cinco de la mañana del día siguiente, nos levantamos y alistamos para el largo viaje que nos esperaba. El pueblo del abuelo quedaba a unas buenas cuatro horas en autobús, cinco si manejaba papá —que lo haría—. Así que planeábamos llegar allí de sorpresa bien entrada la mañana.

El viaje fue tranquilo. Yo fui en el asiento trasero, como siempre. E igual que siempre, no se me permitió escoger la música. Incómodamente, papá preguntaba por Braulio de vez en cuando, ahora lo hacía como evaluando la pareja de su hijo. Rodolfo se sonrojó, pero respondió de todos modos.

Braulio estudiaba leyes al igual que mi hermano, se había convertido en el primero de la clase en tan solo ocho meses. Más que nada porque había pasado toda su vida oyendo acerca de las leyes y casos complicados o sencillos. Papá lucía sorprendido, y a mi hermano se le escuchaba orgulloso de su novio.

Si, aún me estaba acostumbrando a la idea.

El viejo Maxi se deshacía en felicidad por nuestra visita. Preguntó una y otra vez el porqué Santiago no había venido con nosotros, pero nosotros solo decíamos que fue algo de último minuto. La verdad creo que a todos se nos había olvidado invitarlo. Más tarde, cuando Maximiliano telefoneó a su hijo, este nos había delatado. Entonces el abuelo exigió saber de quién había sido la idea de no invitar a su muchacho y mi padre se sintió celoso de no haber sido incluido como "*su muchacho*", y se fue al pueblo por algo grasoso para comer.

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

Rodolfo fue con papá, así que yo me quedé a solas con el viejo.

—Solo pensamos en venir a verte, lo sentimos, todos. Simplemente olvidamos invitarlo, es imperdonable, arreglaré venir a verte de nuevo lo antes posible —Max lució medio aliviado cuando dije esto.

Me contó como los conejos habían estado comiéndose sus lechugas, y como había encontrado un enorme ciempiés debajo de sus sábanas; me dijo que su viejo perro lo había salvado de una serpiente verde gallo y como ambos animales habían muerto. Aquello era lo que me gustaba de Max, él siempre tenía algo interesante para decir, o aún cuando era aburrido, lo hacía sonar gracioso.

—Así que tú andas con la niña London —dijo el abuelo como si nada.

—No exactamente —dije yo.

Él soltó una carcajada. —Esos London, son todo un caso. Recuerdo cuando descubrí al pequeño Brian quemando las letras del letrero del heladero. Él era un chico rebelde.

—¿Brian? —Bueno, yo estaba sorprendido ¿había sido él quien jodió a Pepe con su letrero? Imposible—, creo que tal vez lo confundiste con alguien más.

—De ninguna manera. Me reí tanto aquella vez, pero él solo tenía miedo de que le dijera a alguien que había sido él, como si yo fuera un chismoso. No dejaba de repetir que sería su propio padre quien lo enviaría a la cárcel por vandalismo —él suspiró—. Si, aquellos tiempos, antes de que ese avión cayera y los London ya no fueran los mismos.

"Recuerdo lo mucho que sufrió tu madre, después de todo, William había sido su primer amor"

Si antes estaba sorprendido, ahora estaba estupefacto. —¿Qué mi madre qué?

Maximiliano soltó una carcajada. —¿No lo sabías? William, el padre de tu querida amiguita London, estuvo loco por tu madre en su época, igual tu padre, y estoy muy seguro de que Santiago también estaba medio embobado por ella, pero él tenía a Rudy. Es que tú madre tenía esta fuerza interior que servía como imán masculino, ella era muy consciente de su belleza. De hecho, London y ella tuvieron un romance durante algún tiempo.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

La bilis tocó mi garganta.

—Pero —continuó él— finalmente se decidió por tu padre.

Rápidamente cambié de tema, no quería entrar más en detalles. Le pregunté por una sobrina suya con la que había querido emparejarme, y mientras conversábamos sobre ello, escuchamos algunas hoyas sonar en la cocina. El abuelo corrió hacia allí con una escoba en su mano. Movié un par de corotos y vi como un pequeñísimo animal entraba en una enorme hoya. Supe por su cola que era un *rabipelado*. Me asomé sobre el hombro del abuelo para ver al animal, era medio bonito, gris y pequeño, con su rostro alargado y puntiagudo, y sus ojos negros llenos de miedo.

Lo que sucedió después me dejó aterrorizado, mi abuelo embistió la punta del cepillo contra el cuerpecito del animal; oí a la criatura chillar, yo mismo estaba seguro que lanzaba chillidos cada vez que la escoba golpeaba contra el cuerpecito del *rabipelado*.

—¡No! —Grité—, no lo mates.

—Hay que matarlo, mijo —respondió el abuelo.

—¿Por qué?

—Porque hay que matarlo —fue su única explicación.

Salí de la habitación con mis ojos imitando la expresión que había visto por última vez en los ojos del animal. Y tratando de no ver al abuelo como un asesino sanguinario.

En la mañana siguiente volvíamos a casa, yo había dormido bien, aunque no podía dejar de pensar en los ojos inocentes del animal. Estaba sentado en el porche cuando capté el movimiento de una bolsa junto a la basura. Esta daba saltitos alejándose de la casa, pero lo que sea que estuviera dentro solo lograba arrastrarse sobre sí mismo. Deduje inmediatamente de lo que se trataba.

Fui hasta la bolsa con unas enormes tijeras de jardinería. El *rabipelado* volvió a hacerse el muerto en cuanto me sintió.

—Bien, voy a sacarte de allí, pero realmente apreciaría que no me mordieras y me contagiaras la rabia o algo por el estilo.

Corté las azas de la bolsa en un solo movimiento y esperé a que el animal saliera corriendo. Nada pasó. Le di un par de golpecitos, pero de

nuevo, no se movió. Así que supe que no se movería mientras yo estuviese junto a él. Volví al porche y me quedé observando hasta que el animal dio un pequeño paso tímido antes de alejarse cojeando hacia el campo abierto junto a la casa del abuelo.

Y yo me sentí un poco mejor, como si hubiese salvado una vida valiosa. ¿Quién sabe? Tal vez él tuviese una familia esperando en su madriguera, un mejor amigo con quien conversar sobre sus traumas; tal vez ese pequeño animal realmente era importante en su comunidad...

Detuve los pensamientos antes de que fueran a algún lugar doloroso.

## Capítulo 30.

Cenamos en Ciudad Guayana antes de dejar a mi hermano en el apartamento de los gemelos. Nos encontramos a Ernesto en la puerta, y creo que papá lo confundió, porque se comportó todo formal. Así que mi hermano sonreía mientras nos despedía, sabía que también se estaba acostumbrando a toda esta cosa de novio-novio. Pero lucía feliz de que papá pareciera aceptarlo tranquilamente.

De camino a casa, hubo varios intentos de conversación. Papá quiso saber cómo estaba llevando las cosas después de todo lo sucedido. Era la primera vez que me preguntaba tal cosa, y pude haber lucido incomodo si no hubiese estado tan sorprendido. Aunque no estaba seguro de a qué se refería, simplemente dije que estaba bien.

Y eso fue todo.

Volví a la escuela la mañana siguiente, con una terrible alergia que hasta obstruía mi visión. Tomé las dos usuales tabletas de Loratadina, y me gané el ceño fruncido de Lizie. Bueno, al menos había reaccionado a mí de alguna manera.

Lizie salió de la clase antes de que terminara, se veía molesta y yo tuve que contenerme para no preguntar lo que le pasaba.

Al día siguiente fui llamado a dirección. Estaba algo confundido, lo que se intensificó cuando William estaba esperándome sentado frente al director Deep. Una revisión de la habitación me reveló que habían otras dos personas allí dentro: Lizie y mi madre. Esta última se puso de pie en cuanto me vio y cruzó mi rostro de una bofetada.

—¿Qué mierda?! —exclamé, lo que me ganó otro manotazo. Ya no era *cariño*. —¿Puede alguien explicarme lo que sucede? —esta vez miré al director. Yo. Estaba. Enfadado.

Se me pidió que me sentara, y lo hice. Escuché un montón de estupideces acerca del dolor y de la forma correcta o incorrecta de llevarlo. Se me dijo que había habido rumores acerca de mí y el uso de sustancias ilícitas. Fue cuando comprendí. ¿Creían que yo era un drogadicto?

—¿Todo esto se trata de eso? ¿Un problema de drogas que creen que tengo?

—Deja que el director termine de hablar —me ordenó mi madre.

¿Hablar? El viejo estaba calumniándome. Puse todo de mí para no fruncirle el ceño a mamá. Lo que no entendía era que pito tocaba Lizie y William en todo esto. Pero cuando pregunté recibí un lepe de mi madre y una clara advertencia para que me callara.

—El señor London se ha ofrecido para tratar tu caso, ayudarte a superar cualquier etapa por la que estés pasando —informó Deep—. Y toda esta intervención fue posible gracias a que su amiga decidió hacer lo correcto.

Me volví hacia Lizie. Claro, eso era lo que había hecho ella, acusarme de ser un drogadicto. Un detalle de su parte, gran obsequio, considerando que la semana pasada fue el día de san Valentín. Y yo que pensaba invitarla al cine.

Pero Lizie no me miraba.

—¿Fuiste tú quien armó todo esto? —pregunté tranquilamente.

Ella me miró con sus fríos ojos llenos de lágrimas. —Estaba preocupada, no quería seguir viendo cómo te destruías a ti mismo.

Estreché los ojos en su dirección. —¿Con que se supone que iba a destruirme, Lizie? ¿Te molestaste siquiera en preguntar lo que estaba haciendo? No.

—Estabas drogándote, lo hacías incluso frente a mí. Te vi regresar del lugar donde las comprabas. A donde nunca querías que te acompañara

¿Qué mierda?

—¿Quieres conocer la única maldita droga que he tomado todo este tiempo? —espeté. Mi madre parecía querer golpearme de nuevo.

De mi mochila saqué la caja de Loratadina que estaba usando y algunas otras vacías. La comprensión iluminó el rostro de mi madre, creo que sintió un poco, solo un poco de arrepentimiento por haberme tratado de esa manera sin preguntar primero.

Nadie dijo nada, sabía que yo había sido el ofendido en todo esto, así que me senté a esperar mis disculpas. Sin mirar a Lizie.

—Yo... —ella balbuceó.

Debí haberme quedado callado, pero estaba tan molesto.

—Por supuesto, entiendo porque todo el mundo le cree a una London sin siquiera detenerse a preguntar. Yo no soy nadie, pero en cambio a ellos hay que mantenerlos contentos.

—Nosotros no somos así, yo solo estaba preocupada.

—Tú solo querías joderme. —Me volví un segundo antes de que Lizie dejara caer una máscara de frialdad sobre su rostro lleno de dolor.

—Creo que solo ha sido un malentendido —dijo un alarmado señor Deep.

—Uno que pudo haberse evitado.

—Francamente, el que le hayan creído a una niña que siquiera traía pruebas consigo, no habla muy bien de ustedes —dije en un tono aburrido.

—Yo no soy una niña, y lo que vi...

—Basta, Lizie —fue William quien habló, su voz llena de suavidad y firmeza al mismo tiempo—. Sería bueno que te disculparas ahora.

Sentí la mirada de Lizie sobre mí, pero no la miré. Me habían ofendido, acusándome de algo que yo no hacía. Realmente quería mi disculpa.

—Pero yo solo quería ayudar...

—¿Acusando a mi hijo de drogadicto? —vaya, que rápido cambiaba la gente su lealtad.

—No... yo —no pude seguir resistiéndome a mirarla. Ella lucía confundida y triste, pero más que nada acorralada. Vi el momento exacto en el que tomó su decisión. —Lo siento, Dedos, en serio creí que estaba ayudando. No volverá a suceder.

Asentí una vez con la cabeza, manteniendo mi mirada plana.

Y yo que creí que las cosas podían ponerse peor. Lizie y yo no volvimos a dirigirnos la palabra en varias semanas, no sabía cuando se había convertido en una prioridad, pero así lo era. Y me había lastimado como el infierno el que hubiese creído aquellas cosas de mí, no sé porque, simplemente lo hizo.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

Arreglé enviarle las cartas con un chico de primer año, los lunes en lugar de los sábados, y teniendo cuidado de guardarla en un segundo sobre bien sellado. Ya no tenía amigos, pero no era como si me importara. Por primera vez estaba disfrutando de mi soledad. Una vez me encontré con Lizie donde mi hermano, pero organicé algo diferente con él, en lugar de sentarme para ignorar estudiadamente el vacío que había entre Elizabeth London y yo.

Porque después de todo lo que vivimos, la distancia era lo único que nos quedaba, cerca, muy cerca. Rodeándonos. Agonizante y eminente. Tan grande que resultaba tangible. Como una nueva entidad paseándose en cualquier habitación que compartiésemos. Y aún así, de alguna manera, la existencia de ese abismo era la única cosa cálida en estos días de invierno. Lo único que me ataba a ella.

Aunque de hecho no estábamos en invierno, el clima era igual al de siempre. Comenzaba a llover por marzo pero todo el mundo sabía que se detendría cerca de junio y que entonces haría mucho calor. Gabriel había muerto por esos primeros días de calor, así que estaba medio nervioso de que las lluvias terminaran.

Habíamos vuelto a ir donde el abuelo, esta vez en compañía de toda la familia —los Darkinso y los Salinas—, recuerdo que todos hablábamos muy fuerte para contrarrestar esa enorme ausencia. Pero era imposible, prueba de ello fue encontrar a Santiago consolando a Rudy cuando creyó que nadie observaba.

Mi boletín trimestral llegó, de nuevo había eximido todas las materias. Mamá estaba ridículamente orgullosa, no dejaba de repetir que al menos uno de sus hijos le había salido bueno. Y eso medio me enfurecía. Esta vez fuimos a celebrar a Ciudad Guayana, porque mi hermano estaba en época de parciales y yo tenía muchas ganas de compartir con él.

Mi madre lo saludó y Rodolfo estuvo muy feliz por ello, lo que lo ayudó a soportar las indirectas lanzadas en toda la noche. Los dulces, dulces momentos familiares, ¿podía haber algo mejor?

El comienzo del último trimestre fue también la primera vez que Lizie y yo hablamos desde el *malentendido*. Pero... digamos que no fue lo que había esperado.

En el desayuno un chico me había pedido el libro de biología, y yo se lo había dado sin sacar algunos apuntes importantes que tenía entre

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

sus páginas. Así que, estúpidamente iba corriendo detrás del chico, yo tenía un cuarto de chocolatina en la mano, y... ¿Cómo decirlo? De alguna manera terminó en la camisa de Lizie.

—¿Eres estúpido? —dijo ella.

Yo la miré por un momento, no pude evitar sonreír. Lizie tenía sus fosas nasales dilatadas y su mejilla desencajada en señal de indignación. —¿Según quien? —no era lo más inteligente para decir, pero logró cabrearla.

La vi tomar su jugo de naranja, y aún cuando vi sus intenciones, no me moví, creo que quería saber si era capaz. Ella aceptó el reto, y yo terminé empapado de pegajoso jugo. Algunas personas insistieron en señalar que los carnavales habían pasado hacía algún tiempo. Pero yo me concentré en el tazón de avena que alguien había estado comiendo, el cual terminó en el cabello de Lizie. Entonces ella dio un paso adelante con sus puños cerrados, la conocía lo suficiente para apostar a que comenzaría a repartir golpes de un momento a otro. Así que corrí.

Lizie me persiguió gritándome obscenidades, algunos espectadores le ofrecían cosas para lanzarme, y dios, esta chica tenía una jodida buena puntería. Recorrimos todo el comedor antes de que el señor Miller nos detuviera y llevara a dirección. Estuvieron a punto de llamar a nuestros padres, pero creo que solo fue el hecho de que una *London* estuviera involucrada lo que los detuvo.

A mí me había parecido divertido todo el asunto, pero Lizie estaba muy molesta. Al punto de amenazarme cuando salimos de dirección.

—No te irá bien si te vuelves a cruzar en mi camino —siseó hacia mí. Luego se alejó meneando sus caderas como la ardiente venezolana que era.

Esa semana me senté detrás de ella, no sé porque, pero tenía muchas ganas de molestarla. Incluso hice la cosa de tomar pastillas para mi alergia frente a ella, diciendo fuerte y claro: *Espero que nadie me confunda con un adicto*. Lizie solo me enseñaba el dedo medio, y yo solo soltaba una pequeña risa.

Ya no podía llamarle abismo a lo que nos separaba, porque se había convertido en algo más, algo un poco más cálido, inexplicablemente.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

## Capítulo 31.

Polvo, eso en lo que todos nos convertiríamos algún día estaba jodiendo mi cumpleaños. Esperaba obtener algo de venganza en el futuro, cuando yo me convirtiera en polvo. Por el momento solo podía mantener limpia mi nariz con servilletas mientras mi hermano y yo movíamos los muebles para mi fiesta. Había invitado a todos los que conocía, lo que se reducía a todo mi salón, pero entonces todos habían regado la voz y sabía que iba a ser algo un poco movido.

Mi madre estaba deshaciendo su nueva manicura en los aperitivos de la fiesta, aún cuando Rodolfo y yo habíamos insistido en que los pasa palos serían lo de menos. Solo denles un poco de bebida a los adolescentes, y estarían contentos. Claro que el asunto del alcohol para menores de edad no había sido mencionado a mamá, quien prometió ir a dormir con una amiga del otro lado del pueblo para dejarme la casa para mí solo.

Perfecto.

En clase le había susurrado a la nuca de Lizie acerca de mi fiesta, y aún cuando ella había dejado en claro, con un movimiento de su cabello, que no asistiría a mi *cochina* fiesta, yo guardaba cierta esperanza. Pero al final de la noche la casa estaba llena y a Lizie no se le veía por ninguna parte.

No dejé que esto me afligiera, bailé con muchas chicas, a la mitad no las conocía. Me estaba divirtiendo tanto que apenas si notaba que jamás había hablado con el setenta por ciento de mis invitados. También tomé un poco aquella noche, lo que podría explicar porque no me aparté cuando Sara se guindó de mi cuello para besarme. Todo el mundo vitoreó la escena y yo no pude menos que sonreírle a la chica.

A la hora de cortar el pastel, terminé bañado de merengue blanco. Mamá había hecho una torta especial exclusivamente de chocolate para mí, pero yo era tan avaro con mi chocolate, que le pedí que hiciera una de limón para repartir.

La fiesta terminó cerca de las cinco de la mañana, sin embargo aún estaba echando gente para cuando salió el sol. Sara se despidió de mí con otro beso, y en aquel momento no supe porque no estaba

deteniéndola. ¿Qué podía decir? Un hombre necesitaba ser mimado de vez en cuando, aún cuando acababa de cumplir quince.

Para el lunes era amigo de la mitad del colegio, y novio de una chica. Esto último me sorprendió, al igual que a la otra mitad del colegio. Mitad en la que Lizie estaba incluida.

Sara me acompañó al desayuno, hablando de estúpidas trivialidades. Yo fingí que me interesaba, cuando la verdad solo buscaba entre la gente por un rostro en particular. Lizie entró en el comedor luciendo toda hermosa y orgullosa, no había rastro de la niña insegura que yo había conocido, pero eso no era importante. Lo que había llamado mi atención era el dueño del brazo de donde ella estaba guindada.

Vaya, Raúl estaba de vuelta.

Eso me enfadó. ¿Habían salido el fin de semana? Era lo más probable. Y yo como un estúpido preocupándome por lo que le causaría a Lizie la cosa de mi novia. Más determinado, tomé la mano de Sara, lo que me ganó un ceño fruncido.

Sara se puso de pie y salió de la habitación, tenía un mal presentimiento, no quería participar en un drama femenino. Argh, ¿en qué diablos estaba metiéndome? Seguí a Sara porque pensé que era lo que ella quería, no porque estuviese preocupado de lo que le pasaba. Ella caminó hasta detenerse debajo de las gradas del área.

Y allí estalló. —¿Cómo puedes ser consciente de mí solo cuando esa zorra entra en la habitación? Espero que realmente no haya sido eso lo que vi, no puedes usarme para darle celos a la London. No voy a permitirte, soy mucho más hermosa que eso, y más valiosa.

Intenté protestar pero ella siguió con sus sandeces increíblemente estúpidas. Por lo que estuve muy sorprendido cuando de un momento a otro me besó. Así sin más, ella simplemente se lanzó sobre mí a mitad de una frase y comenzó a mover sus labios con violencia contra los míos. Yo le seguí el juego porque realmente quería que se callara.

Mi relación con Sara duró cerca de una semana antes de que la cosa conmigo estallando de celos se disparara en medio del salón de clases, justo cuando Lizie sonreía y tomaba la mano de Raúl, para besarla y subir sus pestañas para mirarlo.

—No creas ni por un segundo que hace eso solo contigo —dije, muy consciente de mi tono sónico.

Los ojos de Lizie se abrieron, su cara llena de vergüenza. La había pillado. Raúl, por otro lado, brillaba en cólera por haber interrumpido su momento *Lizie*.

—¿Cuál es tú problema? —dijo Raúl, yo no recordaba que él tuviera los huevos necesarios para un enfrentamiento, pero lucía como si me hubiese equivocado—. ¿No puedes entender que ella no te haya elegido?

Mis ojos volaron llenos de diversión hasta Lizie, pero no era tan idiota como para rebatir esa afirmación. Al parecer Lizie pensaba diferente, porque sus ojos eran suplicantes cuando me miró.

—Mi problema es con las chicas que ilusionan a los chicos solo para romper con ellos cuando estén aburridas, ¿te suena de algo?

Me sorprendió cuando Lizie intervino. —Yo podría decir lo mismo de chicos que besan a chicas para luego pedirles que solo sean amigos.

Sí, eso me tomó con la guardia baja.

Paladeé un par de respuestas, pero entonces vi el gesto adolorido que las palabras de Lizie habían pintado en el rostro de Raúl, así que sonreí. Lizie también se dio cuenta, pero no le pareció gracioso. Comenzó a disculparse, pero eso solo lo enfureció. Así que, como era de esperarse, yo recibí la parte mala de toda la cosa.

Raúl se lanzó hacia mí gritando: ¡*Aléjate de ella!* Mientras yo me preparaba psicológicamente para recibir el impacto de los golpes. Pero no llegaron, Raúl se detuvo frente a mí, gruñendo un par de palabras por las que mamá le hubiese enjuagado la boca con jabón azul, y eso que yo era una persona de palabrotas.

Pero eso no fue lo que me ganó la bronca de ruptura con Sara.

Ridículamente, fue el hecho de que yo hubiese decidido defender a Lizie lo que la enfadó. Su punto: *Jamás has salido por mí.*

Lizie había dejado a Raúl y comenzado a salir con alguien más, un chico demasiado grande como para estar en el colegio, pero demasiado estúpido para estar en cualquier otro lugar. Aunque también era tranquilo, muy tranquilo, me caía mejor que Raúl. Y mucho más cuando este último comenzó a gritarle un montón de cosas a Lizie,

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

eran insultos moderados, me molestaban, pero nada tan importante como para que interfiriera. Entonces Raúl dijo algo acerca del marica de su hermano, y Lizie intentó golpearlo, y él detuvo su mano con brusquedad, y yo me puse de pie viendo como en mi vista periférica una sombra azul y negra también se ponía en pie. Pero yo fui más rápido que Will.

—¡Hey! —grité para llamar su atención—, no la toques.

Raúl me miró con rabia y liberó la mano de Lizie.

—Oh, Darkinso, metete en tus asuntos —dijo él.

—Ella malditamente es mi asunto.

—Sí, sí, muy noble de tu parte.

A continuación, Raúl tiró de Lizie, diciéndole que era mejor si hablaban en un lugar donde no hubiese tanto ruido y gente entrometida. Lizie intentó resistirse pero el hijo de perra tiró con fuerza.

Así que mi puño impactó contra la cara de Raúl.

Y demonios si disfruté golpearlo, no había tenido nada en contra del chico jamás. En serio. Pero de alguna forma canalicé todo lo sucedido en cada golpe que dirigía a su rostro. Yo no era demasiado bueno peleando, pero tenía algo de fuerza. Obtuve un par de puñetazos, pero infringí más daño del que recibí.

Al final, algunos chicos nos separaron, el señor Miller apareció de nuevo y yo recibí la primera suspensión de toda mi vida. Tres días fuera del colegio, podrían parecer divertidos, especialmente desde que apenas comenzaba el último trimestre.

Semana santa había sido demasiado aburrida para mencionarla, los London habían viajado a algún lugar en alguna parte del mundo — no sé porque siempre pienso en ellos en primer lugar—, y mi hermano había venido para pasar la semana de vacaciones en familia. Mi madre finalmente lo había recibido de buena manera, aunque medio lo ignoraba de vez en cuando. En resumen, habíamos pasado una semana soportando las mil y un obras y procesiones que realizaba la gente religiosa de El cielo, quienes, desde que su pueblo tenía aquel nombre, se creían con el monopolio de lo divino.

Will vino el lunes, justo después de que Sara rompiera conmigo. Él actuaba todo misterioso mientras evaluaba mi humilde casa. Al final

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

pareció decidirse por el sofá, preguntando si había algún vino para beber. Cuando negué con la cabeza lució decepcionado.

—¿Qué haces aquí, Will?

—Ah, bueno, creí que podría venir a pasar el rato.

Sí, yo tenía mis dudas.

—La verdad vine para decirte lo terriblemente vergonzoso que fue mirarte pelear el otro día.

Me sonrojé.

—Ninguna fantasía de ninguna hermana mía va a pelear de esa forma.

Medité las palabras, esperando que agregara alguna otra cosa, pero él permaneció en silencio, encontrando muy interesante los adornos en la librería de mi madre. —¿No se supone que allí deben haber libros? —dijo al final.

Lo ignoré. —¿Me estás diciendo que vas a enseñarme como pelear?

Will se encogió de hombros. —Alguien tiene que enseñarte a ser un hombre —fue su única respuesta.

Vaya, por un segundo se me ocurrió que este arrogante chico estaba solo, y bastante aburrido como para venir y ofrecerme esta clase de cosas. Algo a lo que no podía negarme, sería divertido, malditamente divertido. Y no era como si yo tuviese una agenda en absoluto, y si la tuviera, podría ver lo que pondría cada día por la tarde: *buscar una vida*.

Arreglamos entrenar juntos, solo por diversión y cosas de orgullo masculino —apuestas y más—, yo esperaba que se fuera inmediatamente después, pero entonces, comenzó a jugar nerviosamente con un anillo en su dedo medio. Podía ver las palabras que habían en su cabeza, y como se enfrentaba ante la decisión de decirlas o no.

Alzó la vista y vi el momento exacto en el que se rindió.

—¿Cómo...—dijo—...cómo haces que Lizie esté tan loca por ti?

Lo miré por un segundo, comprendiendo que íbamos a hablar de chicas, porque de alguna manera yo tenía ganas de tener esta conversación. Pero no estaba seguro de que fuese prudente tenerla con él.

—No lo sé —dije. Era verdad.

Él asintió. Chasqueó la lengua, creo que se preguntaba porque había hablado. Decidí que le contaría una pequeña cosa, no estando seguro de si podría ayudarlo. Era la segunda vez que veía al niño detrás de esos hombros erguidos, un niño que desesperadamente pedía ser guiado y amado.

—La verdad creo que Lizie me quiere porque no la he dejado tenerme.

—Sí, eso suena muy engreído.

Sonreí. —Apreciaría que no le dijeras nada al respecto.

—No lo haré, tú no le has dicho nada a Magui —explicó.

—¿Will? —Él me miró como respuesta—, la verdad es que yo estoy igual de loco por ella.

—¿Entonces por qué...?

—Es complicado —lo corté.

—Es por tu amigo ¿no? —Adivinó—. Siempre lucía patético mirando todo embobado a Lizie cuando creía que nadie miraba. Pero creo que es leal. Eso que tú haces, es estúpido, pero leal.

—Gracias —dije. Porque ambos sabíamos que yo era lo suficientemente estúpido para ser leal respecto al amor de una persona que estaba muerta, y no había nada más que decir.

## Capítulo 32.

No me molestaba que Lizie estuviese saliendo con King Kong, pero... ¿Qué estoy diciendo? King Kong tenía un coeficiente intelectual superior al de cabeza rapada, cerebro de paja. Vale, tal vez si me molestaba, pero se la veía más contenta que en las últimas semanas.

Yo, por mi parte, estaba practicando artes marciales con Will, religiosamente, creo que nunca antes había estado tan entusiasmado con algo. Ya Will me había enseñado en otra oportunidad, aunque entonces fue baile y no golpes, y ambos estábamos algo incómodos. Pero en cosa de dos semanas, estaba siendo capaz de patear el pequeño culo de Will al menos una vez al día. Un cifra deprimente en comparación con las decenas de veces que era mi culo el que terminaba en el piso. Pero estaba aprendiendo, también me daba cuenta de que lo había subestimado. Aunque ¿Cómo demonios un niño de trece años había logrado pelear de aquella forma?

Lizie había entrado al salón para tomar unos discos en algunas oportunidades. Creo que *cerebro de paja* había sido invitado a la sala. Así que medio me enfurecí, porque yo siempre era recibido en aquel estúpido salón. Pero la rabia no ayudó con mi concentración, así que terminé en el suelo más veces de las planeadas. Rodé sobre mi peso, Will se subió a mi regazo, aplicándome una llave que me inmovilizó.

—Concéntrate, maldita sea —gruñó en mi oído.

Yo reí, porque siempre me parecía gracioso la facilidad con la que Will me inmovilizaba. —Creo que no me estás enseñando del modo correcto. Solo te veo a ti teniendo a alguien a quien apalear.

Will también rió, poniéndose de pie. —Sí, como sea, eres tú quien no aprende correctamente.

Otro día, encontramos a Lizie en el salón, con Magui y sus respectivos novios. Juraría que todo el mundo fue consciente de la incomodidad de la escena, aunque creo que al menos dos personas creyeron que se debía solo a mí y a Lizie —Magui por Will y Will por Magui—, pero yo vi mejor que eso. ¿Ella lo sabía?

Cuando le pregunté a Will al respecto, él dijo que tal vez la había besado. Yo no quise decir ninguna otra cosa, no parecía que hiciera falta. Pero deducía que, tal como dijo, la había besado, sin decir nada

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

más. Apostaba a que había confundido a la chica y la había hecho creer que simplemente jugaba con ella; en lugar de ser una acción desesperada para aclamar un poco de su atención.

Ese día practicamos en la grama, lo que me ganó un montón de rasguños. Al final supliqué detenernos, Will fue por bebidas al salón y volvió con el ceño fruncido. No quería preguntar qué fue lo que había visto.

Otro día me encontré con Lizie justo en frente de su casa. Estaba riendo mientras le hablaba a alguien por teléfono. Sus ojos brillaban y mi corazón se contraía, preguntándome quien tenía ese efecto en ella.

—Yo también te quiero —decía. Se congeló cuando me vio, sus ojos abiertos como platos, poco a poco cambió su expresión, relajándose. Creo que medio comprendió que yo no podía saber con quien hablaba.

—Dale mis saludos a *cerebro de paja* —dije.

Ella colgó y se guardó el móvil, no sabía que tuviera uno. —No sé de quién hablas.

—¿Un regalo de Brian? —señalé el lugar donde escondió el teléfono.

—No es asunto tuyo.

Wow, estaba molesta. —Lamento molestarla, señorita, no volverá a suceder.

Me volví para irme, dándome cuenta del chico enorme entrando en los terrenos de la Mansión London. Rodé mis ojos, ¿en serio Lizie estaba saliendo con eso? Digo, no se veía desagradable ni nada, pero era imposible mantener una conversación con él de algo más profundo que no fuese las maldiciones que lanzaba su barbero —y yo juraba que algunas maldiciones debían ser para *cerebro de paja*, porque no me explicaba en que otras circunstancias alguien pudiera perpetuar tal crimen como su corte de cabello—; lo conocía, un par de veces había venido a hablar conmigo y con Gabriel, para preguntarnos sobre tratamientos para el cáncer que él no podía entender. Recuerdo que podía ver como su cerebro se desconectaba y se ponía en modo *asentir con la cabeza*.

Pero, en fin, Lizie lo pudo haber hecho peor.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

Ella salió corriendo para abrazarlo, aparté la mirada justo después de que *cerebro de paja* la levantara para besarla. Sería una imagen que no me dejaría dormir durante algún tiempo.

Un par de días peligrosamente cerca del cumpleaños de Magui, Will insistió en ir al bosque con algunos de sus amigos. Nos bebimos un par de botellas de vino, fue divertido. Yo terminé enrollado con una morena de grandes senos, creo que era unos dos años mayor, pero eso no me pareció tan importante como borrar cierta imagen de mi mente.

Y entonces Magui cumplió quince años y Will tuvo que soportar mirarla bailar el vals con su *novio*, y ver como ella era besada en frente de toda la sala. Como me imaginé, fue Brian quien recibió y calzó a Magui; pero su madre fue quien bailó el primer vals. Ese día también nos emborrachamos. Lizie nos había encontrado detrás de la mansión, cerca de la selva. Insistió en que nos pusiéramos de pie y tomáramos una ducha, o algo para menguar nuestro olor a indigente. Y de alguna manera yo había terminado sobre ella y mis labios sobre los suyos. Y creo que estaba soñando, porque la oí decir: *pensé que nunca más volverías a besarme, realmente desearía que no estuvieses ebrio*. Y cómo era mi sueño, le dije lo mucho que me gustaba, cuanto la extrañaba, y las ganas que tenía de romper la cara de *cerebro de paja* cada vez que lo veía tocándola. Oí el suspiro de la borrosa Lizie de mis sueños, y luego estaba siendo conducido a través de un montón de pasillos laberínticos. Recordaba haber subido alguna escalera en algún punto, no estaba seguro.

En la mañana siguiente desperté enredado en las sabanas junto a Will. Él despertó al mismo tiempo, sus ojos estrechos en mi dirección, un reflejo de mi expresión.

—No hay que decirle a nadie sobre esto —dijo él, yo estuve de acuerdo. Pero antes de asentir, comprobé que aún estuviese vestido.

Lo estaba, lo que fue una especie de alivio.

Recibí algunas miradas extrañas cuando bajé a la planta inferior, algunos London de afuera del pueblo estaban allí, por lo que rechacé la propuesta de Will para quedarme a desayunar. Él mencionó algo acerca de dormir juntos y no querer desayunar con él. Lo ignoré, y simplemente me fui.

No estaba muy seguro que lo de la noche anterior hubiese sido un sueño. ¿En realidad le había dicho a Lizie todas esas cosas? ¿Romperle

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

la cara a cerebro de paja? Sí, claro, sobre todo cuando no podía con el pequeño Will. ¿La había besado? Si todo eso había sido verdad, entonces sus palabras también. Lo que quería decir que aún tenía una oportunidad con Lizie.

Una que yo malditamente no podía tomar.

Y una que no pareció tan importante cuando llegué a casa y vi a mi padre llorando, agradeciéndole a alguien por teléfono haberse hecho cargo de algo, y prometiendo que se lo pagaría.

Medio tenía miedo de preguntar qué había pasado. La última vez que papá hablaba por teléfono, llorando de esa manera, bueno, había sido la peor noticia que me habían dado jamás.

Y recordé esa mañana, unas pocas horas después del desayuno. Ni siquiera pude adivinarlo. Mi madre llorando en silencio sobre sus cojines hechos en casa, y mi padre hablándole preocupadamente al auricular del teléfono fijo. Había esa extraña calma en el ambiente, pero yo no la sentía. Para mí era como una aburrida mañana normal. Los ojos de mi padre se llenaron de lágrimas, pero yo no sabía por qué.

Por que las personas nunca esperan que su mejor amigo muera en una hermosa mañana de sábado.

Con un estremecimiento me obligué a regresar a la realidad. Mi padre colgó, golpeando su cabeza contra la mesa, y sollozando, sollozando, sollozando. Corrí para abrazarlo, pero me detuve, no era la costumbre entre nosotros. Pasé mi mano sobre su cabello, porque se sentía mal quedarse allí sin hacer nada.

Entonces mi padre alzó la mirada. —Maximiliano murió, el viejo Max está muerto —dijo él.

### Capítulo 33.

Descubrí que la preocupación más grande de mi padre, aún cuando le dolía desmesuradamente haber perdido al hombre que lo había criado como su hijo, era tener que decírselo a Santiago. Yo también me sentía mal ante la idea, no era justo. Diablos, ahora debía enfrentar otra pérdida de un ser amado. Es decir, no era como perder a un hijo, pero seguía siendo doloroso.

Y este pensamiento inicial fue bueno para ignorar la cosa importante: mi abuelo había muerto. Ido. Desaparecido. Fallecido. Puedes llamarlo como quieras, pero al fin de cuentas era lo mismo. Él ya no estaba.

El funeral fue medio tranquilo, los Darkinso y los Salinas habíamos viajado hasta el pequeño pueblo del viejo Max para velarlo, y más tarde sepultarlo en el cementerio local. Santiago y mi padre estaban mortalmente en silencio, derramando una que otra lágrima de vez en cuando, era doloroso verlos, sobre todo porque se unía a mi propio dolor. El viejo Maxi era el único abuelo que yo había tenido jamás, iba a extrañarlo.

Algunas personas llegaron para despedir al abuelo, murmurando las mismas cosas a las que una funeraria estaba acostumbrada, algo sobre el lugar y momento en el que se enteraron, de cómo el muerto había quedado igualito —no sé si esperaban ver a alguien más—, y la siempre persistente queja del café, que nunca parecía cumplir los estándares para los funerales. Como siguieran así, abriría mi propia venta de cafés.

No estoy muy seguro de que tan bien iría mi negocio. Aunque viéndolo bien, creo que solo buscan algo que decir, cualquier cosa que los distraiga de la situación.

Después del entierro nos quedamos organizando las cosas del abuelo. Maximiliano les había dejado sus bienes a su hijo y a mi padre, pero ambos acordaron que uno de sus muchos sobrinos, quien sabía cómo trabajar el campo, se hiciera cargo del lugar.

Al regresar había sido algo extraño, Will estaba esperándome en la entrada de mi casa, mientras yo estaba en ese modo recientemente-salido-de-un-largo-viaje, y no tenía ganas de conversar. Al parecer, Will solo quería saber cómo estaba. Era extraño como se había ablandado

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

conmigo desde que Lizie salía con alguien más, preocupantemente extraño.

Lizie se acercó a mí el lunes, antes del inicio de la clase del señor Miller. Ella me abrazó, preguntando si estaba bien y como estaba llevándolo. Yo le dije la verdad, que estaba triste, pero que de alguna forma la muerte de una persona mayor era algo que todo mundo esperaba.

—Estoy confundido —agregué—, ¿no se suponía que me odiabas?

—Pero, por supuesto que no te odio, somos amigos, siempre voy a estar preocupada por ti.

—Eso no me deja menos confundido —murmuré.

De cualquier forma, apreciaba el que Lizie se hubiese acercado y, bueno, haya demostrado que aún podemos ser amigos. Pero si me había hecho ilusiones, había sido un estúpido, sobre todo cuando yo mismo, horas después, había deshecho cualquier posibilidad de ser amigos de nuevo.

Saliendo de Los helados del señor, me adelanté para alcanzar a Lizie, extrañamente, ella iba sola, no sabía dónde estaba *cerebro de paja*, pero me sentía bien con su ausencia. Lizie me había sonreído como antes solía hacer, pero yo había abierto la boca.

—Así que creíste que nunca más te besaría —dije.

Lizie se detuvo, y yo me di cuenta de que había sido un idiota y de que ella esperaba que yo no recordara nada de esa noche.

—Por supuesto —dijo ella—, sobre todo desde que mi novio puede patear tu culo si se entera.

—¿Era con quien hablabas la otra vez? ¿Ya están diciéndose que se quieren? ¿Llevan cuanto? ¿Una semana? A la segunda se aman y a la tercera terminan, eso suena como una terrible relación.

Lizie me estrechó los ojos. —Mantente lejos de mí, Darkinso. Tan lejos como, donde no pueda verte u oír tu voz.

—Eres como inflamable ¿sabías? Tienes a esta pequeña perra dentro, esperando el momento de...

Si, como que no me sorprendió cuando Lizie me abofeteó. Respiré hondo, creo que yo mismo había ido a aquel punto esperando esa reacción.

—Y está esta otra cosa. Realmente deberías hablar con William de tu problema de control de ira, no puedes ir por ahí golpeando a la gente.

—¡Y tú no puedes ir por ahí llamando perra a la gente!

Ella tenía un punto.

Aún así me había golpeado, pude haberme disculpado, pero no tenía muchas ganas. Me di media vuelta y me alejé lamiendo mi cono de helado de chocolate, bastante seguro de que Lizie y yo no podríamos volver a ser amigos. Y aún más seguro de que me había convertido en una nueva clase de horrible persona. Es decir, últimamente estaba explorando una parte de mí que antes no había conocido, que había creído imposible de alcanzar. No era como si hubiese soñado con esta nueva parte de mí, sino como si me hubiese conocido lo suficiente para sacar una fuerte conclusión de quien podría o no llegar a ser.

Bueno, yo no era un buen lector de personas, y desde que yo mismo era una persona, esta cosa de no conocerme completamente no sonaba tan descabellado como había creído.

Lizie y yo discutimos un par de veces esa semana. Como cuando yo estaba en medio de la puerta y me negué a dejarla pasar al aula, ella gritó que estaba absolutamente obsesionado, y yo la enfrenté con mirada sugerente. O cuando murmuró algo acerca de una fiesta y yo me inmiscuí en su conversación con Magui, ella se volvió y dijo en un hermoso tono: *deja de tirar de mis trenzas, chico, no estoy interesada*. Y más o menos cosas por el estilo.

Nuestra relación era nula, aunque aún seguía habiendo una. Yo todavía estaba preocupándome por ella. Yo todavía *sentía* un montón de cosas por ella. Elizabeth London estaba invadiendo cada uno de mis pensamientos, aún cuando intentaba echarla lejos con alguna otra chica voluntaria. De hecho me estaba volviendo bastante bueno en esta cosa de salir con chicas. Y Will se había convertido en mi compañero de juega.

Era el cumpleaños de mi hermano, cuando Lizie y yo coincidimos en el autobús para ir a verlo. La dejé subir, una maniobra

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

estratégicamente planeada para que tomara el asiento de la ventana y yo pudiera acorralarla al sentarme junto a ella. Ella frunció el ceño cuando me dejé caer a su lado.

—¿Sabes lo de la fiesta sorpresa que organiza Braulio? —dije. Ella me ignoró—. Oh, sí, es una actitud muy madura de tu parte.

—El estúpido autobús está vacío, Dedos, ¿no puedes simplemente tomar cualquier otro asiento? Y sí, sé lo de la fiesta, voy justo para eso.

Me quedé en silencio por un momento, la verdad como que había llegado a una especie de límite, donde el cinismo se convertía en un pariente cercano de la tristeza. Me recompuse porque no era el momento de estar todo deprimido.

—Oh, vamos, estás contenta de que esté haciendo estas cosas.

Ella me fulminó con sus ardientes ojos dorados, era extraño como a veces podían lucir fríos y otras veces llenos de fuego como en aquel momento. Me gustaba el fuego.

—Amadeos —dijo lentamente—, no importa lo que haya dicho antes, ya no siento esas cosas. Te supuré.

Yo no era engreído normalmente, pero podía haber jurado que sus ojos decían otra cosa. Como sea, iba a dejarlo correr, porque era un juego que yo no podía jugar.

—Me alegra oír eso —dije—, porque yo solo quiero ser tu amigo.

Lizie apartó su mirada, recostando su cabeza contra el respaldo. Maldición, no lucía para nada contenta. Creo que yo realmente debía volver a mi fase *pensar mucho antes de hablar y finalmente no decir nada*, las cosas iban mejor entonces. Ella asintió una vez, parecía hacerlo para sí misma.

—Escucha ¿Por qué no vamos al cine? —propuse—. No sé, hacemos algo juntos. La fiesta va a estar llena de extraños, no estaremos cómodos, y de todas maneras tenemos que irnos temprano. ¿Qué dices?

—¿Al cine? ¿Cómo amigos? La última vez que fuimos al cine intentaste besarme.

Ahora fue mi turno de desviar la mirada y recostarme contra el espaldar. Cerré los ojos, porque así era más fácil decir lo que estaba por

decir. —¿Tienes idea de lo terriblemente difícil que es estar cerca de ti sin querer besarte todo el tiempo?

Y luego huí. A un par de filas detrás de nosotros, huí porque no quería ver la mirada de Lizie o escuchar lo que ella tenía para decir. Pero más que nada, huí porque soy un cobarde.

## Capítulo 34.

—¡Sorpresa! —gritamos todos a la par una, vez que mi hermano entró junto a Ernesto.

Rodolfo lució verdaderamente sorprendido, mucho. Sus ojos incluso brillaron cuando se toparon con los de su novio. Braulio corrió para abrazarlo y murmurarle un par de cosas que no alcancé a oír. Me pregunté, no sin cierta morbosidad, si iban a besarse. No lo hicieron. Supuse que ellos aún debían acostumbrarse a que la sociedad no iba a juzgarlos por estar enamorados. Bueno, según esa lógica, yo debía aceptar que Gabriel no me juzgaría por estar enamorado de Lizie.

No quería pensar en eso ahora.

Le di un abrazo a mi hermano y le pregunté si era feliz, él me estrechó con más fuerza y me dijo que sí con bastante efusividad. — Diablos, creo que has crecido un par de centímetros desde la última vez que te vi —aseguró mi hermano.

—Eres un exagerado.

Rodolfo fue por todo el salón del departamento, agradeciendo a todos por venir y saludando a sus amigos. Debo aceptar que la fiesta fue un poco divertida los minutos que estuve en ella, no fue como si las chicas se lanzaran sobre mí, pero un par de ellas me invitaron a bailar y ¡vaya baile!

De cualquier modo, Lizie me había empujado lejos de ellas con brusquedad. Me tambaleé hasta la puerta porque Lizie seguía empujándome. Antes de salir escuché la voz de mi hermano susurrar: *problemas*. Entonces ella me empujó fuera y yo medio quedé confundido cuando la vi alejarse de mí en dirección a los ascensores.

*Estúpido, quiere que la sigas* —me dije.

La seguí con las manos en mis bolsillos, estaba usando el suéter que Lizie me había regalado, porque era cómodo y me quedaba bien. El ascensor había abierto sus puertas para cuando llegué junto a ella, volví a ser empujado dentro de este. No le di la satisfacción de quejarme, aunque Lizie tenía fuerza, y medio me lastimaba con sus toscos empujones.

Cuando llegamos a la planta baja, me presioné contra la pared, haciendo un ademán con la mano para que ella saliera primero. Sopesé la posibilidad de dejarla allí de pie y regresar arriba, pero mi curiosidad y caballerosidad eran más grandes que eso, aunque no sabía cuál de las dos me movía en aquel momento.

Ella nos llevó al jardín del edificio, y finalmente se sentó en uno de los bancos, su mirada fija en mis ojos, como retándome. Así que acepté.

Tomé asiento del otro lado del banco, esperando descubrir de qué se trataba todo esto. No tenía idea, pero si de algo estaba seguro, es de que era cuestión de Lizie romper o no el silencio. Yo había sido el agredido durante nuestro corto viaje al jardín, lo cual era una cosa de la que hablaría después.

—¿Qué fue lo del autobús? —dijo al fin.

Suspiré, porque sabía exactamente a qué se refería. —Un momento de sinceridad.

Lizie parpadeó hacia mí. —¿Entonces lo decías en serio?

—No entiendo porque estamos hablando de esto.

—¿Tú no querías ser mi amigo? Esto es lo que hacen los amigos, hablar.

—Claro, hablar sobre cuanto se quieren besar los unos a los otros.

Ella ignoró mi sarcasmo, mirándome fijamente, evaluándome. —Un minuto de tu tiempo, eso es todo lo que quiero. Un minuto en el que seas totalmente sincero respecto a tus sentimientos. Me pediste que fuéramos amigos, pero los amigos no se mienten.

—De hecho lo hacen.

—Demonios, Amadeos, ¿podrías olvidarte de toda esta basura de estar siempre a la defensiva? Nadie está atacándote.

Suspiré de nuevo. Lizie no dijo nada más, y supuse que era mi turno de romper el silencio. —Dime en qué consiste este minuto de silencio —pedí.

Lizie sonrió, en serio sonrió, de la manera en la que no le había visto sonreír desde hacía algún tiempo, o al menos no conmigo. —Lo cronometraré, solo te pido que me des un minuto para conocer todas esas cosas que no me dirías en circunstancias normales, lo quiero, lo

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

necesito. Necesito saber qué es lo que en realidad sientes, aún si no me agrada.

Realmente creía que todo esto era una tontería, pero asentí con la cabeza. Lizie cronometró el tiempo, y yo realmente tuve problemas para no lanzarme sobre ella y besarla en cuanto nuestro minuto comenzó. Fue tanto el momento de confusión inicial, de sentir una extraña libertad, que no me di cuenta cuando mis labios susurraron las dos únicas palabras que cambiarían nuestra relación.

—Te amo.

Los ojos de Lizie me miraron desorbitados, ella realmente no había esperado esto.

—¿Me amas?

—No me hagas repetirlo.

Cubrí mi rostro con mis manos, yo realmente no podía creer lo que había dicho. Eso iba a dificultar las cosas. Demonios, ¿Cómo iba a explicarle el por qué de todas formas no podía estar con ella? No tenía ninguna explicación razonable.

—Entonces ¿Por qué...? —ahí venía la pregunta. La oí ahogarse con sus palabras. Levanté la vista para mirarla, pude ver como las piezas en su cabeza hacían clic al encajar unas con otras—. Gabriel —susurró.

Ya había sabido que Lizie tenía algunas sospechas respecto a mí no haciendo ningún movimiento por la presencia —ausente— de Gabriel, pero no había creído que podría deducir que todo se debía a eso. No me atreví a asentir con la cabeza, pero, recordando nuestro minuto de sinceridad, tampoco lo negué.

Lizie no dijo nada, y fue ella quien me besó hasta que su teléfono sonó unos segundos después. Había sido una conversación reveladora, y habíamos vuelto a besarnos después de que ella apagara la alarma. Pero sabía que debía detenerme, así que dije algo que creí que la enfurecería.

—No creo que *cerebro de paja* apruebe esto.

—Marcus no tiene importancia ahora —murmuró contra mis labios. ¿Así que ese era su nombre? No era como si lo hubiese olvidado.

Un poco sorprendido por su respuesta —y condenadamente emocionado—, me tomó un par de segundos más terminar con el beso. Lo que fue una pena porque estaba siendo un beso muy bueno. Y cuando terminó, me dejó en un estado de rendición al que me negaba.

No. Yo era mejor que esto, se lo debía. No a ella, a Gabriel.

Lizie no dijo nada mientras acariciaba mi cabello, tampoco la detuve, resultaba reconfortante. El silencio se extendió, como si hubiésemos hecho un acuerdo tácito de no profundizar más en el tema.

—He estado hablando con mi madre.

Esa fue la frase que me espabiló.

—¿Tu madre no está muerta? —o al menos eso era lo que yo había entendido.

—Para el resto de mi familia, lo está. Pero yo quería verla, saber porque hizo lo que hizo. Después de todo es mi madre, merezco explicaciones, y ella merece una segunda oportunidad.

—¡Espera! Titirimeo. ¿Tu mamá no estaba muerta?

Suspiró. —No.

La siguiente media hora, Lizie me habló sobre su madre, y como se había alejado de su familia después de la muerte de su padre. Me dijo que estaba viajando por el mundo, cuando pregunté si lo hacía con el dinero London, bajó la mirada; dijo que no lo sabía, que los von Eckermann también tenían mucho dinero. Lizie me habló de cómo ella había consentido una cita con su madre para el final de la semana, me dijo que esperaba que esta vez sí apareciera, porque todas las otras veces había surgido algo.

—¿Has intentado verla antes? —fue mi inteligente pregunta.

—Sí, un par de veces. Al principio, cuando ella intentó contactarme, Brian la dejó. Pero ya sabes cómo es de sobre protector. Cuando mi madre no apareció me prohibió hablar con ella. Creo que lo entiendo, a él lo ha decepcionado un montón de veces.

Sin duda alguna. Para empezar lo abandonó justo cuando el perdió a su padre, cuando necesitaba consuelo y una guía. ¡Era solo un adolescente! Un poco menor que mi hermano. Y luego, estoy seguro de

que tuvo que intentar contactarla, para cualquier cosa porque es su madre. Pero ella tal vez nunca apareció.

Si, podía ver porque la mantenía lejos de Lizie.

Entonces algo se me ocurrió.

—¿Era ella al teléfono el otro día?

Lizie sonrió, pero fue lo suficientemente piadosa como para no decir nada. Porque bueno, eso, entre todas las cosas, era lo que yo había recordado.

## Capítulo 35.

Era sábado, pero no había absolutamente nada para hacer, a excepción de Will y su *entrenamiento*. El cual, desde que Magui no tenía ningún tipo de vergüenza respecto a las demostraciones físicas de afecto, era más doloroso.

Mi hermano me había telefoneado pidiéndome amablemente que no fuera a visitarlo hoy. No lo dijo, pero apostaría a que Braulio tenía algo que ver con todo eso. Bien por él. Mal por mí. Porque ahora debía quedarme y soportar la furia del pequeño Chuky de ojos azules, espera ¿Chuky no tenía los ojos azules?

Pero nuestras sesiones no habían sido completamente inútiles, había descubierto un par de cosas más de la misteriosa madre de Lizie, el primero fue que su nombre era Elizabeth. Will decía que era una zorra, pero que ni me atreviera a decirle a alguien que él lo había dicho. Elizabeth von Eckermann le había prometido a Lizie venir un montón de veces, porque, a no ser que recordara un par de meses después de su nacimiento, esta última no la conocía. Will dijo que la pasada promesa de reunirse, fue dada para los quince años de Lizie, por lo que todos estaban preocupados, y por lo que Will había insistido en que yo debía aparecer para que Lizie pudiera concentrarse en otra cosa. Y para que no sufriera dos decepciones el mismo día.

No estaba seguro de que hubiese compensado la falta de su madre, pero me alegraba haber hecho algo en lo absoluto.

Creo que fue cerca de la quinta llave que soportaba intentando no hacer gestos, cuando Lizie vino con bebidas para nosotros. Tomé la mía dudoso. Sí, nos habíamos acercado un poco más el otro día; sí, yo le había dicho que la amaba; y sí, ella me había hablado de su madre. Pero no hubo nada más después de eso, así que más o menos creí que estábamos en el mismo lugar, entre villa nada y la ciudad de los ceños fruncidos.

—¿Sabes? Puedo mostrarte como deberías verte contra Will.

Eso me irritó, estreché los ojos.

—¿Por qué no le enseñas tú directamente? —propuso Will.

Lizie aceptó. De alguna manera esto emocionaba ciertos lugares dentro de mí. Pero, vergonzosamente, Lizie pateó mi culo hasta el suelo. —Vale, por eso es que golpeas tanto, realmente sabes defenderte.

—Oh, vamos, no estás usando toda tu fuerza. Ni siquiera creo que la uses con Will.

A Will no pareció agradarle el comentario.

—No soy bueno en esto, soy un ser pacífico —argumenté dignamente. Aun tendido sobre el piso.

Cerebro de paja entró en la habitación.

¿Por qué no pudo llegar unos segundos antes?

Aún cuando me hubiese encantado, Lizie no volvió a participar en mis entrenamientos. Pero, molesto por el comentario que ella había hecho, Will había decidido darlo todo en cada sesión. El resultado: mi cuerpo estaba magullado al final de cada semana.

Lizie y yo no volvimos a como estábamos antes, pero algo parecido. Fue bueno, me sentía bien al respecto. Comíamos helado y estudiábamos juntos —muy a pesar del ceño fruncido de Marcus—. Ella aceptó cuando la invité al cine, como sugerencia, había insinuado que podía invitar a cerebro de paja. Lizie desvió la vista, pero esperaba que estuviese pensando en negarse a hacer tan atroz intrusión a nuestro tiempo juntos.

Marcus apareció con sus amigos a la hora acordada frente a la mansión. Ambos lucíamos decepcionados, pero nos sonreímos. Lizie se nos unió con Magui y Will. Estaba ridículamente contento porque este último estuviese a bordo. Luego, cual paseo escolar, nos fuimos todos al cine.

Nada especial, cada vez que intentaba llamar la atención de Lizie, cerebro de paja aparecía en el centro con su cabeza rapada. Salí del cine luciendo molesto —le gruñí a un par de personas que tropezaron conmigo, le grité un poco a Will y sacudí mi brazo de la mano de Lizie—, por lo que nadie se acercó a mí mientras fuimos a comer.

La siguiente vez que invité a Lizie al cine, la miré a los ojos y dije: *Tú y yo, nadie más*. Ella sonrió. Entonces si me había divertido. Lizie invitó las palomitas y yo las entradas, vimos una de mi elección, y realmente no me gustó, así que decidimos que no volvería a escoger. Lo que significaba que vendríamos un montón de veces más. Al regresar a

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

Upata pedimos una pizza para llevar en nuestro restaurante favorito, porque planeábamos compartirla con Will.

La carta de la semana deprimió a Lizie. Cuando pregunté por qué, ella dijo que la esperanza era una perra. Lo que me dejó más curioso, pero con temor de saber la respuesta. Aún así, esa noche fui capaz de llegar a una aproximada, según la información que tenía sobre Gabriel. Y es que el único momento de esperanza en toda su enfermedad, fue cuando iban a amputarle el brazo. No podía imaginar las cosas que debió haber dicho en esa carta, las frases llenas de futuro, las mismas que resultaban dolorosas en el presente. Deseaba que Lizie no tuviese que sufrir junto a mí.

Era martes, y hacía frío, yo tomaba una loratadina, solo para prevenir las alergias, y entonces Lizie entró en el salón, y ¡bendita sea!, estaba usando mi suéter. Y continuó haciéndolo durante el resto de la semana. Era como si pudiera ser mía, yo usaba el suéter que ella me había regalado. Me encontré fantaseando con la imagen de nuestras capuchas alzadas y nuestros labios uniéndose. Si tan solo todo fuese diferente, si tan solo ella si pudiese ser mía.

Los Salinas se mostraban cada vez más cabizbajos a medida que la fecha-efante se acercaba en el calendario. Yo sabía que ellos habían estado yendo a la tumba de Gabriel cada sábado, pero nunca me había apuntado, más que nada porque el cementerio local era tétrico.

La siguiente carta no hizo nada para mejorar el ánimo de Lizie, así que yo lo intenté por mi cuenta. La invité a mí casa —sí, lo sé—, le pedí que llevara todas las fotos de su niñez, ella lo hizo y yo agregué algunas de las mías. Armamos un álbum con todas las fotos que teníamos junto a Gabriel, incluimos también las fotos donde Lizie y yo estábamos juntos. Le sonreí al pequeño niño que le hacía gestos a la rubiecita junto a él. Uno al otro nos contamos anécdotas sobre mi mejor amigo. Le dije todo acerca de porque éramos tan inseparables, que básicamente se debía a que nuestros padres nos obligaron a estar el uno con el otro. No tengo idea de si Gabriel y yo fuimos planeados hasta ese puto, pero así lucía. Le dije acerca de los juegos en el jardín de infancia, los niños que se burlaban de mí, las figuras de acción que solo a Gabriel le parecían interesantes, el haberlo abandonado en primer grado y como estuve feliz de que me obligaran a volver a él.

Muy a mi pesar, terminé llorando en brazos de Lizie.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

Entonces ella me contó su propia versión del jardín de infancia, la tranquilidad con la que Gabriel siempre tomaba mis berrinches —lo que le ganó una sonrisa—, lo envidiosa que estaba por lo que nosotros teníamos aún cuando todos se burlaran de que preferíamos los muñecos a jugar a la pelota —lo que le ganó una corrección: figuras de acción, no muñecos—, como había intentado ser nuestra amiga y desistido porque Gabriel no le hablaba y yo le gruñía. Me contó acerca del día que se proclamó reina, lo cual fue una absoluta sorpresa para mí: al parecer, Gabriel había dicho algo acerca de una reina de algún color —que ella no podía recordar—, y cómo yo siempre la escogía cuando a él también le gustaba.

Y no sabía cómo sentirme al respecto. Era obvio que ya no hablábamos de Gabriel sino de nosotros, y eran dos temas que no me gustaba poner juntos.

No sé quien se movió primero, pero nuestras frentes estuvieron una contra la otra, nuestras narices acariciándose, nuestros labios rozándose.

—¿Qué estamos haciendo? —susurré.

Era una pregunta general.

—No lo sé —susurró de vuelta.

Lizie fue quien cortó nuestro casi beso, iba a protestar, pero después de todos los desplantes que le había hecho, me merecía esto.

—No es que no quiera, en serio. Solo que no quiero presionarte con el asunto de... ya sabes. Me gustaría que esto sucediera, realmente sucediera, cuando tú estés listo.

Yo solo la miré, era un tema que no me gustaba tocar, más que nada porque pensaba que mi opinión al respecto sería decepcionante para ambos. Pero en aquel momento descubrí que todo este tiempo yo lo había visto de esa forma. Había una línea de la que no me había dado cuenta, una línea en la que yo estaría con Lizie; y tal vez intentara convencerme de que yo no quería cruzarla, pero ¡vamos! ¿A quién engañaba con todo eso? Mi día a día consistía en buscar una buena clausula en mi promesa de alejarme de Lizie, una que me permitiera estar con ella y no fallarle a mi mejor amigo. Todo al mismo tiempo. Y yo era astuto, ya pensaría en algo.

Me parecía estupendo que Lizie lo hubiese descubierto antes que yo. Además de que yo no era el único obstáculo en nuestra hipotética relación.

—Y tú tienes a Marcus —mascullé.

—De hecho eso ya no es tan cierto.

No pude evitar la sonrisa que se extendió por mi rostro mientras la miraba.

—¿Cerebro de paja ya no está?

—Dios, ¿Qué edad tienes? Su cerebro no está hecho de paja.

—Ese no es el punto de mi expresión, me refiero a que tiene un cerebro... de paja, como, innecesario.

—Eres tan vulgar.

No pasé por alto el que Lizie evitara responder. Intenté, realmente intenté no preguntar, pero con aquello de mi nueva naturaleza curiosa, se me hizo imposible.

—No era justo para él —respondió ella.

—¿Por qué no?

Ella me miró significativamente. —Porque no estaba poniéndolo todo en nuestra relación.

Hay un montón de cosas que yo pude haber hecho, había mil y una forma para que esto terminara bien para ambos; aunque eso no era tan cierto. La línea estaba allí, un poco borrosa por todas esas veces que hemos ido y venido a través de ella. Pero yo no tenía mi cláusula, y no me sentía muy seguro de cruzar sin ella.

Así que simplemente pregunté. Actué justo como se suponía que un mejor amigo debía actuar, pregunté todas las cosas correctas y la dejé que me contara acerca de ella y de todos esos meses que me había mantenido lejos.

Marcus había entrado a su vida en mi cumpleaños —no quería pensar en lo irónico que eso era y yo no quise preguntar más por aquel respeto a mi privacidad que Lizie me había dado respecto a Gabriel y la cosa de nosotros—, ella solo dijo que había ido a mi fiesta y algo la había molestado, y que mientras regresaba Marcus se había detenido

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

para preguntarle como estaba. Lizie comentó algo acerca de lo impresionante que le pareció el enorme chico aquella noche, y yo fui consciente de mis carencias de músculos y altura.

Maldito adicto a los esteroides.

En fin. Lizie me contó de la reaparición de Raúl, pero no profundizó en el tema, lo cual agradecí. Tampoco me dijo mucho acerca de su relación con Marcus, o al menos no me dijo los detalles desagradables. Pero si me contó que el chico era realmente dulce —casi vomito— y que fue una gran distracción o algo parecido.

Y la miré mientras me hablaba, mis pensamientos llenos de esperanza hacia aquella niña en el cuento del vestido. Porque si Elizabeth London podía haber estado hecha para mí, entonces las cosas no estaban perdidas para aquella niña.

## Capítulo 35.

Los Salinas me invitaron a comer una tarde de sábado. Yo estaba feliz porque hacía mucho tiempo que no nos reuníamos. Rudy preparó un pollo al horno que olía delicioso, para acompañarlo había puré de papas y plátanos sancochados con azúcar. Tal vez le llamaran de manera diferente en otros lugares, pero yo incluso sentía muy formal llamarle puré de papas al puré.

—Así que andas por ahí con la niña London —preguntó Rudy. Mientras servía el puré en tres platos.

Santiago sonreía, pero yo no entendía que era tan gracioso.

—Sí, bueno, somos amigos.

—Pues, eso no es lo que se comenta en el pueblo.

Estoy seguro de que mi boca cayó al suelo, ¿la gente del pueblo estaba comentando sobre mi vida amorosa? No, seguramente comentaban acerca de la vida amorosa de Lizie. Lo que era aún peor, debido a que yo estaba involucrado en ella.

—Y ¿Qué es lo que comenta el bendito cielo?

—Que Lizie salía con un muchacho para darte celos, pero que lo dejó cuando recuperó tu atención.

Al parecer, el suelo no era el límite para mi boca.

—Eso no es cierto.

—Pues, yo creo que sí —intervino Santiago—, me encontré a Margot el otro día y me dijo como la niña London se creía en el derecho de herir a su bebé. Lucía muy enfadada. Creo que nadie le ha dicho que su bebé mide casi dos metros.

Vaya, Marcus andaba difundiendo su ruptura con Lizie, o tal vez solo le dijo a su madre y la señora se encargó de hacer los honores. Creo que en aquel momento sentí algo de pena por el chico, no era un mal tipo, pero cometió el error de entregarse a alguien que no podía darlo todo, y ahí nadie podía ayudarle.

—Aún así eso no prueba nada —dije—, Lizie y yo solo somos amigos.

—De acuerdo —dijo Rudy. Sirvió los platos—. Aunque los dos han pasado algún tiempo juntos —picó el pollo—. Demasiado tiempo juntos —puso una porción en cada plato—. Y han salido juntos un montón de veces —repartió los cubiertos—. Y se han besado...

Santiago vino con un plato lleno de pequeñas rodajas de plátanos sancochados, y tres vasos. Rudy volvió a la cocina por la jarra que había preparado de té con limón. Cuando regresó volvió a sonreírme, parecía que iba a agregar algo más a su lista, pero su marido intervino:

—Dale un respiro al chico, Rudy —dijo. Pero estaba sonriendo, incluso reía un poco.

Apenas probé bocado, lo que era una pena porque Rudy realmente podía cocinar. Me sentía mal, miserablemente mal. No estaba bien que los Salinas manejaran esta información. De repente sentí deseos de volver en el tiempo y borrar esos momentos de debilidad que tuve con Lizie, esos momentos tan preciados que no cambiaría por ninguna otra cosa más que la aprobación de estas dos personas compartiendo la mesa conmigo.

—¿Dedos? —Me llamó Santiago—, sabes que no estás haciendo nada malo ¿verdad? Si te gusta esta muchacha, por mucho que a Gabriel —una breve pausa— también le haya gustado, él no te juzgaría porque decidieras salir con ella.

—Al contrario, se pondría muy contento —agregó Rudy— ¿es eso lo que te preocupa?

Si, era eso lo que me preocupaba, y respecto a lo de ponerse muy contento porque cuidara a la chica que él amaba, bueno, yo también había visto Pearl Harbor.

Sin embargo no dije nada más, ellos intentaron llevar la conversación a otros lugares, pero no tenía caso. Cuando nos despedimos, sin embargo, Rudy agregó que deseaba verme feliz. Yo la abracé y le di la mejor sonrisa que pude dibujar con mis labios. Santiago no me sonrió, me pregunté si estaba enfadado, pero él también había agregado que deseaba verme feliz.

—Yo también quiero verlos felices —dije yo.

No sabía que tan bien lo estaba llevando Santiago después de la muerte del abuelo, pero no tenía el valor para preguntar, a pesar de todo. Sí lo veía viendo algunos álbumes de fotos en blanco y negro y

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

soltando una que otra lágrima, pero era todo lo triste que lo había visto estar por estos días. Yo sabía que él debía quebrarse de vez en cuando, pero me alegraba que no lo hiciera frente a mí.

—¿Traerás algún otro recuerdo pronto? —dijo Rudy. El último recuerdo que había traído para nuestra colección, fue el álbum de fotos que Lizie y yo hicimos. Rudy había llorado un poco, pero más que nada había reído, contándome acerca de lo que su pequeño hacía por aquellos días.

—Cuando sea muy importante.

Nos sonreímos y entonces yo me fui.

Lizie y yo habíamos quedado en vernos en la noche, lo que me dejaría con mucho tiempo para pensar en ella, y no me quería deseándola más de lo que lo hacía. Así que decidí ir a la mansión London por algo de compañía. Will abrió la puerta, sus ojos se estrecharon cuando me vio, su mirada cayó detrás de mí, parecía buscar a alguien.

—Creí que Lizie estaba contigo —él dijo.

—No, tenía algunas cosas que hacer esta mañana.

En lugar de practicar, como Will quería, propuse simplemente conversar en el salón detrás de la casa, pero él me invitó a la biblioteca. —Creí que yo no era bienvenido aquí dentro —señalé.

—No, lo que no es bienvenido es que Lizie traiga tipos aquí dentro.

—Pero *cerebro de paja* venía aquí.

Will rió. —*Cerebro de paja*, si le queda. Y ¿de dónde sacas que él entró? ¿Lizie te lo dijo? ¿Él vino aquí? Porque si es así, está en serios problemas.

—No, no dijo nada, solo que... el otro día ella fue por discos al salón, y yo creí que...

—Ella siempre está tratando de ir a donde estés —dijo. Un segundo después, agregó—: que no se te suba a la cabeza.

Así que... ¿Lizie no había estado aquí con Marcus? Eso era un gran detalle a tener en cuenta. Aunque no era como si pudiera hacer mucho con eso. No desde que no iba a permitir que lo nuestro avanzara.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

—Y... por si no te quedó claro, no está permitido que Lizie traiga chicos, amigos o lo que sean, aquí.

—¿Por qué no está permitido que ella traiga amigos? Eso no tiene sentido.

—Ya sabes, los niños son curiosos —el tono de voz que uso, me hizo suponer que él no estaba incluido en esa connotación, aunque yo no sabía si era en lo de niños o en lo de curiosos en lo que se le obviaba—, y las habitaciones allá arriba son como un laberinto, es fácil meter a alguien a escondidas, no que yo lo haya hecho, pero ya sabes.

A continuación me miró con los ojos estrechos.

—Mi habitación está en el lado suroeste de la casa, justo sobre el salón de prácticas. Pero eso ya lo sabes, lo conoces —dijo.

—Sí, estuve allí, no fue una bonita noche.

Esperé el comentario sobre haber sido la mejor noche de mi vida, o algo parecido. Pero no se produjo, Will miró un libro junto a él, estudiándolo con entusiasmo.

—Yo quería de esas luces que cambian de color con un control remoto. ¿Sabes cuales?

—Sí, creo que las he visto.

—También hay unas que iluminan solo el techo.

—Esas son geniales —dije.

—Crea la luz perfecta.

—Si —yo estaba algo entusiasmado.

—No muy intensa, no muy tenue.

—Lo sé.

—Y también pueden cambiar de color.

—Lo que es mucho mejor —dije.

—Como las del cuarto de Lizie.

—Exacto.

Will se recostó en el sillón, contemplándome con satisfacción. Su mirada me hacía sentir como una presa enjaulada. Siendo evaluada mi grasa corporal, y valoradas las cantidades de nutrientes que aportaría.

—¿Qué sucede? —dije. No podía adivinar que había sido lo que le produjo dicha expresión. Una rápida ojeada a nuestra previa conversación, y no fue muy difícil deducirlo—. Mierda.

Él asintió, sus labios convirtiéndose en una línea, pero al mismo tiempo sonreía.

—¿Lo ves? Es por eso que Lizie no tiene permitido invitar amigos aquí —su postura cambió en un movimiento fluido—. Pero ya dime, ¿lo hicieron?

Estreché los ojos. —No. pero estoy confundido, creí que te enfadarías si yo...

—No soy estúpido, y no estoy para cuidar la virtud de mi hermana. Son por otras cosas por las que realmente estaría enojado. Y además... me caes bien —se encogió de hombros.

Si él también me caía bien, pero no era un tipo meloso y todo blandengue. Así que no dije nada.

—Ya, en serio, ¿Cómo es que una chica a la que le gustas te invitó a su cuarto y tú no le hiciste nada? —Me estudió un momento, mirándome con desconfianza—. ¿No eres gay, o sí? Y si lo eres...—él batió su pulgar entre nosotros—...déjame decirte que eso de un Darkinso y un London amigos, juntos como algo más, no se repetirá, al menos no por mí.

—Puedes estar tranquilo —le aseguré—. Además, soy un caballero, solo fui para buscar mi regalo.

Él alzo las cejas.

—No esa clase de regalos, ¡dios Will!, estás realmente mal —dije, porque él me estaba mirando entre sorprendido y orgulloso—. Ella me regaló un suéter.

Su mirada dijo Ah. —¿Ese que llevas puesto? Ya decía yo que no pudiste haberlo pagado.

Le estreché lo ojos, pero pronto la conversación cambió a terrenos más cómodos.

Will y yo hablamos de un montón de cosas, música, comics, series, películas. Él me mostró algunos videos graciosos en su computadora, o adelantos de películas y cosas por el estilo. No coincidíamos en prácticamente nada, pero un breve vistazo a todo lo que a él le gustaba, me dio la seguridad de hablarle y mostrarle mis pequeñas obsesiones. Y aún cuando él no las conocía, aceptó que estaban geniales.

Y luego me sentí todo nostálgico porque Gabriel no estuviese aquí para opinar sobre sus gustos. Creí que estaría mal señalarlos, pero entonces Will preguntó que solía gustarle a Gabriel y yo sonreí, y pasamos toda la tarde conversando de lo que a los tres nos gustaba o disgustaba. Era como si mi mejor amigo estuviese presente, era como si de nuevo pudiese conversar con él.

Estaba a punto de llorar cuando Lizie entró en la habitación. La noche había caído en algún momento de nuestra conversación.

Y era Lizie quien lloraba.

## Capítulo 36.

Así fue como me enteré que no había nadie más en casa. Porque Lizie lloraba desconsoladamente y nadie había acudido. Se lanzó en brazos de Will, sollozando un montón de frases que yo no lograba entender, Will apretaba sus ojos mientras acariciaba los listones dorados que se mecían con cada sollozo que Lizie daba.

Cuando logré escuchar la frase que ella estaba repitiendo como un mantra, entendí que Will la había escuchado a la primera. Porque Lizie decía: *Creí que ella vendría esta vez. Creí que ella realmente aparecería esta vez. Soy una estúpida. Confié en que asistiría. Desesperadamente deseaba que ella apareciera.*

Diablos. Solo había una forma en la que todo eso tuviese sentido, deseaba que estuviese equivocado, yo jodidamente quería que su madre no hubiese producido este desmoronamiento en Lizie.

Cuando ella se calmó lo suficiente para que pudiera mantener una conversación, Will comenzó a preguntar.

Ella había consentido una cita con su madre para aquella tarde, no le dijo nada a nadie porque creyó que solo la amargarían al repetirle una y otra vez que su madre no asistiría. Mi respeto por Will creció cuando no señaló que justo eso había pasado. De cualquier forma, Lizie había ido allí, y había esperado toda la tarde en un bonito restaurante en Ciudad Guayana. Pero su madre nunca apareció.

—A las cinco, cuatro horas después de lo acordado, me envió un mensaje diciendo que había lamentado mucho no haber podido aparecer, pero que surgió un inconveniente.

—Maldita egoísta —siseó Will.

Lizie no dijo nada más. Sus lágrimas caían de sus ojos, por sus mejillas, boca, mentón, y terminaban en el cuello alto de su blusa. Era doloroso mirarla, no podía soportar verla de aquella forma.

Me puse de pie y me senté junto a ella, aunque no sabía que decir.

Si estuviéramos solos la besaría para que pensara en otra cosa, aunque esa otra cosa fuera empujarme lejos. Pero Will estaba aquí y Lizie seguía llorando en silencio.

—¿Quieres que te cuente una historia? —dijo. Ella asintió lentamente.

Era la única historia que conocía de memoria, se llamaba Globos de colores, y comenzaba así:

*Cuando la noche era demasiado fría para sus débiles huesitos, mami estuvo allí, tratando de explicarle a un pequeño niño porque su cuerpo era más débil que el de los demás. Cuando su pecho ardía por correr detrás de los otros niños, mami estuvo allí, tratando de explicarle a un pequeño niño que su corazón era especial y que debía ser cuidado mucho más que el corazón de los otros niños. Cuando aquel niño la vio bailar y su corazón latió de manera extraña, mami estuvo allí, tratando de explicarle a un pequeño niño lo que era el amor, y como le regalaría latidos a su corazón especial.*

*Ella era su vecina, una pequeña niña de trenzas detrás de su cabeza. Y él la miraba bailar en las clases de danza en las que mami lo había inscrito como única actividad física. Él amaba el baile, y todos amaban el que algo le entusiasmara tanto. Y él siguió mirándola bailar, mientras mil soles se pusieron, aún cuando él ya casi no era un niño, porque ella seguía bailando en el centro de la sala. Y él la miraba.*

*Y su corazón ganaba un nuevo latido con cada vistazo.*

*Un día él fue a verla ensayar para un hermoso musical, él estaba muy atrás y mami y papi se sentaban a su lado, compartiendo miradas concededoras y esperanzadas, felices porque veían la felicidad que le producía a su hijo ver bailar a aquella niña. Antes de darse cuenta, él estaba junto al escenario, y sonreía porque ella le sonreía.*

*Pero ella pensaba que él era mejor bailarín, y todo mundo pensaba que él era realmente bueno. Sin embargo cuando ensayó para el musical, su corazón especial no lo resistió, y su cuerpo bailarín se desplomó sobre el pequeño escenario.*

*Todo mundo pensó que sería el fin.*

*Pero la chica bailando a su lado no se inmutó, solo le susurró al adulto más cercano que aquel chico no debía ser alterado, y que debía ir a un hospital. Y luego en el hospital él supo que ya nunca le dejarían bailar de nuevo. Cuando se lo dijo, ella respondió que a partir de ahora bailaría por él, y que él bailaría a través de ella.*

*Y ella bailó porque eso le hacía feliz, y él capturó nuevos latidos con cada vistazo. Pero realmente pensó que sería el fin.*

*Él dijo que aunque ya no le quedaban muchos latidos, y aunque se sentía mal de tener que atarla a alguien que estaba muriendo, su corazón especial la quería, y siempre pertenecería a su lado.*

*Pero entonces él dijo que de todas maneras no era justo tener que cuidar un corazón tan enfermo. Y ella miró al cielo y pensó en globos. No esos globos a los que arrojas al cielo y regresan, y que vuelves a empujar alto, pero ellos siguen cayendo. No. Ella pensó en los hermosos globos de colores que flotaban en el cielo y se tensaban contra las cuerdas que los mantenían en tierra. Un día esos globos iban a reventarse, y su vida como globo terminaría, pero aún así, no había nadie a quien no le gustara sostenerlos mientras duraran. Ella dijo que iba a tomarlo y cuidarlo por siempre. Él la besó torpemente, y ella estuvo muy sorprendida.*

*Fue cuando le dijo que su corazón era especial y que estaba feliz de poder sostenerlo. Y que este no era el fin.*

*La noche antes de que un hombre con su corazón especial muriera, mami estuvo allí, aún cuando no necesitaba explicarle nada a un gran hombre, ella estuvo allí. Y una hermosa mujer bailarina también estuvo, danzando en medio de la habitación de hospital, cargando a un pequeño niño con un corazón ordinario, a quien un día le explicaría que papi tuvo que irse porque su corazón era muy grande para este mundo. Y él capturó sus últimos latidos de aquel momento.*

*Y luego, su corazón especial se detuvo.*

Lizie limpió las nuevas lágrimas que le produjo el cuento, y sonrió.

—Es una historia muy bonita —dijo—, ¿es tuya?

Bufé, negando con la cabeza. —Es de Gabriel ¿no lo recuerdas? Él fue quien ganó el recital de cuentos.

—Creo que estuve enferma para ese recital. Sí, me hablaron de su historia, pero nadie la contó de la manera correcta.

—Hombre, Gabriel era un genio —agregó Will. No me había dado cuenta de que también estaba escuchando.

—Lo era —agregué—, realmente lo extraño.

No sabía de dónde había venido eso, pero me sentí muy bien cuando lo dije.

—Al menos sabes que él querría verte —esa fue la respuesta de Lizie.

Will y yo la miramos, ninguno dijo nada, yo no sabía más historias, y no creía que funcionara de nuevo.

—Lizie, entiendo que es tu madre, pero esa señora apenas te conoce. Los mensajes y las llamadas no pueden suplantar a la presencia física —dije.

—Ella no está y ya ha tenido las suficientes oportunidades. No merece ninguna otra —agregó Will—. Escucha, sé que la quieres y sientes que te hace falta, pero ella no lo es todo en tu vida. No puede serlo. Tienes... tenemos una familia maravillosa, no podemos perdernos en los *no dados* y en los *si hubiera*.

—Tú madre te amaba, eso lo sabes tan bien como todos nosotros. Ella hubiese deseado quedarse a tu lado —Lizie estaba gritando—. Eso es todo lo que pido.

Y entonces vi las lágrimas en los ojos de Will, y supe que esta era una discusión familiar que yo no debería presenciar.

—¿Y? ¿Cuál es tu punto? mi padre me abandonó, y tú no estás viéndome ir detrás de él, aún cuando los padres de las personas alrededor son increíbles. Como tu padre, él lo dejó todo para venir por ti, así de mucho te amaba, y no hay nada más noble que morir por amor. Lizie, yo sé lo que tuve, y no hay nada lógico en arrastrarme detrás buscándolo, cuando lo que tengo es mejor. Si él escogió irse es muy su problema, yo no iré por él, al igual que tú no deberías ir detrás de tu madre solo porque ves lo feliz que son las personas con una madre. No todos son iguales.

—¿Es que no puedes verlo? Tú mismo lo dijiste, mi padre murió mientras trataba de venir a conocerme. Y yo... se lo debo a ella, le robé al amor de su vida.

—No vuelvas a decir esa basura —fue la voz gutural de un hombre la que se escuchó desde la puerta.

Los ojos de Brian lucieron glaciales antes de que su mirada cayera de mí hasta Lizie.

—Cariño, ¿Por qué, por qué fuiste? Esa mujer nunca va a cambiar. ¿Qué te hizo esta vez?

Brian cruzó la habitación y se detuvo, arrodillándose frente a Lizie para quedar a la altura de sus ojos; mientras los suyos, varios tonos más oscuros que los de ella, la miraban con una intensa cantidad de preocupación, y algo más. Lucía como si estuviera planeando eliminar cualquier cosa que hubiese producido las lágrimas en Lizie.

—Lo de siempre —dijo ella—, no aparecer.

Brian suspiró. —No debiste quedar con ella, mejor dicho, ella no debió quedar contigo. Va a escucharme, juro por dios que esta vez va a saber que pienso de las personas que juegan con uno de los míos.

Vaya, esa frase, por si antes los London no me habían parecido una mafia muy organizada.

—No, por favor —sollozó Lizie—, no fue su intención dejarme allí, tal vez realmente tuvo un inconveniente.

—¿Y te escribe cuatro horas después de lo acordado? No lo creo, nada le ocurrió. Odio decirlo pero... ella solo quería verte herida.

Quería golpear a Will por sus palabras, ¿Cómo podía decirle esa clase de cosas? Miré a Lizie, esperando verla desmoronarse en los enormes brazos de Brian. Pero algo sucedió en sus ojos, parecían haberse iluminado. Lizie se enderezó y miró a Brian.

—Entonces no cabe duda de que me culpa, de que en serio me culpa. Cuando hables con ella, Brian, quiero que le digas que no volveré a molestarla. Le daré tiempo para que pueda perdonarme. Ella está en su derecho de...

—Deja de decir estupideces, Elizabeth Demetria. Tú no le debes nada, absolutamente nada. ¡Quiero que lo grabes en tú cabeza! — Brian estaba gritando con sus dientes apretados. Era una voz que ciertamente inspiraba respeto... y miedo—. Esa mujer dejó de ser nuestra madre cuando nos abandonó en aquel momento, y si tú vuelves a verla lo consideraré como una traición. Entonces tú dejaras de ser mi hermana.

Y ahí fue cuando Lizie se derrumbó.

Él era el único padre que Lizie había conocido, así que supuse que aquello era una buena amenaza, porque Lizie dejaría de ser un montón de cosas más que solo su hermana. Y ella no podía perderlo, así que susurró: *No volveré a verla, solo, por favor, no me dejes.*

Porque cuando lo que tuviste ya no está, debes dejarlo ir para que no pueda acosarte y destruirte; y abrazar lo que tienes, aferrarte a ello con ambas manos. Comprendí. Porque no se puede vivir del si hubiera, porque el presente, por deprimente que suene, realmente es lo único que tenemos.

Y sé que esto nos lleva a cierta conclusión que me gusta ignorar. Pero aún así no tiene la suficiente fuerza para ser la cláusula que me ayude a cruzar aquella difusa línea. Porque las palabras, aunque suenan hermosas, alentadoras y deprimentes —lo que es importante porque la mayor parte de los éxitos son deprimentes—, no es en lo que creo.

No hay nada más impregnado de futuro que el pasado.

Y entonces el presente solo está en el medio.

# Tercera parte.

## Capítulo 37.

Después de eso, Brian había vuelto a darse cuenta de mi presencia, y me había pedido —en lo que parecía ser su tono amable— que les permitiera un momento en familia. Lizie me había alcanzado justo en nuestra esquina, estaba sonriendo, realmente sonriendo, como si lo anterior nunca hubiese ocurrido. Fuimos por helados y hamburguesas, porque Lizie no había almorzado y yo ya tenía hambre. Hablamos de banalidades y la invité al cine el día siguiente. Lizie dijo que no tenía muchas ganas, pero yo insistí y ella accedió finalmente.

Pero nuestros planes cambiaron, porque al día siguiente algo había sucedido con Will, él no quería salir de su habitación, y Lizie no podía entrar porque él la amenazaba con que estaba desnudo. Al final yo había sido forzado a entrar, y lo hice con una mano cubriendo mis ojos, porque realmente no necesitaba la imagen de Will desnudo en su habitación.

Escuché su risa antes de que hablara:

—Creí que había quedado claro que lo nuestro no sucedería — dijo.

Creo que me sonrojé, porque él rió aún más. Furioso, aparté mi mano de mis ojos. Will no estaba desnudo, pero estaba panza arriba en su cama, mirando al techo como si allí estuviesen escritas las respuestas del universo.

—Bien, entonces, ¿Cuál es el problema?

—Magui —susurró él.

Tuve miedo de preguntar.

—¿Qué le hiciste?

Él simplemente me miró, luego volvió a fijarse en el techo de su cuarto, y yo noté por vez primera los dibujos que había en él. Era un collage de rostros, unos sobre puestos a otros. Pero ninguno se me hacía familiar, solo eran rostros.

—¿Por qué todo mundo supone que yo le hice algo? Incluso ella cree que tramo algo, ¿por qué las intenciones del adoptado siempre son mezquinas?, ¿sabes? Tal vez la huérfana solo fue mal interpretada.

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

Desearía ser tú por un momento, que todos me vean como una buena persona, y que todo lo que diga sea oro para alguien.

Yo bufé sin proponérmelo.

—Yo no soy una buena persona, simplemente callo la mayoría de mis pensamientos. Tal vez debas intentarlo —aconsejé.

—Sí, lo que dije fue raro.

—Y nadie piensa que lo que digo es oro.

Ahora el bufó, pero no dijo nada. Creo que practicaba mi consejo.

—¿Qué sucedió?

—Le dije como me sentía, pero entonces ella solo se rió de mí, y luego se molestó mucho cuando insistí en que hablaba en serio. Me dijo que ella era más inteligente que eso, que no pensaba permitirme jugar con ella de esa forma, que yo era un estúpido niño engreído. Oh, y que no era tan guapo como yo creía.

—¡Wow!

—Lo sé. Ella simplemente creyó que yo estaba siendo yo. De hecho me lo dijo, y eso... dolió —se desinfló como un globo, creo que era una especie de gran paso hablar de cómo se sentía—. Si, lo he dicho, el que Magui piense cosas malas de mí duele como...

—...el infierno —sugerí.

—Como una maldita patada en las bolas.

Ya podía hacerme una idea.

La puerta se abrió. —No me importa que estés desnudo, William Nataniel London, eso no va a impedir que te arme una por lo que le hiciste a Magui. ¿Cómo te atreves a...? ella es como nuestra hermana, deberías alejar a los tipos que intentan hacer esas cosas... jugar con ella de esa manera, te creía mejor que eso.

Lizie seguía parlotando al respecto, la puerta abierta, pero ella no venía dentro. Will me miró significativamente, y yo supe qué quería decir su mirada. Sin importar sus intenciones, siempre sería el malo. Eso era tan frustrante.

Salí de la habitación y alejé a Lizie de allí, él no necesitaba eso ahora. Regresé determinado a pasar toda la tarde con el deprimido

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

Will, él insistió en que estaba cansado, me dijo que me fuera a divertir con Lizie. Pero de ninguna manera iba a dejarlo allí solo para sentirse miserable.

El cumpleaños número catorce de Will estaba cerca, así que aquel día planeamos lo que haríamos para su fiesta. Nada grande, nada oficial. Will pensaba en una tarde en el lago cercano y mucho vino. Demonios, desearía que este chico se olvidara del alcohol. Sin embargo, ahora él estaba en otra cosa, y eso era una buena señal, significaba que saldría adelante.

Los días se hicieron cada vez más frescos, más amables con mi afición por los —el— suéter. Lizie también llevaba suéter —*mi suéter*— y le lucía hermoso. ¿Cómo es que yo había podido llevarlo? Era seguro que en mí lucía desaliñado y desteñido, pero en Lizie, bueno, en ella lucía elegante y cool.

Lizie me arrastró a la siguiente fiesta en la casa de Erick, las cuales se estaban volviendo tremendamente populares. Y fue muy divertido, bailamos toda la noche. No cabía un alma allí, el lugar estaba abarrotado, como si fuese el más concurrido club.

—¡Hace mucho calor! —Grité en el oído de Lizie—, ¡vamos afuera!

—¿Qué? —gesticuló con la boca, estrechando los ojos en señal de confusión.

En ese momento Magui llegó con otro grupo de chicas. Una de ellas era nueva en el pueblo y en la escuela, se había incorporado en el tercer trimestre, su nombre era Lana, era muy amable, madura y bonita. Lizie y Magui estaban encantadas con ella, pero supongo que no solían salir mucho porque Lana no tenía novio. La sociedad apesta.

Me despedí de Lizie con la mano. Salí al patio trasero de la casa. Algunos chicos fumaban y reían aquí y allá, otros se enrollaban en el callejón más cercano. Era desagradable los gemidos y sonidos de coqueteo. Marcus estaba en uno de los grupos fumadores, y debo confesar que me intimidé un poco cuando lo vi venir hacia mí, pero intenté que no se me notara, en lo que realmente deseaba estar haciendo un gran trabajo.

—¿Estás con Lizie? —preguntó cuando estuvo frente a mí.

Parpadeé dos veces.

—No.

—Bien, porque no eres lo suficientemente bueno para ella.

Parpadeo, parpadeo.

—Lo sé.

Pero su tono de voz no era amenazante, tampoco de rendición. Marcus, de hecho, lucía tímido, como si tuviese miedo de hablarme. Lo que era ridículo, porque el chico me sacaba una buena cabeza de altura.

—Pero al menos eres mejor que yo.

—¿Qué? No...

—Lo eres, bueno, no ahora, pero puedes llegar a ser alguien. Eres inteligente, paciente, honesto, algunas de las cosas que yo no soy. Y te la mereces, porque mereces ser feliz después de todo, y odiaba ser yo quien estuviese en medio. De verdad, no sabes cuánto odiaba el saber que te hacía miserable por estar con Lizie.

—Marcus, tú eres una persona maravillosa —me sorprendió lo clara que salió mi voz, sobre todo por el nudo formándose en mi garganta—, y Lizie y yo solo somos amigos.

—No, no me mientas. Hay un montón de cosas que no entiendo, pero puedo ver cómo te sientes por ella, y también veo que ella te corresponde —permanecemos en silencio. Yo no sabía que decir, él pateaba piedras con sus pies y miraba a cualquier lugar menos a mí. Finalmente habló de nuevo—: ¿Sabes? Solía pensar que tal vez podría entrar en la liga menor de béisbol, no sé, hacer algo de deporte para volverme una persona rica y famosa, alguien digno de ella. Pero, vamos, ¿a quién engaño? Es un sueño bobo, no tengo los recursos, no iré a ninguna parte con eso.

—No es un sueño bobo, Marcus. Un sueño nunca lo es, podrías llegar lejos. Eres una enorme masa de músculos, apuesto a que serías el jonronero estrella en cualquier equipo. O el mejor cerrador de la liga.

Él sonrió, su vista fija en el futuro, o al menos en el futuro que dibujaba para él. De repente ya no me parecía tan gracioso llamarlo *cerebro de paja*, Marcus en verdad lucía como un buen tipo.

—Gabriel tenía mucha suerte de tenerte —dijo él, para mi desconcierto. Me preguntaba si su lucidez duraba pocos minutos—,

ambos, de tenerse. Recuerdo como siempre quise esa clase de mejor amigo, pero siempre fui demasiado grande, todos se burlaban de mí.

Marcus apartó la vista e infló sus mejillas, yo quería creer que lo que había visto brillar en sus ojos era solo un juego de luces.

—Nunca tuve oportunidad de decírtelo, pero realmente lamenté mucho todo lo que sucedió el año pasado. Cuando tiraste la urna y abrazaste el cuerpo de Gabriel, bueno, eso no ha salido de mi mente aún. Pero lo entendí, era algo irreal lo injusto que fue la vida con él. Con todos.

Era la primera vez que alguien hacía tan directa alusión a lo ocurrido. Por lo que fue la primera vez que me sentí incomodo por lo que hice.

En aquel momento, una extraña sensación me abrumó. Recordé el verano después de la muerte de Gabriel, lo horrible que había sido, lo solo que había estado. Los días oscuros en los que quise suicidarme. Los días más tenues en los que deseaba cruzar la línea más allá del dolor. Aunque al mismo tiempo no podía dibujar dicha línea. Ahora, aquí, de pie, escuchando como fue para alguien más, recordaba con claridad todas las cosas que me dije a mi mismo, las que obvié pero estuvieron allí. Todo.

Fueron tres meses de Gabriel y solo él. Nunca creí que hablaría de nuevo con alguien, no hasta que Lizie apareció. Nunca creí que sonreiría de nuevo, que abrazaría, que lloraría sobre un hombro, que iría a fiestas. Pero estaba allí, de pie, con amigos una vida. Incluso había ido a fiestas, incluso había hecho mi propia fiesta. No sé porqué esto era importante, pero parecía cosa de vida o muerte.

Había logrado cruzar una monumental línea, una gigantesca línea. Y ni siquiera lo había notado, eso era lo bueno con mis líneas, algunas eran tan largas y gruesas que se difuminaban y no podías darte cuenta del momento en que estabas sobre ella y luego salías; mientras otras eran directas, cómo terminar un examen.

Lo malo con todo esto, era que después de cruzar solo quedaba el olvido. Porque debes superar el pasado, construir una barrera donde antes hubo una línea. Pero yo no quería olvidar. Y la sensación que me había abrumado era la de no recordar con exactitud a Gabriel.

Como recordar que un libro es bueno sin saber exactamente las palabras que te llevaron a dicha conclusión.

*Angela C.R.*  
*Cartas para ella.*

## Capítulo 36.

Era la primera vez que oficialmente yo había sido invitado a la mansión London. Estaba nervioso y emocionado, un poco intimidado también. Y era que yo, Amadeos Junior Darkinso Zapata, había sido invitado a almorzar con los London.

No me lo podía creer, realmente no podía.

Al final de la fiesta había vuelto con Lizie, bailamos un par de canciones más, lo que fue realmente malo para mi determinación de solo ser amigos. Porque Lizie estaba demasiado cerca, y yo estaba demasiado... entusiasmado. Y un poco tocado por todo lo que Marcus había dicho. Acompañé a Lizie en el camino cortando por el bosque, el cual nos llevaba pasando frente a la casa de los Salinas, hasta nuestra esquina. La despedida había sido larga, Lizie había descansado su frente sobre mi mejilla mientras yo la abrazaba sentados en la acera.

Y se había sentido tan bien estar allí, como si el resto del mundo estuviese helado, como si más allá de nuestros brazos todo fuese innecesario. Con un beso en la frente me despedí, lo que quería decir que esperaba a que ella se fuera para irme, y Lizie, comprendiendo, se había ido.

Y ahora yo tocaba el timbre de la mansión London, no tan preparado para el almuerzo previsto para aquel día. Era sábado, así que también traía conmigo una carta de Gabriel, la que Lizie arrebató de mis manos cuando abrió la puerta, como excusa para lanzarse sobre mí y plantarme un beso de agradecimiento en la mejilla. Le sonreí porque amé dicha reacción.

Brian frunció el ceño, hasta ahora no había sido informado de cuál era la ocasión, lo que si sabía era que mi hermano también estaría allí.

—Hey, Monsieur, espero que disfrutes de tú interrogatorio —ese fue el saludo de Will—. Lizie realmente tuvo que armar un escándalo para que se te permitiera venir aquí.

—¿Por qué tanto drama?

—No lo sé, creo que hay otro miembro gay. Papá dice que alguien dará un anuncio importante.

William me saludó amablemente, como Braulio. El resto me frunció el ceño y asintió con la cabeza, como era de esperarse, yo les frunci el ceño y asentí con la cabeza. Pero entonces Lizie me reprendió y tuve que adoptar una actitud de perro callejero. Aunque aún seguía asintiendo con la cabeza.

Luego, en la cena, todo el mundo estaba en silencio. Hasta que Brian se aclaró la garganta e hizo su primera pregunta. A mí.

—Así que ¿Amadeos, no? ¿Qué año cursas?

Parpadeo, parpadeo.

—Voy al colegio con Lizie... señor.

Escuché como junto a mí Lizie contenía la risa.

—Oh, sí, algo escuché al respecto. Lizie es la primera en su clase, ¿tú qué tan abajo estás?

Intenté no ofenderme. —Justo después de ella, señor.

—Y...

—Hoy leí uno de mis artículos para la clase —interrumpió Thomas London, segundo—, muchos me felicitaron.

Brian volvió su atención hacia su hermano, sonrió. —Me alegra mucho oírlo, ya lo sabes, tú eres un gran escritor, puedes dedicarte a eso si lo prefieres.

—Lo sé, Brian, lo sé.

—Te decía, Amadeos, tú problema de drogas es...

Un puño golpeó la mesa, no me sorprendió que Rodolfo interviniera. —Mi hermano no tiene ningún problema de drogas.

Esta vez Lizie no fue la única en contener la risa, ¿Qué les parecía tan gracioso?

En la mesa estaba reunida la familia completa, solo los hermanos, al menos. Brian se sentaba en la cabecera, en su lado izquierdo estaban, Rebeca, Maguie, Lizie, Will y Ernesto; del lado derecho estaban, William, Braulio, Rodolfo, yo y una chica tímida y bonita que parecía ser la novia de Thomas, este último se sentaba en la otra punta de la mesa.

—Lo sé, solo fue un mal entendido, eso iba a señalar —se excusó Brian—. Pero dime, Amadeos ¿tienes algún hobby? Además de ser golpeado por Will.

Y este último rió descaradamente, Ernesto se le unió, esperé a que terminaran y limpiaran las lágrimas que sus carcajadas habían provocado, y entonces respondí:

—Colecciono cosas, señor.

—¿Qué clase de cosas?

—Solía coleccionar cualquier cosa que me parecía especial, pero era un niño y todo era especial y nuevo. Así que era un montón de nada. Gabriel las guardaba porque mi madre no quería cajas llenas de basura en su casa —me di mi tiempo, tomado un largo sorbo de jugo de piña—. Pero me deshice de las cajas cuando él se fue. Ahora colecciono cosas que realmente signifiquen algo para mí, o para alguien importante para mí.

No pude evitarlo, mi mirada cayó en Lizie, ella sonreía.

—¿Eso es todo lo que haces? —esa fue la sutil respuesta de Brian.

Regresé mi atención al London mayor entre todos los presentes. Y de nuevo, no pude evitarlo.

—No —dije—, también me gusta masturbarme.

Silencio.

Ernesto fue el primero en reír, luego Will y Thomas, para mi sorpresa. Brian no se inmutó, me miró inexpresivo, luego su vista cayó en Lizie, quien tampoco reía. Aquella mirada era una mezcla entre *Te lo dije* y *¿De verdad estás con esto?*

Me di cuenta entonces que jamás lograría ganarme a Brian, también me di cuenta de que yo *quería* ganarme a Brian, aún sabiendo que lo mío con su hermana no podía ser. Él se concentró en comer el resto de su almuerzo, la conversación recayendo en hombros de Thomas y Braulio, con uno que otro comentario sarcástico de parte de Will y Ernesto. Era interesante como podía ver la formación de los grupos en la familia. William se mantenía callado también.

—Lo siento, no sé porqué he dicho eso.

La mesa me miró. Si, lo había dicho demasiado tarde, pero si no me disculpaba, la escena quedaría por siempre en mi registro. Sucedió que ahora me sentía más avergonzado. Brian miraba dignamente, como si él jamás hiciera nada malo, lo que me recordó algo que me hizo crecer cuernos y una cola.

—Pero —dije— supongo que es bueno el que se pueda esperar de mí no encontrarme quemando los restos recientemente robados del letrero de un negocio de helados local.

Puse cuidado en dar los detalles justos, y sentí cierto placer cuando los ojos de Brian se abrieron de par en par. Lo tenía. Pero a nadie en la mesa pareció importarle lo más mínimo mis palabras.

Finalmente nos permitieron ir al salón, para “relajarnos”. Para mi sorpresa, Brian no volvió a acosarme con preguntas, de hecho lucía algo nervioso. Entonces nos enteramos del porqué: él y Rebeca iban a casarse.

Después de las felicitaciones, los llantos, los gritos de sorpresas —aunque no en ese estricto orden—, los presentes se dispersaron, hablando de mil y un temas distintos, pero que giraban en torno a Brian casándose con Rebeca. Y ambos lucían muy felices, cual jovencito, Brian no soltaba la mano de su prometida, no dejaba de abrazarla, darle un beso sobre la mejilla o la frente. Era dulce de ver, aunque Will no opinaba lo mismo.

—Estoy feliz por él, pero ¡dios!, es asqueroso.

—Déjalo en paz —intervino Lizie—, al fin está haciendo su vida, se lo merece. Se ha dedicado a nosotros por mucho tiempo.

Estaba de acuerdo con Lizie, me di cuenta que a partir de entonces, y solo a partir de entonces, Brian comenzaría a construir una vida propia. Una esposa, una casa, una familia. Aquel hombre había entregado tanto a su familia, pero podía ver lo orgulloso que estaba de sus logros. Como él, Rebeca era una mujer joven, muy hermosa, yo calculaba que Magui había nacido cerca de sus quince, por lo que era admirable la manera en la que aquella mujer había salido adelante prácticamente sola. Ambos merecían ser felices, ¿Quién sabe? Tal vez decidieran no tener hijos y disfrutar juntos el resto de sus vidas.

Creo que me estaba volviendo un romántico.

Estuvimos un par de horas más allí, luego Lizie me acompañó a casa, pero la invité a desviarnos. Yo conocía el lugar perfecto para ver la puesta de sol, y ella no puso objeción a la idea de caminar por el bosque cuando oscurecería en menos de una hora.

Y mirándola andar en medio del bosque se me ocurrió que Marcus tenía razón, Lizie era demasiado buena para mí. Era tan hermosa, sofisticada, elegante, inteligente. Entonces, ¿Por qué quería estar conmigo?

Lo pregunté, y ella respondió que no sabía por qué. Fruncí el ceño.

—Si fueras tú la que preguntara, y fuera yo quien respondiera de ese modo, ¿Cómo reaccionarías?

Lizie apretó una sonrisa.

—Presionaría —confesó—, o me cabrearía.

—Entonces...

—Amadeos, yo no lo sé, solo sé que quiero estar contigo, me gustas. Mucho. Te amo.

Cerré los ojos.

—¿Por qué?

—¿Debe haber una razón?

Si, tenía que haber una, pero lo dejé pasar, no quería presionarla. Y podía permitirle pensar en la respuesta, de hecho podía darle todo el tiempo del mundo para que lo pensara. Lo que se sentía agradable. Saber que ella tenía todo mi tiempo, se sentía pacífico. ¿O era el lugar?

—A veces es insoportable —dije una vez que llegamos a la enorme laja sobre una pequeña pendiente, en el horizonte, arboles bajos nos permitían ver el inminente crepúsculo—. Ya sabes, estar contigo pero tener que permanecer lejos.

—Lo comprendo.

—No sé cómo superar esto, no sé cómo llegar a ti.

Ignoré la mirada de Lizie, aunque la sentía en mis ojos, tratando de adivinar que pensamiento me llevaba a dicha revelación.

—Mira —dijo ella, señalando el horizonte—. Es el momento perfecto, los árboles nos ocultan, los colores del crepúsculo confunden a cualquier fisgón desde las alturas. Nadie nunca sabrá sobre nosotros, nuestro amor puede permanecer oculto en el bosque. Solo tienes que besarme justo ahora y volver mágico nuestro mo...

La besé, porque era el momento perfecto.

Pero nuestro besó duro lo poco que tardo mi consciencia en aparecer. Me deshice en disculpas mientras rodaba mi frente sobre la de ella. Lizie me abrazó y nos quedamos así hasta que la noche nos consumió.

Entonces la besé de nuevo, aún con el millón de ojos observando desde las alturas.

## Capítulo 37.

Lizie y yo fuimos al bosque algunos días de las semanas siguientes. Era el único lugar en el que nos besábamos, era el único lugar donde me sentía libre para estar con ella. Fuera del bosque, éramos tan amigos como siempre habíamos sido, aunque ahora manteníamos una distancia un poco más razonable. Creo que ambos teníamos miedo de ser descubiertos. Aunque no era como si la gente ya no se lo imaginara.

Amaba nuestras tardes en el bosque, amaba besarla, y amaba que ella me dejara tocarla en... ciertos lugares que nunca creí que me permitiera hacerlo. Pero odiaba el que estuviésemos escondiéndonos, porque si lo ocultábamos, entonces no podía ser algo muy bueno.

Un día nos detuvimos, aunque no dijimos nada al respecto. Fuimos hasta el bosque, nos sentamos en la laja, y simplemente hicimos la tarea del colegio. Al día siguiente estudiamos para un examen, y el resto fue muy parecido a esos días. En algunos momentos nuestras miradas se encontraban y se producía el extraño choque, ese que nos empujaba uno hacia el otro. Pero nada sucedía. Desviábamos la vista y como si nada hubiese pasado.

Volvimos a ir al cine, volvimos a comer helado, volvimos a abrazarnos como si el mundo fuera de nuestros brazos fuese innecesario. Y volví a amarla en silencio.

Por supuesto que aún había tensión, y por supuesto que aún había interés. Simplemente creo que Lizie descubrió lo que yo había descubierto, no estaba bien ocultarnos.

—¿Algún día estarás listo? —preguntó Lizie en una ocasión, mientras la abrazaba.

—Trabajo en ello, Lizie, trabajo en ello —fue mi única respuesta. Porque yo realmente estaba trabajando en buscar esa bendita cláusula en mi promesa.

La fecha elefante en el calendario estaba a pocas semanas. Gabriel había muerto un sábado, este año caería Domingo, 13 de Junio. Y la fecha me sonaba de algo. Era el día en el que los Salinas y yo iríamos a la iglesia para rezar por él, y luego al cementerio a dejarle flores a su cuerpo descompuesto. Prueba de lo mucho que yo estaba

cambiando, era el que me pareciera insoportable pensar en su cuerpo comido por gusanos, cuando antes no había sido un problema.

Fue mientras estaba en clases con el señor Miller, practicando diferentes tipos de pases en el básquetbol, cuando lo descubrí: el 13 de Junio era el cumpleaños de Will, quien insistía en celebrarlo el mismo día. No sabía cómo sentirme acerca de ir a festejar el día en que mi mejor amigo cumplía un año de haber muerto, por lo que decidí no pensar en eso por el momento.

Cierto día, mi hermano llevó a casa a Braulio para cenar. Mi madre había sido advertida, por lo que pasó gran parte de la tarde cocinando para la ocasión ¡hasta hizo helado de chocolate! La noche fue rara, lo admito, pero al mismo tiempo se sintió natural. Nadie podría decir con solo verlos que aquel par eran pareja, lucían tan amigos y amigables como Gabriel y yo habíamos sido, solo que con cierta complicidad en sus miradas, como si se compartieran en el secreto de la vida con cada mirada. Sabía que, aunque fingiera estupendamente bien, yo aún no me había hecho a la idea; no que no lo aceptara, era solo que estaba curioso. Feliz porque mi hermano era feliz, sí, pero desde que escuchar hablar de algo no es igual que verlo, aún repetía en mi cabeza "mi hermano es gay, tiene un novio y lo ama. Y muy seguramente tenga sexo con su novio"

Will y yo habíamos practicado con menos frecuencia, y como tenía más tiempo de sanar, mis movimientos estaban mejorando; o al menos esa era mi teoría. En cuanto a Magui, ella había dejado a su novio, y ahora predicaba que los hombres no servían para nada, a no ser que engendraran las mujeres del futuro. Extrañamente, Will no dejaba de repetir que aquel era su momento, pero aún así no terminaba de decidirse. Tal vez era que pensaba que ella volvería a malinterpretarlo. Y mientras el ensayaba su discurso en el espejo, Magui había encontrado un nuevo sujeto con el cual entretenerse, y parecía que de nuevo le daba el visto bueno a los hombres.

Pobre Will.

El corazón de Marcus parecía haber sanado, ahora solía detenerse en el corredor del colegio, y manteníamos una breve conversación; me pedía estudiar conmigo y con Will, lo que yo odiaba completamente, porque estudiar con él era leer algo diez veces y finalmente rendirse al comprender que nunca entraría en su cabeza. Pero Will era muy paciente, resultó ser un buen profesor, así que las calificaciones de Marcus también mejoraban, lo que era muy bueno, porque necesitaba

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

subir sus notas si quería por fin cambiar el color de su camisa y dejar de ser un King Kong vestido de azul. El no estaba en nuestra sección, pero nos las arreglábamos para encajar sus estudios.

Lizie. Y. Yo.

Tres palabras tan bonitas.

Ambos habíamos comenzado a ir al salón de prácticas en la mansión, en lugar del bosque. A veces Lizie ponía música y bailábamos, solos, en la habitación; y yo notaba como ya no medíamos lo mismo, como al principio del año escolar, ahora yo le llevaba un par de notables centímetros. Otras veces ella me leía sus poemas favoritos y me enseñaba a hablar en otros idiomas, clases que comenzaron a suplantar las de Will. Me sentía como si los London estuvieran moldeándome. Me gustaba que los London estuvieran moldeándome.

Lana, la chica nueva en el colegio y en el pueblo, se unía a nosotros en nuestras tardes de estudio. Dejó de hacerlo cuando nos descubrió mirándonos significativamente. Pero entonces Lizie había invitado a Erick y a su otra amiga —que no era Sara, porque Lizie no quería verla—, y Lana volvió con nosotros.

Lizie y yo fuimos al cine, visitamos a nuestros hermanos, comimos pizza en nuestro restaurante favorito, nadamos en diferentes lagos y ríos. El tiempo parecía eterno, como si nada tuviese el valor para terminar, pero entonces algo lo hizo. Algo que al mismo tiempo marcaba el comienzo de una nueva era, una que no estaba seguro de cómo manejar.

Las cartas se habían terminado.

Rudy me miró con una triste sonrisa apretada en su rostro.

—¿De verdad es la última?

Ella asintió.

No quería lucir estúpido, pero seguí y seguí insistiendo hasta que me convencí, aunque aún no estaba satisfecho. No podía ser verdad, me negaba a creerlo. Resultaba bastante obvio que aquellas cartas debían terminar alguna vez, que Gabriel había escrito solo un determinado número de ellas, pero creí que tenía más tiempo, creí que podría despedirme de alguna manera. No sé cómo, solo de alguna manera. Y ahora todo había terminado, y yo miraba aquel pedazo de papel

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

como si tuviese la peste, porque había sido el que marcó el final. Un final que no podía creer que hubiese llegado.

Pero lo hizo.

Era la última carta.

Gabriel, oficialmente se había ido.

## Epílogo.

En mi fila se sentaban los Salinas, mamá, papá y Lizie junto a mí; mi hermano estaba en la fila de adelante, sentado con alguno de los London. La misa era tan aburrida como la recordaba, y a excepción de su nombre siendo mencionado por el cura en una ocasión, casi al final de la ceremonia, no se trató en absoluto de Gabriel.

Luego de la misa, casi todo el pueblo nos acompañó al cementerio local. Lo tétrico de aquel cementerio, era su ubicación en medio del bosque; pero la persona a su cuidado debía ser muy meticulosa, porque lucía bastante bien. Incluso el musgo aquí y allá le daban aires elegantes de antigüedad.

La tumba fue abarrotada de flores, las personas se reunían charlando en cada lugar. Debía concebirle cierto parecido con una fiesta local, lo que despertaba la indignación de las señoras mayores congregadas debajo de la sombra de un enorme árbol.

Rudy y Santiago se mantuvieron junto a mí mientras observábamos la tumba y conversábamos. Entonces Rudy sacó una hoja de papel y leyó un poema que Gabriel había escrito, yo lo recordaba, como todo lo que él hizo. Lo que no era una sorpresa porque yo me había convertido en su jurado oficial, siempre daba el primer veredicto a todo lo que él escribía; y este se limitaba a un asentimiento de cabeza y algunas palabras aprobatorias, aunque internamente me había encantado.

Rudy leyó:

*Tal vez tu guía tomó un descanso.*

*No necesitas de luz para ver.*

*Todos los caminos son despiadados.*

*Solo escoge uno y comienza a correr.*

*Tal vez te espere al final de un puente.*

*Tal vez decidas dejarme allí de pie.*

*No te preocupes, tú mantente fuerte.*

*Sigue avanzando y todo estará bien.*

*Angela C.R.*

*Cartas para ella.*

*Y si tropiezas, no te preocupes.  
 Todos se lanzan, y caen y se quiebran.  
 Porque al final es sobre el número de heridas  
 Que recibes, que atesoras y recuerdas.*

*Y el camino a la redención es plano y estable.  
 Porque nadie quiere ser quien solía ser.  
 Ignóralo y corre a tierras salvajes.  
 Promete que solo entonces dejarás de correr.*

*Yo prometo que serás la estrella en mi cielo.  
 La más hermosa y distante, y aun así te veré.  
 Titilando cansada porque estas corriendo.  
 Tu sigue y mantente donde te pueda ver.*

*Esta noche la luna esta iluminándome.  
 Pero tu allí tan alto no me puedes ver.  
 Sonríó y finjo sostener tu mano.  
 Sonrió, y entonces comienzo a correr.*

Los tres lloramos, y yo maldije internamente el que Rudy hubiese leído aquel poema. Era cruel de su parte. Pero era hermoso, Gabriel debía ser recordado por sus palabras y la forma en la que tenían el poder de conmover. Al menos era una forma en la que yo lo recordaría, siempre escribiendo, siempre con un bolígrafo y un cuaderno a mano. Ahora entiendo que tal vez *siempre* escribía una carta para *ella*.

Cerca de la una de la tarde, el cementerio había quedado vacío. Yo decidí quedarme un rato más para estar a solas con mi mejor amigo, compensar todo el año que estuve lejos de él. Y sí, para llorar como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

*Angela C.R.  
 Cartas para ella.*

Desjuiciadamente deseaba que él apareciera de pronto. Quería poder hablar con él, decirle como ya no me sentía una horrible persona. Hablarle acerca del vestido nuevo en mi vidriera, de cómo parecía estar al alcance pero siempre detrás del cristal, y de cómo no estaba reemplazando a ningún otro vestido, sino ocupando un nuevo lugar. Contarle como el frío y oscuro invierno que causó su muerte no había menguado en absoluto, pero cómo ahora buscaba la forma de permitirme observarlo desde la ventana de mi nuevo hogar.

Sentí a alguien sentándose junto a mí y, naturalmente, tuve miedo de volverme para mirar de quien se trataba.

Lizie apoyó su mentón en mi hombro, acariciando mi espalda. Consolándome, haciéndome saber que estaba allí. Sin decir nada, me sostuvo mientras yo seguía llorando por todo lo que había perdido y en todo lo que había fallado. Al final la miré sorbiendo mi nariz, ella secó mi rostro con las mangas de su —mi— suéter y me dio una sonrisa destinada a animarme. Pero solo me di cuenta de lo mucho que quería tenerla y de lo mal que se sentía ser consciente de ello mientras lloraba por Gabriel.

Lizie metió su mano en el bolsillo del suéter. Sacó una hoja de papel. Era un sobre. Lo desdobló. Lo tendió sobre mi mano. Y yo leí las cuatro palabras que allí estaban escritas, con una letra que jamás podría llegar a confundir.

*Para mi mejor amigo —decía—. Entregar a un año de mi muerte — esto era lo que había en el reverso.*

Entonces Lizie besó mi mejilla y me dejó solo.

Rápidamente rompí el sobre y saqué la hoja de papel. Leí, demasiado nervioso para pensar en nada más.

*Amadeos. Lo siento, por todo, no sabes cuánto lo hago. Apesta, ambos lo sabemos. Me gustaría tanto estar allí para abrazarte y decirte que si todo no estará bien, al menos saldrás adelante. Justo como el abrazo que acabo de darte, espero que hayas entendido su significado.*

*Sip, te sonará extraño, pero acabas de estar aquí. Están por amputarme el brazo y ambos estamos tristes y felices al mismo tiempo. Porque puede que falle la operación, y aún cuando sea exitosa, tendré un valioso brazo menos. No suena muy bien, lo sé. Pero con la poca esperanza que había adquirido después de la quimio (ya sabes, tú*

Angela C.R.

*Cartas para ella.*

estuviste ahí), esto puede significar mi salvación. La increíble posibilidad de que no tengas por que leer esta cartas.

Antes de hacer mi siguiente confesión, me gustaría decirte algo, la razón por la que me gusta estar contigo. Y es que, eres un cabrón, lo sabes, pero nunca finges ser otra cosa, nunca sentiste lástima por mí, siempre gruñías si alguien la sentía. Tú eres como yo, desesperado por no estar solo, y desinteresado por buscar a alguien más. Y, aunque me gustaría que nuestra amistad no se basara en la conformidad o comodidad, estoy contento con lo que tenemos.

En fin, a riesgo de estar perdiendo el tiempo, debo contarte una cosa, por si todo sale mal: sé lo que sientes por ella, siempre lo supe; es grandioso que vaya a estar muerto para la fecha (y discúlpame por ser sínico sobre un tema tan delicado), porque de hecho escuché de una buena fuente que ella siente lo mismo por ti.

Lo siento, tal vez estés pensando que soy el peor amigo del mundo. Sucedió una tarde, cuando tú habías enfermado con esa estúpida gripa que siempre te da. Magui había venido para hacerme esas preguntas bobas que hacen las niñas —si a ti te gustaba alguien o si tenías novia—. Después de responder (un no para ambas) quise saber porqué preguntaba. Entonces fue cuando ella dijo que Lizie estaba interesada.

Guardé esta información, debido a que no sabía cómo competir contra ti, soy patético, lo sé. Es refrescante que lo sepas también (la historia, no el que sea patético), aunque desearía que nunca te enteraras, por más de una razón.

Dicho esto, vayamos a lo importante.

Solo puedo imaginar lo mal que debiste haberte sentido cuando descubriste que no había escrito nada dirigido hacia ti, pero la cosa es que las cartas anteriores no fueron escritas para ella, al igual que esta no fue escrita para ti. Todas están hechas para ustedes. Para ambos, porque yo jamás debí interponerme allí.

Y podría parecer una tontería, o tal vez ya haya perdido sentido después de todo. Pero si muero, quiero que sepas que tienes una oportunidad para estar con alguien que siente lo mismo que tú sientes por ella. Quiero que en mi muerte vayas por esa oportunidad que te quité en vida. De hecho me molestaría si no estás allí para cuidar de ella.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*

*Hay otra cosa que probablemente te ayudará a decidirte. Lee con atención, hermano: Si vivo, voy a ir por ella, no voy a dar marcha atrás, nada de inseguridades, porque realmente creo que se me está dando una oportunidad aquí, y sería estúpido de mi parte desaprovecharla.*

*En fin quiero terminar esta carta diciéndote algo que nunca te dije. Va a sonar extraño, pero la cosa es que te amo, no te asustes, no de esa manera. Solo te amo. Creo que entre hombres —entre amigos— deberían decir esa frase más a menudo. Porque se supone que es importante, y porque los amigos pueden llegar a sentirse importantes los unos por los otros. Así que, si encuentras la frase demasiado extraña, puedes simplemente pensar en que me siento importante por y hacia ti.*

*Realmente desearía que no tuvieses que leer esta carta, por más de una razón.*

*Lo siento, por todo.*

*Te echaré de menos donde sea que vaya.*

*—Hijo de... —sonreí.*

*Se sentía extraño descubrir que Gabriel me conocía hasta el punto de predecir los hechos de un año después de su muerte. Era como si estuviese de pie frente a mí, era como si jamás se hubiese ido.*

*Comprendí entonces que él jamás lo haría. Mi mejor amigo nunca iba a dejarme.*

*Yo también te amo, hermano.*

*Y también te echaré de menos.*

*Y de alguna manera, en ese momento supe que todo estaría bien.*

Si tienes alguna duda o sugerencia, puedes escribir a:

[angelmimicorona\\_14@hotmail.com](mailto:angelmimicorona_14@hotmail.com)

También puedes pedir otros títulos como:

-En honor a la Inocencia y algunas otras perdidas.

Relatos.

-Anabela.

-Maikop.

-Olvidados.

Próximo libro de la serie: Los London.

Besos y Bendiciones.

Hasta pronto.

Angela C.R.  
*Cartas para ella.*